

Jean Prieur

LOS «MUERTOS» HAN DADO SEÑALES DE VIDA

Esta «Copia de trabajo» no tiene en absoluto finalidad comercial.

Se trata de copias para trabajar en el grupo «Aquí-Allá» y
corregir a la vez el texto y ponerlo así a disposición
del Editor que decida hacer una publicación
del mismo.

Enviar las correcciones al traductor.

Traducción: Alfredo Camarero Gil

Los “muertos” han dado señales de vida

Título del original francés:

LES MORTS ONT DONNÉ SIGNES DE VIE

Nouvelle édition augmentée

Traducido por:

Alfredo Camarero Gil

1994 Éditions Fernand Lanore
François SORLOT, éditeur
1, rue Palatine - 75006 PARIS

Los “muertos” han dado señales de vida

Capítulo 1

Es una señal para ti

A medida que escribo este libro, siento con mayor nostalgia que de costumbre la ausencia de Gabriel Marcel¹: me habría gustado mucho, para estas *Señales de Vida*, un prefacio del que seguía mis trabajos y estimulaba mi investigación. El conocía algunas de estas experiencias psíquicas espontáneas, de estas manifestaciones otorgadas que yo había comenzado a reunir desde hacía aproximadamente cuatro años. Le había leído algunos de los testimonios recogidos y controlados por mí, y le habían gustado. Le preocupaba el tema de las señales, cuya iniciativa toma el Otro Lado y, más de una vez, discutimos sobre el valor que convenía atribuirles.

Estas señales de vida, que los desaparecidos se esfuerzan a veces para hacernos llegar, tenían a sus ojos una gran importancia: ellos rompían la opacidad que nos angustia, abrían la gran muralla que nos rodea por todas partes.

Ante un mundo asfixiante y criminal en el que estamos condenados a vivir, ¿Cómo no volvemos, con una esperanza loca, hacia cualquier brecha por la que podamos vislumbrar la luz esencial²?

¹ *Gabriel Marcel*: Filósofo y escritor francés (1889-1973). Por sus ideas filosóficas pertenece al existencialismo, al que imprime un carácter cristiano. Influido por el idealismo inglés (Bradley), insiste en el tema de las relaciones humanas y la noción del «otro», que lleva a Dios (Cfr. Enciclopedia Larousse, NdT).

² Carta de Gabriel Marcel, con fecha de 27 de diciembre de 1971, dirigida a la Sra. Stuart-Roussel y relacionada con el relato de las «Plumas de plata» (ver

Este tema de la brecha le gustaba: ya lo había utilizado en su artículo «De la audacia a la metafísica» aparecido en la *Revue de métaphysique et de morale*. Sigo estando convencido, escribía, de que una reflexión suficientemente elaborada sobre hechos metafísicos sólidamente fundados contribuiría a abrir, al menos, algunas brechas en la especie de prisión que la humanidad parece haberse empeñado en construir en torno a ella...»

Los signos de vida, las fallas en el gran muro de sombra, las brechas que dejan pasar la luz esencial presentaban según él los siguientes caracteres: eran siempre hechos individuales, gratuitos, caprichosos, inesperados, imposibles de repetir.

Cuando alguien le objetó: «Lo que no puede repetirse no tiene ningún carácter científico», respondió entre dientes: «Sólo me interesa lo que no puede repetirse.»

Y se alejó del incordiante, refunfuñando, meneando la cabeza. Para él, lo que era anticientífico era dejar en la sombra el inmenso sector de los hechos metafísicos.

En otra ocasión, 10 de abril de 1968, en la casa de la Sra. Marcelle de Jouvenel, me dice lo siguiente, que yo anoto enseguida como hacía siempre. Siguiendo esta buena costumbre, tengo cantidad de sabrosos comentarios de sobremesa:

«Las señales son para ti. La referencia a ti forma parte de su naturaleza y, si se prescinde de esta referencia, las señales se destruyen. Por tanto, nada de experiencia neutra en un ambiente neutralizado. La señal es algo que florece. Ella no puede producirse en un terreno estéril.»

Con el mismo espíritu, dijo a la madre de Roland en una conversación telefónica que tuvo lugar en mi presencia, en diciembre de 1970:

«La señal es siempre personal. En estos casos, respondo: “¡Es una señal para ti!”»

Y cuando colgó, añadió dirigiéndose a mí:

«Es una frase que he dicho a un amigo, que acaba de perder a su hijo, un niño de unos diez años. Me hablaba él, que está muy al corriente de

Los “muertos” han dado señales de vida

los fenómenos llamados parapsicológicos, con apuro y reticencia de las señales que había recibido. “A mí, eso no me extraña, le he dicho yo, pero eso es significante para ti. Seguro que te está destinado. Es lo mismo que con la música: lenguaje que no puede ser reconocido por todo el mundo. Una melodía es significante para algunos, no para los demás.”» La experiencia científica, por el contrario, ha de poder repetirse por cualquiera. Es el *denken überhaupt*³ de Kant. En el campo que nos interesa, el *überhaupt* no existe. Por otra parte, todas las experiencias metafísicas dan sólo los retales de lo espiritual.

A falta de prefacio, ¿por qué no reproducir el resultado de esta conversación que fue publicada en opúsculo⁴ por la Fundación Toland-de-Jouvenel, y que ahora me parece como su testamento espiritual? Este opúsculo fue titulado *Le siècle à venir*.

JEAN PRIEUR. — ¡Retales de lo espiritual! Durante nuestra última entrevista, estuvo usted más poético: habló de flecos.

GABRIEL MARCEL.— ¡Eso depende del humor! Esa historia de Niza⁵ me irritó.

³ Este adverbio significa «en general»: *denken überhaupt*, «el pensar en general».

⁴ Este opúsculo, acababa de imprimir el 31 de enero de 1971, incluía el último escrito de Marcelle de Jouvenel. Este último escrito, que fue también su último combate, se presentaba como una enérgica puesta a punto:

«Aseguro por mi honor que jamás he declarado ni en Roma ni en otra parte que ya no considero verdaderos los mensajes recibidos de mi hijo. Jamás me he retractado en este punto y continúo, manteniendo mi posición de la manera más formal. Esas declaraciones que se me atribuyen, y los escritos que las difunden, son sólo mentiras y calumnias. Exijo que se ponga fin a esas declaraciones y a esos textos que proceden de la difamación.»

⁵ En una conferencia pronunciada en Niza, el 7 de noviembre de 1970, un dominico había dicho: «La Sra. de Jouvenel ha reconocido personalmente que se había equivocado y que los mensajes de su hijo no eran verdaderos!» Fue en respuesta a estas palabras carentes de todo fundamento como ella publicó, a petición nuestra, la puntualización citada más arriba.

JEAN PRIEUR. — Usted desconfía de la experiencia-*Experimento* en el campo espiritual, sólo reconoce la experiencia-*Erlebnis*⁶.

GABRIEL MARCEL.— ¡La de Roland, por ejemplo!

JEAN PRIEUR. — A propósito de retales o de flecos, me gustaría citar un ejemplo. La parapsicología nunca ha llegado a reproducir el fenómeno del cuerpo de gloria, fenómenos de resplandor y de luminiscencia observados en algunos místicos. Esto por la sencilla razón de que los sujetos utilizados se encuentran en un estadio de evolución espiritual rudimentaria. Sería necesario poder llevar al Cura de Ars al laboratorio.

GABRIEL MARCEL.— Ni siquiera en este caso se produciría nada. Estos fenómenos no se realizan por encargo. ¿Se puede incluso hablar de fenómeno en parapsicología? Cualquier fenómeno es imposible reproducirlo ante cualquier observador. ¿Se imagina un hombre que hiciera una declaración de amor sabiendo que sus palabras quedan grabadas? Sin embargo, los hechos parapsicológicos son suficientes para dejarnos entrever que existe otro mundo —mundo secreto que está en consonancia con lo que hay en nosotros de más individual, de más universal.

JEAN PRIEUR. — No veo por qué estos hechos son calificados siempre de marginales y excepcionales, cuando tanta gente ha podido constatarlos, vivirlos. Desde que me ocupo de estas cosas, estoy estupefacto del número de personas que han vivido la experiencia ¡y que no se atreven a hablar de ella! En esta discreción, entran muchos elementos: timidez, pero también un poco de cobardía.

GABRIEL MARCEL.— ¡Es una actitud específicamente francesa! En países anglosajones, se habla mucho más abiertamente de estos hechos, y se los estudia en las universidades. Pero ¿cómo estudiar un hecho que deriva del misterio, un hecho que es recibido siguiendo las dimensiones personales de aquel que lo recibe, un hecho que comporta una especie de maduración y de eclosión?

JEAN PRIEUR. — Muchos de los mayores pensadores no han llegado nunca a esa eclosión. Han creído ir a menos tomando en consideración los hechos metafísicos. En Francia, aparte de Bergson y

⁶ *Experimento*: experiencia de laboratorio. *Erlebnis*: experiencia vivida.

Los “muertos” han dado señales de vida

usted, ¿quién se interesa por ellos?

GABRIEL MARCEL.— Gaston Berger, a quien encontré muy abierto. Evocamos estos problemas durante un viaje que hice con él a América del Sur. También en Le Senne, que había perdido un hijo, constaté una posibilidad de acogida. En cuanto a Bergson, había seguido con simpatía mis experiencias del verano de 1917. Pero la predicción que recibí sobre la batalla de Isonzo⁷, le molestaba y desconcertaba...

JEAN PRIEUR. — Me parece, por el contrario, que una predicción que a breve plazo, con todos los detalles concretos, debería llevar a admitirla. ¿Por qué esta reticencia?

GABRIEL MARCEL.— Esto cambiaba por completo su teoría de la duración⁸, a lo que yo le respondía que, entre el hecho y la teoría, no había nada de que dudar: le correspondía a la segunda inclinarse ante la primera.

JEAN PRIEUR. — Y Lavelle⁹, ¿cuál era su posición con relación a los hechos que nos preocupan? La cuestión me interesa porque lo

1. Gabriel Marcel describió en su prefacio al libro *Au diapason du ciel* en qué circunstancias le llegó esta profecía: «Sobre los acontecimientos de Italia, sobre los que yo no había hecho ninguna pregunta, obtuve, tres meses antes de la batalla de Isonzo, los siguientes detalles: “Habrá una nueva ofensiva italiana sin resultado apreciable; después de lo cual, los austriacos pasarán al ataque. Isonzo será vencido, esto será un desastre para los italianos. Habrá cien mil prisioneros. Udine será tomada. —¿Pero entonces Venecia, pregunté yo con angustia?” —¡No! Los austriacos serán interceptados delante de Treviso..” Así, tres meses antes me fueron anunciamos los trágicos e imprevisibles acontecimientos de octubre de 1917.»

2. Bergson recupera el significado del tiempo. Progreso cualitativo, sucesión en la que los términos se interpenetran, la *duración* es, para Bergson, lo inmediato puro, que las obligaciones de la conversación individual o social no dejan aparecer y que, mediante la reflexión, puede conquistarse de nuevo... (Cfr. Enciclopedia Larousse, NdT)

⁹ Lavelle (Louis). Filósofo francés. Enseñó en la Sorbona y en el Colegio de Francia. Fue, junto con Le Senne, el principal representante del movimiento denominado «filosofía del espíritu» (Cfr. Enciclopedia Larousse, NdT)

conocí personalmente: fui alumno suyo en khâgne, en Condorcet.

GABRIEL MARCEL.— No creo que Lavalle tomase en consideración estos fenómenos. Había en él algo demasiado spinozista.

JEAN PRIEUR. — La ciencia pide de parte del observador una estricta objetividad. El fenómeno espiritual reclama por el contrario fervor, amor, disposiciones que a la ciencia le traen sin cuidado. Además, los seres espirituales no están a nuestra disposición.

GABRIEL MARCEL.— Es el amor, en efecto, el que establece la línea de demarcación entre los dos ámbitos. Y el amor está del lado de lo indestructible, de lo irreductible. Para mí, los conceptos de amor y de inmortalidad están estrechamente relacionados. Es sólo a partir del *nosotros* como podemos lograr pensar en la indestructibilidad. Sólo en los demás se alcanza el ser.

JEAN PRIEUR. — Dicho de otro modo, el deseo de inmortalidad es ante todo deseo de alteridad. Necesidad de otra cosa y de alguien distinto. Los enemigos de la supervivencia quieren absolutamente que esta preocupación sea egocéntrica. Un amigo, que pasó insensiblemente del teilharismo al zen, me lanzó hace unos días: «Ustedes son como todos los Occidentales. ¡Se aferran desesperadamente a su pequeña individualidad y tratan de conservarla hasta en el otro mundo!»

GABRIEL MARCEL.— Y ¿qué respondió usted?

JEAN PRIEUR. — En efecto, me gustan las formas, los floreros. Odio lo difuso y lo confuso. Aunque mi vaso sea pequeño, me permitirá, al menos así lo espero, beber las aguas de la vida eterna.

GABRIEL MARCEL.— Este reproche de egocentrismo y de egoísmo, Leon Brunschvicg me lo había lanzado en el Congreso internacional de filosofía de 1937. «Yo no tengo el orgullo, exclamó, de preocuparme de lo que sucederá a este ser fenomenal llamado Leon Brunschvicg después de su muerte.» Y yo le repliqué: «¡Ese desinterés es inhumano! El fondo de la filosofía es, como decía Platón, aprender a morir.»

JEAN PRIEUR. — Es decir a bien revivir, a bien sobrevivir.

GABRIEL MARCEL.— Y Leon Brunschvicg seguía refunfuñando: «Usted da más importancia a su muerte que yo a la mía. —Mi querido

Los "muertos" han dado señales de vida

amigo, le respondí, lo que cuentan no es ni mi muerte ni la suya. Lo que cuenta es la muerte del ser que amamos.»

JEAN PRIEUR. — Aquí nos encontramos en el corazón de su filosofía y de su teatro. Uno de sus personajes afirma: «Amar a un ser, es decirle: ¡Tú no morirás!»

GABRIEL MARCEL.— Sí, eso se dijo como por sorpresa. El personaje es un revelador...

JEAN PRIEUR. — Se siente que es mucho más que una réplica de teatro, se siente que es una afirmación que compromete toda su creencia. El lenguaje dramático, más que el filosófico, permite las expresiones sorprendentes, las fórmulas enérgicas y claras.

GABRIEL MARCEL.— No me gusta la palabra fórmula, implica una búsqueda, mientras que algunas réplicas me son ofrecidas en bloque, al igual que sus mensajes...

JEAN PRIEUR. — ¡Atención, le van a seguir acusando de neo-espiritismo!

GABRIEL MARCEL.— ¡Éste es un término que me irrita sobremanera!

(Y agita el desorden de su cabellera blanca.)

JEAN PRIEUR. — ¡La Sra. de Jouvenel lo rechaza! ¡Todos nosotros lo rechazamos! Como era necesario designar al conjunto de los mensajes críticos y de la doctrina que encierran, había que encontrar un término que refutase al que a usted le irrita. Sólo se destruye aquello que se reemplaza. Una palabra se impuso en mí: supervitalismo. Ya veo, Maestro, que frunce el ceño. No le gustan las palabras en ismo, comenzando por el existencialismo. Lo cual es el colmo para el jefe de fila del existencialismo cristiano. Supervida da el adjetivo supervital, que lleva al sustantivo supervitalismo. Superevitalismo no es sin embargo un monstruo cacofónico o algo horroroso híbrido greco-latino.

GABRIEL MARCEL.— ¡Se lo concedo, pero no me pida más! ¡Que este término le sirva al menos para trazar una frontera!

JEAN PRIEUR. — Esta frontera es clara. El mensaje crítico es dado, no provocado. Se produce en unas circunstancias que no son ni

colectivas, ni espectaculares, ni experimentales... Jamás se obtiene en estado de trance.

GABRIEL MARCEL.— Yo no creo que se pueda experimentar lo espiritual. Por su naturaleza no es algo experimentado. Es solamente vivido. Es lo que decíamos hace poco.

JEAN PRIEUR. — No hay ni sesión, ni médium, ni pequeño grupo en torno a una mesa. El ser espiritual es conocido por aquél que recibe. Es amado por él. Lo que establece el contacto es el amor. La mayoría de las veces, han existido vínculos familiares entre los dos seres vivos. El mensaje crístico tiene un carácter excepcional. Es imposible, e incluso ilícito, llamar a un desaparecido como llamamos por teléfono a un amigo.

GABRIEL MARCEL.— Nos encontramos aquí en el universo de la gracia, es decir del don gratuito. Lo cual significa espera.

JEAN PRIEUR. — Al mensaje crístico se le llama así porque el viviente invisible y el viviente terrestre reconocen que Cristo es señor. El supervitalismo no rechaza nada de la Escritura, ni la Resurrección de Jesús, como hacen algunos teólogos, grandes especialistas en la desmitificación, ni el Infierno como hacen los espiritistas, ni el Purgatorio como hacen los protestantes¹⁰.

GABRIEL MARCEL.— Dicho de otro modo, ¡queda salvaguardada toda la ortodoxia católica!

JEAN PRIEUR. — Sí, toda la ortodoxia cristiana. En especial, los tres puntos siguientes que son para usted y para nosotros esenciales:

—Resurrección inmediata en el mundo espiritual: los muertos no duermen hasta el fin de los siglos. Afirmación que se funda en estas palabras: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso.» Lo que Cristo prometió a su compañero de agonía, lo prometió a todos los hombres.

—Realidad del cuerpo espiritual: «Hay cuerpos terrestres, hay cuerpos celestes. El cuerpo natural que se deposita en la tierra, resucita cuerpo espiritual.»

—Comunión de los santos, es decir comunión de los creyentes en la carne y fuera de la carne, en este mundo y en el otro, de este mundo

¹⁰ Y actualmente algunos católicos.

Los "muertos" han dado señales de vida

hacia el otro y viceversa. A este propósito, usted escribió una frase que me impresionó mucho: « Interdependencia de los destinos espirituales, esto es para mí lo sublime y lo esencial del catolicismo.»

GABRIEL MARCEL.— En el momento de mi conversión, hice la elección entre las dos religiones. El protestantismo era profesado, en aquella época, por mi mujer y por los suyos. Opté por el catolicismo porque me parecía entonces como dotado de consistencia y de univocidad. Consistencia y univocidad que no encontraba en los reformados.

JEAN PRIEUR. — Consistencia y univocidad que se encuentran cada vez menos entre los católicos. Por otra parte, usted ha dicho bien «entonces». Yo me siento estupefacto cuando veo a sacerdotes y pastores que combaten en nuestras obras nociones y hechos constantemente presentes en las Escrituras. Ciento que, también en estas, los combaten. Se escandalizan de nuestras afirmaciones, que se encuentran, formuladas de otro modo, en todas las páginas de la Biblia. Así por ejemplo, un sacerdote reprochó a los escritos de Roland atribuir a los difuntos una existencia material con ondas y sensaciones. Pero el cuerpo espiritual es distinto de un vapor impalpable y, justamente, la sensación es inseparable de la vida, trátese de ésta o de la otra. Es un punto de vista materialista vincularlo todo a lo físico. Cuerpo espiritual no significa cuerpo irreal.

GABRIEL MARCEL.— La mayoría de los occidentales, incluso cristianos, no logran captar la idea de un aspecto no objetivo del cuerpo. Sin embargo, es a partir de esta idea como es posible proyectar alguna luz sobre los fenómenos llamados sobrenaturales.

JEAN PRIEUR. — Otro sacerdote, explicando la doctrina espiritista, escribe: «En el hombre, existen el cuerpo, el alma y el periespíritu, o cuerpo astral, o ectoplasma.» Pero el ectoplasma no es en absoluto sinónimo de cuerpo astral, es sólo una materialización parcial y temporal... Personalmente, no la he visto nunca. ¿Y usted, Maestro?

GABRIEL MARCEL.— Sí, la he visto, pero no he realizado las verificaciones experimentales necesarias. Me mantengo muy reservado. Es un fenómeno singular, tan poco espiritual como posible.

JEAN PRIEUR. — Pero hay algo más grave. Leo lo siguiente: «Algunos hechos no tienen todavía explicación parapsicológica y son susceptibles de explicación satánica.»

GABRIEL MARCEL.— Y ¿cuáles son esos hechos satánicos?

JEAN PRIEUR.— La levitación, la predicción exacta y la xenoglosia¹¹.

GABRIEL MARCEL.— A qué se reducen entonces hechos como estos: Cristo caminando sobre las aguas, Cristo anunciando la ruina de Jerusalén, los apóstoles hablando lenguas desconocidas el día de Pentecostés. ¿Estamos en la Edad Media para que se vea al Diablo por todas partes?

JEAN PRIEUR.— Están también los que ven y meten por todas partes el psicoanálisis. Recuerde aquella mesa redonda en la que decía un sacerdote: «Después de Freud ya no se puede decir: Padre nuestro que estás en los Cielos!» ¿No hay Índice para esa gente?

GABRIEL MARCEL.— ¡De todas formas, ya no existe el Índice!

JEAN PRIEUR. — ¡Cuántas barbaridades, por no decir blasfemias se vertieron en aquella mesa redonda! Usted trató de dar altura al debate, de llevarlos a la noción de cuerpo espiritual. Se os dijo que era contradictorio en los términos y literalmente incomprensible. A propósito de la Ascensión, un pastor ironizó a costa de los discípulos que seguían mirando al cielo como gentes que veían desaparecer un avión. «Sabemos, concluía doctamente, que en el espacio no hay ni arriba ni abajo.» ¡Gracias por la información!

GABRIEL MARCEL.— El único que dijo cosas positivas e inteligentes fue el ortodoxo. A propósito de la transfiguración, recordó que en su Iglesia es una fiesta muy importante, ¡porque manifiesta la realidad del cuerpo de gloria!

JEAN PRIEUR. — La mayoría de los cristianos occidentales, siguiendo a muchos sacerdotes y pastores, han perdido los conocimientos esotéricos¹². Los teólogos han retirado la llave del

¹¹ *Xenoglosia*: Facultad de hablar un idioma extranjero sin haberlo estudiado (NdT).

¹² *Conocimientos esotéricos*: Los conocimientos que no pueden ni deben ser vulgarizados, sino comunicados solamente a un pequeño número de iniciados

Los "muertos" han dado señales de vida

conocimiento. Ellos no han entrado y se lo han impedido a los que lo pretendían

GABRIEL MARCEL.— (abriendo un ojo sospechoso). —¿De qué se trata?

JEAN PRIEUR. — ¡Del mismo Cristo!

GABRIEL MARCEL.— Tengo que ver. Tengo que coger mi Biblia... No, no..., déjeme hacer (algunos libros caen rodando y el filósofo consigue la Biblia). ¡Aquí está! ¡Tome y busque!

JEAN PRIEUR. — Tardaré mucho. Viene en el Evangelio de Lucas. ¡Aquí está! ¡Ya lo he encontrado! ¡Lucas 11, 52! «Ay de vosotros, los doctores de la ley, porque habéis retirado la llave del conocimiento! ¡No habéis entrado y se lo habéis impedido a los que iban a entrar!»

GABRIEL MARCEL.— ¿Cuál es la palabra griega a la que traduce aquí conocimiento?

JEAN PRIEUR. — *Gnosis*. Lucas es el único evangelista que la utiliza. Para mí, esto no ofrece ninguna duda, se trata de conocimiento esotérico, de inteligencia espiritual. Se ha minimizado demasiado el papel de la inteligencia en estas cuestiones. En este versículo 52, ni la fe ni la conversión son motivo de discusión, es la aproximación mediante el entendimiento de las cosas ocultas.

GABRIEL MARCEL.— La interpretación resulta atractiva, ¿pero es la adecuada?

JEAN PRIEUR.— ¡Estoy convencido! Otras Bíblias traducen *gnosis* por «ciencia». Creo que conviene reservar la palabra ciencia a lo que dice relación a lo cuantitativo y a lo objetivo. Como ella sólo se interesa por lo que es mensurable, la ciencia es sólo una parte, la parte exterior del conocimiento.

GABRIEL MARCEL.— Y el remate de la bóveda del conocimiento es el pensamiento de lo indestructible... indestructible que yo identifico con la inmortalidad.

JEAN PRIEUR.— ¿Cree usted que en nuestra época la inmortalidad es algo más que un hermoso riesgo?

GABRIEL MARCEL.— Sobre esto, yo no sé más que usted. Le devuelvo la pregunta.

JEAN PRIEUR. — Sí, yo creo que es más que un hermoso riesgo. Tenemos testimonios, experiencias que han marcado a las edades anteriores. En este campo, también hay un progreso. Tengo la impresión de que existe una concomitancia entre las grandes pruebas del siglo XX y la aparición de los mensajes crísticos. Así en Francia, después de la guerra 14-18: Pierre Monnier; después de la guerra 39-45: Roland de Jouvenel.

GABRIEL MARCEL.— ¿Y cuáles son para usted los criterios de autenticidad?

JEAN PRIEUR. — El valor espiritual del mensaje y sus resultados

GABRIEL MARCEL.— Pienso en efecto que hay que fijarse en los resultados. He observado que el contacto con estas realidades contribuye a crear en el ser un extraño poder de irradiación.

JEAN PRIEUR. — No conocemos las cosas en su principio, en su esencia, pero las conocemos en sus efectos y consecuencias. Juzgáis del árbol por sus frutos..., no es posible salir de aquí. Ahora bien, los frutos son de buena calidad. Los frutos se llaman paz, fe recuperada, conversión, misterios aclarados, surgimiento de esperanza, consolación.

GABRIEL MARCEL.— ¿Se permite todavía hablar de consolación?

JEAN PRIEUR. — ¡No lo creo! Por las últimas noticias, el Cristianismo no lo es, no es ya una religión de consolación. Es posible incluso (ya todo es posible) que ya no sea una religión... ¡Una pregunta más, Maestro! ¿Qué título dar a nuestro diálogo? Al principio, yo había pensado en «Inmortalidad», puesto que este tema está en el centro de su obra, tanto dramática como filosófica. Pero esta palabra sólo se encuentran dos veces en el Nuevo Testamento.

GABRIEL MARCEL.— ¡En san Pablo sin duda!

JEAN PRIEUR. — ¡Y sólo en él! En cambio, existe una un bellísima expresión que es como un leitmotiv de la Nueva Alianza: «El siglo futuro...» En latín, es más expresivo: «*Saeculum venturum*¹³.» Este

¹³ Últimas palabras del símbolo de Nicea: «Espero la resurrección de los muertos y la vida del siglo futuro... *et vitam saeculi venturi*»

Los “muertos” han dado señales de vida

participio de futuro, que existe también en griego y que nos falta en francés, indica claramente que la cosa es inminente, que sucederá enseguida. Nada sino este futuro próximo afirma la resurrección inmediata en el mundo espiritual.

GABRIEL MARCEL.— ¡Parece que le preocupa mucho su participio de futuro¹⁴!

JEAN PRIEUR. — ¡Sí, mucho! Soy muy sensible al lenguaje.

GABRIEL MARCEL.— Tiene razón: el lenguaje es la morada del ser!

«No veo por qué estos hechos son calificados siempre de marginales y de excepcionales, cuando tanta gente ha podido constatarlos, vivirlos. Desde que me dedico a estas cosas, estoy asombrado de la cantidad de personas que han tenido experiencias y que no se atreven a hablar de ellas...»

En la época en que yo decía esto, es decir en diciembre de 1970, *Les Temoins de l'invisible* aún no había aparecido y mi campo de investigación era bastante limitado.

Cuando el libro llegó al público, las lenguas se desataron, hubo correspondencia y los testimonios me llegaron de todas partes: desde Douai hasta Marsella, desde Menton hasta Amiens, desde Agen hasta Nancy, desde Bretaña hasta Córcega, desde Mauritania hasta la Suiza francesa. También París escribía mucho. Para conseguir lo extraño no era necesario ir al Tibet, o a la India, o al monte Tabor.

Mi asombro de 1970 no hizo por tanto sino crecer y embellecerse. Constaté que Francia y los países francófonos no tenían nada que envidiar a los países anglosajones considerados punteros. La única diferencia entre nosotros era el temor al ridículo, la necesidad de hablar de los fenómenos a medias palabras —en pocas palabras, se continuaba en la clandestinidad.

1. Otro ejemplo de participio de futuro: «*Vigilate ergo, quia nescitis qua hora Dominus vester venturus sit!*» («Vigilad por tanto, porque no sabéis a qué hora vendrá vuestro señor.» [Mt. 24, 42])

A partir de entonces, disponía de tal número de experiencias psíquicas no provocadas que se imponía una nueva obra. El título, ya lo tenía, se encontraba en el capítulo titulado «El país donde siempre se llega»: «Los “muertos” ya no se callan, han dado señal de vida, han dado las señales de la vida.»

Les Témoins de l'invisible fundaban su descripción de los mundos espirituales en los mensajes llegados de las esferas crísticas. *Cet au-delà qui nous attend* y *L'Apocalypse, révélation sur la vie future* continuaban esta búsqueda en el plano de las Escrituras.

En estos tres casos, tanto si se trata de revelaciones privadas como de la Revelación a secas, las aproximaciones del más allá se situaban en el plano del conocimiento de los textos y se referían a intervenciones de lo invisible, surgiendo en un pasado que se extendía desde los profetas hasta la Segunda Guerra mundial.

Ahora bien, lo único que nos convence realmente es lo que es actual y actualizado. A fin de cuentas, lo moderno, lo práctico, lo objetivo, lo vivido por nosotros que arrastran nuestra condición. Sólo creemos las experiencias vividas por otros, en otra parte y en otro momento, si son confirmadas, aquí y ahora, por nuestras propias experiencias, por las manifestaciones que nos envían los que hemos conocido aquí y que nos han precedido allá... o allá-arriba.

He aquí por tanto unos hechos que me han sido confiados por amigos, por lectores y lectoras convertidos en amigos. Los que los han recibido, en la intimidad y el secreto, son nuestros contemporáneos y nuestros compatriotas. Han asumido la responsabilidad de hablar, me han hecho el favor de comunicarme sus testimonios, haciendo así partícipes a los demás de sus carismas y de sus descubrimientos.

A veces han pedido que se cambien sus nombres, por tratarse aquí de cosas confidenciales, cuestionando directamente a personas que no siempre comparten sus ideas. Interviene también otro sentimiento: entregando sus nombres, temen profanar lo que consideran como sagrado y perder en consecuencia la gracia que les ha sido confiada. Lo que importa no son ni los nombres, ni los lugares, sino los hechos. Lo que importa es el contacto restablecido, esa anticipación al encuentro eterno.

Los “muertos” han dado señales de vida

Estos casos espontáneos suponen una contribución indispensable para nuestra exploración del mundo invisible, vuelven a dar contenido, sangre, a tantos conceptos vacíos de su esencia. Nos permiten armonizar conocimientos dispersos y dedicar al estudio de la vida futura ese espíritu de organización, de análisis y de descubrimiento que aportan los humanos en todos los demás campos.

Capítulo 2

Migajas de milagros

Si nosotros podemos acercarnos al más allá a través de las distintas religiones (con la condición de que hablen de él), de la filosofía platónica, de la mitología (con la condición de que sepamos descifrarla), del espiritualismo (con la condición de no hacer de él un juego), el más allá hace a veces, espontáneamente, el camino inverso. Puede venir a nuestro encuentro por etapas y dirigirse a nosotros a través de esas migajas de milagros que son las señales concretas.

La señal, irrupción de lo invisible en lo visible, manifiesta una presencia, cuando uno cree estar en el exilio y en la soledad. Sostiene cuando uno se encuentra en el horno de la prueba. Entregada gratuitamente, por amor, nos espera en el secreto y en el silencio. Viene una vez: es un cometa que atraviesa nuestro grisáceo cielo de cada día. Si uno quiere que se repita, se sustrae. Aparece libremente, a su hora. No es posible obligarlo. Es una piedra preciosa que surge entre los guijarros del camino escabroso. Es necesaria frente a nuestra incredulidad. Como la señal es personal, los demás no pueden comprenderla. No conocen la preocupación, la interrogación de la que ella es la respuesta.

La señal instruye, aconseja, alegra, anima. El cielo envía señales, pero no siempre son recibidas como tales: muchos de los nuestros están sólidamente acorazados.

El cielo permite que nuestra noche no sea demasiado oscura, pero prohíbe que se le haga violencia. No se puede lanzarle ultimatum.

El anillo de cristal

Los “muertos” han dado señales de vida

Una vieja señora de Nancy, la Sra. Lemerle, profesora de Letras en esta ciudad, ofreció a la Srta. Royan, *Au diapason du ciel* que acababa de aparecer.

Las dos amigas se habían sentido impresionadas, entre otras cosas, por la señal del domingo 8 de junio de 1947. Uno de los vasos de cristal, que rodeaba el retrato de Roland, fue encontrado cortado por arriba como por un diamante. De ello resultó un brazalete transparente, de dos centímetros de ancho. Y Roland dictó: «Ésta es la alianza nupcial de tu vida futura. Trata de hacer sonar este círculo de cristal. Con sus sonidos puros te dará el diapasón de una sinfonía celeste.»

Con las indicaciones de Roland, Marcelle de Jouvenel trató de hacer sonar esta alianza. No obtuvo ningún sonido. La explicación se le iba a dar al domingo siguiente:

«Tu estado de espiritualidad debe irradiar sobre todo. Las vibraciones santas deben elevarse desde ti como el sonido de una campana. Pero esta resonancia, sólo podrás conseguirla si eres pura como el cristal.»

Marcelle de Jouvenel muestra a su amiga, Marguerite Maze, su decepción a propósito de los sonidos que debía reproducir el círculo milagrosamente cortado por una mano invisible. Esta última se apodera de él, lo golpea contra varios objetos, pero el sonido se sigue siendo bastante apagado.

«Roland nos ha engañado», dice su madre, siempre escéptica.

Sin embargo, Margerite Maze tiene la idea de golpear el brazalete transparente contra cristal; resuena enseguida un sonido puro.

La lección estaba clara: sólo el cristal puede hacer que el cristal suene, sola la pureza encontrará la pureza.

Las dos amigas de Nancy se entretienen toda una tarde con la señal recibida por las dos amigas de París.

Al cabo de algún tiempo, murió la Sra. Lemerle. Era en 1952. La Srta. Royan pensaba con frecuencia en ella que la había introducido a través del pensamiento en el mundo luminoso que describe Roland.

Un día, al abrir su aparador, se dio cuenta de que uno de sus vasos aquí ha sido como cortado con diamante. Ella también encontró un

brazalete de cristal. La Sra. Lemerle le daba señal de vida.

El fenómeno, que el entorno de la Sra. Royan atribuyó a la acción de ultra-sonidos, jamás se había producido en su casa y jamás volvería a producirse.

Recorte en zigzag

Brigitte, que fue amiga personal de Gabriel Marcel, conversa sobre el filósofo con una joven pareja a la que ella ha invitado.

«Lo que en él era extraordinario, dice ella, era su capacidad de acogida, su interés por los seres y sus problemas, la implicación en sus dificultades y en sus alegrías...»

Y añade en su pensamiento:

«¡Sí, pero era un ingenuo!»

Apenas ha formulado este juicio, ella misma se lo reprocha. Le parece injusto, indigno, y está muy descontenta consigo misma. Como para liberarse de esta mala conciencia, como para hacerse perdonar, dice en voz alta:

«Gabriel Marcel creía en las señales. Además, tenía el mérito de decirlo... Yo también creo en las señales.»

En ese momento, se oye un estallido, como una pequeña detonación. Todos se sobresaltan. Brigitte se levanta, se dirige hacia el mueble de dónde procede el inusual ruido y constata que uno de sus vasos de whisky se ha partido en dos. Lo más extraño es la forma de romperse. No es un brazalete como en el caso anterior, ni una diagonal, como a veces ocurre, sino un corte en dientes de sierra, apareciendo los dos bordes del zigzag como sólidamente imbricados.

Los tres amigos miran en silencio el objeto convertido en extraordinario. El joven, particularmente emocionado, pide llevarse, como recuerdo y como prueba, el vaso convertido de repente en una señal.

Las sorpresas de la fotografía

Los "muertos" han dado señales de vida

Testimonio de una francesa que vive en Chile:

«Como el trasatlántico, que me llevaba de Francia a Santiago, hacía escala en La Habana, decidí telefonear a los Whitmarsh, unos amigos que había conocido en Noruega y a los que había perdido un poco de vista.

«Fue la Sra. Whitmarsh la que respondió; me dijo que su marido había muerto hacía algún tiempo.

«"Te contaré de viva voz en qué circunstancias. Jacqueline, es absolutamente necesario que nos veamos un poco detenidamente. ¿Cuánto tiempo puedes quedarte en La Habana?

«- Unas veinticuatro horas.

«-¡Muy bien! Paso a recogerte a bordo y te quedas en mi casa. Tenemos muchas cosas que contarnos..."

«Entre estas cosas, estuvo la historia de Muñeca.

«"A propósito, pregunté, qué ha sido de tu perrita de Pomerania?

«-¿Muñeca? Murió en París. La hicimos enterrar en el cementerio de perros. Esto ocurrió poco antes del nombramiento de mi marido para Tokio. Aprovechando una de sus misiones en Francia, nos acercamos a este cementerio que se encuentra entre Asnières y Clichy..., y tomamos unas fotos que fueron reveladas en Japón. ¡Estas son las fotos! Dime, ¿qué es lo que ves?

«- Pues..., una pequeña tumba con el nombre de Muñeca...

«-¿Y al lado?

«- Ah, por ejemplo, la misma Muñeca, con la cabeza y las patas delanteras muy claras; Muñeca completamente blanca como ella era... Se destaca claramente sobre un fondo oscuro. Pero ¿quién es esta mujer de pelo negro, muy nítida también?

«- No lo sé. No comprendo qué pinta aquí esa desconocida.

«- Habría que enviar esta foto al Instituto metapsíquico...

«- Eso es lo que hemos hecho".»

No es seguro en absoluto que Muñeca haya montado una guardia permanente sobre su tumba, pero es sumamente probable que haya seguido a sus dueños hasta aquí.

Los aparatos fotográficos hacen grandes servicios en estos campos, porque no tienen subconsciente y porque no sufren psicosis de duelo.

Vuelo planeado de un retrato

M. Lebois está absorbido por una obra dedicada al estudio de los fenómenos psíquicos. Su mujer, médium no profesional, está a su lado. Hizo aquí enfrascado en el capítulo que trata de la telekinésia y de las materializaciones, capítulo en el que puede leerse especialmente:

«El alma dispone, en el plano físico, de ciertas substancias y energías que le permiten dar forma, dirigir y animar a la materia palpable del cuerpo... Oliver Lodge que había dudado, Myers que había dudado, Flournoy que había dudado, Feilding que había dudado, Carrington que había dudado se convencieron al fin y al cabo de que los fenómenos de telekinésis eran absolutamente reales...»

¡De repente, oyen en la habitación de al lado, en el salón, un ruido seco, una especie de clac! Se levantan y se dan cuenta de que un retrato enmarcado bajo un cristal se ha desprendido de la pared para caer en medio del salón, con la cara contra el parquet; el cristal está intacto.

1. Si se tratase de una caída normal, el retrato se habría deslizado a lo largo de la pared y se habría roto. Ahora bien, cayó en un vuelo planeado, describiendo una parábola y contraviniendo así las leyes de la gravedad.

2. Se trata de una caída paranormal, que sucede en el momento oportuno. Se le quiere demostrar a M. Lebois que los fenómenos de telekinésia y de levitación son reales. La lección de las cosas debe confirmar la lectura y la reflexión a las que él se entregaba.

3. El fenómeno ha sido posible porque estaba a su lado de su mujer. La inteligencia invisible que quería dar esta señal sacó su fuerza de esta excelente médium.

Yo había pedido una señal

Los “muertos” han dado señales de vida

En la época del *Au diapason du ciel*, Marcelle de Jouvenel era todavía frágil, se sentía a la vez atónita e inquieta, feliz y aterrorizada por lo que le sucedía. Esta fue la impresión que percibió Louis Amade cuando la conoció en circunstancias que yo había indicado muy brevemente en «¿Quién es Roland? y que conviene recordar a la luz de su testimonio.

Marcelle de Jouvenel tenía problemas con los destrozos de guerra de La Rocheville, que había sido ocupada sucesivamente por los alemanes; después, de 1946 a 1952, por más de ciento cincuenta antiguos prisioneros polacos repatriados de los campos rusos. Telefoneó pues a la prefectura de Versalles, pidiendo hablar con el director del gabinete. Este último recibió la comunicación y le dio cita.

El día señalado, fue recibida por este alto funcionario, amable meridional que arregló inmediatamente este asunto. Ella no sabía que tenía delante al poeta Louis Amade, el autor de *Tempête étoilé* y de *Fontargente*, apasionado de la música, de los platillos volantes y de las ciencias ocultas.

En el momento de despedirse, él le preguntó:

«¿Es usted pariente de la Sra. de Jouvenel que publicó *Au diapason du ciel*?»

– ¿Cómo? ¿Conoce usted mi libro?

– ¡Ah! ¡si lo conozco! ¡Se lo ruego, vuelva a sentarse! Tengo muchas preguntas que hacerle.»

«Le pregunté si estaba segura de no ser juguete de un estado inconsciente en el que únicamente el dolor guiase su mano sin el artificio de ondas extra-normales. Ella mostró como una especie de tristeza de que mis preguntas concretas pudieran suscitar una duda sobre los hechos. Me juró por su soledad desamparada que sus tardes estaban a la vez tan llenas por el terror del retorno como por el cariño de la espera¹⁵.»

Pero una oficina, en la que sonaba continuamente el teléfono, no es

¹⁵ Louis Amade, en *Il faut me croire sur parole* (Julliard), capítulo titulado: «La foto de Renaud.»

el lugar ideal para encuentros de este tipo. Por eso le pidió que viniese a pasar una velada con ella, en rue de Rivoli.

«Me gustaría mucho, añadió, que viera los sitios donde vivió Roland. Llámeme cuando tenga una tarde libre.»

Una tarde, Louis Amade telefoneó:

«¿Puedo ir?»

— ¡Le espero!»

Llegó hacia las nueve, al 194 de la rue de Rivoli. Anna le hizo entrar en el salón rojo y oro, él esperó solo un rato bastante largo. Admiró como experto los muebles Imperio, pero fue una especie de altar, el que atrajo su atención. Encima de una mesa de madera preciosa, un gran retrato de Roland en un marco de plata estaba rodeado de una cuarentena de otras fotos de todos los formatos. Sobre aquellos rostros jóvenes velaba un ramo de claveles rojos.

En aquella época, Louis Amade, en plena búsqueda de lo extraño, deseaba la aparición de aquellos fenómenos que en otro tiempo le habían impresionado. Y, contemplando aquellas miradas intensas, aquellas flores frescas, toda aquella vida irreprimible, se decía:

«Es necesario que ocurra algo. Pido que ocurra algo.»

Finalmente Marcelle de Jouvenel, que hacía siempre esperar un poco a sus visitantes y que se esmeraba en sus entradas, apareció sencilla y como una reina:

«Sabía que vendría.»

La sombría y discreta Anna sirvió el café.

«¿Qué fotos son esas? preguntó Louis Amade.

—Me las han enviado los lectores. Esos jóvenes desaparecidos se han convertido en compañeros de Roland. Todos viven en el mismo país.»

Le habló del joven muchacho, de sus amistades, de sus cualidades psíquicas y de algunas alegrías de su corta vida, pero no le mostró su habitación, cerrada siempre con llave. En aquella época, ni siquiera ella entraba jamás, sólo entró al cabo de catorce años; sólo entraba para airearla y limpiarla.

Le explicó de nuevo cómo escribía con profusión bajo el dictado interior y cómo esperaba y temía a la vez aquellos encuentros de la noche o del amanecer.

Los “muertos” han dado señales de vida

De repente, un estallido, un pequeño ruido seco como el que hacen los pistones debe una escopeta de niños..., y todas las fotos, excepto la de Roland, caen como un castillo de naipes que se hunde. Los claveles se agitan levemente.

«Pero ¿qué ocurre? exclamó ella con voz blanca.

– ¡Nada grave!» respondió el escritor que se levantó, recogió las fotos y las volvió a colocar en torno al marco de plata que no se había caído. «Nada grave, su hijo nos hace simplemente saber que está aquí con nosotros.»

Pasó un ángel... Esto no es una fórmula. Marcelle de Jouvenel, conmovida, sirvió una segunda taza de café para disimular. El visitante, muy impresionado también, se levantó:

«Señora, mientras la esperaba, he pedido una señal. Ahora, ya puedo irme, esa señal se ha producido.»

Ella no lo retuvo, necesitaba volver a encontrar su parte de vida secreta.

Átomos y cristales

Miércoles 9 de diciembre de 1970, estoy leyendo el libro de Leslie D. Weatherhead: *Life Begins at Death*. Es un diálogo bien estructurado sobre el tema de la supervivencia. Sin embargo estoy decepcionado, no encuentro argumentos que lleven a la convicción. Para admitir lo que dice el reverendo Weatherhead, hay que ser ya creyente, hay que profesar ya la autenticidad y la veracidad de la Biblia. Demostrar o tratar de demostrar la supervivencia mediante los mensajes crísticos o a través de la Biblia, ¿no es demostrar una cosa por ella misma? Necesitaría remontarme más lejos, más arriba..., encontrar en el campo lógico algo evidente, irrefutable.

¿Cómo anunciar la vida futura a personas que no creen ni en Dios, ni en la creación? Había oído al Profesor Monod decir, en la televisión, que el mundo es el resultado del azar y que el hombre es el premio gordo de la lotería cósmica. «El hombre, decía él, desciende de un pez

que, un día, tuvo la idea de aventurarse en la tierra firme.» Sé que hay una manera científica de decir ingenuidades y me preguntaba cómo responder matemáticamente, científicamente, al argumento del azar.

La respuesta la iba a encontrar en el libro de Paul Misraki, *Playoyer por l'extraordinaire*, que me confirmó en la intuición de que la posición de Monod era la del siglo XIX:

«La explicación de la evolución universal por una serie de golpes de suerte y de accidentes puramente aleatorios tuvo un éxito tan clamoroso que son muchos los que tratan todavía hoy de agarrarse a ella. Pero su posición ya hace tiempo que no se tiene pie.

«Desde el primer cuarto del siglo XX, se vio que la complejidad de una molécula de materia viva hace infinitamente poco probable la intervención del solo azar en su formación. Según el cálculo de probabilidades, el tiempo necesario para la producción de una sola de estas moléculas por azar sería de 10/234 miliardos¹⁶ de años (mientras que la tierra, nuestro planeta, sólo existe desde hace cuatro miliardos de años). El mismo problema se plantea cuantas veces aparecen niveles en la organización de la vida...»

Si el problema produce ya tanto vértigo a nivel de la simple molécula, ¿qué será al nivel de órganos tan complejos como el hígado, el cerebro o el ojo, tanto si se trata de órganos de animales como de hombres? Se deben alcanzar cifras mucho más inverosímiles que los 10/234 miliardos.

En esta época¹⁷, doy lecciones de filosofía, lo que me ha obligado a repasar ciertas cosas. Me he quedado sorprendido, sobrevolando la filosofía antigua, de esa relación del atomismo griego y de la creencia en el azar, es decir de la incredulidad. Los argumentos de Lucrecio y de Epicuro son los de Monod. Pero Lucrecio y Epicuro tienen la excusa de no tener detrás de ellos siglos de biología, de física, de química y de matemáticas.

En todo caso, le estoy muy agradecido a Monod por haber llevado agua para mi molino supervitalista. Dijo él, siempre en la televisión:

¹⁶ Miliardo: Mil millones (NdT)

¹⁷ Finales de 1970.

Los “muertos” han dado señales de vida

«¡Para mí, lo que es fundamental, es la ley de la conservación de la energía!»

¡Esta frase fue un rayo de lujo! ¡Por su puesto! ¡Cómo es que yo no había caído antes en ella! ¡Ley de conservación de la energía! ¿Por qué la energía psíquica y espiritual iba a ser la excepción? ¡Indestructible, irreversible! Lo que existió un día existirá siempre.

Vuelvo a mi lectura de *Life Begins at Death*, porque era necesario comprender en qué conjunto de circunstancias se produjo el siguiente acontecimiento psíquico, notable por su claridad.

Estoy echado en mi sofá rojo, el libro se me cae de las manos y me hundo en un medio-sueño. Digo medio, porque estoy completamente lúcido. Veo una danza extraordinaria de átomos, danza organizada, concéntrica, no vertical ni oblicua. Todo en una luz dorada, muy hermosa, muy suave. Veo esto con los ojos cerrados. Me viene la idea de abrirlos, pero ¿no voy a hacer que desaparezca enseguida la visión maravillosa? ¡Mala suerte, asumo el riesgo! La buena idea que he tenido, no queda interrumpida sin embargo. Prueba de que no es transmitida por los ojos físicos.

Continúa la visión. Ahora aparecen cristales, minerales geométricos, grandes poliedros, siempre en medio de la luz dorada. Me digo: ¡Qué magnificencia! ¡Ojalá que esto continúe! Ojalá pueda pasar a las eflorescencias, ojalá llegue a alcanzar los esplendores del mundo vegetal. Pero no lo consigo, me vuelvo a encontrar en mi sofá..., con mi nostalgia.

Esta ilustración (en el doble sentido de iluminación y de imagen) tenía sin duda como fin mostrarme la realidad de la visión a través de los órganos espirituales, puesto que la imagen continuaba, estuvieran los ojos abiertos o cerrados. Por añadidura, el baile de los átomos convergentes hacia un centro hacía pensar que la caída de estas partículas según el *clinamen* descrito por Lucrecio no respondía a la realidad y que, por consiguiente, el atomismo de Epicuro, generador del materialismo, no tenía fundamento físico.

Como si ella la hubiera escrito con su mano

En el mes que siguió a la muerte de Marcelle de Jouvenel (Ascensión, 1971), Marthe Brialix, su secretaria, su amiga íntima, tuvo un sueño en el que había dos personas: una mujer y un hombre, que debían poner orden en una casa. Y la *voiceless voice* dijo:

«Será necesario dejarles la libertad total y completa en mi apartamento hasta que hayan arreglado mis asuntos.»

Dicho esto, se despertó, cogió un lápiz y transcribió enseguida sobre un mal trozo de papel lo que había oído.

Al día siguiente, cuando yo llegué a la *rue de Rivoli* para ayudarle a clasificar los papeles de nuestra amiga, me contó el hecho y me mostró lo que llamaba su garabateo de la noche.

Yo le pregunté, sorprendido:

«¿No ha observado nada?

—¡Oh! garabateé medio dormida. El comienzo, como ve, es en taquimecanografía, ...

—Sí, el principio en taquimecanografía, pero lo demás... esta no es en absoluto, pero en absoluto, su letra. ¡Oh! ¡es extraordinario! El resto es escritura idéntica a la de la Sra. de Juvenel. *Es como si ella la hubiera escrito con su mano...*»

Este fenómeno de escritura directa, muy destacable y muy fugaz, jamás se ha vuelto a producir.

Los “muertos” han dado señales de vida

Capítulo 3

Concomitancias de fechas, de palabras y de destinos

27 de abril 1920- 27 de abril de 1955

Extracto del diario de Marcelle de Jouvenel:

Misa mayor en la catedral. Desayuno en casa del director de antigüedades en Sidi-Bou-Saïd. Cansancio extremo. Vuelta, sensación de desánimo. Cuando llego a mi habitación no puedo más y me echo en la cama. Llaman a la puerta: es mi amiga, Marie Bligny.

Con cara preocupada, me pregunta:

«¿Has leído el periódico de hoy?»

- ¡Oh, la verdad que no!

- Hay algo que se refiere al *Au diapason du ciel...* Tu libro ha sido incluido en el Índice¹⁸ por un decreto del Santo Oficio con fecha de 27 de abril de 1955.»

Sin embargo, en el fondo de mí misma, tengo como una sensación de alivio: lo que me temía se ha cumplido. Un apoyo más que se viene abajo, ¿debe uno despojarse hasta de su propia fe? ¿Por qué este

18

Índice. El Índice de libros prohibidos es un catálogo de libros que se introdujo después de la prohibición dictada por el concilio V de Letrán (1515) de imprimir libros sin la autorización del obispo.

añadido de aplastamiento? Lo que me extraña es que Roland no me haya advertido. Y pido permiso a mi amiga para releer enseguida los mensajes recibidos el 27 y el 30 de abril de 1955.

«Mami, van a llegar acontecimientos que te sorprenderán, forman parte del orden de tu destino espiritual, no tienen raíces materiales, pero sin embargo se apoyan en ellas. Como la golondrina migratoria, salen de los cuatro puntos del mundo para llegar a ti.»

Todos los grandes periódicos, en efecto, reprodujeron el decreto del Santo Oficio.

Noche del 8 al 9 de mayo de 1955

Noche de prueba, no puedo dormir, voy, vengo, examino y vuelvo a examinar papeles. Entre mi correspondencia, encuentro una carta recibida en el aniversario de Roland: «Querida Señora..., todos los que asumen esta tarea vivirán las mismas luchas, las mismas persecuciones. Desde el principio, fueron descritas para la Sra. Monnier. Hace treinta años, ya se lo advertía Pierre.»

27 de abril en 1920

«Mamá, mi pequeña mamá, ¿qué has de temer a los hombres? ¿No eres la portavoz de los espíritus y de los ángeles? ¡Manténte firme y reza!»

¿Qué extraña intuición movió a esta muchacha a escribirme una carta así en el aniversario de Roland?

9 de mayo de 1955

«Supera los acontecimientos. Esto es sólo un hecho, nada más. Todo lo que tiende a empequeñecer una obra de fe, no sólo no la desacredita, sino que la engrandece. Si, realmente, piensas que todo está en las manos de Dios, la rebelión es imposible. Mami, tú eres sólo una pluma en el viento. En cualquier circunstancia, aprende a sacar provecho para tu vida espiritual.»

«Reza, implícate en profundas meditaciones, los ángeles están contigo, poco importan los hombres. Sigue el camino que te he trazado, incluso a través de la prueba. La prueba da ánimos, a ti te han faltado desde hace algún tiempo, porque cedías al temor. »

Los "muertos" han dado señales de vida

«Toda cobardía en el camino místico se paga.»

«Con relación a quién estás estás herida? No con relación a Dios, porque sabes el bien que ha hecho mi obra y tu conciencia está en paz. Sólo estás herida con relación a tus semejantes. »

«El día en que te has enterado de esta noticia es el de la fiesta de Juana de Arco; aniversario simbólico: prueba, condena... »

Hace treinta y cinco años, día tras día, la Sra. Monnier recibía de su hijo este mensaje de ánimo: «Manténte firme, ¿qué puedes temer de los hombres?»

15 de marzo de 1916-15 de marzo de 1945

El 15 de marzo de 1945, en los últimos días de la guerra, en Oberhofen, a un oficial de veintiséis años, Jacques Arreau, lo matan llevando a pie sus carros al combate...

Años más tarde, su padre durante un doloroso insomnio, como tantos que conoció, piensa en Oliver Lodge y en su hijo Raymond. Envidia el privilegio de este padre que tuvo tantos contactos con su hijo muerto durante la Primera Guerra. ¡Cómo le gustaría, a él también, recibir una señal!

Entonces, el Sr. Arreau oye una voz interior que murmura claramente: «¡Mira el cuaderno negro!» Obedece la sugerencia, abre el grueso cuaderno de 300 páginas con cubiertas negras donde, desde hace más de treinta años, escribe los poemas que compone de vez en cuando. Recuerda que un día, en su ausencia, Jacques, de dieciocho meses, había garabateado toda una página. El Sr. Arreau encuentra esta página: es la 28; encuentra también la fecha que él había anotado: esto ocurrió el 14 de diciembre de 1920.

Pues bien, en la página 28, había justamente un poema titulado: *A los muertos el 15 de marzo*. Este poema lo había escrito el Sr. Arreau en memoria de sus camaradas, muertos el 15 de marzo de 1916, en Massiges, por un obús de grueso calibre.

Así Jacques, niño todavía, había dibujado con veinticinco años de antelación la fecha de la muerte del Jacques oficial. No había

comprendido lo que hacía, pero como los niños son notables médium, tanto más notables cuanto que no son conscientes de ello, hay motivo para suponer que su mano fue guiada por un ser espiritual, sin duda un miembro de la familia, enterado de su destino.

Jacques era demasiado pequeño para saber que la muerte existe, pero Laurette, con seis años, lo sabía. Y con toda serenidad, le dijo a su madre una hermosa mañana:

«Sabes, mamá, es hoy cuando debo morir!

—Vamos, Laurette, no hay que decir semejantes tonterías.

— ¡Sí, sí! pero te lo aseguro...»

Por la tarde, el padre llevó a Laurette a dar un paseo por el campo. Había una máquina en marcha. Curiosa, la pequeña se acercó... Un trozo de su bufanda fue atrapado por la máquina... Laurette murió sin más.

Las plumas plateadas

El 28 de agosto de 1960, un joven suizo de 26 años, Jean Aiglant, moría en un accidente de montaña. Al día siguiente por la tarde, una amiga de su madre recibió de él, por escritura automática, el siguiente mensaje:

«Estoy aquí, señora. ¡Si usted pudiera decir a mi mama lo feliz que soy! Por fin he encontrado lo que tanto he buscado: el amor total de Dios. Sí, la caída fue brutal, pero el despertar espléndido, rodeado de una luz inefable. Comprendí que había muerto al ver el amor y la bondad por todas partes, y la belleza también. Mi pequeña mamá, te bendigo por haberme abierto los ojos desde esta tierra a la belleza del reino. No estoy muerto. Es ahora cuando vivo. Sí, soy yo, Jean, quien dice esto.»

Cuando Jean le agradecía a su madre por haberle abierto los ojos a la belleza del reino, aludía a las cartas de Pierre de las que ella le había hablado muchas veces. Después de leer este mensaje, la Sra. Aiglant sintió una paz desconocida hasta entonces. Jean estaba a su lado, ella percibía su presencia y se dirigía a él.

Dos años más tarde, un día cualquiera, la Sra. Aiglant conoció a una

Los "muertos" han dado señales de vida

inglesa que le iba a permitir intensificar el contacto. Uno de sus alumnos de yoga se la había recomendado en estos términos:

«Ya verá, su conversación es apasionante. Sabe muchísimas cosas sobre las cuestiones que a usted le interesan. Es absolutamente necesario que se entreviste con ella. En estos momentos, está de vacaciones en el priorato de La Tour-de-Peilz.»

La Sra. Aiglant escribió pues a miss Berkeley, y se citaron para el miércoles 28 de agosto, en casa de la madre de Jean.

La inglesa se presenta y le habla de sus asuntos como si se conocieran desde siempre; es enfermera en un hospital de Jordania.

«Los cirujanos hacen lo imposible, dice ella, para que yo sea su anestesista, porque jamás he tenido un accidente después de muchos años que colaboro con ellos. Pero en esto no tengo ningún mérito, porque tengo todo un equipo de doctores del más allá que trabajan a través de mí.»

La Sra. Aiglant la escuchaba atónita: en aquella época, ella no conocía el caso del Dr. Lang que atendía y curaba con las manos del ex-bombero Chapman¹⁹. Preguntó a miss Berkeley si conocía la personalidad de aquellos cirujanos que actuaban desde el mundo invisible.

«¡No! respondió la inglesa, pero conozco muy bien la personalidad de mi guía. Se llama Silver Feather. Es un indio de América.»

«¡Pluma de plata! piensa la Sra. Aiglant que no puede menos de sonreír. Pero ¿cómo logran estos ingleses estar siempre acompañados por un guía piel-roja?»

Miss Berkeley abrió su bolso y sacó de él una pluma de metal blanco:

«¡Ahora un aporte! Realmente exagera, pensó la Sra. Aiglant. Sólo los anglosajones admiten semejantes extravagancias.»

Y sólo en 1975 accedió a contar esta parte de la historia.

Pues bien, al día siguiente de la visita de miss Berkeley, cuando entró en la habitación de Jean, cuál no fue su sorpresa al ver, colocada

¹⁹ Ver *Il nous guérit avec ses mains*, Fayard.

sobre la biblioteca, una pluma plateada. Las cortinas estaban echadas, y las dobles ventanas herméticamente cerradas. ¿Querían demostrarle que los aportes existen? Tomó la pluma y la depositó en el cuadro que rodeaba la foto de su hijo.

¿Qué había pasado? No es temerario formular la siguiente hipótesis: Jean ha observado el escepticismo de su madre, ha escuchado la conversación con la enfermera inglesa sobre plumas. Encuentra una: la cosa es fácil, el apartamento de la Sra. Aiglant está situado a una centena de metros del lago Léman donde viven colonias de cisnes. Desmaterializa esta pluma natural, le imprime tal vibración que puede pasar a través de los muros y entrar en un lugar cerrado. Realiza lo que algunos sabios llaman radiotransmisión de la materia sin que puedan realizarlo todavía.

El 31 de agosto, cuando la Sra. Aiglant entró en su habitación, cuyas cortinas estaban echadas sobre las dobles ventanas cerradas, vio de pronto una pluma en su tocador. Sintió como un choque y preguntó: «Jean, ¿eres tú?» Y puso la segunda pluma en el cuadro de su foto.

El 1 de septiembre, sobre la mesa baja del salón, a dos metros de las ventanas, cenadas también y con las cortinas echadas, le esperaba una pluma plateada. Esta vez, se la mostró a su marido, ingeniero, espíritu a la vez positivo y abierto a los problemas metapsíquicos. Y colocó la tercera pluma en el cuadro de Jean.

El mismo día por la tarde, la Sra. Aiglant encontró una cuarta sobre la mesa de la cocina. Cuando una amiga que estaba en casa vio su extrañeza, le dijo: «He descubierto esta pluma en la mesilla de noche de mi habitación. Cuando he querido echarla a la papelera, se ha pegado a mi dedo. Entonces la he puesto sobre esta mesa.»

Cuando ella conoció su origen probable, la invitada le pidió permiso para guardarla.

Al siguiente, domingo 2 de septiembre, era el cumpleaños de la Sra. Aiglant. Su marido fue solo al templo, y luego al cementerio. Cuando volvió, le dijo mientras le entregaba su quinta pluma de color plateado: «Estaba colocada sobre su tumba. ¡Es el regalo de cumpleaños de tu Jean!»

En Londres, en mayo de 1963, la Sra. Aiglant pidió una cita por

Los "muertos" han dado señales de vida

teléfono para ver a la Sra. Bedford, médium que trabajaba en el colegio de *Psychic Science*.

«Fue una secretaria la que me citó para el 19 de mayo a las once, me dice la Sra. Aiglant.»

«Yo no me había entrevistado nunca con esta médium, la cual no sabía por otra parte de dónde venía yo, porque para esta entrevista había dado una dirección londinense. La Sra. Bedford me acogió con estas palabras: "Entre, *dear!* ¿Sabe quién la acompaña? Un joven alto cuyos ojos brillan de emoción, porque la entrevista que preparó desde hace mucho tiempo ha podido por fin realizarse. Siéntese. No me haga preguntas. No hable, porque, si no, usted pensaría que me ha dado indicaciones. Permanezca tranquila, voy a entrar en trance y el mensajero se servirá de mi boca para hablarle."

«Fue muy sencillo: la Sra. Bedford hizo algunas inspiraciones profundas, y pronto dejó caer su cabeza, como alguien que dormita. Una voz masculina me acogió: "Bienvenida, querida amiga. Su hijo está aquí, el mayor de sus tres hijos. ¡Se encuentra en un estado de gran exaltación pensando que vuelve a verla!" A continuación, después de algunas palabras de cariño, el mensajero me dijo: "Jean cayó en Suiza." (Él dice Jean, y no John.)

«"Desea que sepa que no hubo ninguna imprudencia por su parte. Era su hora. La anula de la cintura que sostenía la cuerda se abrió y la cuerda se escapó."» (Este detalle que yo no conocía, resultó exacto.)

«Esta conversación que me conmovió, continúa la Sra. Ainglant, fue también un maravilloso consuelo, porque Jean me dijo: «Soy muy feliz, maravillosamente feliz, aquí... No me gustaría volver a la tierra.»

«Le pregunté si era él quien me había enviado las plumas: "Sí, me dijo, me entretenía demostrándote que muchas veces estoy contigo en el apartamento. Tú has comprendido que la muerte no existe, porque desde mi partida la atmósfera de nuestra *home* ha cambiado; vuestro mutuo sufrimiento os ha acercado mucho.

¡Estoy muy contento con la ampliación de mi foto que tienes en el salón, sobre la cómoda entre las dos ventanas, la enseñas a todos los que vienen a verte!»

«"Yo aquí fui acogido por Granny, por el hermano y la hermana de papá, mis cuatro abuelos y mi pequeño perro negro!"»

El 10 de junio de 1964, la Sra. Aiglant fue al hospital para una grave operación. Sobre su almohada, una pluma le daba la bienvenida.

El 15 de julio, partió en convalecencia a la montaña. Allí fue de nuevo acogida por una pluma colocada sobre la mesa.

En abril de 1965, acudió a una sesión de psicometría a la Asociación de investigaciones psíquicas, en Londres. Cada una de las cinco personas presentes colocó, antes de la llegada del médium, un objeto sobre una bandeja. La médium tomó aquellos objetos, uno después de otro, los mantuvo en su mano unos instantes y describió lo que veía. En último lugar, cogió la pluma que la Sra. Aiglant había depositado y dijo: «Esta es una hermosa prenda de amor y de cariño de alguien que está en la otra vida y que la ama profundamente. Esta pluma no es de este mundo, es lo que nosotros llamamos un «aporte», una cosa rara. Es una prueba que le ayuda en su vida espiritual. Guárdela y acaríciela.»

En mayo de 1969, como todos los años por la misma época, la Sra. Aiglant va a Londres. Llega tarde a su hotel, cuelga su abrigo de una percha y se acuesta. Al día siguiente, cuando se despierta, la señal de amor está allí: una pequeña pluma blanca sobre la espalda de su abrigo.

Su segundo hijo, Jacques, licenciado en derecho y doctor en ciencias políticas, fue durante una estancia en Inglaterra, en 1968, a Belegrave Square. Allí fue recibido por el médium Harold Sharp.

Cuando entró en trance, fue Brother Peter el que habló y Jacques pudo hacerle toda clase de preguntas. En un momento dado, por la ventana abierta, entró una pluma plateada y aterrizó sobre una estantería, detrás del médium. Como la sesión fue grabada, se escuchan las palabras de asombro del joven que exclama:

«Perdone que le interrumpa, Brother Peter, pero acaba de entrar una pluma por la ventana y se ha posado detrás de usted, sobre ese aparador. ¿Cree que puede tratarse de un mensaje del más allá?»

—Sin duda alguna, le fue respondido. Los humanos los reciben constantemente, pero no se dan cuenta de ellos, porque no tienen sus ojos abiertos al mundo espiritual.»

Y la Sra. Aiglant termina así su testimonio:

Los “muertos” han dado señales de vida

«En 1969, durante una estancia en Inglaterra en el Findlay College, especializado en el estudio de las ciencias psíquicas, asistía yo a una sesión cuyo médium era Gordon Higgenson. Éramos una cien personas, todas eran desconocidas para mí, lo mismo que el médium con quien jamás me había entrevistado. Después de distribuir, a uno y otro lado, algunos mensajes, Gordon Higgenson dice: “Me dan un nombre: Madeleine, Madeleine, 19, 1800...” Me quedé completamente atónita al oír pronunciar en inglés el nombre de nuestra calle, el número de nuestra casa y el distrito postal de nuestra ciudad. Cuando preguntó si estas indicaciones se referían a alguien de la sala, levanté la mano. “Sí, ya veo, usted vive al borde de un lago, el lago de Ginebra.” Comenzó a describir nuestra casa y su largo balcón decorado con tres tiestos de geranios rojos... Después añadió: “Su hijo está aquí; le gustaba la naturaleza, los deportes, el ski; iba a la montaña todos los fines de semana. El último fin de semana de agosto, partió... y no volvió”.

Después, el médium se tapó los ojos: «¡Ah! veo el accidente, pero su hijo sonríe y añade: mamá sabe que no estoy muerto. He vuelto a ella muchas veces, la ayudo en su trabajo.»

«Y Gordon Higgenson añade: "Señora, usted tiene en ese bolso, a su lado, la foto de su hijo, en una funda de pasaporte rojo." Todo esto era rigurosamente exacto, y aunque he tenido muchas pruebas de la supervivencia, estaba muy emocionada... Fui al guardarropa... La pluma blanca asistía a la cita.

«En mayo de 1969, estaba de nuevo en Londres con una amiga. Acababa de terminar *Breakout to Creativity*. Lo coloqué en su habitación, sobre su mesilla de noche.

Al día siguiente, ella me preguntó: “¿Has sido tú la que has colocado en tu libro una pluma como señal?” Yo lo había leído la víspera: allí no había nada.

«Para el año nuevo, tuve de nuevo una señal de mi hijo. Como recibí muchas flores y plantas con ocasión de las fiestas, las puse en agua por la noche en la cocina. Las cubrí con una hoja de papel de seda que rocié con agua. Cuidé especialmente una soberbia azalea de la que

quité con cuidado las flores marchitas.

«A la mañana siguiente, descubrí encantada sobre mi azalea, una pluma gris plata.»

2 de mayo de 1940-2 de mayo de 1946

El 12 de agosto de 1975 vuelvo a encontrar un texto que había extraviado durante cinco años: *Je t 'attendrai*, un cuento que había escrito para un gran diario de la mañana y que fue publicado el 12 de agosto de 1953... Pero no es aquí donde se sitúan las coordenadas de tiempo. Este cuento lo volví a escribir, ampliándolo, y apareció una segunda vez, el 2 de marzo de 1961, en una revista bajo un nuevo título: *Ce message*.

En aquella época, mi camino no se había cruzado todavía con el de Marcelle de Jouvenel, cuyo encuentro fue para mí muy importante. Mi ignorancia sobre la *post-mortem* era la de un hombre del siglo XX. Sin embargo, cuatro de los temas que iba a desarrollar más tarde estaban esbozados en el relato que van a leer: la muerte no es un final, la vida y el amor no se extinguen con la destrucción del cuerpo. Por otra parte, tampoco hay soledad; los que hemos amado y los que nos han amado nos acogen en el umbral de la nueva vida: Te esperaré a la puerta.

Pero lo más curioso son los detalles, esos detalles que avalan el conjunto y llevan a la convicción. Hay tres: el nombre de la heroína, Marceline; la fecha de la muerte del joven: 2 de mayo -2 de mayo como Roland; dado que el año 1940 era bisiesto, esto da una probabilidad de 1 por 366; finalmente, el título que, bajo su propia responsabilidad, la redacción de la revista, a su vez inspirada, había dado a mi texto: *Ce message*.

Estas tres coordenadas de nombres propios, de fechas y de palabras produjeron gran impresión en Marcelle de Jouvenel a quien presenté este cuento en diciembre de 1970. ¿No iba a vivir ella misma, cinco meses después, las angustias de Marceline?

Cuantos más años tengo, más me doy cuenta de que la imaginación, con su poder de pensar con imágenes, sólo puede concebir lo que

Los “muertos” han dado señales de vida

existe o existirá, tanto en este mundo, como en el mundo paralelo. Ella se eleva sin esfuerzo de lo conocido a lo desconocido, de lo que se ve a lo invisible, del presente al futuro. Idealiza lo perceptible y hace perceptible lo ideal. Pasa alegremente de las realidades estrechas a las infinidades de lo posible. Ya sea en estado de vigilia (escritura poética, musical o plástica) o en el sueño (sueños y fantasías), ofrece un contacto natural y espontáneo con el más allá. La que ha sido calumniada tratándola de loca de la casa es, en realidad, maestra de verdad y de sabiduría. Refleja en nuestro mental las cosas y los seres de la sobrenaturaleza.

Pronto iba a suceder con *La noche de noviembre* lo que había ocurrido con *Je t'attendrai* convertido en:

ESTE MENSAJE

Marceline mira fijamente la gran isla redonda que la lámpara colgante traza en el techo. El sueño malsano provocado por los calmantes se retira de sus sentidos. De nuevo se siente lúcida. De nuevo ve y oye. Y se acuerda y contempla su vida. Mucha felicidad hace veinte años, durante un tiempo muy corto. Después una soledad larga, muy larga. Sus manos comienzan a apretujar la sábana. Sabe que está perdida. No se preocupa excesivamente. Hace tiempo que esperaba esta noche. Ya no tiene miedo, ya no está mal. Está tranquila, está dispuesta.

Ahora, su mirada viaja en torno a su habitación a la que veinte años de recuerdos han transformado en un museo. Destapa la vieja tapicería por donde se pasean páginas apolilladas. Si no la arrinconó en el trastero, es porque le gustaba a su madre. Vuelve a descubrir la mesa desaparecida bajo los medicamentos ruinosos e inútiles, la fotografía de Yves en uniforme de teniente, en el frente, en 1940... El vaso de cristal que él le había regalado, el gran sillón donde dormita la vieja Alice, envuelta en su chal como un murciélagos con sus alas, el escritorio de madera chapeada en rosa...

El escritorio... ¡y la cantidad de cartas que contiene! Y pensar que, dentro de unos días la Sra. Lionet, su única pariente, registrará legalmente estos cajones, leerá esta correspondencia, conocerá todos sus secretos y sonreirá con desprecio. Marceline está furiosa contra sí misma... Hace tiempo que debería haber destruido todos esos papeles, todas esas fotos. ¡Oh! ¡esta manía de conservarlo todo, de atarse a las cosas como a la gente! ¡Solterona, adelante! Es absolutamente necesario aniquilar lo antes posible esas peligrosas reliquias. A ella le parece bien dejar a la Sra. Lionet sus muebles, sus alhajas, su apartamento, pero no las cartas. Se levanta sobre un codo y llama: «¡Alice!»

Ninguna respuesta: la desdichada duerme, agotada. Dominando su piedad, Marceline repite más fuerte:

«¡Alice!

– ¿Señorita? Perdone, me había dormido. Soy una pésima enfermera. Si se enterase la Sra. Lionet...

– Ella no se enterará. Alice, voy a pedirle una cosa, pero no puede negármela... Prepáreme un fuego.

– Pero, señorita, en esta chimenea no se ha hecho fuego desde la guerra. Jamás ha sido deshollinada. Puede provocar un incendio.

– Se lo ruego... ¡hágame este favor!

– ¿Tiene frío?

– Sí, mintió Marceline.

Alice propuso enchufar el radiador eléctrico. Sería más eficaz y más rápido.

«No, no, protestó la enferma. Quiero un fuego en la chimenea...

– ¡Y vamos a tener un fuego de chimenea!

– Estoy segura de que todo irá bien. Es un capricho, el último. Veré bailar a las llamas, eso me distraerá. Pensaré muchas cosas y, durante ese tiempo, no sufriré.

– Vamos, aunque sólo sea para darle gusto. Voy a ocuparme de ello.

– ¡Gracias!

– Esperemos que la Sra. Lionet no diga nada.

– No dirá nada, porque no lo sabrá. Este fuego será nuestro secreto, de las dos. Usted sabe que hay cajas y cajones en la cocina. Mañana

Los "muertos" han dado señales de vida

por la mañana usted limpiará bien el hogar. ¡Que no quede ni una sola ceniza! ¿Me entiende? ¡ni una ceniza! ¡Ni un trozo de papel medio quemada!

- Oh! ¡puede contar conmigo, señorita! Por mi parte quiero pedirle algo.

- De acuerdo!

- Me va a prometer no tener ideas negras. Se librará de ellas. A su edad...

- Tengo cuarenta años...

- A su edad, siempre sale bien."

- Comentando la utilidad de los aparatos eléctricos, el despotismo de la Sra. Lionet, el peligro de las chimeneas no deshollinados, la vieja Alice ha preparado el fuego. Éste canta ahora con el sonsonete de un ruido de abejas. Ha puesto su palpitación animal en esta habitación en la que acecha la muerte. Marceline contempla con cariño el fogón que parece una escena de ópera en la que danzan bailarinas vestidas de naranja y escarlata. Se siente impaciente por arrodillarse junto a este hermoso fuego, por refugiándose en de su luz. Pero antes, hay que conseguir que Alice se bata en retirada:

«Alice, ¿no cree que estaría mejor en su cama?

- La Sra. Lionet me ha prohibido formalmente acostarme.

- Vaya a echarse en la habitación para las visitas hasta que amanezca. Tome ese despertador. Póngalo a las siete. La Sra Lionet no viene nunca hasta las ocho. Cuando ella vuelva la encontrará en su sillón. Haga lo que le digo. Yo me siento muy bien.

- ¿De verdad?

- Le doy mi palabra."

Decididamente, habrá que disimular y usar de artimañas hasta el final. La vieja Alice, que no ha dormido en una cama desde hace una semana, sólo aspira a creerla. Se deja convencer, pone al alcance de su mano una campanilla y le pide que la haga sonar al menor malestar. Sale, con la conciencia poco tranquila, pero está tan cansada...

Marceline se desliza al pie de su cama. Va al escritorio de madera chapeada en rosa. La cabeza le da vueltas..., está sudorosa. La

cerradura reacia se irrita, aunque la verdad es que siempre ha estado dura. La llave se niega a dar vueltas. Marceline se inquieta, se impaciente... ¿Podrá abrir? ¿Tendrá la fuerza necesaria? Se repite a sí misma: «¡Es necesario! ¡es necesario! No tienen que encontrar ni una sola de esas cartas, tienen que desaparecer conmigo.»

Sus dedos se magullan, está al límite de sus fuerzas, pero la desesperación le da fuerzas.

Finalmente, la cerradura funciona... Ya era hora, está agotada. Se vuelve enseguida hacia el pupitre que cruce y se queja. ¡Con tal de que este alboroto no haga levantarse a Alice que todavía no ha tenido tiempo de desnudarse! Pero es verosímil que la vieja se haya echado vestida sobre la cama y que se haya hundido enseguida en el sueño.

Pasada la alarma, Marceline fisgonea en busca del cajón secreto oculto en una moldura. Éste, gracias a Dios, se abre sin dificultad. Echa por tierra su contenido delante de la chimenea, que lo ilumina. Toda su vida yace allí en desorden.

Hay cartas, postales, fotografías, programas de teatro, tarjetas de invitación, folletos de viajes que le habría gustado hacer. Hay joyeros, alhajas, pero más joyeros que alhajas. En varias ocasiones, tuvo que vender una sortija para seguir viviendo decentemente. En cuanto a aquel broche, lo pone a un lado para hacerle un regalo a Alice.

Y empieza destruyendo las fotos. No sabe identificar todas: esta joven, cuyo rostro se desvanece entre las llamas, ¿quién es? ¿una amiga del liceo, una relación de vacaciones? Este no es momento para preguntarse y enterñecerse. Hay que actuar deprisa. Pero si se quiere aniquilar completamente a todos estos seres, hay que echarlos uno a uno a las llamas. ¡Adiós, Madelaine! ¡Adiós, yo a los dieciséis años! ¡Adiós, yo a los veinticinco!

«¡Ahora, el turno de las cartas! ¡Sobretodo, no leerlas! Si comienzo, dentro de una hora seguiré y mi prima me sorprenderá fuera de mi cama.»

Echa al pasto de las llamas a Irene que le cuenta un crucero por el Mediterráneo; a Paul Courtin que le declara su amor; a Paul Courtin que le anuncia su matrimonio con otra; a Mario, el pianista, el gran demonio negro que le miente una vez más...

Los “muertos” han dado señales de vida

Ahora le toca a Yves –Yves, el último amor, el único del que ahora quiere acordarse. Fue hace veinte años. Ella tenía veinte años. Él veinticinco, tenía los ojos gris azul siempre un poco tristes. Era rubio tirando a rojo. Como Yves era alto, ella le decía: "Para verte, tengo que comenzar por mirar al cielo."

Marceline tiene todavía presentes en sus oídos frases que él le dijo, sigue sintiendo en su cintura la fuerza de su brazo. A él también le habría gustado este fuego. Cierra los ojos y lo siente sentado a su lado, en el mismo suelo. Permanecen largo tiempo sien contra sien sin hablar, temiendo cada uno romper este hechizo.

Pero vuelve a ella la noción del tiempo, abre los ojos, ve en su mano esta carta. Todo lo que queda de un hombre. No es capaz de decidirse a sacrificarlo sin oírle por última vez en su último mensaje:

«Mi querida Marceline:

«Te informo que tú y yo vamos mañana a la Opera. A partir de las ocho y media, te esperaré en la puerta que se encuentra al lado de La Danse de Carpeux. El tiempo urge, la felicidad también. Una especie de carrera de velocidad se ha establecido entre nuestra felicidad y la guerra...»

Aquella tarde se habían hecho novios. Era el 2 de abril de 1940. Un mes después, un día cualquiera, caía en Dunkerque...

Allí estaba la esquina de defunción..., y también el anillo de prometidos. Marceline lo pone en su dedo, le oye decir: «Todo mi amor para toda la vida.» Ella se estremece y se viene abajo. Todo su valor se va de golpe. De pronto, tiene miedo a la muerte y sin embargo no quiere vivir. La vida no tiene ya nada que darle. Toda su existencia le parece como un fracaso. El estallido del obús que mató a Yves la ha matado también a ella. Desde hace veinte años, no ha vivido, ha sobrevivido. Ahora lo comprende: desaparecido Yves, su vida no había tenido ya el menor sentido, sólo había sido soledad y decepción. La felicidad sólo le había sonreído desde febrero hasta mayo de 1940.

Ella que había mantenido los ojos secos sabiendo que estaba condenada, ahora no puede detener sus lágrimas: lágrimas de angustia, lágrimas de rabia, lágrimas de rebeldía. ¿Por qué se le había privado de

su parte de felicidad? ¿Qué había hecho ella para ser así castigada? ¿Por qué habían sido separados antes incluso de haberse unido? ¿Por qué, oh, por qué iba a morir sola, después de haber vivido sola, siempre fiel a una sombra?

Si hubiera cedido, tal vez habría tenido un hijo: Yves no habría muerto del todo. Un hijo..., un hijo que ahora tendría veinte años. Un hijo por el que habría valido la pena vivir. Un hijo al que ella entregaría esta carta, en lugar de quemarla a escondidas.

Ahora, el hundimiento, la ruina.

Capítulo 4

Interferencias

Las comunicaciones tienen muchas analogías con el teléfono. Se tiene una conversación apasionante con la persona deseada y se corta sin que se sepa por qué. Imposible conseguir de nuevo la línea. Cree uno haber reunido todas las condiciones requeridas para lograr un contacto, y choca con el silencio. Se espera un amigo y el que se presenta es un desconocido, un intruso al que se ve obligado a decir: «Por favor, señor, retírese.»

El campo de las comunicaciones es el del azar y de la lotería. Esperas a un celeste, y el que se presenta es un saboteador, o un farsante, o un ignorante. Esperas a Françoise en la que estás pensando continuamente y se presenta Irene en la que no pensabas en absoluto. Desearías un consuelo, recibes una advertencia, generalmente siniestra.

Pero hay más: esperas a un difunto y se presenta un vivo. Esta es la aventura que vivió la Sra. Raus.

Los “muertos” han dado señales de vida

Un difunto que está bien

La Sra. Raus, una joven mujer creyente, católica, aunque atraída por la religión ortodoxa, tiene el don de la escritura automática. Tengo la mayor confianza en los médium aficionados, porque reconocen de buen grado sus errores y sus carencias. Con frecuencia, tienen hacia sí mismos un escepticismo muy sano. Con ellos, se puede emprender un trabajo serio de investigación, se les puede controlar sin que lo consideren un sacrilegio.

Lejos de hacer alarde de su don, la Sra. Raus se preocupa y se oculta. Evita incluso la lectura de obras relacionadas con el más allá, por que teme mucho ser solicitada. Sin embargo, esto es lo que se produce. Un sobrino de diez años, una abuela a la que quería mucho, un abuelo que ella no conoció vienen a dictarle uno tras otro, cada uno con su personalidad, su estilo... y su ortografía: por ejemplo, el niño escribe «yo t’amo» «toy cansao».

Un día, se presenta un desconocido. Dominando su miedo, Marie-Blanche Raus entabla con él este diálogo:

«¿Quién eres?
—¡Favart!
—¿Te conozco?
—No.
—Entonces ¿por qué vienes a mí?

—En primer lugar, creo que hay que pedir a Dios el Edén para mí. Además, tú eres médium. Pide a Dios la curación de mi mujer. Ella no lo sabe, pero tiene cáncer de mama. Me aportó mucho y ayudó a los hijos a soportarme, a mí que los odiaba. Pide también a Dios que bendiga a Feric que murió conmigo en aquel accidente de coche en Caen, el lunes, a la dos de la mañana. Haz indagaciones si lo deseas, eso te confirmará lo que te digo. Entonces sabrás que eres médium y que puedes mucho en favor de los hombres. Adiós.»

La expresión «pedir a Dios el Edén», es curiosa. Se la puede traducir

así: «pide para mí la paz del Paraíso.»

La Sra. Raus sabe que en su ciudad vive cierto M. Favart, que es responsable de un grupo de acción católica. Pide a su marido que revise él mismo los hechos. Éste llama en casa del Sr. Favart. Abre él mismo: está perfectamente de salud. Para motivar su gestión, el Sr. Raus pide documentación sobre el grupo del que es animador el Sr. Favart. Después, como el que no quiere la cosa, le hace la pregunta que le interesa:

«¿No ha tenido usted recientemente un accidente de carretera en su familia, un accidente... en fin un duelo?»

—¡Ni el menor accidente, ni el menor duelo!» responde el Sr. Favart, sorprendido.

Y el Sr. Raus, después de deshacerse en agradecimientos por una documentación que no necesita para nada, desaparece.

¿Quién es el autor de esta historia que trata de una mujer que padece cáncer de mama, de un padre que odia y persigue a sus hijos, así como de un doble accidente mortal? ¿Quién ha dictado esta novela negra? ¿El subconsciente de Marie-Blanche? Esta es la hipótesis más fácil y menos verosímil. Marie-Blanche, como dicen las buenas gentes, lo tiene todo para ser feliz. Tuvo un hijo hace unos meses, está enamorada de su marido, la joven pareja acaba de establecerse en un apartamento agradable y pintoresco. Su subconsciente sólo está poblado de imágenes claras y puras.

A menos que, segunda hipótesis, el Favart al que ha visitado el Sr. Raus no haya sido golpeado aún por el accidente. A veces, los espíritus dan como presentes cosas todavía futuras.

Es posible también que el Favart que ha dictado ni haya vivido nunca en la ciudad donde residen los Raus. Pero se trata, con toda probabilidad, de un espíritu mentiroso, deseoso de preocupar o incluso, simplemente, de fabular. Sólo a los mortales les gusta sentirse interesantes.

El joven con bata de cirujano

Los “muertos” han dado señales de vida

Entre los que me escriben, hay ingenieros que aplican a estas cuestiones su espíritu racional y creativo.

A uno de ellos, que vive a orillas del Leman, en el lado suizo, le debo este relato de las plumas plateadas; a otro, que reside en el mismo paralelo, pero en Bretaña, le debo el conocimiento de los siguientes hechos.

De paso hacia París, el Sr. Gaillard acude un domingo, en el Museo social, a una conferencia sobre un tema metafísico. Al final de la conferencia, sube una señora al estrado y hace videncias a partir de objetos y de fotos que distintos oyentes van depositando en la mesa delante de ella. En cuanto al Sr. Gaillard, no ha depositado nada en absoluto: sentado en la última fila, trata de no hacerse notar en un ambiente en el que no conoce a nadie. Sin embargo, es a él que se oculta y no pregunta nada, a él que no aporta ningún objeto como soporte de evidencia, es a él a quien se dirige la extra-lúcida. Le dice que ve detrás de él a un joven hombre alto, con bata y gorro blancos. Ella cree que se trata de un médico y añade que debe cuidarse, si no son de temer graves dificultades.

«¿Es exacto, señor? pregunta ella.»

—Sí, tan exacto como que mi yerno es cirujano y que sigue viviendo.

—¡Oh! ¡Ya veo que está vivo! Por eso le he dicho que no tenía buena salud... y que tenía que cuidarse.

—Es verdad, trabaja enormemente, trabaja demasiado y nos preocupa mucho.»

Las «molestias» anunciadas por esta señora se produjeron efectivamente. El cirujano tuvo que interrumpir, por algún tiempo, todas sus actividades, sin que por otra parte dejara mucho tiempo a la prudencia.

¿Cómo interpretar esta evidencia, globalmente de acuerdo con la verdad? ¿Se trata del fantasma de un vivo que se ha formado detrás del Sr. Gaillard o bien de su mental, preocupado por la mala salud de su yerno, ha formado esta proyección? En este caso, hubo lectura por la médium de una preocupación subconsciente. Lo que supone ya una hermosa hazaña.

El mismo problema se plantea para las apariciones de difuntos vistos por los médium profesionales. ¿Ven al mismo difunto o la materialización del pensamiento del consultante centrado en la persona desaparecida? La aparición ¿es objetiva o subjetiva?

¿Fantasma de vivo? ¿Proyección de pensamiento percibida por el médium? Dudaba yo entre estas dos soluciones, cuando el ingeniero Gaillard me propuso una tercera:

«Supongo que hubo intervención de un difunto de nuestra familia, actuando sobre el médium, con el fin de provocar mi intervención ante mi yerno. Sea lo que sea, lo menos que se puede decir es que los mecanismos de estas acciones y reacciones psíquicas entre vivos, por una parte, y entre vivos y difuntos, por otra, con implicación de un sensitivo (un médium, un intermediario, no podría decirse mejor), continúan permaneciendo en una oscuridad profunda. Es esto es desolador, porque, estancándose así, todo un sector de la fenomenología humana, se sume en un desprecio casi general. Personalmente, me torturo, porque tengo la impresión de que el tiempo apremia, no sólo para mí, sino para todos. Entonces, démonos prisa. Tratemos, cada uno en nuestra esfera de acción, de interesar, incluso de instruirnos unos a otros. Es este campo, conviene tener una perseverancia a toda prueba.

—¡A quién se lo dice! De todas maneras, aun cuando aceptemos la solución mínima: proyección de pensamiento percibida por el médium, esto es ya suficiente para criticar severamente todas las posiciones de la ciencia oficial. »

Isabelle está muerta

Me ha ocurrido también que me han anunciado como un hecho la muerte de personas completamente vivas.

Fue durante un diálogo solitario con lo invisible, diálogo destinado a aclarar puntos todavía oscuros para mí.

De repente, se escribe: *Isabelle*.

Isabelle es el nombre de una amiga enamorada de las experiencias

Los "muertos" han dado señales de vida

psíquicas y muy al corriente de mis trabajos.

Pregunto: «¿Qué ocurre con Isabelle?»

Se escribe: *Isabelle está muerta.*

¿Isabelle muerta? Vamos a verlo. Aunque sé que es mayor y de salud frágil, no llego a creerlo. Admito a lo sumo que se haya encontrado mal, y encuentro aquí un motivo complementario para telefonearle a este hora inusual. Dispuesto a acudir en su ayuda, marco el número de teléfono; suena bastante tiempo.

¡Vaya, hombre! ¿Será verdad?

Finalmente, descuelgan: es la propia Isabelle. Una Isabelle muy sorprendida de que llame tan tarde alguien tan poco aficionado al teléfono. Me explica que está acostada y comenzaba a adormecerse.

«¡Oh, perdóneme! ¿Se encuentra bien? ¿Completamente bien?»

—Pues claro. ¿Por qué me pregunta?

No me atrevo a decirle la verdadera causa de esta llamada intempestiva..., y ni siquiera he previsto una disculpa, un pretexto.

Le pregunto a bocajarro si su familia o su conserje tienen las llaves de su apartamento. Extrañada por mi pregunta, responde afirmativamente.

«Está muy bien, pero, durante la noche, sigue cerrando desde dentro.

—Sí, sí, echo todos mis cerrojos.

—Por tanto, durante la noche, habría que forzar la puerta para socorrerla.

—¡Pero yo no lo necesito! protesta Isabelle. ¿Qué es lo que puede hacerle creer?...

—¡Nada, absolutamente nada!

Evito decirle una palabra del mensaje recibido. Hablo de unas cosas y otras con fingida indiferencia.

Algún tiempo después, comiqué este notable fracaso a una mujer joven (la madre de la pequeña Silvie) que es también amiga de Isabelle. Ella me dijo que, por la misma época, una vidente le había anunciado como inminente la muerte de Isabelle.

Esto ocurría en septiembre de 1971. Isabelle sigue viviendo, con vida ralentizada, pero con vida. Sin embargo, en 1972 sufrió una

intervención quirúrgica de excepcional gravedad que la mantuvo ocho horas en la mesa de operaciones. Tuvo permanecer bastante tiempo en la sala de reanimación.

¿Había visto este escena mi correspolal? ¿Había tomado esto por una agonía? ¿Me había presentado, cosa que sucede a veces a gente que ya no tiene la noción del tiempo, un acontecimiento futuro como acontecimiento actual?

Un personaje de Dostoievsky

Desde hacía varios años, ya no tenía ninguna noticia de Rudolf, un muchacho de origen ruso, muy inestable, muy atormentado, muy fantasioso. Rudolf era un amigo a rachas: era capaz de telefonear tres veces el mismo día y de permanecer luego tres meses sin dar señales de vida. Pasaba sin interrupción de la euforia más entusiasta al nihilismo más radical.

Una mañana, me comunicó por teléfono su intención de suicidarse y colgó antes de que pudiera decirle una palabra. Pasé una parte de la jornada tratando de contactar con su madre, con su dueña, con otros amigos... Uno de ellos me dijo: «Cuando uno tiene realmente intención de suicidarse, no se lo dice a nadie.» Tenía razón.

Al día siguiente, Rudolf se presentaba en mi casa, jovial, risueño, con una buena botella y algunos pasteles, lleno de proyectos: de trabajo, de viajes, de matrimonio. En cuanto a mí, me encontraba dividido entre la alegría de volverlo a ver vivo y el enfado contra alguien que me había hecho pasar treinta y seis horas de angustias inútiles y de trámites que luego me parecían ridículos. No pude dejar de decirle, que, como ya lo suponía, me había tomado el pelo.

«Si comprendo bien, me hizo observar, tú me perdonarías si hubiera llevado a cabo mi proyecto. En resumen, me reprochas estar vivo.

—¡Te reprocho haberme tomado el pelo!

—La próxima vez, llegaré hasta el final. Así, ya no podrás acusarme de mentira.»

No me atreví a continuar. Pasamos a la mesa, hablamos de otra cosa.

Los “muertos” han dado señales de vida

Nuestra amistad volvió a seguir su curso, a trompicones.

El siguió pidiendo citas a las que no venía, desembarcando en mi casa, de improviso, a cualquier hora, cambiando constantemente de carácter, de domicilio y de jefe. Hasta el día en que no volvió a aparecer: esta ausencia se prolongó más de tres años. Sus amigos no sabían nada de él. Su madre había dejado la región.

Yo lo sentía amenazado o bien por el suicidio (hablaba mucho de él), o bien por algún accidente (su trabajo le obligaba a circular continuamente en coche entre París y Bélgica, y conducía con una rara temeridad).

El 12 de agosto de 1969, durante un encuentro con el mundo invisible, queda escrito esto: *Rudolf*. Pido detalles, se me dan en estilo telegráfico: *Desde hace un año en el más allá. Ni accidente, ni suicidio, sino enfermedad*. Queda escrito también esto: *Asco*.

«¿Asco de qué?»

—*De mí, de mi pasado*.

—Dame una señal de identidad.

—*Godot*.

—¡Es absurdo!

—*No, no es absurdo*.»

Queda escrito también *Hip...*, después nada.

Godot: ¿quería decir «Soy un personaje de Samuel Beckett»? Pero el ignoraba hasta la existencia de este último y el no tenía nada de las larvas que este autor nos presenta. *Rudolf* no salía de este teatro de sombras, sino de una novela de Dostoievski.

El 21 de octubre del mismo año, volviendo a mi casa en las afueras, me encuentro cara a cara con *Rudolf*, un *Rudolf* muy material, muy encarnado, que me invita a tomar una copa. Evito hablarle de «su» comunicación y le hago las preguntas de rigor en su apariencia trivial:

«¿Por qué no escribías?»

— Siempre me ha horrorizado escribir, responde.

—¿Has estado enfermo?

—¡En absoluto! He dejado la región parisina y me he mudado al Norte. A propósito, me he casado. Tengo incluso tres hijos, dos de ellos

gemelos.»

Resumiendo, encontré un Rudolf feliz, rebosante, optimista, en fin estabilizado.

Por tanto, el 12 de agosto de 1969, un farsante, un impostor del más allá se había atribuido con desvergüenza la individualidad de un vivo. Problema de identidad tan irritante, tan insoluble como el problema del mal. ¿Cómo saber si una comunicación es mentira o no lo es? ¿Cómo saber si el que habla es el que dice ser? A esta desagradable pregunta, yo respondería así: «Hay una señal que no engaña: el sentimiento que te domina durante la comunicación.» Ahora bien, en el momento en que esto quedaba escrito: *Rudolf desde hace un año en el más allá*, yo no había sentido esa emoción que debe sentirse cuando se encuentra un amigo después de años de silencio y de ausencia, tanto si este amigo está en este mundo como en el otro.

Es posible también que yo haya captado no a un desencarnado mentiroso, sino al espíritu de Rudolf, mitómano como él y que se divertía haciéndome creer en su muerte por enfermedad, como había querido hacerme creer en su suicidio. Esto suscita un nuevo problema tan delicado como el anterior: el de las interferencias de vivos en un campo donde uno espera encontrar sólo desencarnados.

Capítulo 5

Dos incrédulos frente a la supervivencia

¡Qué bonito lo que veo!

Lo mismo que hay cristianos que viven como si Dios no existiera, hay ateos que viven y actúan como si Dios existiera: este era el caso

Los “muertos” han dado señales de vida

del comandante Jonzac. Este hombre, de una rectitud absoluta, desmentía por sí solo la afirmación de Rousseau: «He creído durante mucho tiempo que se podía ser honrado sin religión, ahora ya no lo creo.»

El ateísmo del Sr. Jonzac no estaba hecho a base de materialismo, sino por el contrario del idealismo más exigente. Mantenía este razonamiento que se escucha con frecuencia en la boca de los hombres de su templo:

«Si Dios existiera, no se verían en el mundo tantos escándalos, tantas atrocidades, tantas injusticias monstruosas.»

Declaración que es también un homenaje indirecto al Ser supremo que sólo puede imaginarse perfecto. Declaración que demuestra al menos que se sufre con el sufrimiento del otro, mientras tantos creyentes se adaptan perfectamente. Declaración infinitamente respetable y que no es tan fácil de refutar.

Si yo hubiera conocido al comandante, le habría dicho:

«El señor de la tierra no es Dios, es el hombre. Ahora bien, éste se ha dejado embaukar desde hace tiempo por ese tercer ladrón en discordia que el Nuevo Testamento llama «el Príncipe de este mundo» o «el dios de este siglo». La libertad humana, esa libertad con la que se martillea nuestros oídos, es suficientemente poderosa, cuando se alía con la libertad demoníaca, como para tener a Dios en jaque. Un ejemplo lo ilustra: la crucifixión.

Evidentemente, los dos últimos argumentos no le habrían convencido, puesto que suponen la existencia de esas personalidades fuera de la carne en las que se negaba a creer, pero el primero tenía materia para su reflexión: el señor de la tierra no es Dios, es el hombre.

El Sr. Jonzac era además un ateo militante, como si hubiera querido convencer a los demás para mejor convencerse a sí mismo. A fuerza de argucias y de ejemplos, había logrado hacer vacilar seriamente la fe de su mujer y apartarla de toda práctica religiosa.

La muerte terminó llegándole... En su último minuto, el profeta de la nada se irguió con fuerza, se sentó en su cama y exclamó con el rostro iluminado:

«¡Qué hermoso es lo que veo! ¡Qué hermoso!»

Murió, había terminado.

¿Hay que pensar que el que, durante toda su vida, había espiritualizado la materia y materializado el espíritu había sido lanzado al séptimo cielo? Sin duda que no, pero tuvo *in extremis* una revelación. Se le mostró el esplendor del final. Antes de juicio, se le hizo entrever la felicidad. A él le corresponde ahora trabajar para alcanzarla: el Hades está hecho para eso.

La puerta estrecha de la agonía se había abierto a la luz.

Y la Sra. Jonzac volvió a recuperar la fe.

El Paraíso es la casa de Sericourt

Si el comandante Jonzac tuvo, en el último momento, la revelación de su error, no le ocurrió lo mismo a una señora que, ni siquiera en el otro mundo, quiso reconocer el suyo.

Al final de una de mis conferencias, se acercan dos jóvenes simpáticas, Marthe y Liliane. Liliane, médium aficionada, escribe con gran rapidez, mientras que Marthe hace preguntas y anota las respuestas. Las dos amigas han escrito así varios cuadernos de mensajes, en los que ellas mismas reconocen la falta de calidad espiritual.

La mayoría de las veces, se manifiesta una tal Josephine, tía de Marthe, que en su juventud había hecho profundos estudios filosóficos. Ella y su hermana Louise, ambas chicas jóvenes habían ido a visitar a Felix Le Dantec, su guía intelectual. Biólogo convertido en filósofo, Le Dantec había publicado *L'Erreur métaphysique* y *L'Athéisme*.

Sin embargo, lo que ahora preocupa a la tía Josephine, que partió de este mundo en 1949, ya no son los problemas filosóficos, es la casa de Séricourt de la que habla continuamente y que se convierte en ella en una verdadera obsesión.

Marthe y Liliane, a quienes les gustaría entrar en relación con algún otro, me piden reunirme con ellas, con la esperanza de obtener uno u

Los "muertos" han dado señales de vida

otro de mis testimonios. La propuesta me seduce, porque tengo algunas preguntas que hacerles. Nos citamos.

En el día señalado, llego a casa de Marthe, provisto de una hoja de papel en la que he anotado todos los temas que me preocupan. Pero no tendré que proponérselos porque nada sucede como teníamos previsto.

Comenzamos con una oración y una meditación, no invocamos a nadie: se presenta el que quiere y el que puede. Comienza lentamente..., hay interferencias y borraduras que son por otra parte otras tantas pruebas de la buena fe de Liliane. Cuando se consigue inmediatamente un gran espíritu, como al teléfono, o mejor que al teléfono, yo soy escéptico.

En primer lugar, un adulador nos llama *Los tres grandes iniciados*, después se aleja. Llega otro que podría ser el que espero. Para asegurarme, le pido una fecha. Liliane, que dice lo que va escribiendo, dice: *El juego divino*.

«¡Es absurdo!

—Esperad... he transcritto mal, es el *jueves veinte*... No está terminado... *El jueves veinte de agosto de 1942.*»

Aparece entonces un grosero que trata a mis hermosas compañeras de brujas y les dice: «Vosotras debéis interesar a una cierta chusma que se mezcla en el más allá.» Envío al grosero a su bajo astral, y hace su aparición una cuarta persona: es la tía Josephine. Con autoridad, aparta a «la chusma» y comienza a dictar una escritura firme. A partir de entonces, ya no habrá más interferencias. La conversación espiritual se convierte en una especie de comedia entre cuatro personajes, uno de ellos invisible y otro mudo, comedia en un acto que se podría titular: «El Paraíso es la casa de Sericourt»

JOSEPHINE.—*¡Soy yo, Josephine! Me encuentro muy tranquila. La falta ha quedado reparada. Marthe, tú has reparado mi falta. Jamás habría podido hacer yo lo que tú has hecho. Estoy encantada de que cuentes con mi casa de Sericourt. La restauración se ha hecho muy bien. La cocina me agrada. Acepta el color que el pintor te sugiere, porque tendrás que aceptar que te ayude un obrero. En la chimenea del salón, encontrarás piezas de gran valor, no las vendas. Están*

detrás del gran espejo. Tienes que quitar el entrepaño y raspar la pared. Digo raspar. Evita abrirlo. Haz que te ayude la fiel Liliane. Ella es la que está en el origen de nuestros encuentros.

EL AUTOR.- ¿Dónde estás?

JOSEPHINE.- *En Sericourt, en la biblioteca. Después de morir, me fui un tiempo para acceder a un plano distinto. Con paciencia, he podido volver a Sericourt. Entonces encontré a Louise, muy alegre, muy feliz. Charlamos y evocamos recuerdos de la infancia.*

EL AUTOR.- ¿Tuviste una sensación de frío?

JOSEPHINE.- *Tontería²⁰! No he tenido frío en absoluto.*

EL AUTOR.- Sin embargo, en general, la mayoría de los difuntos...

JOSEPHINE (interrumpiéndole). -*Louise me encontró delante de su puerta. Martha, me alegra que tengas la casa de Sericourt.*

EL AUTOR.- La casa es la que te mantiene con vida.

JOSEPHINE.- *Me he impuesto un deber de cuidar de Sericourt y de continuar con la familia. La casa es vida y alegría. La casa, para mí, lo es todo. Sericourt es nuestro paraíso, muy bien restaurado por ti.*

EL AUTOR.- ¿Y el progreso espiritual?

JOSEPHINE.- Tu pregunta es la prueba de que somos muy favorecidos por la vida.

(Al releer mis notas, constato que no hay relación lógica entre la respuesta y la pregunta. ¿Quería decir tía Josephine que la búsqueda espiritual sólo puede comenzar a partir de cierto bienestar social? En todo caso, la pregunta no le interesa, por eso habla de otra cosa.)

JOSEPHINE.- *Estoy con Hervé, Fabien y la Sra. Denoyer.*

EL AUTOR (que no conoce a esas personas, vuelve al asunto).- Para ti, ¿qué es el más allá?

JOSEPHINE.- *Un rechazo a desaparecer.*

EL AUTOR.- Me parece que es mucho más que la actitud negativa que dices. El más allá no es una idea que nosotros nos formamos: tú eres la prueba. ¡Adónde vamos si los mismos espíritus no creen en la

²⁰ El término francés que emplea tía Josephine es *Fadaise* [que significa tontería, sandez]. Según Jean Prieur, este término es interesante: es una palabra de señora antigua bien educada. Hoy, según él, se diría más bien: *Foutaise* [bagatela, fruslería] (NdT)

Los "muertos" han dado señales de vida

supervivencia!

MARTHE.- Tía Josephine, ¿has visto ángeles?

JOSEPHINE.- *Sí, son altos y hermosos. Antes de mi muerte, me negué a creer en su existencia.*

EL AUTOR.- Evidentemente, Gustave Le Bon y Félix Le Dantec no hablaban de ellos en sus obras.

(Tía Josephine, a quien molesta mi presencia, no responde.)

MARTHE.- ¿No quieres escuchar la enseñanza de los ángeles?

JOSEPHINE.- *No quiero dejarme influir.*

EL AUTOR.- ¿Han intentado instruirte?

JOSEPHINE.- *Fíate de mí para hablar y discutir con ellos.*

EL AUTOR.- Sí, sí, confiamos en ti.

MARTHE.- ¿No quieres seguirlos?

JOSEPHINE.- ¡No! *Con los ángeles, soy muy prudente.*

EL AUTOR (a quien esta respuesta le resulta muy divertida) .- ¡Piensas que correrías el riesgo de que te llevasen hacia la luz!

MARTHE.- En una palabra, te niegas a subir.

JOSEPHINE.- *Me interesa mi libertad*

EL AUTOR.- ¡El grito del corazón! Esto demuestra al menos que, allá arriba como aquí abajo, no se obliga a nadie. ¿Han vuelto esos instructores?

JOSEPHINE.- ¡Oh sí! muchas veces.

EL AUTOR.- ¡Y siempre sin éxito! ¿Hay servicios religiosos en vuestra esfera?

JOSEPHINE.- *Sí, he asistido a uno de ellos con Louise. Ella y yo nos pusimos vestidos de fiesta. ¡Oh! ¡era un servicio hermoso, con colores y cánticos! Pero no me convenció.*

EL AUTOR.- ¿Qué necesitas para convencerte? En un encuentro anterior, Marthe te preguntaba: «¿Qué has encontrado al otro lado?» Y tú respondiste: «La nada» Entonces, ella respondió: «Pero has vuelto a ver a tu marido, a tu hermana, a tus padres, les has hablado, les has abrazado.» Y tú respondiste: «Ilusión.» ¿Cómo puedes hablar de ilusión y de nada, cuando estás razonando, cuando te estás expresando, cuando estás recordando, cuando te estás desplazando como te

parece... y cuando estás percibiendo el mundo natural? En este momento, por ejemplo, tú nos estás viendo.

JOSEPHINE.- *Como a través de un velo.*

EL AUTOR.- Y tú, ¿cómo te ves?

JOSEPHINE.- *Tengo veinte años y soy hermosa.*

EL AUTOR.- ¡Pues eso es una buena noticia! recuperar tu juventud y tu belleza bien merece una felicitación. Una pequeña acción de gracias al Creador, ¿o no? (Silencio) ¡Ah, ya veo, no hay que pronunciar el nombre de Creador ante la discípula del Sr. Le Dantec!

JOSEPHINE.- *Soy una cartesiana.*

EL AUTOR.- Eso no es una respuesta. Y para ser cartesiana, tía Josephine, permíteme decirte que te falta lógica. Pero hombre, cuentas con el pensamiento, con la memoria, con el movimiento, con todos los atributos de la vida, ves vida por todas partes a tu alrededor, y sigues negando la vida: la supervivencia. ¿Estás viva o no estás viva?

JOSEPHINE.- *Sí, pero sigo siendo también escéptica. Soy cartesiana.*

EL AUTOR (perdiendo la paciencia).- ¡Deja en paz a Descartes! ¡El creía en Dios y en la inmortalidad del alma! Su duda es sólo un método de trabajo, no degenera en escepticismo. Hay una realidad fundamental a la que la duda no puede llegar: la existencia del pensamiento..., que la duda supone. ¡Cuando Descartes recupera el pensamiento en sí mismo, se esfuerza por rescatar a Dios!

(Qué pena no tener, en el momento de la entrevista, esos pasajes de las *Meditaciones* donde escribe Descartes que sólo se detiene cuando llega a «la contemplación de ese Dios todo perfección», sin cansarse de «considerar, de admirar, de adorar, la incomparable belleza de esa inmensa luz. Porque, lo mismo que la fe nos enseña que la suprema felicidad de la otra vida sólo consiste en esta contemplación de la majestad divina, así experimentamos desde ahora que una meditación igual, aunque incomparablemente menos perfecta, nos hace gozar del mayor gozo que somos capaces de sentir en este vida.» Con cuánta alegría habría leído a tía Josephine estos textos dignos de los mayores místicos.)

EL AUTOR (que sigue refunfuñando).- Es irritante, todas esas

Los “muertos” han dado señales de vida

gentes que se refieren a Descartes y que nunca lo han leído.

JOSEPHINE (picada).- *¡Perdón, yo lo había leído!*

EL AUTOR.- Es verdad, perdóname. Pero vamos, confiésalo: tu escepticismo te da tono. Cuando estabas en la tierra, lo practicabas contra los espíritus. Ahora que estás en el mundo de los espíritus, lo practicas contra los ángeles. Si estuvieras entre los ángeles, lo practicarías contra el mundo divino.

JOSEPHINE.- *¡Tonterías!*

EL AUTOR.- ¡En fin, que la supervivencia, esa supervivencia en la que te niegas a creer, fue sin embargo una buena sorpresa!

JOSEPHINE.- *Sí, sobre todo desde que he podido volver a Sericourt. La naturaleza es hermosa en Sericourt.*

EL AUTOR.- ¡Pero hombre! Otra vez con Sericourt. No vamos a salir nunca de esto.

Tía Josephine, en su cuerpo etéreo, vive realmente en la casa de Sericourt o bien ha reconstruido su querido dominio de acuerdo con una especial técnica mental en el otro mundo, técnica a la que alude Pierre Monnier: «Nos rodeamos de realidades irreales que responden a nuestro grado de elevación.»

Paul Misraki ha explicado tan claramente este procedo, mal conocido y mal comprendido, que no puedo resistirme a citar este importante pasaje de la *Expérience de l'après-vie*²¹:

«En los primeros momentos, el desencarnado se deja persuadir por estos fantasmas que toma por realidades exteriores a sí mismo y a las cuales no se impone; pero llega el momento en que se da cuenta de que le es posible dirigirlas, interrumpirlas, transformarlas, orientarlas a su modo. Es grande la tentación de lanzarse a elucubraciones agradables, elucubrando sobre temas de la vida pasada, adornados a discreción según el gusto de cada uno; tentación de la que es urgente desconfiar.

«Recuerdo haber leído hace poco en un libro, hoy imposible de encontrar, el testimonio de una comediante difunta que, llegada al

²¹ Éd. Robert Laffont.

mundo de los espíritus, ocupaba su cielo inventándose nuevos éxitos teatrales, ante un público imaginario que ella creía entusiasta, trabajaba con ardor y brillaba con todo su ingenio, con todo su talento, con toda su clamorosa juventud, embriagándose de aplausos y de ramos de flores. ¿No tenía la pobrecilla cierta razón para creer que había llegado al Paraíso?...

«Tomemos otro ejemplo: fijémonos, por ejemplo, en un hombre que siempre ha sentido el deseo de viajar, pero que, por una u otra razón, no ha podido satisfacer este deseo. Se encuentra feliz en el más allá, de llenar esta laguna fabricándose psíquicamente una especie de “paraíso del turista”, visitando toda clase de países, embebiéndose en la contemplación de paisajes maravillosos, imaginarios, pero sin embargo reales a los ojos de su alma. ¿Cómo no dejarse tentar? La perspectiva de poder hacer, por fin, todo lo que nos gusta tiene algo de embriagados, tanto más cuanto que estos placeres gratuitos no suponen aparentemente perjuicio para nadie...

«Desgraciadamente, suponen perjuicio para el propio desencarnado. Porque toda la energía psíquica así gastada en vanas fantasmagorías no se recupera nunca.

«No en vano todos los sabios del mundo han recomendado a los humanos no atarse demasiado a las diversiones terrestres, y a estar dispuestos a renunciar a ellas en el momento deseado; usar de los bienes como sin usarlos, poseerlos como no poseyéndolos (san Pablo).

«Los sueños paradisíacos no están por tanto totalmente prohibidos allá arriba; pero conviene concederles solamente un valor de diversión temporal. Lo esencial es que esos momentos de expansión no nos haga perder de vista la meta luminosa de los caminos que suben.»

Este texto fundamental permite comprender las declaraciones, para nosotros extravagantes, de algunos difuntos y proyectar claridades lógicas sobre el campo fértil en contradicciones de las proyecciones o “realidades irreales”.

JOSEPHINE.-

EL AUTOR.-

JOSEPHINE.-

EL AUTOR.-

Los “muertos” han dado señales de vida

Capítulo 6

Regreso al pasado

Salto a la prehistoria

Un joven de Toulouse, Jean-Michel Goujon, vivió en la parte del Sahara que pertenece a Mauritania una aventura que le hizo regresar bruscamente diez mil años. Había salido a las ocho treinta al volante de su Dyane, en dirección a Atar. El coche funcionó sin problemas durante dos horas, después bruscamente se averió.

Desciende, rodea el coche, examina los neumáticos, abre el capot y no encuentra nada anormal. Por otra parte, de momento no es la causa de la avería la que le preocupa. Mira maravillado aquel paisaje desértico que le parece familiar. A lo lejos, a unos veinte kilómetros de la pista por la que caminaban, se levanta un gran acantilado. Aquella muralla de alrededor de trescientos metros de altura le fascina. Pero, en primer plano, a unos cien metros de él, hay algo todavía más interesante: un montón caótico de bloques enormes sin la menor vegetación. Olvidando el coche y las causas de la avería, se dirige deprisa hacia aquel montón de rocas esculpidas por el viento y la arena. Cuanto más avanza, más atraído se siente hacia lo que él llama una colina, siempre que con este término no se evoquen las suaves y verdes colinas de la Ile-de-France.

«Ya he llegado a los pies de la colina. Comienzo a subir y, cuanto más subo, más despersonalizado me siento. Doy saltos de una roca a otra con extraordinaria agilidad; atrapo lagartos, como moscas. Lanzo sonidos roncos, gritos a lo Tarzán. Ya no soy Jean-Michel Goujon..., soy... ya no sé quien soy. Cuanto más se prolonga la escalada, más proyectado me siento hacia una pasado sumamente lejano...»

Jean-Michel se interrumpe unos instantes, después continúa:

«En aquel momento, me encontraba poseído. ¡Sí, estaba poseído! Aquel universo de rocas era mi universo. Aquel mar de arena y de

Los "muertos" han dado señales de vida

guijarros era mi territorio, mi patrimonio. Yo lo recorría en todos los sentidos para volver a tomar posesión de él... Estaba completamente desnudo.

— Corrías el riesgo de insolación.

— Había superado esta fase. Llego a una caverna de tres metros de profundidad. La reconozco, sé que es mi caverna. Veo de pronto un cuchillo, un hacha, flechas, piedras talladas, restos de alfarería. Estos objetos que están aquí desde hace miles de años, los reconozco, los vuelvo a tomar, los palpo y los tomo a peso: son mis herramientas. Oigo una voz interior que me explica cómo se formaron, su funcionamiento. Me siento en una especie de adoquín, mi taburete, y me pongo a tallar fechas.

«Al cabo de cierto tiempo, me dice la voz: "ahora tienes que irte... ¡tienes que volver!" ¿Adónde? ¿A mi época? Y vuelvo a descender. A medida que bajo la colina, el sueño se desvanece.

«¡Heme aquí otra vez en terreno llano! Tengo un dolor de cabeza espantoso, mi cerebro parece hervir. Cuando vuelvo a estar lúcido, me doy cuenta de que tengo quemada la planta de los pies. Ya no veo el coche. Debo haber descendido demasiado al oeste. Mis pies me duelen tanto que me veo obligado a arrastrarme sobre el vientre.

«¿Cuánto tiempo duró este reptar en zig-zag? No sabría decirlo. Fue largo..., muy largo. Finalmente, encuentro mi Dyane. Mi primer gesto es verter mi cantimplora de agua sobre la cabeza.

— ¡Qué despilfarro!

— Imaginaba que podía permitirme este gesto porque pensaba llegar a Atar al día siguiente. No había contado con los pinchazos: cuatro hasta el final de la tarde. Tampoco había contado con la tempestad de arena que se levantó por la tarde, duró toda la noche y me bloqueó en el coche todo el día siguiente. A los dos días, cuando por fin era posible circular, ocurrió otra cosa: fue necesario despejar a pala mis ruedas... no se cuántas veces. ¡Y nada que beber!»

De momento, Jean-Michel, que acaba de ducharse con su reserva de agua potable, no tiene ni idea de las pruebas que le esperan durante los tres días siguientes. A la vez que se da pomada en las plantas de los

pies, se pregunta si ha soñado todo aquello. Quiere saber a qué atenerse. Vuelve a montar en su coche. ¡Al menos arranca!... Ha tenido tiempo de refrigerarse y descansar mientras él hacía su escapada a la prehistoria.

Vuelve al pie de la colina... y encuentra los utensilios que tuvo que abandonar para reptar más fácilmente. El hacha, las piedras talladas, las flechas están allí. Se las lleva.

Luego todo era verdad. No era un espejismo. No había soñado.

Creo que la explicación de esta aventura esta en la declaración de Jean-Michel: «Yo estaba poseído.» Alguien, a través de él, le había vuelto a vivir durante algunas horas.

Los rostros de la noche

Lydia y Michelin paseaban por un pinar, al borde del Atlántico. Era el final de una jornada muy hermosa de septiembre. La tarde era suave y llena de misterio; el rumor suave y monótono del Océano les llegaba a través de las columnatas de Pinos. Tenían la intención de volver a ver un chalet donde se habían conocido el año anterior.

Llegan a la verja: todo está cerrado. Mientras tratan de identificar la calle pedregosa un poco embarrada, el jardín abandonado, la escalinata llena de hierbas, sus miradas se cruzan, se entrelazan, no pueden separarse... Bruscamente, pasan a un estado segundo, olvidando todo lo que las rodea. Helas aquí proyectadas fuera de esta vida y fuera de este tiempo. Sus ojos se han agrandado por una revelación sobrehumana. Lydia mira a través de Micheline, la ve ahora como en transparencia, como a través de un agua que fuera vertical. En el fondo de este agua, ve que pronto a un joven vestido con un jubón.

«Micheline, ¿qué ocurre? ¡Te veo como en sobreimpresión!

— Y yo te veo con vestido de seda de la época de la Regencia o del Renacimiento, es difícil distinguir. Llevas un collarín, una especie de cuello blanco.

Después cambia la visión: las dos jóvenes se ven tendidas, la una junto a la otra, como yacentes en una tumba. Sus manos están juntas,

Los "muertos" han dado señales de vida

sus cabezas vueltas. Tienen la impresión de que se les va a dar la clave de lo invisible y de que se les va a abrir el horizonte prohibido.

«¡Por fin vamos a saber lo que hay al otro lado de la muerte! exclama Micheline en el colmo de su exaltación!

— Sí, dice Lydia. ¡Sí, es fantástico, lo vamos a saber!»

Pero apenas dice esto, un ¡No! enorme cae sobre ella como una piedra. Y una voz imperiosa grita en su corazón:

«¡No, no es posible! No tenéis derecho. ¡Deteneos, deteneos!»

Lydia comprende el peligro; hace un esfuerzo desesperado para volver a encontrar su actual personalidad y se arranca del juego del espejismo. Y repite a su amiga lo que ha oído:

«Micheline, dejemos este juego, ya no debo mirarte.

—¡No te apartes! ¡No te muevas! Quédate tranquila, si no todo desaparecerá.»

Pero Lydia desobedece a su amiga: a fuerza de voluntad, consigue romper el hechizo, escapar del maleficio. El personaje en sobre impresión se volatiliza: sólo queda Micheline..., que está furiosa.

«¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué has hablado? ¡Ah! ¡es realmente demasiada necesidad!... Un poco más, y habríamos pasado una frontera.

— Íbamos a hacer algo ilícito. ¡Ea, ven, entremos por el camino más corto!»

Y Lydia empieza a correr, alcanzada en seguida por Micheline que no desea en absoluto quedarse sola en el pinar. Las dos tienen prisa por escapar de aquel lugar mágico y por volver a encontrar el carnaval de los veraneantes, los cafés, los hoteles abigarrados de señales luminosas, las cacofonías desatadas –toda la vida de su época.

Muy impresionadas por esta visión, tanto más objetiva cuanto que fue doble y simultánea, temblando todavía por esta experiencia que ellas no han querido, no pueden hablar, no se atreven a mirarse. Necesitarán una hora larga para reintegrarse a su estado normal.

¿Se han visto proyectadas a una sociedad del mundo de los espíritus que seguían viviendo en el siglo XVII o incluso en el XVI? ¿O es que dos espíritus de esas épocas, dos seres de sus familias, han vuelto a vivir algunos instantes a través de ellas?

¿O es que han reconocido un fragmento de existencia anterior?

Los “muertos” han dado señales de vida

Capítulo 7

Los pájaros, las voces y las sinfonías

LOS PÁJAROS

Pasen al amanecer o al ponerse el sol, vengan del norte o del sur, los pájaros pueden ser integrados en corrientes espirituales y convertirse así en presagios. Esos seres esencialmente psíquicos son receptivos a las influencias del más allá, que los capta a veces en sus redes y nos los envía como exploradores, como intérpretes.

No todo era ilusión en la obra de los augures.

Dichosos los que, como Siegfried, comprenden el lenguaje de los pájaros.

El último cuarto de hora de Marcelle-Maurette

La noche del 24 de julio de 1971, el marido de Marcelle-Maurette tiene el siguiente sueño.

Se celebraba su matrimonio en una gran iglesia. El estaba en pijama y ella con un vestido de novia, espléndida. De pronto, ella se levanta de su sillón y, como arrastrada por una fuerza irresistible, echa a correr hacia la izquierda del coro, luego desaparece detrás del altar. Confundido, atónito, loco, oye su llamada desesperada: «¡Yves! ¡Yves!» La voz se hace cada vez más lejana, pero sigue siendo clara. Se levanta, la busca, no la encuentra.

Al día siguiente de este sueño, ella comenzó a sufrir. Al día siguiente se declaró la enfermedad que iba a llevársela.

Pues bien, el 2 de noviembre de 1972, nueve días antes del su

deceso, su marido y una prima vuelven en automóvil de su funeral en Bretaña. Se detienen para tomar algo a la orilla de la carretera que rodea un pequeño bosque dorado por el otoño y completamente silencioso. De pronto, hacia las dos de la tarde, comienza a cantar un pájaro. Con gorgoritos, trinos, silbidos, modulaciones, galantea y cuenta... «Mira, dice Yves a su pariente, he ahí un pájaro que nos habla de parte de Marcelle. Pero ¿qué quiere decirnos?...»

Después todo es silencio, el pájaro vuela.

Al volver a París, Yves encuentra un telegrama de la O.R.T.F. informándole de que, el 2 de noviembre de 1972, France-Cultura dedica un homenaje a la memoria de Marcelle-Mourette; el tema de la emisión era: «Mi último cuarto de hora.»

La autora de *Madame Capet* lo había grabado hacía bastante tiempo. Y fue a la misma hora en que su voz salía por antena, cuando el pájaro había cantado, como si la voz espiritual se hubiera materializado en la de este pequeño ser. Se sabe hasta qué punto los pájaros pueden ser influidos por más allá. He aquí pues lo que la voz física de Marcelle-Maurette había dicho en el mismo momento en que el pájaro cantaba:

«Mi último cuarto de hora... Quince minutos... Ni uno más...

«La enorme y pequeña tierra dará vueltas con su música. Y esto será en invierno o en verano, o en ese otoño que siempre he preferido, o en esa primavera que me pone nerviosa y me atrae como una fruta verde y peligrosa. Seguirá por todas partes el ruido de la vida, ese amasado con todo y con tantos pensamientos, y tal vez yo lo oiga todavía.

«He dicho muchas veces que no deberían decírmelo, ni traerme un sacerdote. Yo amaba demasiado: sólo aceptaba el día a día, lo muy joven. Yo lo soy menos y exijo más: la eternidad. Por mi educación católica, por la poesía, desde niña no me he consolado, sino habituado al final, porque será un comienzo. Y no me pongáis ejemplos. Y no me digáis que éste o aquél estuvieron admirables. Que se fueron con bellas palabras y llenos de paz. Ya soy incapaz de vivir ese perfecto cuarto de hora, y rechazo lo que seré, el ser moribundo en que me convertiré, con las manos blandas o duras, que dejará escapar sus fluidos, sus recuerdos, sus carencias y sus grandezas. Entonces, sí, ahora quiero un sacerdote. Sí, lo reclamo, Mis ansias de perfección y mis críticas

Los “muertos” han dado señales de vida

habituales quedarán probablemente frustradas: encontraré a un hombre que morirá como yo, aunque no todavía, y que irá a cenar cuando se vaya. Pero será más que un hombre: esa Presencia de cuyo sentido nunca me hartaré, yo que me canso con tanta facilidad, yo la impaciencia y la exigencia. El será esta Presencia: Dios.

«Porque pienso tanto en El como en la muerte. El es la vida. Y he tenido tantas prescencias y tantas gracias, sin merecerlas, tantos encuentros con su amor, como se encuentra uno con el cielo una vez el bosque abandonado, Lo amo tan mal y tan bien y con tanta torpeza, a El y a todo lo que me hace adivinar; a El, todos los sueños y todos los mundos; a El, todas las caricias y todos los poderes; a El, todas las bellezas y todas las misericordias, que espero esperar de El y abandonar para que me lleve donde quiera. ¡Oh! ¡estas hermosas frases de escritora y encendedora de pasiones me serán entonces inútiles y seré pequeña y tonta, y animal, y estaré sudorosa y triste! Y sin embargo, me gustaría tanto tener la fuerza de alegría, la de Su encuentro, y no mostrarle que puedo temerlo...

«Que El me acepte con piedad como siempre lo ha hecho. Y con El, aquellos cuyos nombres no pueden repetirse, pero a los que yo rezo. Y los que son dulces al corazón y al alma, los vivos, y los que llamamos muertos y que siguen también vivos, y que me ayudarán como los remeros y el remo ayudan a su pobre compañero. No les avergonzaré y seré pesada, obstinada, reteniendo formas y vapores. También olores que haya conocido y que me tranquilizarán. Todos mis sentidos, que sólo son cinco y sin embargo innumerables: oh, mi vista, mi oído, mi tacto, mi olfato, mi gusto. Oh, los horizontes de la tierra, oh, las miradas, las risas, los frutos, los animales, los sonidos, la rosa, el sol...

Oh, la vida...

«Y todo esto se irá como el mar de la orilla. Se dice que al principio ya no se ve, que luego ya no se oye. ¿Y quién puede suplir esto sino la esperanza? Me colgaré de su delantal. No me preguntéis sobre el desplazamiento en el que me sumiré después de tantos otros y sin que el suyo me haya enseñado nada. Sí, al menos que pueda todavía esperar y creer. En los sueños, se ven mundos entreabiertos, llenos de seres

vivos que sonríen. Los tocamos. Que su multitud indulgente y dulce vuelva hacia mí sin retirarse cuando todo se retire. Que vea subir su agua tibia, cuando yo me retire. Y que sus rostros imaginados sean los que amo y que me enseñaron a amar.»

Cántico de alegría

Para Parcalle-Maurette, hubo todavía otra señal del pájaro. Se produjo en la iglesia de Guéméné-Penfao en la que tuvo lugar la ceremonia que precedió a la colocación de una palma de bronce sobre su sepultura.

Sus amigos llegaron como media hora antes y esperaron que terminase una ceremonia anterior. Permanecieron cerca del umbral; todo estaba completamente silencioso. Era una iglesia muy grande donde el menor ruido habría resonado como en una catedral; ningún ruido, ningún vuelo de pájaro se hacía oír.

La ceremonia *in memoriam* comenzó a la hora prevista en medio de un recogimiento total. Momentos antes del comienzo de discurso de homenaje, un pájaro, que desde hacía algún tiempo volaba bajo la bóveda, se puso a cantar. No eran los gritos acobardados de una pequeña bestia prisionera que busca una salida, eran notas limpias, tranquilas, triunfantes. Cantó así en tres ocasiones durante la homilía. Cuando ésta terminó, desapareció con su canto de alegría.

La señal del ratón

Abril de 1974, día nublado, sin mucha luz. Yves, el marido de Marcelle-Maurette, viene a recogerse junto a su tumba de Guéméné-Penfao. Cuando llega, el sol consigue abrirse camino y un rayo ilumina el mármol.

Para tener libres las manos mientras reza, deja sobre la losa un

Los "muertos" han dado señales de vida

folleto, homenaje de los autores dramáticos a la autora de *Anastasia*. En ese momento, sopla el viento y pasa tres páginas hasta la foto que sonríe. Después cesa y se cierra suavemente el folleto.

Cuando termina de rezar, vuelve el viento, pasa de nuevo tres páginas y se detiene nuevamente en la foto que sonríe. Luego, como antes, se calma y se cierra el folleto.

Es el momento de partir..., el rayo desaparece.

Al volver, Yves se acuerda de que una hora antes, justo antes de dejar su habitación, entraron dos pájaros con vuelo rápido por la ventana abierta. Sin asustarse por su presencia, dieron vueltas y revueltas, jugaron a perseguirse, y salieron como llamas felices.

El paro de Michel Simon

En enero de 1966, un periodista de *La Vie catholique*, Louis Caro, entrevistaba a Michel Simon. Durante la entrevista, le hizo la pregunta clave:

«¿Y qué haces tú con la muerte?»

— Que ¿qué hago con ella? respondió Michel Simon. Nada en absoluto, ella no existe. Mucho después de la muerte de mi padre, pude conversar con el todas las noches. Hablaba en mí. Me aconsejaba. Seguía allí. Una tarde, sin embargo, quise saber a qué atenerme. Le pedí una prueba de su presencia.

«¿Y sabe lo que me envió? Un paro carbonero, como el que me regaló siendo niño, durante una grave enfermedad, un paro que vino a posarse sobre mi dedo... El sabía que yo comprendería el sentido de este mensaje. Pero jamás he sabido decir cómo entró en mi habitación aquel paro salvaje. Las puertas y las ventanas estaban cerradas.»

La explicación de estas tres señales podría encontrarse en un pasaje de Roland: «Algunos pájaros pueden ser captados en corrientes que nos es posible dirigir.»

LAS VOCES Y LAS SINFONÍAS

Los que poseen a la vez la mediumnidad visual y la mediumnidad auditiva son bastante raros; la mayoría de las veces, estas dos facultades son independientes y la segunda parece más frecuente que la primera.

En los casos de mediumnidad visual, se perciben formas, colores, se ven las auras de los seres vivos, de todos: vegetales, animales, humanos.

En los casos de mediumnidad auditiva, se perciben, en estado alterado de conciencia, voces, palabras, música. Algunos oyen sinfonías completas.

Esto no es en absoluto lo que yo pensaba

La Sra. Garreau-Dombasle, que estaba en casa de unos amigos de Borgoña, está sola en su habitación cuando oye pronunciar con claridad a su izquierda las siguientes palabras:

«*Es curioso ese asunto.*

«*No es en absoluto lo que yo pensaba.*

«*Es algo completamente distinto.*»

El tono no es angustioso, sino de curiosidad, de interés y casi divertido. Ella reconoce esta voz muy clara, muy vibrante. Es la del Dr. Pierre Mabille, famoso cirujano y autor de un libro titulado *Le monde du merveilleux*. Amigo de los surrealistas, en especial de André Breton y de Benjamin Peret, el Dr. Mabille se apasiona por los fenómenos psíquicos, las coincidencias, el lado fantástico de la vida. En cuanto a la Sra. Garreau-Dombasle, acostumbrada a los fenómenos supranormales, que se desplaza sobre los dos planos, el natural y el otro, no se siente desconcertada por este fenómeno que atribuye a la telepatía. Ella se ha dado cuenta sin duda de la extrañeza del doctor ante un cuadro o un hermoso caso clínico.

Por la tarde, suena el teléfono. Su marido le llama desde París, como lo hace cada día. Está conmovido.

Los "muertos" han dado señales de vida

«Ha sucedido una gran desgracia... Nuestro amigo Pierre Mabille ha muerto esta tarde, de repente, en plena consulta. Una embolia cerebral, sin duda.

— Esta tarde..., ¿a qué hora?

— Hacia las tres y media.»

Sumamente receptiva, viviendo habitualmente en un campo suprasensible en el que se sentía más a gusto que en el mundo material, ella había captado la sorpresa de su amigo al llegar a ese otro mundo que él había imaginado de forma distinta. La telepatía y la audición a distancia habían tenido lugar no entre dos vivos, como ella pensó en un principio, sino entre una viva y un resucitado inmediato.

Soy feliz, muy feliz

Anne fue a la misa de la mañana para comulgar y rezar por Claudia, su amiga de la infancia, por la que siente la mayor preocupación, porque acaban de operarla de una apendicitis complicada de peritonitis.

Mientras da gracias, oye con claridad la voz de Claudia, una voz llena de alegría, que la ha visitado en la iglesia y que exclama: «Soy feliz..., muy feliz.»

Anne vuelve a su casa, radiante, convencida de que la operación ha sido un éxito...

En su buzón de correos, hay una mariposa: «Telegrama.» Lo abre: «CLAUDIA MUERTA DURANTE LA NOCHE.»

Claudia, que acaba de hablar esta mañana bajo las bóvedas de la iglesia, murió la noche anterior.

La misa de Marianne

Los fenómenos de voces exteriores son sumamente raros. Una familia de agricultores de los alrededores de Amiens tuvo ocasión de constatarlo en circunstancias dramáticas.

La viuda Boquet cenaba con sus siete hijos en la gran sala común en la que la chimenea rústica ocupa un gran espacio, cuando oyeron una especie de zumbido seguido de un horrible estruendo. Procedía del desván. Nadie se atrevió a subir.

Llamaron a tío Georges que vivía en una casa cercana. Registró de arriba abajo, miró en todos los rincones y encontró todo en orden. Ningún objeto había sido desplazado o roto.

«Estáis alucinando, dijo el tío.

— ¡Está bien, ven a cenar con nosotros mañana por la noche! Verás si son alucinaciones. De todas maneras, me gustaría que hubiera un hombre en la casa.

— ¡De acuerdo, mañana por la noche!»

Al día siguiente, el fenómeno se repitió a la misma hora, igualmente terrible. El tío Georges corrió al desván y constató, una vez más, que nada se había movido. Volvió a bajar.

«Tenéis razón. Todo esto es anormal.»

Por aquella época, aún no se decía paranormal. Lucienne, una de las hijas, estaba especialmente turbada.

«Me da la impresión, dijo, de que es Marianne.»

Marianne, su hermana, estaba muerta desde hacía poco tiempo. Al comprender que estaba perdida, se había enfrentado a su final con entereza.

«Me había pedido, siguió Lucienne cada vez más nerviosa, que ofreciera una misa por ella. Yo le prometí hacerlo.

— ¿No has dicho ni hecho nada?» gruñó el tío Georges.

Lucienne bajó la cabeza, sin saber qué responder.

«Es Marianne que reclama su misa», dice la madre.

Al día siguiente, informa de estos hechos al cura del pueblo que escucha con interés y simpatía. El cree en las manifestaciones de los difuntos, en la necesidad de rezar y de decir misas por ellos: estamos en 1905.

«¡Venid mañana a la misa con todos los vuestros! dice el sacerdote. ¡Venid todos!»

Al día siguiente, a la hora señalada, la familia al completo está en la iglesia.

Los "muertos" han dado señales de vida

A la vuelta, cuando abren la puerta, sale una voz de la chimenea:

«¡Gracias, gracias, gracias!»

A partir de entonces, todo volvió a estar tranquilo en la granja Boquet.

La sinfonía interior

El 20 de enero de 1947, Roland dicta a su madre:

«Los elegidos de Dios son los que llevan a los hombres a vibrar de acuerdo con las leyes santas. Es necesario que estos bienaventurados pongan más en común la aportación de su perfección. La contemplación eleva al ser muchos tonos. Voy a sintonizar a Gabriel Marcel con un ritmo musical celeste; su ascensión se prepara.»

Pues bien, al día siguiente, el filósofo-compositor llega a una reunión de estudiosos organizada por la Sra. Jouvenel en su apartamento de rue de Rivoli. Dice:

«Por primera vez, he sentido que estaba conectado y he oído toda una sinfonía que sólo habría tenido que transcribir.»

*Capítulo 8***El sueño, puerta entreabierta
al más allá**

El sueño, ese cine permanente, ocupa en nuestra vida una parte esencial y vital. El sueño no es un estado de anestesia o de inconsciencia: por el contrario, es en el sueño donde estamos mentalmente más activos. La imaginación y la memoria adquieren entonces un poder que no tienen en estado de vigilia. Debido a que el sueño es una situación en la que se corta uno del mundo físico, se puede entrar en relación con el mundo metafísico, ese mundo que nos rodea y que está también dentro de nosotros. Decía Bergson que en el sueño se desinteresa uno... se desinteresa sobre todo del universo material y corporal. Es entonces cuando se puede entrar en contacto con ese mundo de los espíritus poblado de inteligencias benéficas o maléficas. ¡Según! Según nuestra tonalidad persona. Los pensamientos bajos atraen a las entidades malas, los pensamientos altruistas atraen a las entidades superiores.

Lo sueños provocados por entidades malas dejan una impresión de angustia: es la pesadilla propiamente dicha.

Los sueños provocados por espíritus benéficos, situados personalmente bajo la influencia divina, enseñan verdades, contienen advertencias saludables y desvelan el futuro. Se desarrollan según una lógica interna. Es muy fácil recordarlos, porque nos transmiten una impresión profunda. Enriquecen nuestra personalidad. Cuando despertamos, nos sentimos tranquilos, confiados, felices. Estos sueños deberían llamarse siempre ensoñaciones.

¿Hay que decir que todos los sueños son incursiones en el mundo de los espíritus? Son muchos los sueños de origen puramente fisiológico: mala digestión, mala posición, deseos sexuales. Estos últimos sueños, hijos preferidos de los psicoanalistas, han sido suficientemente

Los “muertos” han dado señales de vida

estudiados: no entran en nuestro tema. Tampoco entran esos sueños que son la liquidación de nuestra jornada, la evacuación de nuestros excesos. Desordenados, inverosímiles, son las vacaciones de nuestro mental. No tienen ninguna significación, y sería una pérdida de tiempo tratar de buscarles una.

Sólo hablaremos de los sueños que, por su valor premonitorio, espiritual, pedagógico, constituyen verdaderas comunicaciones. Esos sueños son los mensajes de los que no los reciben mensajes.

Los desaparecidos nos transmiten su pensamiento tanto bajo la forma de mensajes elaborados, como bajo la forma difusa del sueño. Raras son las personas que reciben mensajes, pero todo el mundo sueña. Por el sueño, podemos seguir en cierto sentido la evolución de los que nos han precedido. El cuadro en que aparezcan, la luz en torno a ellos, su expresión y sus palabras serán otros tantos índices sobre su actual situación en el mundo metafísico.

Los sueños procedentes de las regiones benéficas presentan siempre los mismos caracteres:

1. Llegan por la mañana. “¡Somos ondas del alba”, dice Pierre.
2. Sin duda porque llegan de mañana, se recuerdan perfectamente. Dejan en nuestro mental la misma huella perdurable y profunda que un recuerdo real.
3. Presentan una lógica destacable, una continuidad sin fallos. En este tipo de sueños, no se da la sucesión caótica de escenas inverosímiles. Todo se desarrolla como en una película perfectamente construida.
4. Tienen tal intensidad, tal realidad, que se tiene luego la impresión de haberlos vivido realmente. Se convierten en parte integrante de nuestra existencia. Nunca los olvidaremos.

Los sueños de este tipo tienen incluso más valor que algunos mensajes, porque el sueño es siempre espontáneo. No puede provocarse por el que duerme. Se presenta siempre de manera imprevista, gratuita. “El solo, lleva el sello divino de lo que es dado”, dijo Roland de Jouvenel. Ahora bien, el sueño es siempre dado, viene siempre de la otra vida.

Los ojos que se cierran siguen viendo

La Sra. Stuard-Roussel ve en sueños dos grandes ojos negros, rodeados de gruesas cejas, dos ojos que la miran de cerca. Sabe que son los de su hermano. No ve su rostro, sólo sus ojos, se extraña de su brillo. Como este hermano partió muy joven a Estados Unidos, se había relacionado bastante poco con él. Y por lo que ella sabía, desde hacía veinte o treinta años, jamás había soñado con él.

Segundo sueño, tenido algunas noches antes del anterior: la Sra Stuard-Roussel debe recitar un poema a su elección. Se decide por «Los Ojos» de Sully Prudhomme. Recita varias veces las dos primeras estrofas, pero se le olvidan siempre los dos últimos versos de la primera estrofa. Cuando despierta, puede recordarlos; compara entonces este sueño con el anterior. Lee y vuelve a leer el poema de Sully Prudhomme:

Azules o negros, todos queridos, todos hermosos,
 Dos ojos sin nombre vieron la aurora.
 Los dos duermen en el fondo de las tumbas,
 y el sol sigue saliendo.

¡Oh! ellos perdieron su mirada,
 No, no es posible.
 Se volvieron hacia alguna parte,
 Hacia eso que se llama lo invisible.

Azules o negros, todos queridos, todos hermosos,
 Abiertos a una aurora inmensa,
 Al otro lado de las tumbas,
 Los ojos que se cierran siguen viendo.

Pasado algún tiempo, la Sra. Stuard-Roussel se entera de la muerte de su hermano. Constata que tuvo el primer sueño tres o cuatro días

Los "muertos" han dado señales de vida

después de la muerte del joven, probablemente el día de sus exequias.

Los ojos físicos duermen en el fondo de las tumbas. Los ojos espirituales no han perdido ni su brillo ni su belleza y vuelven a mirar en la calma de la noche a los que amaron, a los que siguen amando.

El que duerme en el desierto

La Sra. Maurange ve en sueños un desierto de arena, abrasado por el sol. Ella no se encuentra en medio del paisaje. Es un escena que se le muestra, un cliché. Hay un soldado tendido de espalda. Hay un agujero en el pecho, un agujero hecho como por una barrena. ¡Sin sangre! No ve su rostro, pero sabe que es su segundo hijo, Michel. El mayo, Jacques, fue muerto en Indochina. De este sueño que tiene en abril de 1955, ella no habla a nadie, ni a su marido ni a su hijo. Sufre sola su terrible secreto. En mayo, el joven, que es subteniente, recibe su hoja de reclutamiento. Tiene que partir para Argelia.

La Sra. Maurange multiplica las gestiones para que Michel sea destinado en Francia. Hace notar que a Jacques ya se lo mataron. Le responden: «Si ha perdido un hijo, ya no puede perder otro.» Algo así como dicen los combatientes: un obús nunca cae en un agujero de obús.

Entonces, la Sra. Maurange se dirige a Michel; desea que él ponga de su parte, que se mueva como ella, que haga algo para impedir ese destino. Le dice:

«¡Tú no puedes hacernos esto!»

El joven tiene esta extraña respuesta:

«Es necesario que yo parta para ayudar a Jacques.

— ¿Pero qué es lo que dices? ¡Piensa un poco! Jacques está muerto, ¿cómo quieres ayudarle?»

Michel parece volver a la realidad.

«¡Ah, claro! ¡es verdad! ¡Qué estoy diciendo!»

Salió algo más tarde. En octubre de 1956, cayó muerto en la frontera argelo-tunecina.

¿De qué había servido este sueño premonitorio? ¡De nada, desgraciadamente! La Sra. Maurange, advertida del drama, no había podido impedir que se produjera, ni con sus gestiones ni con las conversaciones con su hijo. Más tarde, recibió comunicaciones de las que resultaba que, efectivamente, Michel ayudaba a Jacques en su nueva vida.

Esta doble muerte debió verla una gitana en el aura de los dos muchachos. Esto ocurría en Bretaña, Jacques y Michel debían tener unos diez años. Después de un paseo por el campo, se dirigen con su madre hacia un banco donde estaba sentada la gitana. Ésta los mira detenidamente, se levanta y huye gritando.

El siguiente sueño, podría titularlo como el libro de Paul Misraki:

Muerte de un P.D.G.

Pero no ironicemos, pues se trata de un suicidio.

El último 17 de julio, el Sr. Lebel, patrón de una gran empresa de Marsella, sale al volante de su Mercedes. Rueda a toda velocidad por el gran malecón. La sociedad, fundada por él, tiene un astillero en el cuerpo; pero, a esa hora —son ya las 7 de la tarde— todos los obreros se han ido. El Sr. Lebel acelera, acelera..., y se lanza sobre el mar.

A la mañana siguiente, recuperaron el coche y el cuerpo. En el volante, estaba pegado un papel que sólo tenía estas palabras: «MUERTE VOLUNTARIA.»

«Era bueno, me escribe la Sra. Denis, su secretaria. Sus negocios iban muy mal. No podía soportar la idea de que el personal, que le había ayudado a enriquecerse, perdiese su empleo. Habíamos conversado varias veces sobre el más allá. El, cuyos negocios eran la única razón de su vida, sabía perfectamente que de nosotros dos el pobre era él.»

El 21, por tanto cuatro días después, agobiada por la pena... y por las

Los “muertos” han dado señales de vida

preocupaciones materiales, puesto que acaba de perder su situación y no cuenta con ningún ahorro, la Srta. Denis se echa una siesta. Durante unos instantes, se va a olvidar. Está en un duermevela, acostada hacia el lado derecho.

De repente, bruscamente, brutalmente, en el oído derecho, apoyado en la almohada, oye estas dos palabras: *¡Es verdad!* Tan claras, que se sobresalta violentamente dando un grito que la saca del entumecimiento. Al principio, no comprende. Luego, de golpe, comprende: «Es verdad, quería decir el suicidado, es verdad lo que me dijiste. Ahora lo experimento. Es verdad: existe otra vida.» Y el volvía a la única persona con la que había tenido esta clase de conversación.

El hombre desnudo en el barro

Un joven, Lucien Siret, muy escéptico en todo lo relativo al más allá y a las cuestiones espirituales, sueña con su padre, muy escéptico también. Lo ve desnudo, hundido hasta la cintura en una charca de barro. Y este hombre grita: «¡Estoy vivo!»

Unos días más tarde, Lucien se entera de la muerte del Sr. Siret, llegada de improviso.

Aspecto inquietante del sueño: el padre desnudo, porque no tiene creencias. Está hundido en el barro, y este barro representa el materialismo.

Aspecto consolador del sueño: comienza a liberarse, sale de su agnosticismo; está vivo y se lo anuncia a su hijo y, a través de él a todos sus allegados.

Teorema: La resurrección inmediata es para todos, incluso para los que no creen en ella.

Corolario de este teorema: Es preferible creer en ella y actuar en consecuencia.

Otro sueño relacionado con un incrédulo:

El telegrama

La Sra. Serval sueña que recibe un telegrama de su marido fallecido. Lo abre y lee: «ESTOY CIEGO Y SORDO.» Este sueño resulta para ella un enigma, hasta el día en que establece la relación entre esta declaración y la incredulidad de su marido.

Efectivamente, los que no creyeron en la resurrección inmediata corren el riesgo de despertarse en el otro lado, ciegos y sordos.

Teorema: El otro mundo será lo que fue nuestra concepción respecto a él.

Todo es luz

Cuando murió el Sr. Lange, estaba en su casa, sentado en su mesa de trabajo. Lo tendieron entonces sobre un sofá situado en la biblioteca de su oficina. Dos horas después, su hijo René, de veinte años, vio el doble de su padre desprenderse de su cuerpo físico y elevarse en el espacio. El desprendimiento fue rápido: el Sr. Lange era un hombre de auténtica espiritualidad.

«Sin poder explicarle lo que me sucedió, dijo el joven, me sentí invadido por una especie de choque de amor.»

Al día siguiente, la Sra. Lange estaba en la cama, con las persianas echadas. En su sueño, vio entrar a su marido; fue a abrir la ventana y las persianas. Ella se dijo: «¡Oh! ¿por qué no me deja en la oscuridad, para dormir y olvidar?» Pero el Sr. Lange, dirigiéndose a ella y a su hijo, que había ido a pasar la noche junto a ella en un sofá, les dijo:

«¿Por qué estáis así con las ventanas cerradas? ¡Todo es luz!»

Aunque esto fue solamente un sueño, la Sra. Lange lo tomó, con razón, como un mensaje...

Algún tiempo después, René, tratando de dejar más sitio entorno al sofá sobre el que había sido tendido su padre, lo corrió, separándolo así un poco de la biblioteca. La Sra. Lange no comprendía lo que quería hacer y se extrañaba.

De pronto, la madre y el hijo descubrieron un papel debajo de la biblioteca. Eran los últimos deseos del Sr. Lange, los había escrito dos

Los “muertos” han dado señales de vida

o tres días antes. En este texto, decía entre otras cosas: «Me da la impresión de que no tengo mucho tiempo. Me he visto muerto, tendido a lo largo de la biblioteca... Pero el Eterno es mi luz.»

Y la Sra. Lange, recordó las palabras pronunciadas en el sueño por su marido:

«*Todo es luz*»

Aceptación

El Sr. Langevin, muy gravemente enfermo y sufriendo un martirio continuo, tiene el siguiente sueño que cuenta a su mujer que acaba de entrar en su habitación:

«Me ha ocurrido algo curioso. Ya no sentía ningún mal. Estaba como en la nada —una nada agradable. Flotaba, desprendido de mis miserias, pero estaba lleno de pánico. Me he incorporado, aferrándome a mi sufrimiento como a una boyá salvavidas. Y ¿sabes? me he despertado con mi enfermedad.»

Informada de las realidades espirituales, la Sra. Langevin comprende lo ocurrido: ha tenido un desdoblamiento, una primera salida, pero su marido se ha opuesto a ella con todas sus fuerzas. Cuando dice que se ha aferrado a su sufrimiento, ha sido a su cuerpo físico al que se ha aferrado en el último momento. No acepta morir. Todavía no.

Al día siguiente, el Sr. Langevin tiene un nuevo sueño. Se le aparece un hermano más joven que él, Pierre, fallecido algunos años antes. Este hermano, al que quería de forma especial, le tiende la mano. El Sr. Langevin se la toma. Es la aceptación.

Murió a los dos días.

Encuentro en la estación de Cannes

En la oscuridad, una especie de flash le despierta Julien: acaba de percibir en sueños, durante una décima de segundo, una silueta de

hombre que no le es desconocido. Trata de poner un nombre a esta visión fugitiva que le obsesiona y le impide dormir. Acaba encontrándolo: la silueta entrevista es la de cierto Hubert a quien Julien encontró accidentalmente un año antes en casa de unos amigos; su conversación se limitó a algunas frases triviales y los dos hombres no volvieron después a verse nunca. Por eso, Julien se pregunta cuál puede ser la significación de esta súbita evocación de un personaje que le es indiferencia. Mientras vuelve a sumergirse en el sueño, le viene al espíritu la siguiente respuesta: «Este Hubert viaja sin duda en el mismo tren que mi madre a la que tengo que ir a buscar mañana a la estación de Cannes.» Después, satisfecho (¡sin costarle demasiado!) con esta explicación ridícula, vuelve a dormirse.

Al día siguiente, Julien espera en la estación de Cannes la llegada de su madre. El rápido reduce la velocidad, se para. Justo delante de él, le abre la puerta de un vagón, y Hubert desciende por ella con una maleta en la mano...

Julien se dirige hacia él con aire sorprendido. Sólo puede balbucir: «¡Es extraordinario! Esta noche he soñado con usted.» Hubert lo mira con una cara que significa: «¿De qué va éste? ¡Está loco!» El pide excusas rápidamente y se aleja: Julien se siente completamente ridículo. Hubert no volverá nunca a aparecer en su vida: esta coincidencia no llevará consigo ninguna continuidad. La premonición es notable, pero su objeto, su finalidad brillan por su insignificancia.

La madre de Julien desciende a su vez... En el andén de la estación de Cannes, se cruzaron, de manera extraña, la persona más indiferente y la persona más querida..., y la más amenazada.

En este campo de la premonición, ocurren cosas incomprensibles. A veces, se nos advierte de acontecimientos sin importancia; otras, por el contrario, no se nos anuncian acontecimientos dramáticos que nos afectan en primer persona.

Es lo que sucedió a Julien: en 1943, en los días negros de la Ocupación, su madre fue detenida y enviada a un campo de concentración de donde nunca volvió...

Pregunté a Julien, que tiene indudables dones mediúmnicos, si en aquella época tuvo algún presentimiento, alguna premonición.

Los “muertos” han dado señales de vida

«No, me dijo, jamás fui advertido de acontecimientos importantes. Ni siquiera de su muerte ocurrida dos años después del episodio de la estación de Cannes. Sólo me enteré al final de las hostilidades.»

Y, sobre este asunto, me cuenta mi amigo:

La isla de la desolación

Seguimos en 1941, en noviembre, Julien, que se encuentra a bordo de un trasatlántico español atravesando el Atlántico, sueña que el navío se desliza por una calle rodeada de masas; muy por debajo del nivel del puente reservado a los pasajeros, circulan automóviles en las aceras y el casco del barco...

Al día siguiente, el trasatlántico tiene que hacer escala hacia mediodía en la isla de Curaçao. El nombre de esta isla hace soñar al artista que hay en él: imagina bosques de cocoteros, playas tropicales...

Decepción: la isla es llana, sin relieve ni vegetación, y la nave se adentra lentamente por un canal ocupando casi toda su anchura. A cada lado, casas; entre estas casas y el casco del barco, circulan coches por debajo del nivel del puente de pasajeros... Y Julien, estupefacto, reconoce la imagen de su sueño de la noche anterior.

¿Qué ha ocurrido? Yo le propongo la siguiente explicación: en la noche anterior a la llegada del trasatlántico a Curaçao, hubo un desdoblamiento. Movido por la curiosidad, Julien, en cuerpo metafísico, fue a reconocer los lugares por los que iba a pasar.

«La historia del desdoblamiento en cuerpo metafísico es posible. ¡Pero vaya usted a saber!

- Se puede suponer también que una entidad amiga te mostró durante la noche una escena que ibas a vivir.
- Una escena que no ha supuesto nada en mi existencia.
- ¿Y han seguido los sueños premonitorios?
- Cedieron la plaza a sueños de tipo simbólico que implicaban veladas apreciaciones sobre mi conducta del momento.»

El Austin en el almacén de antigüedades

Julien está al volante de su coche en una carretera totalmente recta. Camina hacia el infinito. A su lado, su mujer, Lucienne, está inmersa en la lectura de un gran periódico desplegado.

Varias veces, Lucienne, deseosa de hacer leer un artículo a su marido, interpone la hoja entre él y el parabrisas, tanto que Julien se ve obligado a conducir a ciegas, y evita de milagro chocar con uno de los autocares llenos de gente que circulan en sentido contrario...

El coche llega a los aledaños de una ciudad de tipo medio, cuya topografía no conocen ni Julien ni su mujer; Lucienne ve un elegante Austin que rueda delante de ellos, sugiere a su marido seguir al pequeño coche: eso les conducirá a alguna parte... Pero el Austin, sin más historias se adentra todo él en el interior de una tienda de antigüedades, avanza entre estatuas antiguas con las que no choca, y... penetra en un armario empotrado que se cierra sobre él. Julien tiene sólo tiempo para frenar, y... se despierta.

¿Qué interpretación dar a este sueño?

Hay que notar que Julien está únicamente preocupado por cuestiones metafísicas (y a esto se debe el que se vea desplazándose directamente «hacia el infinito»). Por el contrario, Lucienne es una mujer práctica absorta en lo «cotidiano»: el periódico. Pero no contenta con «leer» para ella, pretende obligar a su marido a compartir sus preocupaciones; interpone por eso «el diario» entre él y su camino hacia el infinito (que el común de los mortales, por otra parte, recorre en sentido contrario, —amontonados en autocares). El conductor ya no puede ver adonde va...

Cuando llegan a una ciudad desconocida: el futuro inmediato, del que no se sabe lo que tiene reservado, Lucienne que propone seguir al Austin, coche típicamente «burgués», es decir: amoldar la conducta del matrimonio a la de la sociedad que los rodea y les muestra el camino... Pero ¿adónde conduce ese camino?

¡Al anticuario! Dicho de otro modo, a un mundo estético, pero ya muerto y poblado únicamente de recuerdos. Allí, el Austin sabe

Los “muertos” han dado señales de vida

perfectamente deslizarse sin derribar «estatuas antiguas», que representan las tradiciones respetables. Desgraciadamente, este circuito no lo lleva a ninguna parte, sino al callejón sin salida... Y «el armario empotrado se cierra sobre él». Es hora de que Julien reaccione y, si no lo hace, su mujer y él sufrirán la misma suerte...

Es difícil dejar de interpretar este sueño como una advertencia destinada a Julien. ¿Advertencia lanzada por quién? ¿Por su propio inconsciente? ¿Por el inconsciente colectivo? ¿o por un protector venido del otro mundo y deseoso de verlo continuar su carrera «hacia el infinito»?

Por mi parte, me inclino por esta última explicación.

Después de flirtear con las dos primeras hipótesis, Julien está ahora dispuesto a compartir mi punto de vista: un amigo del más allá ha querido hacerle comprender algo. Un amigo le ha dicho: «No traiciones tu vocación.»

Aquel sueño fue el preludio de otros sueños simbólicos que se extendieron durante un año aproximadamente. Muchas veces, conseguía restablecer su sentido; con mucha frecuencia, encontraba en ellos lecciones que aprender.

El pez prehistórico

El sueño por capítulos es muy raro. Personalmente, nunca lo he experimentado: jamás me ha sido posible continuar un sueño interrumpido.

He aquí un ejemplo de sueño tríptico sacado de una obra contemporánea. Se trata de un sueño tenido por el naturalista suizo Louis Agassiz, contado por su mujer en una biografía que dio a conocer después de la muerte de éste.

El Pr. Agassiz trabajaba en la recuperación de la forma de un pez fósil de la que sólo contaba con una parte: una huella vaga sobre un bloque de pizarra. Pero sus esfuerzos resultaban inútiles. Renunció pues momentáneamente. Pues bien, una noche vio en sueños a su pez

recuperado, restaurado. Pero cuando trató, al despertar, de recordar la imagen, no pudo lo consiguió. La noche siguiente, volvió a ver al pez. Se despertó, pero no pudo recuperar la imagen vislumbrada.

La tercera noche, colocó en su mesilla de noche un lapicero y papel. El pez volvió a aparecer en su sueño, un sueño matinal; al principio de una manera confusa, después claramente. Esta vez, Agassiz no tenía ya ninguna duda sobre las características morfológicas del animal. Medio dormido, esbozó a grades rasgos en la oscuridad lo que había visto. Al despertar, tuvo la sorpresa de descubrir en la hoja de papel la reproducción de sus visiones sucesivas. Se dirigió al jardín botánico y, armado con su dibujo, pudo compararlo con la parte fósil que ya tenía en el bloque de pizarra. El pez prehistórico estaba recuperado.

¿Qué había ocurrido? Sin duda, un colega del mundo espiritual, un sabio con acceso al mundo de los arquetipos, donde se conservan todas las cosas, había proyectado la imagen del pez en el mental de Agassiz.

El viajero sin equipaje

Los sueños que hemos estudiado hasta ahora no ofrecen ninguna dificultad de interpretación. Estrechamente relacionados con lo real, se vieron confirmados por los acontecimientos. Estos son sueños de primer nivel.

Pero hay sueños de segundo nivel, sueños de correspondencia que necesitan una verdadera traducción.

El Sr. Brandt, cuyo padre murió hace varios años, lo divisó en un andén de estación. De pronto, el Sr. Brandt padre atraviesa la vía. Aparece un rápido: es atropellado. En lugar de ir hacia su padre y tratar de ayudarle, al Sr. Brandt lo único que le preocupa es el equipaje del viajero imprudente. Lo busca por todas partes: en el andén, en la consigna, donde el jefe de estación. No encuentra nada.

¿Qué significa esta historia? En el sueño de correspondencia, no hay que dejarse atrapar ni por la escena que se desarrolla ni por los personajes que aparecen en el drama. Se trata de trasponer.

La víspera, el Sr. Brandt había visto en la televisión una película

Los “muertos” han dado señales de vida

sobre las civilizaciones desaparecidas —isla de Pascua, Atlántida, Baalbek—, y se había preguntado: «¿Cómo es que no dejaron ninguna huella?» Descifra así su sueño: el padre, son las civilizaciones pasadas; el atropello por el rápido, es el final repentino, catastrófico, imprevisible de aquellas grandes civilizaciones; los equipajes que son buscados por todas partes y que ya no se encuentran son la herencia perdida. La respuesta a su pregunta le viene intuitivamente: Si las civilizaciones no dejaron ninguna huella, es porque todas ellas tuvieron un fin brutal.

El bajorrelieve roto

Irene Hermant es escultor. En el momento del ensueño, trabaja en un bajorrelieve destinado a una capilla ortodoxa. Se encuentra entonces en perfecto estado de salud. Sueña que en el momento en que presenta al sacerdote su bajorrelieve, se dan cuenta los dos de que está roto en diagonal. En la parte derecha, abajo, hay musgo, como si la piedra estuviera podrida.

Examinemos los hechos: en realidad, el bajorrelieve está intacto, no es de él del que se trata. Pero seis semanas después, Irene Hermant tiene que ser hospitalizada y sufrir una operación en la parte del apéndice, operación a la que siguen complicaciones. Es en su cuerpo, abajo y a la derecha, donde está la herida. Si el sueño premonitorio hubiera sido de primer grado, ella se habría visto en la mesa de operaciones.

Las piernas obstaculizadas o el fallo del psicoanálisis

Un rico americano va a psicoanalizarse regularmente. Toma nota de sus sueños y, dos veces por semana, va a contárselos a su especialista. Pues bien, durante tres meses tiene diecisiete veces el mismo sueño. Perseguido por policías, ya no puede correr. Sus perseguidores lo alcanzan..., se echan sobre él y le atan las piernas con una cuerda apretada al máximo.

Cuenta pues los sueños a su psicoanalista, quien le dice esto: «Hay que ver en esto un sueño de autocastigo. Siendo muy pequeño, te sentiste culpable de un acto que has olvidado y que te reprochas inconscientemente.» En realidad, los diecisiete sueños no se referían para nada al pasado, aquella primera infancia, el dorado de los psicoanalistas, sino al inmediato futuro. Al atravesar el Central Park, nuestro americano se sintió víctima de parálisis –parálisis que le afectó sólo a las piernas. Si se hubiera dirigido a un espiritualista y no a un psicoanalista, obnubilado por la autopunición y los actos culpables de los niños de teta, el mal se podría haber evitado. El cuerpo sutil había captado mucho antes que el cuerpo físico el mal que le amenazaba a éste último y se esforzaba por advertírselo, multiplicando los sueños de piernas atadas.

¿No has visto pasar mi entierro?

No todos los sueños son mensajes o premoniciones, algunos son verdaderas diversiones. Nuestro mental de vacaciones se entrega a la farsa, de acuerdo con la lógica de lo absurdo.

He aquí una aventura onírica fuertemente teñida de humor negro, que le sucedió a la Sra. Marguitte, en la noche del 9 al 10 de julio de 1971:

«Me encuentro en un autobús de París con una mujer joven. Volvemos de una velada de casa de unos desconocidos. De pronto, me doy cuenta de que he olvidado en casa de estos mis gafas, una resma de papel cebolla, una corbata de visón, una gabardina, herramientas de jardinería y dos raquetas de tenis.

«Como salimos de su domicilio hacia las diez de la noche y son ahora más de la doce, le digo que no me atrevo a volver. Sin embargo, estoy muy contrariado porque, pasado mañana, ya no estarán allí. La joven me anima decididamente a volver para recuperar mis cosas.

«Llego a una chalé muy bonito. Me siento molesta de estar en short; es un short muy antiguo que pertenecía a mi sobrina y que ella me dio hace veinticinco años.

Los "muertos" han dado señales de vida

«La dueña de la casa, muy elegante, no parece fijarse y me pregunta si me gusta el pollo. No comprendo lo que quiere decir, y añade: «"Ven a comer un trozo, debes tener hambre".

«Dicho esto, me trae una bota charolada, de talla muy pequeña. Le hago notar que es demasiada pena comer este calzado, porque es muy bonito. Pero ella insiste:

«"¡Por favor, prueba! Está delicioso, es una boa en gelatina"

«En ese momento, veo en el jardín de esta señora un coche fúnebre. Sé que se trata de mi coche fúnebre y que se ha anunciado su llegada al cementerio. ¿Qué voy a hacer con todos esos paquetes que me estorban? Lo más sencillo es meterlos en mi ataúd. Hay sitio puesto que no soy... Y además es mi ataúd, puedo meter en él lo que me plazca. Todo esto es de una lógica implacable. Coloco en el hermoso ataúd acolchado mis gafas, mi gabardina, mis dos raquetas de tenis, mi corbata de visón, mis herramientas de jardinería y mi papel cebolla. Bastará que las recupere cuando llegue al cementerio.

«La pena es que habrá que hablar con los enterradores. ¿Cómo hacerles comprender que el cortejo que se presenta es el mío, pero que en realidad no estoy muerta, que los objetos reunidos en el ataúd son míos y me los tienen que devolver?

«Para mayor prudencia, antes de que el cortejo se ponga en marcha, pido que me devuelvan al menos mis gafas y mi gabardina. En cuanto a lo demás, veré después. Una desconocida, de pie al lado de mi ataúd, quiere hacer el esfuerzo necesario para extraer estos dos objetos indispensables.

«Y henos aquí a algunos siguiendo mi cortejo fúnebre. No hay mucha gente; estoy un poco molesto. Al caminar, me doy cuenta de que han puesto sobre el paño mortuorio, cuyos cordones nadie sostiene, carbones de bola de antracita y ha colocado por encima de todo un inmenso ramo de rosas. Las flores me gustan, pero no estoy de acuerdo con el carbón:

«"¿Por qué las bolas de antracita?"

«Me responden:

«"¡Para que resulte más real!"

«Argumento irrefutable. Muy digna, aparentando recogimiento, sigo caminando a la cabeza del cortejo, esforzándome por no echarme a reír: se trata de no escandalizar a los que pasan.

«Cuanto más nos acercamos a mi última morada, más crece el recelo. No será fácil hacer que admitan mi desventura y conseguir semejante derogación de las costumbres.

«En aquel momento, veo venir en sentido contrario a una amiga, Jeanne Peyrot, vestida como los del ejército de salvación. Sin detenerse, me dice al oído: «¡Soy huérfana!» Se me ocurre que sería caritativo, en este caso, unirme a ella para decirle una palabra amable. Abandonando pues un momento mi cortejo fúnebre, corro tras ella y la alcanzo para protegerle con mi consuelo.

«Cumplido mi deber para con la huérfana «del ejército de salvación», no logro encontrar mi coche fúnebre. No sé qué dirección ha seguido. Entro en una tienda y pregunto a la vendedora:

«»¿Has visto pasar mi entierro?«

«Mi pregunta no parece sorprenderla, ella me responde:

«»Se dirige hacia la Casa de la Cultura«

«Comienzo a correr hacia la Casa de la Cultura...

No encuentro nada. Estoy cada vez más angustiada. Voy a llegar demasiado tarde, habrán enterrado esas cosas que me interesan y las voy a perder para siempre. A todos los que encuentro, los pregunto enloquecida: «¿Habéis visto pasar mi entierro?»

«Nadie ha visto pasar mi entierro. Por fin, veo de pronto a mi marido, he llegado:

«»Noël, ¿has visto pasar mi entierro?«

«El tampoco ha visto nada. Observo dos cosas que me entristecen: pone mala cara en lugar de alegrarse por ver que sigo viva y ni siquiera se ha molestado en llevarme a mi última morada. Siento que me hace responsable de esta ridícula historia y que mi angustia no le inspira ni simpatía, ni indulgencia.

«»Pero en fin, Noël, es horroroso, voy a llegar cuando hayan cerrado mi panteón.

«¡Bueno, así aprenderás!»

«Lo dejo, herida por su crueldad mental, y me echo a correr por todas

Los “muertos” han dado señales de vida

las calles a través de la ciudad. Finalmente, a fuerza de dar vuelta y más vueltas, llego al cementerio. Ha ocurrido lo que temía: la ceremonia está terminando. Ya han bajado mi ataúd al fondo del panteón. Desfila la gente..., cada uno lleva una flor. ¡Pero para el visón, peor para el papel cebolla!

«Lo único que me puedo hacer es escabullirme lo más discretamente posible entre los miembros de mi familia para recibir las condolencias de mis amigos y vecinos. Me hacen caer en la cuenta: me extraña que no se sientan extrañados de mi presencia. Me saludan... con bastante frialdad. Me critican con bastante severidad mi retraso y mis piernas desnudas.

«Llena de vergüenza, me escabullo al final de la cola, detrás de un primo joven de quinto grado. El pequeño primo tiene unos ojos maravillosos: azules rodeados de grandes pestañas. Me mira con cariño; por poco me coge entre sus brazos.

«Pero no me queda tiempo de detenerme en pensamientos culpables, porque mi tía, de duelo riguroso, me ha observado. Me hace una señal energética para que me coloque a su lado. Obedezco, siempre hay que obedecerla.

«Naturalmente, tengo derecho a una cascada de reproches en condicional pasado:

«”¡Al menos por una vez, habrías podido hacer el esfuerzo de llegar a tiempo! Y deberías haber hecho teñir tu short, el negro se agarra bien sobre el azul. Vamos, pasa adelante para las condolencias... Tienes que estar delante de todos, es la costumbre. En ausencia de tu marido (¿qué se trae ese entre manos?), eres tú la pariente más cercana.“»

Capítulo 9

Entre sueño y aparición

El sueño muestra a veces tal intensidad, tal fuerza, que el que sueña es luego incapaz de asegurar si la experiencia vivida fue subjetiva u objetiva.

El fenómeno psíquico, que aparece casi siempre en las primeras horas de la mañana entre ensueño y vigilia, ha dejado en su mental la misma huella sólida y duradera que un acontecimiento físico. ¿Era una visión, era una aparición? No sabría decirlo. La frontera entre visión y aparición es tan difícil de trazar como la frontera entre ensueño y sueño.

¿Por qué ella y no yo?

La siguiente historia comienza en Suiza francesa, durante la Primera Guerra mundial. Un joven de veinte años, Gérard de Laval, empleado en un laboratorio que trabaja para las industrias de guerra, contrae una enfermedad incurable. Se envenena con los productos químicos que manipula. Al saberse perdido, se suicida.

Su madre, más de cincuenta años después, no ha superado este choc y sigue viviendo en la desesperación y la rebeldía.

Una de sus amigas, la Sra. Wilson, a quien conozco, le habla de las cartas de Pierre:

«Sí, sí, las conozco, responde la Sra. de Laval. Todo eso está muy bien, pero está totalmente inspirado por el subconsciente de su madre.»

Ninguno de los argumentos utilizados por el Sra. Wilson consigue convencerla. Algún tiempo después, la Sra. Wilson va a casa de la Sra. de Laval provista de una de mis obras. Pero antes incluso de que pudiera hablarle, la Sra. de Laval le cuenta esto:

«Tengo a mi servicio una española. Es una joven simpática y llena de

Los "muertos" han dado señales de vida

abnegación. Me rodea de sus cuidados y su afecto como si fuera su madre. Jamás he encontrado una persona tan naturalmente buena y espontánea. Desde que está a mi lado, me encuentro feliz –en fin, casi feliz. Evidentemente, jamás le he hablado de Gérard ni de mi pena. Ni siquiera podía saber que yo tenía un hijo, porque nunca he pronunciado su nombre delante de ella.

«Tengo que decirte que Pedrosa (yo la llamo siempre por su apellido) pasa la noche del sábado al domingo en mi casa, en una habitación que le tengo reservada. Pues bien, un domingo por la mañana, Pedrosa me asegura que ha visto, por la noche, en sueños –¿pero fue en sueños?–, a un joven sentado en el sillón en que me siento habitualmente. Ella le pregunta qué hace allí, qué quiere. El joven responde que se llama Gérard, que es hijo de la Sra. de Laval y que está feliz por encontrarse en su casa. Pedrosa detalla que tenía mis ojos y que se echaba hacia atrás en su sillón. Dicho esto, se pone a imitarle y yo reconozco un gesto típico de mi hijo.»

La Sra. de Laval está confusa. Sin embargo, no podía creer que todo aquello fuera posible, repitiendo:

«Pero ¿por qué lo ha visto ella? ¿Por qué ella y no yo?»

A lo que responde la Sra. Wilson:

«Pedrosa es sencilla como un niño, está llena de amor y de altruismo. A personas como ella es a las que Dios envía manifestaciones espirituales.»

La Sra. de Laval estaba conmovida, por no convencida. Ni mis libros, ni la aparición, infinitamente más convincente, de Gérard a la asistenta española conseguían arrancarle de su escepticismo:

«¡Ah! ¡si al menos pudiera creerlo!... si pudiera creerlo.»

Analicemos el relato:

1. Gérard da señales de vida más de medio siglo después de su muerte.
2. Se manifiesta en un lugar donde había vivido. Se aparece a Pedrosa en su casa, del sábado al domingo, y no en casa de ella, cualquier otro día.
3. Se aparece no a su madre, sino a una extranjera, en el doble

sentido de la palabra. Su madre es escéptica, muy poco receptiva, el contacto no puede establecerse.

4. El sueño de Pedrosa no puede ser la prolongación de conversaciones mantenidas, puesto que la Sra. de Laval, retraída en su silencio, jamás, nunca le había hablado de Gérard.

5. El desinterés, la sinceridad, el cariño de Pedrosa hacia la Sra. de Laval han actuado como un imán sobre Gérard: el lazo de amor le ha permitido pasar.

6. Viendo que ni las imágenes de los demás, ni las lecturas, ni las conversaciones de la Sra. Wilson podían vencer el escepticismo de su madre, Gérard decide utilizar un medio espectacular.

7. En esta historia, se da el detalle muy concreto, muy preciso, muy característico, el detalle irrefutable: esa costumbre que tenía Gérard de recostarse en su sillón, gesto que Pedrosa imitó y que conmovió a la madre. Gestos que la española ignoraba totalmente, admitiendo que pudiera ver, una vez, una foto de Gérard, lo que le habría permitido decir: «Tenía sus ojos.»

El sombrero de paja

A propósito de detalles concretos y característicos, permítaseme contar también una experiencia personal.

Pasé la noche en una casa normanda que había ocupado el filósofo Jacques Marquette, fundador de Panharmonía.

Al amanecer, tengo el siguiente sueño:

Me encuentro en un jardín maravilloso, exuberante; su propio jardín, pero atravesado por una extraña intensidad de luces y de colores. Y, a lo largo de una calle, pasa un señor anciano muy elegante, muy erguido, de blancos cabellos. Lleva un sombrero de paja..., ¡Y esto es todo! Pero tal sombrero de paja, si se piensa a fondo, significa mucho.

Análisis del sueño:

– Como la asistenta española, sueño con un desaparecido allí donde ha vivido. Jamás he vuelto a soñar luego con Jacques de Marquette.

– He visto a este hombre de gran espiritualidad en un ambiente de

Los "muertos" han dado señales de vida

naturaleza, de luz y de color –naturaleza, luz y color exuberantes.

– Pero lo más importante a mis ojos, es el sombrero de paja; se trata de algo que yo ignoraba totalmente, de un detalle que no podía encontrarse en el limbo de mi mental.

Conté este sueño a la Sra. Langevin, su colaboradora directa. Me preguntó enseguida:

«¿Qué forma tenía ese sombrero de paja?»

Respondí sin dudarlo:

«No era en absoluto el sombrero de paja redondo y liso como un camembert. Tenía la forma de un sombrero blando, de un sombrero clásico.

– ¡Exactamente eso! dice la Sra. Langevin. Cuando viajamos a la India, llevaba siempre un sombrero de ese tipo.»

Debo añadir que jamás traté a Jacques de Marquette mientras vivió. Sólo conozco de él las fotos que figuran en sus *Confessions d'un mystique contemporain*. Siempre aparece con la cabeza descubierta.

Por tanto, lo que vi no era ni un recuerdo ni una imaginación. Era más que un sueño.

La visita de Danielle

A propósito de visitas, he aquí el testimonio de la Sra. Andrey, madre de una joven que se suicidó bajo los efectos de la droga:

«Como el obispo Pike, tengo que decir: Creo, y eso es todo. ¿Qué pruebas aportar? Sí, creo que estreché a mi hija entre mis brazos. Fue algo fugaz..., luego desapareció, esto fue lo más atroz. ¿Era un sueño? ¿Era en estado de vigilia?» ¿Era un estado intermedio de mi espíritu? ¿Cómo explicar lo que uno mismo no entiende? Sí, creo que fue ella la que vino muy de mañana el 22 de febrero de 1972. Yo estaba todavía acostada, entre el sueño y la vigilia. Suenan dos golpes. Me levanto, corro a la puerta del apartamento, pregunto: «¿Quién es?» Me responde: «¡Soy yo!» Reconozco la voz de Danielle. Abro, es ella, la veo. La tomo en mis brazos, gritando: «¡Has resucitado!» Ella me

responde: «¡Tú dices que no crees!» Titubea, pero tiene el aspecto de un ser sólido. Está vestida con una abrigo gris. Continúa: «¡He hecho por ti una novena a santa Rita! –Ya lo sabía», dice ella. La siento ligera, flexible pero, repito, consistente. Quiero retenerla, pero desaparece.

«Al día siguiente, también muy de mañana y siempre en estado de duermevela, veo a Danielle que me dice: “¡Pide al párroco de Massanges que diga una misa por mí!”»

No una, sino cuarenta misas mandó decir la Sra. Andrey por su hija.

Y la Sra. Andrey añade en la carta que acompaña su testimonio: «¿Qué extraordinario consuelo pudieron tener la Sra. de Jouvenel y la Sra. Monnier? ¡Me gustaría tanto creer en la supervivencia! A lo que yo respondí: «Señora, ¿cómo puede usted seguir dudando de la supervivencia después de estas dos experiencias excepcionales? ¡Sería deseable que todos los desaparecidos dieran pruebas tan claras de su presencia! Algunas madres tuvieron mensajes, pero no tuvieron la visión y el contacto casi físico. Usted no tiene mensajes, su mano permanece desesperadamente inmóvil, pero ha visto a su hija, la ha estrechado entre sus brazos.»

Meses después de esta respuesta, la Sra. Andrey sigue estando inconsolable, sigue siendo escéptica. A través de sus lágrimas, pide mentalmente a Danielle: «¿Existe realmente la supervivencia? ¿Estás realmente aquí a mi lado? Te lo suplico, ¡dame una señal!»

En ese momento, la foto de Danielle que está encima de la cama de su madre se desprende y cae.

La Sra. Andrey no es médium, y lo siente; le gustaría tanto recibir mensajes, bien a través de la ouï'ja, bien a través de escritura automática... Pero nada de esto ocurre. Danielle en cambio sí lo era cuando vivía: con su amigo Theo Sarapo, le sucedía que hacía dar vueltas a los veladores. Sigue siendo médium en su nueva vida: esto le permite enviar señales a su madre para librirla de la desesperación.

Los “muertos” han dado señales de vida

Capítulo 10

Apariciones

En el mundo físico, la aparición es la manifestación de un objeto o de un fenómeno habitualmente invisible: así, se habla de la aparición de un cometa.

En el campo que nos ocupa, es la manifestación sensible de un ser pasado al otro plano, de un ser habitualmente también invisible.

Si la aparición es subjetiva, es una impresión que se forma en el mental del que la capta sin soporte sustancial exterior. Son imágenes mentales transmitidas por el espíritu del comunicador²². Todo ocurre dentro del mental encarnado y conviene entonces hablar de visión.

Si la aparición es objetiva, la persona se presenta en su cuerpo espiritual que hace de pronto visible. Para darse a conocer, se reviste de proyecciones mentales y de formas parecidas a las que habitualmente llevaba en este mundo. Cuando se desplaza, lo hace deslizándose; habitualmente no se ven sus pies. Si uno se acerca, huye como un pájaro asustado. Si uno quiere atraparla, se disipa.

Hay apariciones que hablan y apariciones que callan, las hay que amenazan y las hay que tranquilizan, las hay que vienen de abajo y las hay que vienen de arriba.

Algunas son vistas por una sola persona, otras por varias²³. Algunas incluso son vistas por animales. Así, la Sra. Monnier, hablando de su

²² . Así, Roland sugiere a Marie-Blanche, que sólo conoce de él su fotografía a los quince años, el joven muchacho en zuecos y guardapolvo negro que estaba en Saint-Pardoux-la-Croisille.

²³ No se puede hablar de alucinaciones, individuales o colectivas, cuando existen pruebas tan materiales como las fotografías o los moldeados. Si la parafina está hirviendo, ninguna mano encarnada podría soportarla. Cuando se toma y se solidifica, ninguna mano podría desprenderse del molde sin romperlo. A partir de estos moldeados se hacen luego modelos de escayola que son reproducción exacta de la forma.

Los "muertos" han dado señales de vida

perrito, decía con cierta melancolía: «Tiene suerte, él ve a mi hijo»

Existen lugares favorables para las apariciones, en general lugares tranquilos y puros, tanto humanos, como naturales. Pero tranquilidad y pureza deben darse siempre en el que las ve. «Nuestras pantallas, dice Roland, son los ojos puros.»

Así como no se puede provocar el sueño, tampoco se puede provocar la aparición: llega a su hora. No se domestica lo invisible.

Algunas apariciones proceden de difuntos, son las más conocidas; pero existen también fantasmas de vivos: seres encarnados que se aparecen a distancia. En general, en ese momento pensaron en la persona alejada, pero no siempre es así; la mayoría de las veces no son conscientes, no saben que su doble se ha hecho presente a una persona para mostrarle una presencia de amor.

¿Recuerdas a Ivanna?

Lydia está al piano, toca una pieza de Fauré. Su perro, un pequeño bastardo de ojos vivos, se encuentra prudentemente sentado en un sofá. Mientras toca, piensa intensamente en Ivanna, una antigua amiga de origen rumano, música también, muerta el año anterior. Lydia tiene en ese momento dos excelentes razones para recordarla: a Ivanna le encantaba esta pieza y el perro había sido suyo.

Ella le había salvado de una muerte terrible. Una mañana de invierno, lo había encontrado entre la basura, cerrado en una caja. No se movía, con el pelo y los párpados pegados por la escarcha, estaba casi muerto. Se lo llevó, lo puso junto al radiador, lo arropó con mantas, le hizo tomar un caldo y, a fuerza de cuidados, consiguió resucitarlo.

Cuando Bobby recobró la salud y la alegría de vivir, Ivanna trató de regalarlo, porque sus posibilidades no le permitían alimentar una segunda boca. Le habló a Lydia que aceptó adoptarlo. Pero cuando llegó el momento de separarse de él, le faltó valor:

«¡Oh, no! Sinceramente, no puedo... Es tan cariñoso e inteligente. ¡Y

me he encariñado tanto con él! Perdóname..., lo conservo... Ahorraré en otras cosas.»

Dos años después, moría Ivanna allí donde mueren las cigarras, en el hospital. El perro había quedado en su pequeño apartamento que había sido precintado. Nuevas angustias para Bobby, solitario, prisionero, hambriento. Finalmente, fue liberado por un vecino que, a base de increíbles malabares, logró hacerlo salir por el ventanuco del cuarto de aseo. Enterada Lydia, vino a recogerlo; lo llevó a su casa y Bobby volvió a pasar días felices en un apartamento inundado de música.

La melodía de Fauré despierta sus nostalgias... Lydia, cuya emoción no ha dejado de crecer, se interrumpe, se vuelve hacia el animal y le pregunta:

«¿Te acuerdas de Ivanna? ¿Ivanna, tu dueña?»

El perro la mira, como si tratase de comprender, de recordar. Lydia le repite el nombre. De pronto, sus ojos se iluminan, salta al pie del sofá, corre hacia la puerta acristalada, que da al vestíbulo, se levanta sobre sus patas traseras, mueve el rabo con frenesí y, en el colmo de la exaltación, lanza ladridos desgarradores que son completamente distintos de las manifestaciones de alegría destinadas a saludar la llegada de los amigos. Hay aquí un registro insólito que Lydia oye por primera vez. Conmovida, temblorosa incluso, tiene la impresión de que su amiga va a entrar. Pero la puerta no se abre..., nadie se presenta. Bobby vuelve a caer sobre sus cuatro patas. Tiembla todo su cuerpo. Decepcionado, abrumado, como avergonzándose de tanto ruido para nada, vuelve a su sitio en el sofá donde sigue temblando durante un tiempo bastante largo. Se encuentra en tal estado que Lydia hace el propósito de no volver a pronunciar delante de él el nombre de Ivanna.

¿Ha visto realmente el perro a la antigua dueña, atraída por la música y el pensamiento de Lydia? Ésta se inclina por esta interpretación, porque sigue viendo el largo temblor que sacude al animal y recuerda la extraordinaria emoción que ella misma ha sentido: ha tenido realmente la impresión de que alguien estaba allí. ¿O Bobby creyó simplemente que Ivanna, a quien jamás vio muerta, puesto que la muerte ocurrió en el hospital, iba a abrir la puerta acristalada y a volver a aparecer después de esta larga ausencia?

Los “muertos” han dado señales de vida

Si se hubiera precipitado hacia un muro y no hacia la puerta, se podría afirmar sin ningún error que se trataba de una aparición.

Si este relato sólo puede añadirse con reservas al historial de los dones psíquicos manifestados por los animales, puede de todas maneras añadirse al informe de la sensibilidad, de la memoria y del agradecimiento caninos.

Los dos hermanos

Algún tiempo después de la muerte de Jacques, su hijo mayor, muerto en 1954 en Indochina, la Sra. Maurange ve pasar en sueños caras desconocidas. De pronto, la golpean suavemente en su espalda y una voz sin timbre dice: «¡Mira!» Ve una forma iluminada desde el interior: un joven vestido con un impermeable; ella distingue su cara, reconoce a Jacques. La aparición sólo es visible hasta la cintura, está formada por vibraciones sumamente rápidas. El fenómeno sólo dura unos segundos. A pesar de la felicidad que le procura esta visita, la Sra. Maurange siente tal convulsión en el corazón que tiene la impresión de que va a morir. Necesita más de un cuarto de hora para reponerse y reza para no volver a tener tales visiones.

Sin embargo, más tarde, volvería a ver simultáneamente a Jacques y a Michel, el menor que en el intervalo había sido matado, en 1956, en Argelia. Vio a los dos hermanos en sus cuerpos sutiles, algo más pequeños que al natural. Sonreían y hablaban entre ellos.

El “cachas” con abrigo de lana escocesa

Hay que señalar que la Sra. Maurange no es un médium profesional, sino una artista dramática que ha dado recitales de poesía en Francia y en Europa. Su extraordinario don de ver a los desaparecidos no se limita sólo a sus hijos, sino también a otras personas, muchas veces desconocidas para ella. Además, como este don se ejercitaba antes de

la terrible doble prueba, no se podría interpretar aquí como la psicosis del duelo.

Jacques y Michel vivían todavía. Era en los primeros años 50. Sobre un París tranquilo, terminaba un día muy hermoso y muy claro de junio. La familia Maurange, feliz –feliz porque estaba al completo–, tomaba el fresco en su balcón

«¡Eso debe ser un arreglo de cuentas!» dice uno de los muchachos.

En la noche que siguió, la Sra. Maurange fue despertada por un pequeño golpe en la espalda. Totalmente lúcida, vio a un hombre joven, un desconocido vigoroso, muy material, muy consistente. Vestía una chaqueta de lana escocesa, visible hasta la cintura, las manos abiertas. No presentaba ningún rastro de heridas. Daba la impresión de desconcierto y parecía decir:

«¿Pero qué pinto yo aquí? ¿Quién es usted? ¿Dónde me encuentro? ¿Dónde tengo que ir? ¿Qué tengo que hacer?»

Antes de que ella pudiera iniciar el diálogo, la aparición se desvaneció.

Al día siguiente, la Sra. Maurange leyó en el periódico que hubo, en efecto, en su barrio un arreglo de cuentas.

Pero lo que más le preocupó entonces fue constatar que recibía manifestaciones de desconocidos y nada en absoluto de una abuela muy querida a la que tanto le habría gustado ver.

El visitante etéreo

La hermana del Sr. Gaillard, Sra. Tirmont, es una atea convencida y de natural combativo. No cree ni en la supervivencia, ni en las manifestaciones del más allá.

La tarde del 25 de octubre de 1972, La Sra. Tirmont se encuentra delante de su televisor...

«Estaba viendo una película para matar mi soledad. De repente, sentí un roce en mi espalda..., y me asaltó un sueño muy breve. Un segundo roce me abrió los ojos: qué susto, en una silla, frente a mí, vuelto hacia donde yo estaba, había una aparición azulada, un hombre que me

Los “muertos” han dado señales de vida

miraba fijamente y quería hablarme. Yo no podía hacer ni un solo gesto... La aparición seguía allí, petrificada también, con el rostro ligeramente velado en su luz suave... suave. Di un grito. Al momento, todo se desvaneció, todo se volatilizó como la ceniza. Sólo la silla quedó vuelta hacia mí: vacía, llena de verdad..., porque yo vi, con mis propios ojos, a aquel hombre guapo y tranquilo, delante de mí, mirándome fijamente, dispuesto a transmitirme un mensaje. Se fue como un espíritu puro. Había venido por mí, estoy segura. Había surgido en su forma etérea, en su luz, con una mirada penetrante que parecía decirme:

“Sólo deseo hacerte bien. He venido a demostrarte algo en lo que tú no creías.”»

La Sra. Tirmont está absolutamente segura de esta llamada, de este visitante azulado, sentado delante, esperando que ella se comunique con él. Vio sus manos, su cuerpo, su cara, su mirada. Era un desconocido..., un ser benéfico.

Sin embargo, seis meses después, el impacto de este acontecimiento (único en su vida) se atenuó de tal manera que ya no volvió a hablar de él. Por supuesto, el recuerdo de esta visita no puede borrarse, pero su alcance, su significación, la enseñanza que aportaba se volatilizaron como la propia aparición. La Sra. Tirmont no por ello cree más.

La niña que pega a los fantasmas

Alexandra tiene el don de ver a los desaparecidos. Ya con cuatro años veía salir de la pared, por la noche, a una mujer morena. Le daba mucho miedo, pero no se atrevía a decir nada a sus padres.

El día siguiente, durante el día, se vengaba de la visitante que la aterrorizaba. Daba con una regla unos golpes terribles en la pared, justo en el lugar donde se aparecía.

Un día la sorprendió su madre:

“¿Qué haces?”»

Pego a la mujer que viene por la noche. Es una mujer mala.

La madre no le preguntó de qué mujer se trataba, no hizo a su hija ninguna otra pregunta, ni la hizo ningún reproche: como era médium, comprendió.

El don de Alexandra no terminó con la infancia, como suceder con frecuencia. Muy al contrario, lo desarrolló. Tuvo numerosos contactos con el más allá, y he aquí dos historias sorprendentes que se sucedieron.

La pequeña cruz de plomo

Alexandra ve en un anticuario de la *rue du Bac* una pequeña cruz de plomo, esculpida a navaja y con minúsculas incrustaciones de cristal. La toma, la da la vuelta y ve gravadas también a navaja tres fechas: 1916-1917-1918. Se da cuenta entonces de que esta cruz, tan tosca, fue fabricada con balas fundidas por un soldado de aquella época.

Compra pues esta pobre joya movida por las tres fechas y en recuerdo de su padre que vivió toda la guerra. Sin embargo, no se decide a llevarla en el pecho y la esconde en un cajón de la cómoda.

Al cabo de cuatro años, la joven volvió a descubrir con ciertos remordimientos la pequeña cruz de plomo y la dio un lugar de honor en un mueble. Dos o tres días más tarde, se dio cuenta de que se sintió de pronto muy molesta en su habitación. Le parecía que ya no estaba en su casa.

Una mañana, al despertar, tomó conciencia de una presencia desesperada en torno a ella.

«Era, me dice ella, una masa de tristeza de abatimiento que se desplazaba por la habitación. Había alguien, alguien a quien sentía con claridad, pero que no podía ver.»

Comienza entonces un diálogo telepático entre Alexandra y la presencia:

«¿Quién eres?»

– *Soy el que ha esculpido la cruz. Morí en la guerra del 14-18. Estoy solo..., solo...*

– Pero en tu mundo nadie está solo.

Los "muertos" han dado señales de vida

– *Te digo que no veo a nadie.*»

Alexandra se siente completamente confundida con esta revelación:
 «¿Cómo? ¿Desde hace tantos años? ¿Todavía no has encontrado tu camino?»

Y el desgraciado responde:

«*No sé dónde ir*»

El diálogo se interrumpe aquí, porque la joven, que es jefe del servicio jurídico de una importante sociedad, tiene que volver a su oficina. Durante toda la mañana, piensa en su visitante y, cuando tiene un momento libre, reza por él. A medio día, vuelve especialmente por él y se reanuda la conversación.

«No puedes seguir solo más tiempo, dice ella. ¡Llama a tu ángel de la guarda!»

– *No conozco a mi ángel de la guarda.*

– Voy a rogar al mío y al tuyo para que se ocupen de ti.»

Alexandra, que es un ferviente ortodoxa, invoca alternativamente a los dos protectores, pero nadie se manifiesta. A su lado, el soldado sigue allí, encerrado en su silencio y en su desesperación.

Después de veinte minutos de oración, de llamadas y de reproches: «Pero en definitiva, ¿tú qué haces? ¡Esto no puede continuar!» ve un brazo y una mano de luz, luego oye:

«*Vengo a buscarlo! Yo también morí en la guerra del 14 y estoy encargado de la acogida de los camaradas.*»

Dice entonces Alexandra al que había esculpido la cruz de plomo:

«Vienen a buscarte. ¡Responde!

– *Yo no veo a nadie,* replica él.

– Pero ¿qué puedo hacer yo? ¿qué tengo que hacer para sacarte de ahí?

La joven volvió a rezar, dirigiéndose a Dios, a los ángeles, a los desaparecidos, acumulando en una invocación en forma de ultimátum todas las fuerzas psíquicas de que era capaz. Tenía la impresión de que tomaba con todas sus fuerzas aquella masa de tristeza y de angustia, de que la elevaba hasta la mano del que venía a buscarla. Finalmente, sintió que el soldado comenzaba a elevarse.

Ella le dijo entonces:

«¡Ea, despidámonos! Ya no es necesario que vuelvas. Tienes que quedarte con los que han bajado a acogerte.»

Ella lo estaba tuteando: por afecto. Esta vez, decía «los que han bajado», porque tenía conciencia de que eran ahora una decena.

«¡Adiós, que seas feliz! Seguiré pensando en ti, rezando por ti. Olvida la pequeña cruz a la que has seguido tanto tiempo.»

El soldado partió con sus camaradas. Alexandra sintió una gran sensación de paz y de alivio. El ambiente de la habitación se hizo normal. Todo había durado hora y media.

Pregunté lo que había sido de la cruz de plomo.

«La quemé en mi cocina.

– ¡Oh, no debía haberlo hecho! protesté. Era todo lo que quedaba de este pobre muchacho en esta tierra.

– ¡Sí! Era necesario, repuso ella. El había seguido a este objeto durante demasiados años.

– Sí, tiene razón, ya era hora de separarlo del soporte que provocaba la obsesión.»

Alexandra me contó luego otra experiencia vivida por ella, que titularé:

El sisifo portugués

«La tarde del viernes, 21 de enero de 1972, me dirigía en coche al monasterio de Gretz para pasar en allí el fin de semana. En el arcén de la autopista, vi un enorme camión-remolque que acababa de quemarse. Sí, el accidente acababa de suceder. La cabina estaba totalmente carbonizada, el resto del camión estaba solamente ennegrecido.

«Pensé en el desgraciado camionero, imaginé el accidente: ¿se habría dormido, habría derrapado en el hielo del pavimento?

«El sábado 29, vuelvo a Gretz y, en esta ocasión, veo al camionero que da vueltas en torno al vehículo y al remolque. Es un hombre joven, rechoncho, fornido, moreno, tipo europeo del Sur. Tiene la cabeza descubierta, pantalón y chándal azul oscuro.»

Los "muertos" han dado señales de vida

La descripción es tan clara, tan detallada, que no puedo mantener mi duda:

«¿Estás segura de que se trataba de un desencarnado?»

- ¡Totalmente! Yo lo veían en transparencia y no distinguía los pies. El pobre muchacho que, como sucede muchas veces, no se daba cuenta de que había pasado al otro lado, trataba de levantar su camión y hacía esfuerzos desesperados para volverlo a poner derecho.

«Salgo de la autopista y tomo la pequeña carretera en dirección a Gertz, paralela a ella algunos centenares de metros. Disminuyo la velocidad... y le pregunto mentalmente. Me responde que es portugués, que tiene treinta y seis años, que está preocupado porque le espera su jefe y desearía enderezar este bendito cacharro.

«No intento prolongar la entrevista, hace un frío penetrante. Tengo un flemón dental y estoy bajo los efectos de los antibióticos. Sólo tengo un deseo: llegar a Gertz lo antes posible.»

Al volver del monasterio el lunes 31, Alexandra no ve a nadie. Lo mismo sucedió la semana siguiente.

Pero el lunes 14 de febrero -era por tanto la cuarta semana-, al volver de Gertz a París, vio un espectáculo poco común: unos metros antes de una pareja de autostopistas flacos, hirsutos y desgarbados, con pantalones mugrientos, el camionero portugués, bien plantado, bien afeitado y muy limpio, levantaba también el pulgar hacia atrás.

«Y entonces ¿cuál fue tu reacción? Ahora o nunca el detenerte, el reanudar la conversación interrumpida y el explicar a aquel buen tipo que ya no estaba en nuestro mundo»

- ¡Usted puede decir lo que quiera! Si me hubiera detenido, los dos hippies se habrían precipitado en mi coche. Por otra parte tampoco se detiene uno sin más en una autopista. Además, no estaba sola. Venía conmigo una amiga. ¿Cómo explicarle lo que sucedía? Mi reacción fue de echarme a reír.

«¿"Qué te pasa"? Se extrañó mi acompañante.

«¡Oh! Nada una idea cómica que me pasa por la cabeza...»

«Me imaginaba en efecto a un automovilista deteniéndose y embarcando a tres autostopistas en lugar de dos. Me imaginaba al

pasajero clandestino colocándose entre los dos fantasmas. ¡Resultaba divertido!»

Pero a la semana siguiente Alexandra tuvo una crisis de desesperación. Se reprochó no haber ayudado a aquel muchacho, no haber hecho nada por él, no haber aprovechado mejor el don que había recibido, el maravilloso don de ver a los desaparecidos y de hablar con ellos.

El joven en azul de trabajo

Maurice, un joven calderero, tenía que hacer una soldadura en un depósito de gasolina agrietado. Pues bien, este depósito contenía residuos de gas no evacuados, por haber realizado de forma incompleta la operación de vaciado. Cuando el lunes, a las ocho de la mañana, encendió Maurice el soplete y descendió por la apertura redonda al depósito, se produjo inmediatamente la explosión, el efecto de una bomba. Murió en el acto: decapitado, con un brazo arrancado.

Hacia las diez, sus vecinos inmediatos, el Sr. y la Sra. Lebois, se enteran del accidente. Una hora después, la Sra. Lebois, con dotes psíquicas, siente al joven en su salón. Sin embargo, no lo ve, porque en esa época sólo percibe a los desaparecidos por audición interna. De modo que oye a Maurice que le explica su desconcierto:

«No sé lo que me pasa. Voy a casa al volver de mi trabajo. Todo el mundo llora y dice que estoy muerto. Pero no estoy muerto porque te veo, te hablo. Y por otra parte, ¿qué hago en tu salón? No es el momento... ni una vestimenta como para presentarse en casa de nadie.»

La Sra. Lebois no se atreve a informarle de lo que sucede; espera que, poco a poco, se ilumine el espíritu del joven.

Hacia la una, el Sr. y la Sra. de Ganné, una pareja de jubilados, amigos de los Lebois, llegan a almorzar a su casa. La Sra. de Ganné dice enseguida:

«¿Sabes que hay alguien en el pasillo? ¿Un joven desencarnado que te conoce y parece completamente desamparado?»

Los "muertos" han dado señales de vida

Ella sentía solamente su presencia, pero aún no lo veía. Pasado un rato, pudo describirlo:

«Es un obrero... de unos veinte años. No es muy alto. Es moreno. Está vestido de azul como un mecánico. Sí, ahora lo veo mejor. Se aprieta las sienes. Dice que siente grandes dolores en el cráneo. Y yo también siento que mi cabeza vibra dolorosamente..., como si fuera a explotar.»

Entonces, Maurice habló de nuevo:

«*He ido a casa de mi madre. La he visto hundida, la he hablado... no ha querido responderme.*»

La Sra. Lebois se decidió a decirle la verdad:

«Estás en el mundo espiritual, mi querido Maurice. No tengas miedo: estás en un plano superior. Desde ahora, estás ya en otra vida, por eso tu mamá no puede oírte. Continúas viviendo en un mundo vivo.

– *Allí, todos repiten que he muerto. Les hablo y no me oyen. ¿Cómo es que tú me oyes y me ves?*

– En este salón, explica la Sra. Lebois, hay dos personas que son transmisoras, médium. Mi amiga, la Sra. de Ganné, te ve y te oye. Yo sólo te oigo.

– *No, no es posible, contesta Maurice. Estoy soñando..., voy a despertarme. Tengo un sueño tonto, como todos los sueños.*

– No, Maurice, no estás soñando, dice la Sra. de Ganné, estás en otro mundo, donde todo será mucho mejor.

– *Te aseguro que estoy en plena pesadilla.*

– Y yo te digo que has entrado en la verdadera vida.»

Sin estar en absoluto convencido, Maurice vuelve a su casa por segunda vez. Hacia las cinco de la tarde, dice la Sra. de Ganné:

«Está aquí otra vez, sigue nervioso y enfadado.»

Y Maurice continúa:

«*He vuelto a mi casa, he hablado a mi mamá que sigue sin responderme. He golpeado incluso en los muebles para señalar mi presencia: tiempo perdido.*

– Hay que admitir la realidad, dice la Sra. Lebois. Ya no eres de este mundo. Ha ocurrido ese terrible accidente. Trata de acordarte...

- *Sí, sí, ahora recuerdo una chispa, una explosión..., como una bomba.*

- Has pasado por la muerte, pero no estás muerto.»

Entonces, Maurice pide a la Sra. Lebois venir con él a casa de sus padres:

«*Tienes que decirles que estoy vivo...*

- No me creerán.

- *Explícales todo lo que me has explicado.*

- Creerán que estoy loca. ¡No, no me pidas esto!»

Interviene la Sra. de Ganné:

«Maurice, mira quién está a tu lado. Yo no lo conozco, pero tú debes conocerlo. Debe ser uno de tus parientes. Es él sin duda el que te ha conducido a casa de la Sra. Lebois. Tienes que aceptar seguirlo. Te va a dirigir en tu nueva vida. En cuanto a nosotros que estamos aquí, vamos a pensar en ti, a rezar por ti. Y todo irá bien. Sí, todo irá bien...»

Durante varias semanas, volvió Maurice y la Sra. Lebois le instruyó sobre las realidades de su nueva existencia. Finalmente, lo vio un domingo después de un servicio religioso: sonreía, estaba feliz, como si acabara de pasar a una nueva etapa.

Más tarde, el Sr. y la Sra. Lebois se establecieron en una ciudad desconocida. Por supuesto, no se rompió el contacto con Maurice que seguía asistiendo a sus estudios bíblicos. Llevaba a gente que acababa de morir y explicó que sus protegidos estaban más abiertos a las enseñanzas de la tierra que a las del mundo de los espíritus. Maurice había elegido como trabajo guiar a los recién llegados.

Una vez dijo a la Sra. Lebois:

«*¿Cómo es que cosas tan importantes no se enseñan en la Iglesia? Es criminal no hablar de esto. Si se supiera lo que tú sabes, lo que yo ahora sé, no se sentiría uno angustiado en este lado, como yo lo estaba en los primeros momentos. Si uno supiera lo que tú sabes, jamás se tendría miedo a morir.*»

Resumiendo:

1. Los jóvenes resucitan rápidamente: muerto a las ocho de la mañana, Maurice se manifiesta a las once.

Los “muertos” han dado señales de vida

2. El médium siente los sufrimientos del desaparecido: la cabeza de la Sra. de Ganné vibra dolorosamente. Estos sufrimientos, que son más bien señales de identidad, de reconocimiento, no se prolongan mucho tiempo.

3. Como los fallecidos siguen viendo y oyendo en y por su cuerpo espiritual, no logran entender que han entrado en el más allá. Se sienten sorprendidos, desgraciados, enfadados porque sus allegados no les responden.

4. Algunos terrestres saben más sobre el otro mundo que algunos desencarnados, pueden instruirlos. Por eso el guía de Maurice le ha dirigido hacia la Sra. Lebois.

5. Del que acaba de morir se encarga un pariente o un amigo del mundo espiritual; es el ángel de la guarda de la tradición católica.

6. Los que viven en la tierra pueden ayudar eficazmente a los que viven en el mundo espiritual a través de la oración y el pensamiento.

7. La Sra. Lebois y la Sra. Ganné habían sabido unir, cosa rara, sus convicciones cristianas y sus conocimientos metafísicos.

8. El cuerpo físico de Maurice estaba decapitado y mutilado, su cuerpo espiritual está intacto.

¡Mamá, soy yo!

La Sra. Dubos me ha contado los hechos observados después de la desaparición de su hijo único, Michel, subteniente del pelotón, muerto en Argel, debido a un accidente de automóvil ocurrido en acto de servicio, el 31 de julio de 1962. En una curva, Michel fue lanzado del jeep. Momentos después entraba en coma. Murió al día siguiente por una doble fractura de cráneo. Su chofer murió también. Un tercer camarada, sentado atrás, salió ilesa del accidente.

En la noche del 1 al 2 de agosto, en el hospital Maillot de Argel, la Sra. Dubos comparte una habitación de tres camas con Maurice, su marido, y Nicole, la joven esposa de Michel. De pronto, siente un dolor en la cabeza... Como este hecho atrae su atención sin que ella le

de demasiada importancia, pregunta a su marido de qué lado había caído Michel.

«Del lado derecho», responde.

Era allí precisamente donde había sentido este breve dolor.

En la noche del 3 al 4 de agosto, en casa de Nicole, en Lille, la Sra. Dubos descansaba en la habitación donde Michel había dormido muchas veces: nueva sensación de dolor en la cabeza, en el mismo lado. Estaba despierta como la primera vez.

En la noche del 4 al 5 de agosto, todavía en casa de Nicole, oye sobre la madera de la cama turca ruidos parecidos vagamente a los que se producen cuando uno comienza a despertar... La Sra. Dubos se asustó ante este fenómeno que no era sino la manifestación de una presencia.

De mañana, medio despierta, después de moverse por la habitación, siente un dolor en la cabeza, el brazo y todo el lado derecho (lo que se corresponde con el golpe sufrido por Michel), con la sensación de sangre derramada en el cerebro y la impresión de muerte inminente, sin mucho dolor. Le da tiempo a pensar: «¡Me voy a morir! ¡Voy a volver a ver a Michel!» Después, como la víspera, ruidos procedentes de la madera de la cama turca...

«Estaba entonces completamente despierta, dice la Sra. Dubos. Era alrededor de las 9, la habitación estaba a media luz. De repente, vi sombras de gris oscuro que se movían, que venían desde atrás y se dirigían hacia la ventana, de frente, arremolinándose un poco a mis dos lados. Ocultaban en parte la luz que dejaba filtrar una persiana.»

Unos días después, en Douai, la Sra. Dubos se encuentra acostada en el sofá de su hijo. Siente un largo apretón de manos. Este gesto representa su último contacto terrestre, su despedida al pie del tren, en la estación de Douai. Era el 29 de diciembre de 1961, a la 19:40.

15 de noviembre de 1962: vuelta a Lille, a casa de Nicole, de los bultos del subteniente. Su madre llega a Doai, desesperada.

«Hacia las 4:20, continúa la Sra. Dubos, me despertó la voz de Michel:

«"Mamá! ¡Soy yo!"»

«Traté de hablar... El estaba a la puerta de mi habitación, no

Los “muertos” han dado señales de vida

avanzaba (tal vez tenía miedo de asustarme). Tenía la cabeza descubierta y llevaba una chaqueta de lana escocesa que le gustaba mucho. Paralizada por la emoción, sin que las palabras pudieran salir de mi garganta, logré decir:

“¿Eres feliz?

«*Sí! Soy feliz.* »

«No vi más.

«Un momento después, sentí sobre mi cara besos cálidos. Me besó seis veces, sin yo verlo: dos veces en las mejillas y una vez en las comisuras de los labios»

«Mucho tiempo después, creo que comprendí: los besos en las mejillas estaban destinados a su padre y a mí. Los dos besos en las comisuras de los labios eran para su joven esposa.»

Finalmente, en la tarde del 27 de noviembre de 1962, la Sra. Dubos estaba sola en su casa, en Douai. Veía una serie policíaca televisada que atraía toda su atención.

Michel había comprado en Argelia un transistor que pensaba ofrecerle a su vuelta. La Sra. Dubos le había quitado la funda de plástico duro y la había colocado en una gran copa de madera que descansaba sobre dos grandes diccionarios. Esta copa tenía un borde de dos a tres centímetros. Los distintos objetos se encontraban sobre la chimenea. De repente, sin ninguna causa aparente, la funda vino a caer delante de ella, al pie del aparato de televisión, a un metro de distancia aproximadamente²⁴. Ningún movimiento ni dentro ni fuera.

Esto sucedía a la hora exacta del nacimiento de Michel, 22:15, pero al día siguiente de su cumpleaños, porque la tarde del 26, la Sra. Dubos no estaba sola en su casa, por encontrarse en Lille, en casa de Nicole y su madre.

Pero no queda aquí cosa: una vieja amiga de la Sra. Dubos, la Sra. Regin, a quien Michel quería como a su abuela, recibió también su visita. Era el día de la inhumación en el cementerio del Este, en Lille,

²⁴ Más tarde, una amiga, su marido y ella misma trataron de reconstruir esta escena: todos sus esfuerzos fracasaron.

de su cuerpo físico que acababa de ser traído de Argelia.

Dada su edad y su debilidad cardiaca, la Sra. Regin no había podido acudir a la triste ceremonia y se había encerrado en su casa, sin querer ver a nadie. Llena de pena, acababa de acostarse, cuando Michel se le apareció en su cuerpo espiritual.

«Lo vi, dice ella, vestido con su abrigo gris, abrir y cerrar con cuidado la puerta de mi habitación, venir despacio sonriendo hacia mi cama y cogerme con cariño las dos manos. Sentí una impresión de realidad absoluta. Desgraciadamente, en el colmo de la emoción, di un grito que despertó a la vecina del rellano y Michel desapareció. Podían ser las once de la noche.»

Fue en Ferrières (Somme), el 19 de septiembre de 1962.

Tres meses después, la Sra. Dubos visitó a la Sra. Regin. La vieja señora ignoraba las experiencias de su amiga y no se atrevió a contarle enseguida las suyas.

La pesadilla de sor Emma

La escena trascurre en un convento de San Vicente de Paul. Son más o menos las 10 de la noche. Las religiosas están en el dormitorio, aislada cada una en una especie de celda formada por grandes cortinas correderas, cerradas por los cuatro costados.

La mayoría duerme. Sor Marta acaba de rezar su rosario por su cuñado Armand que sabe está muy enfermo. De repente, sor Emma, cuya cama está cerca de la puerta, grita horrorizada: «¡Hay un hombre en el dormitorio!» Y sor Marta exclama con humor:

«¡Oh, la la! ¡Mira que eres pesada con tus pesadillas! ¡Vuelve a dormir y déjanos tranquilas!»

Y deja su rosario sobre la mesilla de noche. En ese momento, alguien aparta las cortinas... Ve una gran silueta de hombre. Lo reconoce y exclama:

«¡Oh, Armand, Armand!»

Las cortinas se vuelven a cerrar.

Comprende lo que ocurre y, durante las horas siguientes, reza por su

Los "muertos" han dado señales de vida

visitante.

Al día siguiente por la mañana, llega un telegrama para ella: «ARMAND MUERTO AYER 21:15 HORAS»

Alguien dirá: sor Marta pensaba intensamente en su cuñado, rezaba por él con todas sus fuerzas, sabía que estaba en las últimas, su mental volcado sobre Armand es el que creó esta forma. Si bien en el otro mundo el pensamiento es matriz de formas, no ocurre lo mismo en éste. Por muy dinámico, por muy activo que sea nuestro mental, no puede crear fantasmas visibles –sobre todo visibles para otro.

La explicación por ideoplastia es mucho más difícil de admitir que la explicación por el cuerpo espiritual, que sigue siendo la única posible.

Tratemos de reconstruir los hechos:

Armand comienza a abandonar su cuerpo físico a las 21:15 horas, el desprendimiento se realiza poco a poco. En su desconcierto, el difunto percibe telepáticamente la oración de su cuñada. Siente la necesidad de atestiguar su supervivencia, de agradecerle el afecto que ella le demuestra, de anunciarle que para él acaba de comenzar el gran viaje. Se siente atraído por el pensamiento de amor que ha captado. Hacia las 22 horas, está junto a ella.

La aparición es objetiva puesto que separa las cortinas, cuando podría pasar a través de ellas. Pero al comienzo de su nueva vida, los desaparecidos no conocen todas sus posibilidades.

La aparición es objetiva puesto que ha sido vista por sor Emma. Sin sus gritos, sor Marta habría podido creer en una alucinación.

Una joven inesperada

Las señoras Neel y Courseuil se conocieron en vacaciones: estaban alojadas en el mismo hotel de Perros, en Bretaña. Su simpatía recíproca se produjo por un libro sobre el más allá que las dos habían leído y que a las dos había gustado.

La primera había perdido una hija de dieciocho años. Convencida de que el silencio y el olvido producen en los desaparecidos una segunda

muerte, habla muchas veces de Jeannine a su nueva amiga, que comparte sus ideas y sus esperanzas.

De vez en cuando, la Sra. Courseuil tiene *percepciones*.

Una tarde soleada, durante un paseo por el sendero de las aduanas que une Perros con Ploumanac'h, se detienen en las rocas. Ha cesado el viento, hay una calma serena.

Se hace silencio entre ellas, un silencio hecho de confianza, de serenidad e incluso de felicidad. No necesitan hablar para saber que están en la misma onda.

Estas rocas ocre, que tienen todavía en algunos sitios las huellas repelentes de la marea negra, esa mar atravesada por todos los azules, por todos los verdes, y que los petroleros y los fueraborda hacen todo lo posible por ensuciar, ese cielo de elevación y de apoteosis por el que pasan, no arcángeles, sino aviones a reacción, ese mundo creado con tanto amor e inteligencia, ese mundo tan hermoso y tan amenazado, les habla del mundo original y futuro, de esos espacios sin corrupción y sin mancha.

La Sra. Courseuil, que había aprovechado el largo silencio para recogerse, dice de pronto:

«Veo a tu lado dos jóvenes fallecidas.

- No es posible, dice la Sra. Neel, yo sólo he perdido a Jeannine.
- Hay otra... más pequeña..., de unos catorce años.
- Se equivoca: en mi familia, nadie ha muerto a esa edad.
- Yo no digo que haya muerto a esa edad.»

La Sra. Courseuil se lo dice en serio: la que parece tener catorce años es la hermana de la que tiene dieciocho años. La Sra. Neel está absolutamente segura: Jeannine era hija única. Pero la Sra. Courseuil insiste:

«Tuviste otro hijo.

- ¡Si así fuera, yo lo sabría! replica la Sra. Neel que comienza a enfadarse.

- Otro hijo que no vivió...»

La Sra. Neel está confusa. Necesita un tiempo para responder:

«Sí, en efecto. Hace catorce años di a luz un hijo muerto... Jamás hablo de esto. Sobre todo, no piense... No, fue un accidente. Lo pasé

Los "muertos" han dado señales de vida

muy..., muy mal. Había deseado tanto aquel nacimiento.

- Ahora, se entiende mi visión: el hijo nacido muerto se ha convertido en una hermosa adolescente. Ella siguió creciendo y desarrollándose en el otro lado. La hija que no pudo vivir en la tierra vive allá arriba una vida completa. El alma ya existe en el feto...²⁵ El aborto es un asesinato.»

Y la Sra. Neel susurra:

«¡Si no hubiera sido un accidente, qué remordimiento!»

- Sobre todo, no estés triste. Las dos están a tu lado y te rodean con su afecto. Si pudieras ver lo felices que son...»

Dos visitas de Roland

La joven a la que he llamado Alexandra vino a pasar la jornada del 20 de julio de 1973 a mi casa de campo, situada en los alrededores de Pontoise. Es la cuarta vez que me entrevisto con ella. La primera, me contó la historia titulada *La cruz de plomo*, la segunda *Julio de Tonkin*, relato inacabado, porque el drama continúa, y la tercera *El sísifo portugués*.

Son las siete de la tarde y, después de un paseo por el campo, tomamos unos refrescos en el jardín. La conversación, cuyo tema recurrente son las ventajas e inconvenientes de las casas rurales, deriva poco a poco y con toda naturalidad hacia cuestiones espirituales.

Después de dar la impresión de ausente durante unos instantes, me dice de pronto:

«Detrás de usted, hay un joven. Tiene unos dieciséis años. Tiene el pelo castaño y con reflejos rubios. Es muy joven, tiene en la cara un bello suave y la piel color melocotón.

- Debe de ser Roland.

- El muchacho tiene el aspecto de un adolescente. Ahora bien,

²⁵ Jer. 1, 5: «Te conocí antes de que te formases en el seno de tu madre, y antes de que salieses de su seno, te consagré.»

Roland dejó este mundo a la edad de veintitrés o veinticuatro años.

- ¡No, en absoluto! Lo confunde con Pierre Monnier.

- Creía que Roland había caído durante la Primera Guerra. ¿A qué edad murió?

- Iba a hacer quince años en 1946. ¿No has leído *Los Testigos de lo invisible?*»

Alexandra me confiesa que no. Sólo lo hojeó en casa de una amiga. Lo que en otros casos habría herido mi vanidad de autor, me llena de tranquilidad en el presente caso. Me gustan mucho los médium que no leen demasiado. Alexandra me asegura que no conoce ni mi librito «¿Quién es Roland?» ni las obras de Marcelle de Jouvenel.

«¿Cómo está vestido?»

- Lleva una camisa blanca abierta, sin corbata. Acaba de sentarse en el suelo, muy tranquilo. Es enormemente simpático.

- ¿Se parece al retrato al óleo que hice de él basándome en las fotos?

- En realidad, la cara es más alargada, más ovalada. Detrás de él, un poco retirada, hay una mujer vestida de negro, morena, un poco regordeta. Tiene barriga, sin ser obesa. Lleva un cinturón sobre su falda.

- Debe ser su gobernanta, Anna. Se querían mucho. Puesto que está aquí, tengo algunas preguntas que hacerle. En ese cuaderno de pastas de hule, tengo reservados temas de conversación, cuestiones que yo me planteo o que me plantean. Una lectora de Puy acaba justamente de escribirme preguntándome si los bosques de los él habla son creaciones-pensamientos o auténticos bosques etéreos. Siempre el problema de las proyecciones.

- Dice que son bosques etéreos.

- Otra pregunta, también del mismo tipo: las mariposas que le rodean ¿son insectos resucitados o insectos creados por el pensamiento?

- Dice que la vibración y la conciencia de la mariposa subsisten.

- En este caso, es como una resurrección.

- Junto a él hay un perro grande y delgado, tipo galgo. ¿Tenía uno?

- No lo sé. ¿Y sigues sin ver a su madre?

- Cada vez que trato de percibir a la Sra. Jouvenel, veo a la mujer de

Los "muertos" han dado señales de vida

negro.

- Me gustaría saber si esa pequeña pipa muy larga y muy delgada era realmente suya.

- Ha dado varias bocanadas para divertirse, pero no fumaba.

- Esa pipa debió pertenecer a su padre o a su abuelo.

- No, fue un muchacho mayor que él quien se la dio.

- Sin duda el soldado americano, que por entonces debía andar por los veinte años. Pero ¿y qué hace ahora en la segunda vida? ¿Qué actividades tiene?

- Veo jóvenes en su pensamiento.

- ¿Jóvenes de este mundo o del otro?

- No logro distinguir.

- Es normal, puesto que todos están vivos.

- Tengo la impresión de que son terrestres. No es la primera vez que vienen. Dice que le quiere a usted mucho, pero con un pelín de guasa.

- ¿Y cómo se manifiesta esa guasa?

- No respondiendo en seguida a las preguntas que le hace. ¡Ah! ahora veo una señora más delgada, más fina, más alta que Anna. Muy bien peinada. De frente, el pelo parece corto.

- ¿De qué color son sus ojos?

- Avellana, marrón. Está vestida a la moda de 1930.»

A bote pronto, este detalle me parece inverosímil, luego pienso que en aquella época tenía unos treinta años y que los desaparecidos se mantienen en esta edad. La descripción coincide bastante con la Sra. de Jouvenel, a quien no conoció Alexandra. Me gustaría mucho tener una conversación con la señora que ha sucedido a Anna, pero Alexandra se levanta y dice:

«Ya no veo más. De pronto, tengo frío. ¡Entremos!»

Unos días después, pregunté a Marthe Brialix cómo era físicamente Anna. Ella me respondió: «¡Delgada, muy delgada!»

Sólo el 25 de febrero de 1975, en mi visita a Philippe Barrès, me enteré por fin de quién era la señora un poco gruesa. En aquella época, escribía yo *Les Tablettes d'or (Roland et ses messages)* y había venido a preguntarle algunos recuerdos sobre Marcelle de Jouvenel a quien su

padre y él había conocido bien. Con el riesgo de perder la conversación, me dijo sin que yo le preguntara sobre este punto:

«En cuanto a la Sra. Prat, se había puesto bastante regordeta...» Alexandra había dicho: «Un poco gordita.»

Dos días después, el Sr. Raus, su esposa Marie-Blanche y su bebé de un año vinieron a visitarme. Marie-Blanche es esa joven de Versailles con la que ya he trabajado, porque está muy dotada para la escritura automática. A través de ella, obtuve dos ejemplos titulados «un difunto que se expresa bien» e «Influencia sobre la nuca».

En este domingo 22 de julio de 1973, a primera hora de la tarde, leemos en voz alta mensajes de Pierre y de Roland, sin evocar ni a uno ni a otro. La atmósfera es limpia y tranquila, el bebé duerme pacíficamente en una cuna improvisada. Pasado algún tiempo, dice Marie-Blanche:

«Ahora, necesito coger un lápiz...»

Y con grandes letras impersonales, escribe:

«¡Atención, este juego es peligroso! Se corre el riesgo de quemarse en él.»

Esta frase nos deja helados. Sin embargo, pregunto:

EL AUTOR.- ¿Quién eres?

ROLAND.- *Roland.*

EL AUTOR.- Sólo pedimos enseñanzas e informaciones sobre la vida futura. Nada material, nada que se refiera al futuro terrestre. ¿Podemos, por tanto, continuar?

ROLAND.- *Sí, veamos esas preguntas.*

(*Y comienzo por las mismas preguntas que dos días antes, para estar bien seguro de estar en presencia de la misma personalidad.*)

EL AUTOR.- ¿Resucitan los animales?

ROLAND.- *Sí.*

EL AUTOR.- ¿Todos?

ROLAND.- *Sí. Somos creados para siempre y con nosotros todos los reinos.*

EL AUTOR.- Los paisajes del más allá ¿son proyecciones o realidades etéreas?

Los "muertos" han dado señales de vida

ROLAND.- *Realidades etéreas.*

EL AUTOR.- ¿Existen sin embargo las proyecciones?

ROLAND.- *Sí, y vosotros creáis demasiadas*²⁶.

EL AUTOR.- ¿Cómo pueden actuar sobre este mundo los desaparecidos?

ROLAND.- *Inspirándoos ideas que vosotros sois libres de seguir o no.*

EL AUTOR.- Yo creo que en esa gran habitación vacía de arriba, se podría reconstruir tu habitación.

ROLAND.- *No es necesario hacer santuarios.*

EL AUTOR.- ¿Qué haces al otro lado?

ROLAND.- *No me apetece responder.*

EL AUTOR.- Y tu madre ¿qué hace?

ROLAND.- *Descansa.*

EL AUTOR.- ¿Qué piensas de la reencarnación?

ROLAND.- *No me preocupa. Tal vez eso sea diabólico.*

EL AUTOR.- Satán ¿es una persona o un grupo?

ROLAND.- *Es mucho más complejo.*

EL AUTOR.- ¡Ya hemos avanzado mucho! La tierra, ¿es la estancia más baja del universo?

ROLAND.- *Las hay peores.*

EL AUTOR.- El infierno ¿es eterno?

ROLAND.- *Para algunos.*

EL AUTOR.- ¿Es verdadera la teología de Swedenborg?

ROLAND.- *Cada hombre se acerca a Dios a su manera.*

EL AUTOR.- No me refiero a su modo de vida, sino a su teología.

ROLAND.- *Te repito que cada hombre se acerca a Dios a su manera. Es verdadera para él.*

EL AUTOR.- ¿Adónde vamos? Pienso que debería haber una teología como hay una geometría. En nuestros sueños, ¿vamos realmente al mundo de los espíritus?

ROLAND.- *Sí, pero no todos los sueños vienen del mundo de los*

²⁶. En el otro mundo; embriaguez provocada por realidades irreales.

espíritus.

EL AUTOR.- ¿Es bueno difundir los conocimientos relativos al más allá?

ROLAND.- *Sin ninguna duda, pero no tratéis de vivir de antemano lo que de todas formas conoceréis un día. No porque uno se preocupe de ello, es más fácil el Despues.*

EL AUTOR.- ¡Está bien! Si uno no se documenta, ¿no corre el riesgo de encontrarse desprovisto?

ROLAND.- *Por supuesto, el Despues es siempre una sorpresa, incluso para los que se han preocupado de él..., pero interviene la gracia.*

EL AUTOR.- La oración es nuestro viático en este mundo y en el otro.

ROLAND.- *Sí, la verdadera: la del corazón, no la intelectualoide.*

EL AUTOR.- ¿Hay varios cuerpos espirituales, quiero decir varios estados del cuerpo espiritual, como hay varios estados del cuerpo físico: infancia, adolescencia, madurez?

ROLAND.- *Claro. El cuerpo de la otra vida está en continua evolución.*

Y bruscamente se detiene.

Marie-Blanche dice: «Tengo una sensación de alegría. Siento a un muchacho en pantalón corto, con grandes zapatos y delantal hasta el cuello, arrugado, con un cinturón. Tiene doce o trece años. »

Comienzo exclamando: «¡Zuecos, un delantal negro, imposible, era alumno del curso Hattemer!»

Después pienso que entre doce y trece años él estaba en Corrèze. Era la guerra y las penurias.

Vuelto a París, busco fotos suyas de aquella época. Encuentro una. Tiene efectivamente entre doce y trece años; está con otros niños a los que parece liderar, como un teniente a su sección.

Está con gruesos zapatos y pantalón corto, pero no con delantal negro. El que lleva delantal negro hasta el cuello es un niño pequeño a un metro de él.

Para dar una prueba de identidad, Roland se presentó bajo un

Los “muertos” han dado señales de vida

aspecto que Marie-Blanche ignoraba totalmente, puesto que ella sólo conocía de él la foto que se encuentra en *Au diapason du ciel*. No se trata por tanto de un recuerdo de la joven que ha surgido en su mental.

Venida desde el fondo de la Eternidad

Los siguientes hechos ocurrieron en Francia durante la guerra del 39 al 45. Me los contó en primer lugar la Sra. Madeleine Chasles, escritora católica, autora de *Celui qui revient*, que sólo recordaba las grandes líneas de esta extraña historia. Siguiendo sus declaraciones, redacté un escrito de una sola página, dado que faltaban los detalles. Lo titulé *La Visite de la vieja dama* y lo envié con otros textos a una lectora que vivía en el departamento del Norte, para que lo escribiera a máquina.

Unos días después, esta señora me escribió diciendo que este relato le había recordado algo, que había buscado entre sus papeles y había tenido la alegría de encontrar una copia de la declaración de un sacerdote a quien la aparición había hecho una visita.

Tuve la satisfacción de constatar que la única inexactitud de mi relato era el título: no se trataba de una vieja señora, sino de una mujer de cuarenta años. Por otra parte, me había quedado corto, puesto que la difunta no sólo había hablado, sino también escrito. Se me habían dado todos los detalles del acontecimiento, pero más que presentar una reconstrucción de éste, prefiero dejar la palabra al mismo sacerdote Paul Labrette. Este es su testimonio:

«Soy coadjutor de una de las principales parroquias de Nantes. Vivo bajo el mismo techo que mi párroco y mis compañeros. Nuestro corazón late al mismo ritmo, vibra por el mismo ideal: treinta y cinco mil almas en la parroquia. Esto es para deciros que no las conocemos a todas. Y éste es nuestro sufrimiento, porque nos gustaría, como Cristo y los apóstoles, recorrer todos los barrios, visitar todas las casas.

«Una noche del último mes, me encontraba agotado por el cansancio; la jornada había sido dura: misa a las seis, matrimonios, entierros,

bautismos, círculo recreativo de los pequeños, círculo de estudios con los mayores, confesiones, visitas y más visitas, al menos diez personas vinieron a plantearme las situaciones más diversas...

«Hacia media noche, iba por fin a terminar mi breviario, cuando sonó a la puerta del presbiterio la campanilla cuya violencia me hizo estremecer. Oí que la sirvienta abría su ventana para ver quién llamaba a semejante hora. Sin dudar que se trataba de un enfermo, descendí personalmente a abrir.

«En el umbral, una mujer de unos cuarenta años unía sus manos:

«"Señor cura, venga deprisa, hay un joven a punto de morir

«- Señora, iré mañana antes de la misa de las seis.

«- ¡Será demasiado tarde! Por favor, señor cura, no tarde...

«- Está bien, escriba en mi agenda la calle, el número y el piso.”

«Entró en el vestíbulo. La vi a plena luz, su rostro era de dolor. Escribió: “37, rue Descartes, primer piso.”

«"Cuente conmigo, señora, allí estaré en veinte minutos.“

«La mensajera me dice a media voz:

«"Que Dios tenga en cuenta su caridad, puesto que estaba muy cansado..., ¡y que él le proteja en momentos de peligro!“

«Después, se perdió en la noche.

«Tomé mi abrigo y el maletín con la extrema unción, y caminé por las calles desiertas y oscuras. Una patrulla²⁷ me enfoca una linterna, muestro mi salvoconducto permanente y continúo mi camino acelerando el paso.

«Al hacerlo, pensaba que iba a una familia desconocida. El número y la dirección que me dio la mujer no suscitaban ningún recuerdo en mi memoria. A ella, recordaba haberla visto hace dos o tres años en la iglesia. Se avivó en mi el sufrimiento de no conocer a todos mis parroquianos.

«No sin dificultad, descubrí el número 37 de la rue Descartes: un gran inmueble de cinco pisos con las ventanas camufladas.

«De un apartamento, escapaba un ruido sordo de radio. Afortunadamente, la puerta de entrada estaba solamente empujada.

²⁷ Esto sucede bajo la Ocupación en 1943.

Los "muertos" han dado señales de vida

«Subí la escalera a la luz de mi linterna y, al llegar al segundo piso, llamé con decisión como un hombre que es esperado. Ruido de pasos, sonido de un conmutador, rayo de luz, chirrido de un cerrojo de seguridad..., la puerta se abrió.

«Un joven de veinte años me mira con una sorpresa respetuosa.

«"Vengo, digo, por un enfermo en peligro de muerte. ¿Es aquí?"

«– No, señor cura, se trata de un error... Se trata efectivamente del 37 de la rue Descartes, segundo piso. Hay un joven, soy yo, y (sonríe) no me estoy muriendo en absoluto."

«Como había llevado mi agenda, se la enseñé.

«"Me avisó una mujer de unos cuarenta años, le dije, y fue ella la que escribió la dirección.

«"En efecto, señor cura, esta letra me resulta conocida, parece..., pero no..., ¡realmente, es imposible! Vivo solo con mi padre que está actualmente en el turno de noche en la fábrica. Hay seguramente un error, la mensajera ha querido escribir "Despartes". Pero, señor cura, pase unos minutos. Está aterido, le preparo un ponche."

«Entro en un elegante salóncito-biblioteca. Hay una lámpara baja, un cenicero, una radio, una butaca de cuero leonado.

«"Escuchaba, dio el joven, un poco de música húngara, transmitida desde Viena."

«Cerró bruscamente el botón:

«"Señor cura, hace dos años que deseo hablar con usted, abrirme. No me atrevía a encontrarme con usted. El azar de esta visita es verdaderamente providencial. Soy un hijo pródigo."

«Sentado a mi lado en el sofá, me contó toda su vida.

«Lo dejé, después de reconciliarle con Dios. Entonces, me precipité hacia la rue Despartes, pensando en la extraordinaria visita que acababa de hacer. Pero nosotros, los sacerdotes, hace mucho que estamos habituados a hechos extraños como éste...

«En los campanarios de la ciudad sonaba la una y cuarto, en ese momento pasaba yo por la plaza del Teatro. De pronto, braman lúgubres las sirenas: alerta en la noche. Acelero el paso. Rue Despartes, el número 37 no existe, la calle termina en el número 16.

No entiendo nada. Pero no tengo el placer hacer un epílogo, los primeros torpedos alcanzan el norte de la ciudad. Se acerca el ruido infernal: sólo tengo tiempo para ponerme a cubierto en el primer sótano que encuentro.

«Vivimos tres cuartos de hora de verdadero pavor.

«Cuando salí, iluminaban los tejados de la ciudad enormes resplandores. Había al menos doscientos focos de incendios. Por todas partes, fachadas reventadas como cortadas a cuchillo, inmuebles desplomados en medio de la calzada, nubes de humo, de polvo, de gritos de loca desesperación. Me acerqué al puesto de socorro más cercano. Alineados en un patio, había cientos de muertos y heridos. Llegaban nuevos continuamente: mujeres y niños en su mayoría. Nunca me había enfrentado a una carnicería tan atroz... Iba de un lado para otro, dando la absolución o trazando, en las frentes inanimadas, una rápida extrema unción.

«De pronto, tuve que apoyarme en el muro: debí quedarme pálido.

«”¿Qué le ocurre, señor cura? me preguntó uno de los doctores. ¿Tal vez uno de sus padres?

«—¡No, uno de la parroquia!»

«Acababa de tropezar con el cadáver del joven del 37 de la rue Descartes. Hacía apenas una hora que lo había dejado lleno de vida, conmovido por el perdón de sus pecados.

«Y recordaba sus palabras: “Está equivocado, señor cura, aquí no hay ningún moribundo, yo tengo buena salud.”

«¡Y se reía! Estaba a un paso de la eternidad y no tenía ni la menor idea. La misericordiosa bondad de Dios había permitido que tuviera tiempo para confesarse antes de la alerta. Tomé en mis manos su cartera: su carnet de identidad: “R.N., veintiún años”, vales de alimentación, una carta amarillenta, fotos; una de ellas, de una mujer de cuarenta años. Me sobresalté. Era, sin ninguna duda, el retrato de la que había venido a pedirme que fuera al número 37 de la rue Descartes a ver a un joven en peligro de muerte. En el dorso, leí esta simple palabra: “Mamá.”

«Otra foto la presentaba en su lecho de muerte, con las manos juntas sosteniendo un rosario, y estas fechas: 7 de mayo de 1898 - 8 de abril

Los “muertos” han dado señales de vida

de 1939. Miré la carta amarillenta..., una letra igual a la que la mujer desconocida había trazado sobre mi agenda, en el presbiterio.

«Pensad lo que queráis de este hecho auténtico, tan sorprendente, tan misterioso. Para mí, no hay duda: se trata de la madre de este joven que vino a buscarme a media noche desde el fondo de la eternidad. Puesto que Dios existe, puesto que el Evangelio es verdad, puesto que el milagro es posible, diría Pascal, ¿qué dificultad hay en admitir esto?»

En este relato, hay tres elementos notables:

– La aparición presenta todos los caracteres de la materialización completa, puesto que la mujer hace sonar [la campanilla], habla y da todos los detalles necesarios. Más aún, escribe en la agenda.

– Tiene un conocimiento exacto del futuro inmediato: la ciudad será bombardeada, el joven morirá.

– Tercer elemento, el que ha desencadenado todo: el amor. El amor es el que mueve a esta madre a volver a la tierra para que su hijo se prepare para una muerte que ella sabe inminente y que no puede impedir. Es también el amor a los que le han sido confiados el que le mantiene en la brecha, sin interrupción, desde las seis de la mañana hasta más de media noche, a este sacerdote a tiempo completo, a este hombre de Dios cuyas jornadas se parecían a las del Cura de Ars.

Capítulo 11

Espíritus del los lugares áridos

Algunos tienden a decir con una sonrisita burlona: «Ese más allá, con sus luces, sus músicas, sus perfumes, sus cantos de pájaros, ¿no es un poco *Alicia en el país de las maravillas*?» A estos burlones, yo les diría que el más allá es sólo el país de las maravillas para los seres puros, descargados desde esta tierra de todo mal. No todo el mundo es Roland o Pierre. No todo el mundo es la joven de los *Entretiens célestes* o la de *La nuit de novembre*. Existen también miríadas que se cargaron voluntariamente de materia, cuando no de maldad. Existen los que pasan el otro tiempo lamentando el nuestro y que pueden hacer pasar a sus allegados por verdaderas posesiones. Existen los que rechazaron a Cristo en la vida presente y lo siguen rechazando en la vida futura. Existen los que cometieron el crimen secreto e impune (al menos en esta tierra) de la calumnia y siguen en el otro lado manchando, denigrando, difamando.

Presionando en la nuca

Este lado sombrío del Hades, lo constaté hace muy poco. Había ido a visitar a Marie-Blanche Raus. Con el deseo de documentarme, esperaba que practicara delante de mí la escritura automática, ejercicio para el que está notablemente dotada. Se lo pedí y ella aceptó. Estaba convencido de que se presentaría un desaparecido de mi familia terrestre o de mi familia espiritual, y nos transmitiría algunos conocimientos. Pero nada de esto y cuando la Sra. Raus preguntó: «¿Quién eres?» se escribió esto:

«Abuela, no puedo hablar.»

Un rato, después siguió esto:

«Cuidado con Alexandra. Tengo miedo. Alexandra es mala y sólo

Los "muertos" han dado señales de vida

busca dinero. ¡No te fíes de ella! Es envidiosa.»

Protestamos ante estas calumnias. Ella y yo conocemos a Alexandra. Alexandra es la generosidad y la bondad mismas. Digo a la Sra. Raus: «Es imposible que sea su abuela», y en este tiempo sigue escribiendo:

«El abuelo no ha intentado nada malo, sino solamente darse a conocer. Es desgraciado y tiene miedo. No puede dormir.»

Esto hace pensar en estas palabras del Evangelio: «Cuando el espíritu impuro sale de un hombre, anda vagando por lugares áridos buscando descanso. Al no encontrarlo...» Estos lugares áridos no son de la tierra, sino del Hades. Pregunto entonces si hay desaparecidos en torno a nosotros.

«¡Sí, tu padre!»

Vuelvo a protestar: mi padre sigue en este mundo.

«Es bueno mentir de vez en cuando.»

Esta vez me enfado:

«Jamás es bueno mentir. ¡En ningún caso! ¡Ni siquiera en broma! Tú no eres la abuela de Marie-Blanche. Estás usurpando su identidad.

– Sé que piensas en François. Tal vez sea él...»

Pregunto a la joven señora quién es François.

«Mi abuelo.

– He aquí por qué tu abuela dictó al principio: «No puedo hablar.» El estaba al acecho, dispuesto a interferir.»

«De todas formas, no os deseamos ningún mal», escribe rápidamente François, sin duda por justificarse.

Siento malestar, se lo digo a la Sra. Raus, la cual me confiesa que ella tampoco puede evitar una sensación penosa. Pregunta a su corresponsal a qué se debe, y escribe:

«Es difícil responder.»

Como si hubiera bastado hablar de malestar para desprenderse de él, vuelve a nosotros la calma y el diálogo continúa:

«¿Por qué esas calumnias contra Alexandra?»

– Era molesto para mí ver cómo te protegías. Era importante para mí vivir de ti .»

Pienso entonces: «¡Por fin, se desenmascara!» Sigue de aplicación la

palabra del Evangelio: «Al no encontrar nada, dice: Volveré a mi casa de donde salí.» De pronto, él escribe:

«*Me siento descubierto.*

– *¿Qué podemos hacer por ti?* se inquieta su nieta.

– *¡Rezar!*»

Rezar por ellos: eso es lo que piden todos, incluso los que fueron, y los que siguen siendo, incrédulos.

«*¡Rezar por él, de acuerdo!* dije yo, pero sería necesario que él ponga de su parte. Vamos, que sería hora de que piense en su regeneración, en su arrepentimiento; de que renuncie definitivamente a sus mentiras, a sus calumnias y sobre todo, sobre todo, de que deje de querer vivir de ti.

– *¿Estás dispuesto a hacer esto?* le pregunta la Sra. Marie-Blanche.

– *Tengo miedo de Dios. Me sigue con su mal humor.*

– *¡Pero Dios no tiene mal humor!* exclama Marie-Blanche, íntimamente extrañada.

– *¡Sí! El ya me ha castigado negándome la paz. Me pregunto si, un día, alguien me ayudará.»*

Sin embargo si, como él dice, Dios le niega la paz, ¿quién se la dará?

«*¿Qué puedo hacer por él?* suspira Marie-Blanche.

– Lecturas espirituales. Hay que instruirle como a un niño. Que aprenda al otro lado lo que no quiso o no pudo aprender aquí abajo.»

Mi compañera pregunta entonces al interesado si está de acuerdo, él escribe:

«*Sí.*»

Y ella añade:

«*¿Qué piensas de Alexandra?*

– *No es tan mala.*

– *¿Por qué este cambio?*

– *Necesitaba darme importancia.*

– *¡Sigue lo mismo! ¡La estupidez, después de las falsas acusaciones!*

Por tanto, nada ha aprendido y nada ha olvidado.

– *Yo creía que Marie-Blanche lo creería. Repito que no quería hacerte ningún mal. ¡Haz algo! No puedo más. ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!»*

El tono es patético y es clara su sinceridad.

Los “muertos” han dado señales de vida

«Voy a llevarte a casa de Alexandra, le dice con firmeza Marie-Blanche. Ella te hará participar de nuevo en la divina liturgia.

- *¡No! Me da miedo. Por otra parte, la aburrí toda una noche para hacerle comprender.»*

La aburrí es un eufemismo que utiliza François para referirse a sus propósitos sacrílegos. Expresamente, había hecho caer un ramo de olivo procedente del Santo Sepulcro. Este ramo estaba colgado en la habitación de Alexandra, a la que él quería castigar por haberle desenmascarado. En efecto, en la primera carta que me escribió la Sra. Raus, carta que estuvo en el origen de nuestro encuentro, ella me decía esto:

«Según Alexandra, es indudable que me comunico, pero no siempre con mi abuelo, como yo creía. Mientras le leía mis mensajes, ella llamaba mentalmente a mis “corresponsales”. Vio a mi abuela huir y decir: “¡Vuelvo allá!” Alexandra vio entonces a un hombre con traje gris, detrás de mí, y al lado a un pequeño ser deformado y que reía sarcásticamente. Este hombre de gris parece ser mi abuelo, y yo no lo conocí. No es bueno, no quiso mostrarse de frente a Alexandra. Me dijo que había dejado de aceptar sus mensajes porque, a su juicio, era el comienzo de una posesión. Todo esto me aterrorizó, y dejé toda relación con el más allá. Volví a verla ayer y me dijo que mi abuelo se había quedado en su casa desde su primera visita y que había hecho un ruido infernal durante toda la noche. Sobre todo, había hecho caer un ramo de olivo procedente del sepulcro de Cristo y que ella había sujetado con fuerza en la pared de su habitación. Mientras hablábamos de él, vino a nosotras riéndose burlón. Escuchó y dijo que tenía mucho miedo de los cementerios, de las iglesias y de los curas.»

«¿Por qué tiraste aquel ramo de olivo que estaba colgado en la habitación de Alexandra?»

- *¡Su Cristo me irrita!*

- *¿Y quién era aquel gnomo?*

- *Era tu imaginación, un fantasma que se materializa. Tu miedo tomó esa forma.*

- «*¡Su Cristo me irrita!*» ¡Vas demasiado lejos!

- *Sin embargo, me gustaría creer.*
- *¿Dónde estás ahora? ¿Al lado de la abuela?*
- *No he vuelto a estar con ella. Está mejor que yo.»*

A los dos vuelve a invadirnos el malestar. Este espíritu anticrístico nos comunica sus malas vibraciones y nos altera. Sin embargo, no está totalmente endurecido:

«Pero no creas que soy malo. Soy desgraciado... Tu madre nunca comprendió que yo le hablaba. Ella me permitió vivir durante todos estos años.»

Me vuelvo hacia Marie-Blanche:

«¿Qué quiere decir? No llego a comprender.

- Debe sacar su vitalidad de la vitalidad de mi madre actuando sobre su nuca. Siente dolores desde hace mucho tiempo en las vértebras cervicales y ahora tiene artrosis.

- *Todo eso es cierto. Siento que esto haya terminado en una artrosis para ella. Marie-Blanche, protégete: temo que te suceda eso... Esta tarde estoy decidido a seguir tus consejos. ¿Pero mañana? He sido siempre tan inconstante. ¿Mañana?»*

El mensaje, no crístico, termina aquí. En el momento en que transcribo mis notas, no sé si François ha vuelto a caer, si continúa queriendo vivir a través de su hija con peligro para la salud de ésta, si se ha llevado a cabo la amenaza de extender su posesión sobre Marie-Blanche, si ha vuelto a vivir el “sabbat” en casa de Alexandra, como un mal alumno se venga de su profesor destrozando su apartamento.

Cierto, este espíritu no está empeñado en el deseo hacer daño: le gustaría creer, lamenta la enfermedad que ha provocado a su hija, asegura a su nieta que no quiere hacerle mal, y le pide él mismo que se proteja frente a él.

Julio, el tonkinés

Germaine descubre en Bernard, su marido a quien ama desde la infancia, un cambio brusco de carácter. Se hace desagradable, grosero, agresivo, brutal. Comienza a beber, la engaña. De vez en cuando,

Los "muertos" han dado señales de vida

recupera su equilibrio su encanto, durante unos días la pareja es feliz. Germaine olvida sus preocupaciones, vuelve a encontrar la paz y la alegría, vuelve a vivir. Pero la tregua no dura, pronto la recaída, la existencia en común se vuelve insostenible.

Germaine no puede aguantar más; agotada, pide consejo a un compañero de su marido, y éste la dirige a Alexandra que ejerce ya la profesión de psicoterapeuta, poniendo sus dotes mediúmnicas al servicio de los que tienen graves problemas y no quieren recurrir al psicoanálisis.

Alexandra se forma pronto una opinión: Bernard está dominado por un poder maléfico. Pero no sabe cómo decírselo a Germaine por miedo a lastimarla o inquietarla. Comienza por tanto con prudentes alusiones. Germaine la tranquiliza enseguida:

«Puedes hablar: Marc me ha hablado de esas realidades ocultas.»

Alexandra decide entonces descubrir el pastel:

«Tu marido está poseído. Sí, poseído por su abuelo.

– Pero ¿cómo es posible? El nunca lo conoció.

– No es necesario que lo conociera.»

En ese momento, sucede un fenómeno que Alexandra conoce muy bien y que teme: incorpora al abuelo de Bernard. Siente una horrible sensación de porquería mental e incluso física: como si el difunto no hubiera sido inhumado. Tiene una sensación de asco, siente náuseas y le parece que su rostro la quema. Recurriendo a toda su fuerza psíquica, hace salir al intruso que se queda a su lado en el astral.

Ve entonces a un hombre moreno de unos cincuenta y cinco años, pelo negro, barba negra, más bien bajo, delgado, vestido como soldado de infantería de finales del siglo diecinueve: pantalón rojo vivo y gorro militar flexible.

Lo describe a su visitante que confirma que Julio, el abuelo de Bernard, hizo en Tonkin su servicio militar, en los años 80, servicio muy duro y muy largo.

Germaine sabe pocas cosas de Julio; sólo que, vuelto a Francia, se casó con Solange, una joven a la que conocía desde la infancia, porque los dos procedían del mismo pueblo.

Su felicidad no duró: Julio comenzó a beber, engañó a su mujer, la pegó y destrozó a sus hijas. Solange vivió el calvario que tuvo que vivir Germaine en la tercera generación. Pero Solange no se había resignado, emprendió la huida y se refugió en su provincia natal, llevando a sus dos hijas. Una de ellas, Sophie, la madre de Bernard, vive todavía. Nunca tuvo noticias del tonkinés, ignora incluso cuando y cómo murió.

Cuando dijo a Alexandra lo poco que sabía sobre el inquietante personaje, Germaine se sintió aliviada, se despidió pidiendo permiso para volver. Cuando se marchó, Alexandra se miró en el espejo: estaba llena de urticaria.

Dos días después de esta visita, oyó en su cocina a alguien que decía: «¡Me he perdido!» No vio a nadie, no comprendió ni de quién ni de qué se trataba. Todo en torno a ella se había vuelto disonante, inestable. Ella misma se sentía alterada, estupefacta, tiraba y rompía cosas. Estuvo a punto de provocar una explosión de gas. Esto duró diez días.

Cuando volvió Germaine quince días después de su primera consulta, estaba radiante:

«Pocas veces me he sentido tan bien. Tengo de nuevo un hogar armonioso. Bernard está otra vez tranquilo, es amable, como al principio de nuestro matrimonio.»

Alexandra, que comprendía que Julio había abandonado el hogar de Germaine para venir a instalarse en su casa, preguntó a la visitante:

«¿Has logrado más información sobre el abuelo de tu marido?»

— ¡No, ninguna! Solamente esto: que hizo, en Tonkin, no sólo su servicio militar, sino también la guerra.»

En ese momento, Alexandra vuelve a ver al joven hombre moreno. Está en uniforme, en posición de firme y de montar armas. Muestra orgullosamente sus galones gritando: «¡Soy suboficial!»

«Debía ser sargento», dice ella.

— ¿Cómo eran sus «galones»? pregunté.

— Vi claramente un galón rojo rematado con un galón plateado.

— Entonces, sólo era cabo primera. Es asombroso sin embargo que en el otro mundo algunos sigan apegándose a semejantes detalles. ¿Y qué

Los "muertos" han dado señales de vida

forma tenía el gorro? Supongo que no era el gorro rígido y cilíndrico de hoy.

– No, la gorra parecía flexible y por detrás era más alta que por delante. Fue entonces, siguió ella, cuando me contó o más bien me hizo revivir la noche atroz que había vivido en Tonkin. Lo veo haciendo guardia junto a un arrozal, en un pequeño bosque de bambú. Es de noche, una noche muy clara. Está en el agua..., casi hasta las rodillas. De pronto, ve en el arrozal, dirigiéndose hacia él, algo indefinido, inmundo. Es como un odre blancuzco, tal vez el vientre de un cerdo ahogado.

«A los demás centinelas les han cortado el cuello los piratas. Si mis recuerdos escolares son exactos, se trataba de soldados irregulares del ejército chino que dieron mucha guerra a los franceses durante la conquista de Tonkin.

«Julio ve llegar al otro hacia él. Y yo veo, a unos quince metros, a un tonkinés que ríe burlonamente. Creo que ha sido él quien ha empujado al otro a los pies del cabo primera. Este último atraviesa la cosa desconocida con un golpe de bayoneta y todo cae a su alrededor.

«Ve entonces las larvas del bajo astral y los espíritus demoníacos, esos precisamente que ven los drogados. Entra en una alucinación donde se desatan las entidades maléficas.

«Cuando me hizo ver toda esta pesadilla, gritó: "¡Ahora estoy tranquilo!"»

Alexandra lo vio entonces, a través de las paredes, sentarse en su cocina donde aún se quedaría otros dos o tres días.

Después volvió a atormentar a Bernard y Germaine.

Tercera visita de Germaine que, entretanto, ha preguntado a Sophie, su suegra. Confirma la visión de Alexandra: Julio era efectivamente cabo primera. Sus camaradas habían sido decapitados efectivamente por los piratas. Había pasado también una noche tan horrorosa junto al arrozal que, a la mañana siguiente, sus cabellos se habían vuelto blancos.

Entonces, el desgraciado apareció y dijo: "¡Me he perdido, estoy condenado!"

«Era tan lamentable su estado, me dice Alexandra, que mi ser interior gritó literalmente: "No, no estás condenado. Dios te ha perdonado. Cristo murió por esa clase de pecados. El quiere que los seres como tú se salven también." Y le repetía: "No estás condenado, porque Dios te perdona."

«El se puso de rodillas. Aguardaba lleno de esperanza. ¿Qué hacer? Me pongo a rezar para que Dios me inspire lo que debo hacer por él.

«Entonces oí que decía el tonkinés: "Quiero una peregrinación a Santiago de Compostela". Transmito este deseo a Germaine, que exclama: "¡Jamás querrá Bernard poner sus pies en España!"

«"Ella no puede hacer esa peregrinación, le digo a Julio, sería mejor que lo hicieras tú. Yo te diré por qué ciudades tienes que pasar."

El parece de acuerdo y, en ese momento, oigo:

«"Habrá que rezar por él durante cuarenta días."

«Recé durante una semana, después me olvidé. Soy culpable, cierto, pero tengo a mi cargo tantos difuntos.

«Esta mañana me ha telefoneado Germaine para decirme que Bernard ha vuelto borracho dos noches seguidas. Julio ha reincidido y le ha hecho reincidir a Bernard. El tonkinés actúa de nuevo a través de su nieto. Vuelve a emborracharse y se envilece a través de persona interpuesta... »

En cuanto a mí, dejo pasar algunas semanas, vuelvo después a ver a Alexandra para obtener el fin de esta historia que se prolonga casi durante un siglo. Ella me informó que Germaine había vuelto. El tonkinés también.

«Se presentó a mí, mal afeitado, sucio, desaliñado: el borracho venido a menos que era al final de su vida. Yo le avergoncé por su forma de presentarse que se correspondía con su mental. Le dije que, costase lo que costase, tenía que continuar su peregrinación siguiendo el itinerario que le había trazado: Orleans, La Charité-sur-Loire, Le Pui, Conques, Moissac, Saint-Jean-Pied-de-Pot. Germaine había encargado para él una misa semanal en estas distintas ciudades. El estaba de acuerdo. Se sentía humilde y lleno de arrepentimiento.

Los “muertos” han dado señales de vida

Cuando lo vi, estaba muy cerca de Puy. Sentado al borde del camino, con los brazos caídos, sin saber siquiera donde estaba. En realidad, había quemado una etapa: la de La-Charité-sur-Loire.

- Anda, ¿y eso por qué?
 - En La Charité, yo conocía a un viejo canónigo.
 - ¿De este mundo o del otro?
 - Del otro. Y yo deseaba que ese canónigo lo ayudase. Ahora bien, el tonkinés, irritado contra los curas, no quería hablar de él. Exigía que fuera yo quien lo acompañara. Lo hice a través del pensamiento, era lo más que podía concederle. Lo veo así varias veces cada día.

- ¿Y cuándo tiene que llegar a Santiago de Compostela...?
 - ¡Hacia el 15 de mayo! No olvides que los desencarnados van más deprisa que los mortales.»

La historia termina provisionalmente aquí. Cuando transcribo estas líneas, no sé si Bernard y Germain han logrado librarse de esta obsesión y si Julio ha encontrado por fin el descanso que llaman eterno.

«*Os lo aseguro, me vengaré. S.V.»*

A primera hora de la tarde de un domingo, el primero después de Navidad, seis niños pertenecientes a dos familias distintas fueron dejados al cuidado de la criada, en un apartamento de Menton, mientras sus padres fueron a hacer una visita. Las dos hermanas Avrillon, Mireille e Irène, tienen respectivamente diez y siete años. Los hermanos Pierrefeu, Philippe, Patrice, Nelly y Stephanie, tienen entre cuatro y doce años. De momento, juegan prudentemente a adivinanzas.

Le toca salir a Mireille, tiene que salir a una habitación desde la que no podrá oír nada, mientras su hermana y sus amigos se pondrán de acuerdo sobre la palabra que tendrá que adivinar. En esta habitación, que era la de las hijas, hay una caja cubierta de terciopelo; esta caja había servido de peana al abeto de Navidad.

Lo primero que Mireille observa al entrar, es una inscripción a tiza,

trazada sobre el terciopelo, una hermosa escritura caligráfica: «OS LO ASEGURO, ME VENGARÉ.» Abajo, a la derecha, hay una firma: «S.V.» Esta frase caligrafiada, que lee con terror, no entraba en lo acordado para el juego. Mireille llama a los demás niños y pregunta:

«¿Quién ha escrito esto?»

Cada uno jura que no ha sido. Y es verdad que ninguno de ellos tiene una letra tan fina, tan impecable. En cuanto a Juliette, la criada, que no ha abandonado la cocina, es analfabeta.

Aterrorizados, a ninguno de los seis niños le apetece seguir jugando. Van a refugiarse donde Juliette y hablan en voz baja, impacientes por volver a ver a sus padres.

Cuando estos vuelven, les cuentan todo. Cosa curiosa, los adultos no ponen en duda su palabra, ni les regañan ni se ríen de ellos. Van a ver la inscripción, después el Sr. Avrillon dice simplemente:

«”¡S.V.!“ El demonio se hacía llamar con frecuencia Satán el Vangador.»

Pasaron algunos meses: las dos familias se vieron pronto abrumadas de pruebas. El Sr. Avrillon murió un año después del famoso domingo. Tenía cuarenta y tres años. Su mujer, abrumada por la pena, cayó enferma, se arrastró durante ocho años y murió. Poco después, murió a su vez el Sr. Pierrefeu.

Cinco años después del descubrimiento de la escritura maléfica, los cinco hermanos Avrillon y los hermanos Pierrefeu, convertidos en jóvenes muchachos y muchachas, se volvieron a reunir, esta vez en Niza.

«Ya no somos niños, dice Mireille. Ya es hora de que el que hizo aquella broma siniestra lo reconozca, y jamás volveremos a hablar de ello. Tú, Philippe, estás al margen, sólo tenías cuatro años y no sabías leer ni escribir, lo mismo que la pobre Juliette. En cuanto a ti, Irene, tu letra era tan desastrosa como tu ortografía. La misma observación vale para Patrice. Quedan Stéphanie, doce años, y Nelly, diez años por aquél entonces.

– No es ninguno de nosotros, dice Stéphanie, y tú lo sabes muy bien.»

Cada uno volvió a jurar que no fue, y todos eran sinceros.

Los “muertos” han dado señales de vida

La maldición continuaba su camino, atacando esta vez a los niños, golpeando ferozmente a los más mayores. La primera atacada fue Stéphanie que murió en tres días de un grano infeccioso en los labios: tenía dieciocho años.

En cuanto a su hermana Nelly, perdió en un accidente de esquí a su marido, oficial cazador de montaña. Tenía treinta años.

Después le llegó el turno a Mireille: ella y el joven a quien amaba estuvieron enfermos durante quince años. Ella acabó curándose, pero él murió después de diez años de noviazgo.

Irene, la hermana de Mireille, se vio abrumada por dificultades financieras. Perdió también a su marido: tenía treinta y cinco años. Ella misma murió a los cuarenta y seis, después de una interminable enfermedad, excepcional en una mujer.

Patrice no tuvo que pasar por duelos, pero su matrimonio no fue feliz.

Sólo Philippe, que por aquel entonces tenía cuatro años, no sufrió la maldición.

Dejando aparte la explicación propuesta por el Sr. Avrillon, jamás se descubrió a qué correspondían las iniciales «S. V.»

«Cuando vuelvo a pensar en esta historia, me dice Mireille, su hija, todavía me estremezco cincuenta años después. Desisto de encontrar una explicación, sólo puedo exponer los hechos. Aquí están, trágicamente. Por lo que puedo recordar, pues era entonces muy pequeña, el Sr. y la Sra. Pierrefeu habían hecho la oui’ja en aquel apartamento de Menton. ¡Pero pienso en esto de repente! Recuerdo que nos habían reñido por haber ocultado sábanas en el cesto de la ropa sucia. Sí, habíamos sacado tres pares de sábanas para jugar a los fantasmas. Estoy casi segura de que fue aquel día.»

Capítulo 12

Entrada en el primer cielo

Sabemos que el Hades se parece en muchos puntos a la tierra y que es relativamente fácil de imaginar. Pero hacerse una idea de las regiones celestes es muy distinto, y sólo contamos con algunas palabras recogidas, bien sea de Cristo, de los apóstoles, o de los santos a quienes ellos han inspirado.

He aquí tres palabras:

«Al vencedor le constituiré en columna del Templo de Dios y ya nunca saldrá de allí.» (Apoc. 3, 12)

El que haya pasado por todas las pruebas de este mundo y del Hades, ya no saldrá del Templo (Paraíso o cielo de los cielos), salvo, en casos muy raros, para aparecerse a los humanos y enseñarlos. No volverá ya nunca a descender sobre la tierra en un cuerpo físico:

«Ahora, en efecto, vemos por medio de un espejo en enigma²⁸; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de manera fragmentaria, entonces conoceré como Dios mismo me conoce.» (I Cor. 13, 12)

Para comprender esta palabra, hay que saber cómo eran los espejos de la Antigüedad. Formados por un metal blanco, compuesto de una aleación de cobre y estaño, sólo ofrecían una imagen deformada, borrosa, aproximada. Nuestra visión es a la realidad invisible lo que los espejos antiguos son a los espejos modernos. De momento estamos en los enigmas, entonces estaremos en el conocimiento.

1. Enigma: esta palabra se evita en las diversas traducciones, es sustituida por «oscuramente, de forma oscura». Siempre el mismo proceso de insipidez.

Los “muertos” han dado señales de vida

«*Ya no pueden morir, son como los ángeles.*» (Lc. 20, 36)

Ya no pueden morir. Ya no pueden andar vagando, dudar, retroceder. Ya no pueden sufrir. Están, en una palabra, libres del mal en todas sus formas: desgracia, enfermedad, malformaciones, mala voluntad, maleficios.

Son como los ángeles, dedicados al bien, a la alegría, al conocimiento, a la interpretación de los deseos divinos, a la instrucción de los que están debajo de ellos, bien en el Hades, bien en la tierra. Reciben misiones que siguen discretamente. Constituyen la nube de testigos que rodean a Cristo en la gloria. Son el enjambre solidario en el camino de la perfección.

Una vez alejados de la tierra, ya no quieren volver: en efecto, la mayoría de las manifestaciones que hemos descrito procedían no de las esferas celestes, sino de zonas claras del Hades. Muy raros son los mensajes y las manifestaciones que proceden de los cielos. Raros son los espíritus que, una vez recorridos todos los grados y superadas todas las pruebas, una vez llegados a esas zonas de seguridad y de calma en las que ven abrirse los cielos superiores, aceptan descender a nuestras tinieblas para explicarnos los misterios.

Raros son los mensajes venidos, como éste, del primer cielo:

«*Para reunirme con vosotros, he tenido que descender a esferas inferiores a la mía... He sufrido por ello. He perdido una parte de mis calificaciones, he salido de las leyes del orden. Esto ya no sucederá.*»

«No os hablaré del mundo de los espíritus, porque lo hice ampliamente en mis mensajes anteriores. Sobre este tema, tenéis suficientes escritos procedentes tanto de vuestro lado, como del nuestro. ¡Que el mundo de los espíritus dé paso a los primeros cielos! Habéis logrado mi colaboración para hablaros de los mundos celestes. Os ofreceré luces sobre lo que habéis comenzado a elaborar y que todavía es muy fragmentario.

«Pero no utilicéis ya mi nombre... He recibido un nombre nuevo. El que se ha revestido del traje nupcial recibe un nombre nuevo.

«Hoy os hablaré de mi entrada en el mundo celeste...

«¡Día glorioso entre todos, maravilloso nacimiento! ¡Qué felicidad! ¡Qué espectáculo más allá de toda imaginación! Vuestros jardines más hermosos sólo se parecen muy de lejos a la maravilla de las maravillas que me fue dado contemplar. He aquí que se abre ante mí una puerta recamada de oro..., después una venida de rosas. El suelo incluso está alfombrado de pétalos. No de esos pétalos que tienen el aspecto mortecino de vuestros alfombrados terrestres. No, ellos acogen como una caricia, mis pies desnudos.

«De cada uno de los arcos que están sobre mi cabeza, sale un perfume de miel. Mi nariz, además de mis ojos, me da la impresión de que tienen una vida especial.

«El interior de cada rosa es un corazón vivo. Cada flor, un himno de vida, un himno a la vida. Sí, estas rosas son un himno de amor al Creador.

«Camino como en un sueño. Al final de esta avenida, veo una gran luz. Esta luz es un reclamo, una atracción irresistible. En medio de esta Luz, está El, el Maestro, Aquel a quien yo aspiraba a conocer mejor, Aquel que para mí era el amor mismo. Más divino, más amoroso que todos los que hasta entonces me habían reconfortado. A medida que avanzaba, mis pasos parecían un vuelo.

«Todo en torno a mí cantaba: ¡Estás vivo! Sí, en estos momentos, estás lleno de vida. No estás soñando, es lo real en toda su hermosura.

«Penetré de lleno en esta cálida luz. El sol me parecía no de la tierra, sino de luz viva... El Maestro era el sol en persona. Este sol pareció que me envolvía. A medida que mis ojos se habituaban a esta luz, a medida que mi cuerpo se animaba con su calor, me parecía vivir por primera vez, conocer por fin la vida. Aquel día me convertí realmente en un hombre. Me convertí en la imagen, todavía muy imperfecta, de Aquel que me dio la vida.

«Cuando llegas al cielo, sientes que el Rey te da nuevo la vida. La sientes fluir en ti. Sientes que tus ojos, tus oídos y tus sentidos se abren unos tras otros. Entonces, tus ojos ven hasta el corazón de las cosas.

«Entras en el alma de la flor, de los frutos y de la menor brizna de hierba. Estás en la fuente de la vida misma. Todo lo que da vida a lo que te rodea en la tierra, procede de aquí. Las flores de los reinos

Los "muertos" han dado señales de vida

situados debajo, el mundo de los espíritus o de la tierra, tienen aquí sus raíces.

«Estás en el corazón de la vida. Poco a poco, mi mirada va penetrando en este sol. Sí, por increíble que pueda parecer, se puede mirar el sol cara a cara.

«Poco después, mis ojos distinguieron un carro. Este carro parecía preparado para volar, aunque los corceles blancos no tenían alas. Sus crines eran blancas, su cola estaba llena de estrellas.

«Una voz que salía de lo profundo del carro, me dijo: "Sube, porque desde ahora vivirás entre nosotros." Vi la criatura más hermosa que haya aparecido ante los ojos humanos.

«Los hermanos, que me habían acogido en el mundo de los espíritus, me habían parecido muy hermosos, pero no se acercaban a ella. ¡Qué dulzura en su mirada! ¡Qué música en su voz! Su túnica blanca llevaba un corazón dorado y rojo. Mis miradas se detenían en este corazón que parecía el suyo.

«Me dijo: "Este emblema de la sociedad angélica a la que yo pertenezco, lo llevarás tú muy pronto. Yo estoy encargado de acogerte en el umbral de tu nueva vida. Te voy a llevar junto a los que vivirás en adelante. Te vamos a poner el vestido que aquí nos distingue. Este vestido responderá a tu nueva personalidad, a tu nuevo modo de pensar. Manifestará tu pertenencia a nuestro grupo. Cuando avances en el mundo celeste, los que te acojan a las puertas de su ciudad sabrán quién eres, de dónde vienes y en nombre de quién vienes."

«Monté en el carro a su lado. Mis ojos miraban maravillados... Los árboles que nos rodeaban tenían tales reflejos en sus hojas, tal resplandor en sus frutos, que creía ver los árboles de la vida del Apocalipsis.

«Después llegamos a una casa de forma redonda. Pasamos bajo un porche, entramos en un patio interior, una especie de atrio donde se extendían alegres parterres.

«Se abrió una cancela. Entré en una sala inmensa que me pareció de una altura infinita. El techo de esta sala era el mismo cielo. Los que vivían en estos lugares me lanzaban flores, gritos de bienvenida, y se

abalanzaban sobre mí.

«Tenía la impresión de haberlos conocido siempre y de entrar en mi propia familia. Ellos y yo habíamos amado en la tierra las mismas verdades y al mismo Señor, el Maestro de la existencia: Aquel que nos permite vivir al ritmo de su vida, Aquel por quien respiramos, por quien vemos. Aquel que nos hace partícipes de sus cualidades y de sus facultades divinas.

«Los que me acogían formaron un círculo. Me pusieron en medio. Vi que se acercaban a mí tres hombres; el del centro tenía una clámide blanca para vestirme con ella; el de la derecha tenía un vestido blanco que llevaba el emblema del corazón vivo: el corazón dorado y rojo; el tercero llevaba un anillo encima de un cojín rojo. Me pusieron el vestido marcado con el corazón, después la clámide sujetada con una hebilla sobre el hombro derecho. Me entregaron el anillo marcado también con un corazón.

«En la tierra, yo había llevado el pelo corto. Para gran sorpresa mía, descubrí que el pelo era abundante y largo, y se enrollaba hacia dentro.

«Sólo una cosa me permitía reconocerme a mí mismo: mis ojos. A través de mis ojos, me identificaba en el espejo que me presentaron. Me decían:

«”¡Mira ahora, mira! El ser que representas ya no es el individuo que fuiste. Ahora, eres una imagen perfecta de tu alma. Es tu alma lo que ves. Tienes ante ti la perla escondida, el tesoro oculto en el fondo de ti mismo. Ese tesoro es esa cualidad del Señor que sólo te pertenece a ti, que El te dio como propia en tu nacimiento terrestre y que El ha hecho que saliera a la luz. Este tesoro, has tenido, has sabido hacerlo fructificar. Ahora, vas a gozarlo en su plenitud.

«”Este tesoro se encuentra allí donde estuvo tu corazón. De ahora en adelante, lo manifestarás plenamente. Los demás vivirán, a través de ti, la cualidad de vida que tienes el encargo de representar. Míranos a tu alrededor: somos felices, estamos alegres, porque nos permites descubrir una nueva cualidad del Señor manifestada en ti.

«”En cambio, a través de nosotros, tú vas a conocer otras cualidades, otros poderes del Señor, porque nuestra alegría aquí es la misma que la tuya.

Los “muertos” han dado señales de vida

«"Nuestra alegría consiste en ser realmente parecidos a El, imágenes suyas. Estamos aquí agrupados como flores vivas: cada uno de nosotros te permitirá conocer una parte de Dios. Esta es nuestra alegría, esta es nuestra vida. Ya no somos Pierre, Jacques, Paul o Jean, somos la vida del Señor en su multiplicidad.

«"Cuando uno de nosotros habla a su hermano, sabemos que es el Señor el que habla. No es por supuesto el Divino en su esencia, es el Divino en su manifestación, tal como todos los seres vivos de todos los planetas están llamados a conocerle a El.

«"Nosotros Lo conocemos por El mismo, porque está frecuentemente entre nosotros. Desde el perfecto conocimiento que tenemos los unos de los otros podemos percibirle a El. Las cualidades que desarrollamos nos permiten, cuando son bien conocidas por los unos y los otros, encontrar al Señor en Su Persona manifestada y encarnada."

«Yo he tenido continuos conocimientos del Señor gracias a los hermanos que los han manifestado en torno a mí.

«Esta jornada fue rica en acontecimientos. Tuve conciencia de lo que fue una jornada, porque incluyó una mañana, un medio día y una tarde.

«Todos tenían interés en que visitara su casa, en ofrecerme regalos y amistad. Lo que sentimos los unos por los otros es más que amistad. Tenemos realmente conciencia de proceder del mismo núcleo de vida.

«Después me llevaron a mi morada. Me resultaba a la vez desconocida y familiar, porque tenía cierta semejanza con la que era propia de mi familia. Como esta casa estaba cercana a mi corazón, como la tenía dentro de mí, la llevé conmigo. Cada una de las cosas que había en ella me parecía un ser vivo. Tenía la impresión de que me iban a hablar. Más tarde, me enteré de hasta qué punto me ayudaban, hasta qué punto formaban parte de mi propia vida. Supe por qué veía este escritorio, esta butaca, esta mesa redonda... y esta pintura: una hermosísima Madona con el Niño.

«Durante mi experiencia en el mundo de los espíritus, supe hasta qué punto esas cosas que proyectamos fuera de nosotros mismos se convierten en nuestra realidad de todos los días, supe hasta qué punto esas cosas viven por representar una parte de nuestro pensamiento.

«Las cosas tienen una especie de alma. Todo esto era vivo y substancial, todo era una enseñanza para mí. Nuestro entorno en el cielo está hecho de objetos que parecen ser la vida misma.

«Mis amigos me dejaron... Yo me puse de rodillas como un niño deslumbrado... A través de la oración, me acercaba a Aquél a quien debía todo.

«El entró, estaba allí, El, el amor encarnado, Aquél a quien mi corazón amaba sobre todos, Aquél a quien no puedo olvidar ni siquiera un instante.

«Sus ojos estaban tan llenos de amor hacia mí que pude creer que jamás había sido un ser humano manchado de defectos y de errores.

«Es curiosa esta impresión que nos da el Señor de ser como El todo bien y todo amor.

«Cuando dejamos al Señor vivir en nosotros su vida, olvidamos las tinieblas de nuestro camino terrestre y nuestra condición de seres humanos caídos. Entonces, surge en nosotros el deseo de la perfección angélica.

«El vino hacia mí y me dijo: «Hijo mío». Puso en mi cabeza Su mano cálida y viva. Jamás había sentido tan a fondo esta sensación filial con relación a El.

«Al mismo tiempo, sentí toda la diferencia que existe entre el amor que sentía hacia mi padre terrestre y este amor hacia El, el Padre de los cielos.

«Siente uno que de El viene hacia nosotros una llamada a otro amor, algo más grande todavía que el amor de un hijo hacia su padre.

«Aquel día sentí algo que se parecía mucho al primer contacto que tuve con El en el momento de mi resurrección.

«Cuando el Señor nos reúna de nuevo, volveremos a hablar de estas regiones celestiales.»

Los “muertos” han dado señales de vida

Capítulo 13

La Noche de noviembre

En este texto, hay varios estratos. En primer lugar un misterio, en el sentido medieval de este texto, compuesto en 1953, para el primer aniversario de la muerte de esta joven.

La escritura poética es realmente un contacto con el más allá, porque los principales temas de la supervivencia se encontraban ya en él, aunque en aquella época mis conocimientos sobre estos temas eran sumamente limitados. Este misterio, al estilo de los que yo había escrito para la radio con motivo de Navidad, de la Pasión o de la Pascua, fue difundido a través de Paris-Inter el 2 de noviembre de 1954. Dieciocho años después, quise ampliarlo integrando en él fragmentos de sus poemas y de sus cartas, para que hubiera algo de ella en este texto que le estaba dedicado. Leía esta segunda versión a mis amigos, Sr. y Sra. Lebois, cuando hube que interrumpirme, dominado por una emoción a la vez muy violenta y muy dulce que poco a poco se había apoderado de mí.

Se siente físicamente *su* presencia: turbación y malestar cuando se trata de maléficos; bienestar y calor cuando se trata de seres amados y amorosos. «¿No ardía por dentro nuestro corazón?» se decían uno a otro los discípulos de Emaús cuando desapareció el que, en aquel momento, no habían sabido reconocer.

Hubo entonces un largo silencio... Después, a través de la Sra. Lebois, se dirigió a mí, corrigió algunos pasajes, dictó otros nuevos que enseguida anoté.

He aquí por tanto esta tercera versión, que incluye lo que fue añadido por ella en aquel momento. En 1972, para el veinte aniversario, el misterio se había convertido en mensaje

Los “muertos” han dado señales de vida

I.

—Ya no hay sol... ¿Existirá todavía? La sombra ha derramado la ceniza por el jardín, por la ciudad; el cielo tiene destellos de fósforo. ¡Otra vez solo! Solo con esta música que comienza a hablar... solo con esta noche llena de ecos y reminiscencias. Esta segunda noche de noviembre fue la de su calvario. Y la tercera, la de su liberación. A caballo de esta música, cuya dulzura me desgarra, me invaden palabras oscuras... Esta angustia ¿viene del espíritu o de la sangre? Aparición de semejanzas y recuerdos... aparición de los que sólo son recuerdos.

— *Aparición de los que son mucho más que recuerdos.*

— Hay alguien..., alguien que escucha y que habla en mi corazón. Una presencia... ¡y un perfume!

— *¡Es verdad! ¡Hay una presencia! Una presencia que te ha conocido. ¡Una presencia que te conoce!*

— ¿Quién eres?

— *Yo soy mucho más que un recuerdo. Soy aquella a quien acariciaba el dolor. Aquella a la que tú llamabas la última romántica.*

— ¡Tú eres la proyección de mi pena! Una sombra.

— *Nosotros no somos sombras. Sois vosotros los que sois opacos, ¡vosotros que nos llamáis sombras cuando somos luz!*

— ¡Vapor de luz!

— *Nos creéis vapor, y somos sustancia.*

Nos creéis polvo y somos cuerpos,

Nos creéis tendidos y estamos de pie.

Nos creéis nada y somos la vida.

Nos creéis ocaso y somos aurora.

Nos creéis bajo tierra y estamos arriba, viajando libremente por un mundo sin fin.

— ¿Viajando?

— *Tú mismo lo has dicho por inspiración: Como un vuelo de golondrinas que atraviesa el espacio.*

— Estás tan lejos, tan lejos...

— ¡Nos creéis muy lejos y estamos muy cerca!

— Mañana, el 3 de noviembre... Es mañana cuando moriste.

— Nos llamáis «los muertos» y estamos vivos. Más vivos que nunca.

Más vivos que vosotros.

— ¿Por qué te fuiste tan pronto?

— Era necesario que te precediera para instruirte.

— Me gustaría olvidarte, cosa que no podré. Cuantos más años pasan más presente estás. Cuando se piensa cada vez menos en un ser, hay una palabra para describirlo: olvido. Cuando, con el paso de las estaciones, se piensa en él cada vez más ¿qué hay que decir? ¿Recuerdo? Es demasiado débil, demasiado evanescente. ¿Fidelidad? Es demasiado estático. ¿Cómo expresar esta progresión, esta ascensión del sentimiento? Me temo que no hay palabras. Hay tantos sentimientos para los que faltan palabras. Aquí están tus fotos..., aquí están tus poemas. ¡La letra menuda derecha es la tuya! La grande inclinada, es la de tu madre que copió para mí muchos de tus versos... Todo lo que queda de un ser: ¡un poco de papel!

— ¡Queda otra cosa, gracias a Dios! ¡Digo bien: gracias a Dios! Esto no es una fórmula.

— ¿Qué es lo que queda? ¿el alma, el espíritu, un poco de humo?

— ¡No! La persona permanente, indestructible, única. ¡La persona, siempre viva, siempre consciente en su cuerpo de luz!

— ¿Hay vidas sin cuerpos?

— ¡Hay cuerpos sutiles! El cuerpo carnal es de la tierra: vuelve a la tierra. El cuerpo sutil es luz y vuelve a la luz.

— ¿Puede existir vida invisible?

— Existiría al menos vuestro pensamiento...

— ¿Se puede pensar, querer, amar fuera de la carne? ¿Hay inteligencia sin cerebro? ¿Sentimientos sin corazón? ¿Sensaciones sin nervios?

— Existirían al menos las plantas... ¡Existen cuerpos espirituales y órganos espirituales!

— Cuerpo espiritual, ¿no hay contradicción de términos?

— No hay contradicción, sino unión —unión del cuerpo y del espíritu. ¡Espiritual no quiere decir inmaterial! El cuerpo sutil es

Los "muertos" han dado señales de vida

sustancial...Lo mismo que hay cuerpos terrestres, hay cuerpos celestes... Lo que se siembra en la tierra cuerpo natural resucita en nuestro lado cuerpo espiritual...

— Sí, conozco eso...

— ¡Nadie lo diría!

— ¡Lo conozco, lo he leído en San Pablo!

—Todas estas cosas están en San Pablo. Él dijo lo esencial. Pero no basta con saberlo, hay que creerlo. Tú no crees lo que sabes.

— Yo creo que nada está muerto y a eso lo llamo vida universal. Creo que nada muere y a esto lo llamo vida eterna. Sí, la vida está por todas partes y siempre, en todos los espacios y en todos los tiempos. Sí, lo que fue un día existirá siempre. Sí, creo que el mundo hecho por la Inteligencia está poblado de miles de inteligencias, animales, humanas, extra-humanas; visibles, invisibles, supra-humanas. Creo que una inteligencia fuera de la carne se ha dirigido a mí en esta noche de noviembre. Pero ¿eres tú esta inteligencia? ¿Eres realmente tú? ¿Tú a quien no me atrevo a nombrar? No eres tú una creación de ese *Claro de luna* de Debussy, de esa música que se parece a ti...

— *Tu capacidad de duda es bastante increíble.*

— ¡Mi duda es mi escudo! Temo siempre hablar conmigo mismo. ¿No soy yo mismo el que responde cuando hace preguntas? Y esta voz en mí ¿no es la mía?

— *Esa voz que hay en ti no viene de ti.*

— Tengo que estar seguro de que no eres una apariencia.

— *La muerte es la que es una apariencia.*

— ¡Tú eres un espejismo! ¡Eres mi nostalgia!

—Yo no soy una idea. Soy una persona distinta de ti. Vivo, estoy viva, más viva que ayer, más que nunca soy yo misma.

— ¡Dame una señal! ¡Oh! ¡Por favor, una señal! ¡Sólo puedo vivir si sé que tú vives! Dame una palabra que me permita reconocerte, ya que la impostura existe también en vuestro lado.

—Sí, en las esferas cercanas a la Tierra. Tienes razón en cuanto a examinar a los espíritus.

— ¿Reconoces a Cristo como tu Señor?

—¡Sí! ¡Jesucristo es Señor! ¡Y ahora, he aquí la señal de reconocimiento! Escucha esto:

Señor, la sentencia es amarga
 Ofrecer el dolor a los veinte años...
 Esta es la llamada de la montaña
 Donde se hunde el grito del mártir...
 ¡Cielos! El horrible camino al suplicio
 Pone rígidos de espanto nuestros miembros...
 Cuando todo lleva a adormecerse
 Nosotros nos ahogamos en las tinieblas...

—Conozco esos versos. Conozco tus versos. ¡Luego eres tú! ¡eres tú!
 ¡Gracias por haberme dado esta prueba!

—Anticipando por permisión divina el saludo eterno.

—Cuando escribías esa «Cruz de los enfermos», ¿comprendiste que se trataba de ti?

—Sí, lo comprendí... Pero recuerda el dicho: «Los que siembran entre lágrimas cosecharán en la alegría». Yo he cosechado en la alegría.

—¡Has venido! ¡Has venido!

—Algunos pensamientos, algunas músicas nos atraen... ¡Me gustaba tanto Debussy!

—Amabas todo lo que es digno de amor: los bellos poemas, los libros penetrados por el Espíritu, los animales dulces, las músicas transparentes que hablan de ese mundo en que estás...

—Y que tú presientes...

—¡Has venido!... ¡Por fin has venido!

—Era necesario consolarte...

—No quiero ser consolado. Deberíamos avergonzarnos por consolarnos de la ausencia de los que se ha amado, de los que tan mal han sido amados.

—Yo no estoy ausente. Si hicieras silencio con más frecuencia, podría hablarte como esta noche. Pero hay siempre tantos ruidos inútiles en tu corazón. Desde hace tiempo, trato de unirme contigo.

Los "muertos" han dado señales de vida

—¿Sigues sabiendo quién eres?

—*¿Qué sería la supervivencia sin recuerdo? Nosotros mantenemos la personalidad, sólo perdemos el personalismo. Mantenemos la persona, sólo perdemos el personaje.*

—¿Sabes ahora quién eres?

—*Sí, y es una gran felicidad!*

—*Yo sigo esperando la felicidad de conocerse! Estoy perdido en un laberinto atormentado por falsos personajes. ¿Dónde está mi vocación?*

—*Allí donde se encuentre tu mayor alegría! ¡Dónde está tu alegría, allí está tu vocación!*

—¿Sabes ahora quién soy yo?

—*Alguien que duda..., alguien que se rebela..., alguien que busca... El que siempre busca está en estado de gracia.*

—Tú llevaste una carga que no era para ti. Tuviste que hacer como el Cirineo, aquel Simón cuyo nombre llevas. ¡Llevaste la cruz de otro!

—*No, la carga era para mí. El que quiera seguirle a El que cargue con su cruz. Hay que apurar el cáliz hasta las heces... Esa carga no siempre es pesada. Lo mismo que la copa no siempre es amarga, la carga a veces es ligera.*

—¿Cómo puedes decir eso?

—*La carga, cualquiera que sea, no siempre es demasiado pesada. No la llevamos solos... Alguien está siempre aquí para descargarnos de ella cuando vamos a desplomarnos. Camina con nosotros hasta el fin del mundo.*

—*Ya en la Tierra parecías irreal! Eras demasiado pura para rezagarte aquí.*

—*Yo no me hacía a la Tierra... Fue una dura estancia que prefiero olvidar. Por eso, no me la recuerdes, no me la recuerdes nunca...*

—*Tú no es más claro que antes! Sigues siendo joven. Yo ya no lo soy.*

—*Volverás a serlo!*

—*Y tus ojos siguen siendo de un azul claro... Tus ojos que ahora ven cosas eternas.*

—*Oh no! Todavía no, esto no va tan deprisa... La ascensión es*

larga... Pero tenemos el tiempo y su infinitud...

—Tú eres lo más puro, lo más dulce, lo más frágil, lo más injustamente inmolado que he conocido...

—*¡Es el misterio del Cordero! Hace falta un Cordero para romper los sellos y para abrir por completo el libro de la Vida.*

—Para mí, fue lo contrario lo que se produjo. Tu muerte cerró el libro. ¿Sabes que tu martirio me hizo dudar? ¡Dudar durante once años!

—*Sí, lo sé!*

—Debido a este ahogo en las tinieblas, acusé a Dios. Él te había cargado demasiado...

—*Yo era más fuerte sin duda de lo que tú pensabas!*

—Tú eras más animosa que fuerte. Sólo tu cuerpo era débil... Los puros son débiles, por eso muere el mundo.

—*Me gustaba mucho tu vida. Me daba ánimos.*

—*Sí, tú amabas la vida y lo que la hacía crecer! Sentías en ti la gran exigencia del espíritu. Bajo tu mirada, se ensanchaban las estrellas. Para ti, el cielo de la tarde era un prado de violetas. Sentías una piedad fraternal hacia el castaño...*

*Cuya frondosidad de oro es sólo un tapiz de ámbar
Roto en otro tiempo por el rastrillo del niño,
Marcado con mi huella aquel día de noviembre...».*

—*Tú cantabas todo esto y nadie lo entendía!*

—*Tú sí me entendías! ¡Mi madre me entendía! Yo canté para los dos. No todo el mundo puede cantar para millones. Mi vocación era de penumbra. Pero aquí me entienden. Aquí logro mi victoria, porque aquí los últimos se convierten en primeros... Aquí, la palabra poética se transforma en realidad viviente. Yo soy poetisa y sigo siendo poetisa. En el mundo en que estoy, cada uno se ha convertido realmente en lo que es. Se une con sus iguales, nunca está ya solo. ¡Cada uno ocupa aquí el espacio que merece! Cada uno pesa lo que pesa su propio pensamiento... Cada uno disfruta de su paisaje.*

—Todos serán como su mayor deseo:

Los “muertos” han dado señales de vida

Los avaros serán grises como el dinero,
 Los justos serán hermosos como los palmerales,
 Los asesinos valdrán menos que la sangre de sus mártires,
 Y los mentirosos dudarán de la apariencia.
 Aquellos cuyo corazón tuvo hambre de conocimiento,
 Avanzarán maravillados de secreto en secreto.
 A pesar de la certeza a sus ojos abiertos
 Siempre guardarán el perfil del misterio.
 A mayores deseos, mayor será el campo
 Que abarque su vuelo lúcido, ilimitado...
 Su gozo tendrá el brillo de su temeridad.
 Todos serán iguales al espíritu que concibieron:
 Llenarán el éter que su sueño igualaba;
 Verán cara a cara y no verán reflejos,
 Y de sus hallazgos verán la importancia.

—*Ya lo ves, la poesía es la aproximación al mundo invisible. Todo lo que en ella se dice es verdadero, absolutamente verdadero. La poesía y la música son las dos alas que te llevan a nuestro mundo.*

—Y sin embargo, cuando escribí eso, no creía realmente en la existencia de ese mundo de donde tú vienes.

—*Cuando se escriben versos, ¿se sabe alguna vez quién habla?*

Se sabe qué mensajero venido de vuestras orillas,
 Conociendo nuestro esfuerzo y bendiciéndolo,
 Ha echado al azar sonidos de oro en nuestras páginas...

—Muchas veces, cuando volvía a leerme, me irritaba por haber escrito cosas que me parecían extravagantes, cosas en las que no creía... realmente. Y no creía en ellas, porque me parecían demasiado hermosas. Demasiado hermosas para ser verdaderas. La magnificencia misma de las promesas divinas provocaba mi incredulidad. A Gabriel Marcel le pasó lo mismo: al final de una de mis conferencias en la Mutualidad, en 1971, abrió un ojo y masculló: «Todo eso es demasiado

hermoso, me gustaría que fuera cierto».

—*Y sin embargo es así: todo lo que es verdadero es hermoso. Todo lo que es hermoso es verdadero.*

—Eso es lo que me permití explicarle al jefe de fila del existencialismo cristiano refiriéndome a Platón.

—*Platón acertó... casi siempre. Sí, la belleza existe independientemente de vuestro espíritu, existe en nuestro mundo, más perfecto y más real que el vuestro. Sí, las bellezas que admiráis abajo son sólo imitaciones imperfectas de esta belleza que conoceréis después de vuestra muerte. Para Platón como para todos los que pensaron como él, la belleza se confunde con la verdad, que se confunde con Dios.*

—Es un poco lo que yo conté a mi viejo maestro. La belleza no es por tanto una noción relativa, como quisieran hacernos creer.

—*Ella es señal de Presencia, de Inteligencia divinas. Es señal de absoluto, tanto en la Tierra como en el Cielo. Como los mundos superiores están atravesados por resplandores multicolores, de los que os dan una idea vuestros más bellos atardeceres, estad seguros de que, en nuestro lado, los pintores se maravillan. Las más hermosas obras terrestres eran proyecciones, presagios de nuestras esferas blancas. Los artistas devuelven a Dios lo que Él les ha prestado, lo que Le pertenece.*

—Sin embargo, hay en este siglo pintores que nos presentan colores viscosos, anatomías esqueléticas y verduscias, rostros degradados y caricaturescos. ¿Qué es lo que esa gente nos proyecta?

—*Los mundos infernales con los que gustan relacionarse. En eso consiste el pacto con Satán, que lleva consigo éxito, riqueza y gloria... en vuestro mundo.*

—¿Y qué ocurrirá en el vuestro?

—*Vivirán sus visiones, vivirán su pintura en su mundo repelente.*

—¡Los compadezco!

—*Los que aman la belleza se sentirán aquí satisfechos. Los que aman la verdad se sentirán también satisfechos. La vida eterna es conocimiento. Ese conocimiento que vosotros habéis buscado tan laboriosamente en la Tierra os será aquí devuelto con profusión. En la*

Los “muertos” han dado señales de vida

Esfera central, conocimiento de Dios. En la esfera en que yo estoy, conocimiento del otro. El Paraíso, son los otros. Aquí, todo el mundo es reconocido...

—Donde yo estoy, nadie o casi nadie nos conocemos...

—*Yo te conocía, porque te amaba. Y creía en ti, porque... te amaba.*

— Lo gritaste en tu último combate. Y yo no sentí nada, ninguna señal vino a turbarme. Nada me lo advirtió. Me llamaste, y no oí nada. ¿Qué podía yo hacer en el momento de tus últimas angustias?²⁹ Aquél 3 de noviembre fue para mí un día como los otros... ¡Y debí reír aquel día! Más tarde, supe lo difícil que fue el paso. Supe cuántos fueron tus sufrimientos y tu lucidez. Un final atroz: habías hablado de camino hacia el suplicio. Una lucha horrorosa puso el fin a tu juventud sin felicidad, a tu juventud consumida en la esperanza de una curación que jamás llegó.

—*Jlegó aquí!*

—¡Qué intolerable es el sufrimiento de los inocentes! ¡Qué escandalosa la muerte de los seres jóvenes! ¡Oh, sí! ¡Escándalo, escándalo, escándalo!

—*Hablas como si les hubieran robado alguna cosa.*

—¡Pues, sí! ¡Robaron una existencia!

—*Tu espíritu no sabe desprenderse del tiempo.*

—El tiempo es el tejido mismo de nuestro futuro.

—*La Eternidad es el tejido del nuestro. Lo que conociste de mí era sólo una ínfima parte de mí misma. Ahora sé que esta vida, aparentemente tan breve, no podía ser diferente. No podía ser de otro modo. ¡No veas en ella ni fatalidad ni predestinación! La muerte de los seres jóvenes os obliga a haceros ciertas preguntas.*

—¡Cruel lección de las cosas!

—*Sólo éstas comprendéis!*

—Durante años, me quemó la rebelión... Lo que no le perdonaba a Dios, no era haberte vuelto a tomar..., ya no podías vivir... era no haber

²⁹ Es duro para alguien que debía escribir sus premoniciones y las señales de vida, no recibir nada aquel día.

sabido...

—¡Cállate!

—... era no haber sabido ahorrarte tal agonía...

—¡Yo la he olvidado, no me la recuerdes!

—Tus sufrimientos de la Tierra, ¿han recibido su recompensa? ¿O continúa la prueba triturándote? ¿Sigues conociendo el dolor?

—*Casi todos los dolores vienen de la materia o de la carne. El espíritu, en su esencia, sólo puede ser alegría... Personalmente, estoy en el lado de la alegría.*

—Pero el espíritu tiene su propio dolor, que es no conocer totalmente.

—*¡Y el de ver vuestros extravíos! ¡Y el de sufrir vuestra indiferencia! No es la muerte la que separa, es la indiferencia. La muerte separa menos que la vida: jamás hemos estado nosotros más cerca. En todo momento o casi, podemos reunirnos tú y yo... Un pensamiento de amor: y ya estamos ahí. Nosotros no podemos morir, pero podemos sufrir. Sí, vuestra indiferencia puede hacernos sufrir.*

—El mismo Dios debe sufrir al ver su amor rechazado por algunos.

—*Nosotros no sabemos lo que le ocurre a Dios. No somos tan sabios como vosotros... No sabemos quien es Dios. Aquí también continúa el misterio.*

—Luego ¿no estáis seguros?

—*Sabemos más que vosotros. No sabemos todo. Sólo Dios lo sabe todo. Hay cosas que ni siquiera los ángeles conocen, ni siquiera el Hijo... Existen jerarquías en el espíritu, en el conocimiento... lo mismo que en la evolución. Por todas partes jerarquías. Jerarquía, ¿comprendes esta palabra?*

—¡Oh! sí, la comprendo. ¡No es una palabra de moda!

—*¿Comprendes este símbolo: la escala de Jacob? La escala que bajan y suben los espíritus... ¡Hay tanto espíritus, tantas moradas! Los que bajan por la escalera nacen a esta vida; los que la suben nacen a la otra... Son pocos los filósofos que han comprendido estas cosas, son muchos los músicos que las han presentado.*

—Liszt, por ejemplo. Hay un pasaje de *Preludios* que es como un rapto en la luz.

Los “muertos” han dado señales de vida

—Conozco ese pasaje.

—Sin embargo, el dolor existe en vuestro lado. Decías que nuestra indiferencia puede haceros sufrir. ¿Se puede sufrir fuera de la carne?

—Ya te he respondido: *cuerpo espiritual. Donde yo estoy, el cuerpo espiritual es un cuerpo de diamante.*

—¿Por qué esa metáfora?

—*Es más que una metáfora, es una realidad. El cuerpo de diamante es incorruptible, las luces que proyecta son un arco iris. Recuerda estas palabras: ellos ya no pueden morir, son como ángeles. Los diamantes de la Tierra son parábolas. Todo lo creado es una parábola. Lo natural en su perfección responde a la de lo sobrenatural.*

—Si publicamos esta idea, nos van a acusar de antropomorfismo.

—*El antropomorfismo sólo devuelve a Dios lo que Le pertenece. Las cosas de aquí abajo son el reflejo de las de arriba. Si hay personas abajo, es porque las hay arriba. Las cosas y los seres del universo visible se corresponden con el universo espiritual. El universo físico refleja la sabiduría de Dios, lo mismo que un espejo refleja el rostro del hombre. Pero Dios no está más en el universo físico de lo que el rostro del hombre está detrás del espejo*³⁰.

³⁰ «Todas estas cosas son de san Pablo. El dijo lo esencial.» El dijo especialmente esto: «Puesto que deseáis con fuerza los espíritus, procurad que el abundar en ellos sea para la edificación de la Iglesia.» (I Cor. 14, 12). Este versículo corre el riesgo de dejar estupefactos a los lectores cristianos, porque las Biblia francesas, las españolas, alemanas, eslovenas e inglesas han traducido intencionalmente *espíritus* por *dones espirituales*: «Puesto que deseáis con fuerza los dones espirituales...»

Ahora bien, en el original, se trata de *espíritus* «Epei zelotai este *pneumatôn...*» Lo que San Jerónimo tradujo honestamente: «Quoniam, aemulatores estis *spirituum...*»

Cuando el Apóstol Pablo, que conoce su griego, quiere hablar de dones espirituales, dice «charismata» (I Cor. 12, 4) o «Τὰ pneumatikē» (I Cor. 14, 1): «Ζελοῦτε δὲ τὰ pneumatikà...» Desead con fuerza los dones espirituales. Es interesante constatar cómo los traductores cristianos de todas las lenguas y de todas las confesiones se han puesto tácitamente de acuerdo para vaciar, una vez más, el mundo invisible. Lo cierto es que este versículo fundamental contiene un

II.

— ¿Qué es el juicio?

— *Es un tema de pesaje. Las malas acciones, las malas palabras, los malos pensamientos, el mal en una palabra, es lo hace pesado. El bien es todo lo que aligera. Como efecto de la ley de densidad espiritual, se puede decir que existen al principio tres niveles. Algunos están bajo tierra, en las tumbas. Otros, a ras de tierra. Otros es la atmósfera..*

— ¿Quiénes son los que permanecen en las tumbas?

— *Los que están muy vinculados a la materia. Se aferran a su cuerpo el mayor tiempo posible.*

— ¿Incluso cuando se descomponen?

— *Su sufrimiento consiste en asistir a su desintegración.*

— ¿Quiénes son los que viven a ras de tierra?

— *Los que por materialismo se niegan a ascender. Atraídos permanentemente por el planeta, exigen vivir en su periferia. Quedan atrapados en esa materia a la que atribuyen tanta importancia. Se pegan a ella como lapas y son incapaces de elevarse hacia planos más sutiles, hacia planos menos densos. Quedan a ras de tierra los que se complacen en pensamientos bajos y en placeres bajos que buscaban cuando vivían. Por ejemplo, dan vueltas en torno a los bares para respirar el alcohol que ya no pueden beber. Viven a través de personas interpuestas. Extraen sus sensaciones de los que viven en la tierra. Un alcohólico se junta con uno que bebe: convencido de que es él quien bebe, empuja al otro a embriagarse. Asimismo, un asesino da a un asesino del Hades la posibilidad de ejercitarse.*

— En la obras de teatro, llamadas de vanguardia, se tiende a mostrarnos a personajes metidos hasta el cuello en cubos de basura.

— *Estas escenas son en efecto proyecciones de lo que puede ocurrir en el bajo astral.*

— ¿Es cierto que algunos despiertan a la segunda vida en un círculo

verdadero mensaje: «Puesto que deseáis con fuerza los espíritus, que esto os sirva para vuestra edificación... y no para vuestra distracción.»

Los “muertos” han dado señales de vida

de fuego?

— *Ese fuego es una proyección de su mental agresivo.*

— ¿Qué sucede con los materialistas?

— *¡Existen tinieblas!*

— ¿Y para los que se siente muy inclinados al sexo, a la mesa, al tabaco?

— *El sufrimiento de la falta.*

— ¿Y para los ignorantes?

— *Existe el frío, corrientes frías. Pero esto no dura. El no-saber no es un crimen.*

— Ese Kouro-Shivo que rodea a la tierra ¿todo el mundo lo atraviesa?

— *Sólo los santos escapan de él.*

— Pero todas esas pruebas inquietarán a la gente...

— *Si sólo habláis de flores, de pájaros y de perfumes, que son aquí realidades como en la tierra, se os acusará de presentar un más allá rosa y azul. No es éste el caso. ¡Sin embargo, no os preocupéis! Para los seres puros, quedan muy pronto atrás el frío y las tinieblas. ¡Delante está el calor y la luz!*

— La pena es que no hay muchos seres puros.

— *Hay más seres que aman. El amor, cuando es puro, sustituye a la pureza mediocre.*

— ¿Qué les sucede a los que negaron la supervivencia?

— *Se despiertan en un ataúd; los que resucitan con la idea de que no pueden percibir, no perciben. Esa gente ha pronunciado su propio juicio. Porque el juicio es pronunciado, pre-anunciado por nosotros; sin ilusión, sin indulgencia. La justicia es interior. Nos vemos tal como fuimos, tal como somos..., y nos unimos a los que se parecen a nosotros. Cada uno va a un lugar según su densidad..., los opacos a esferas opacas..., los sutiles a esferas sutiles...*

— ¿Hablas de esferas, hablas de lugares?

— *Esos espacios son espíritu; mi espacio es espíritu; no tengo otra palabra. Vuestras palabras son de espacio. Nosotros nos sentimos muy limitados por vuestro vocabulario, tan material. Llamémoslo lugar*

subjetivo, lugar afectivo. Yo soy la que te ha inspirado que lo afectivo y lo subjetivo, tan despreciados por lo que llamáis vuestra civilización, son las realidades originales y finales. Esto es lo que significa Dios es amor... La creación es acto, eficiencia de amor. Toda creación es acto de amor. Hasta la más humilde, hasta la más torpe.

— ¿Esperáis la resurrección?

— ¡Nosotros ya hemos resucitado! ¡Yo he resucitado, porque pienso y me expreso!

— ¿Qué es según eso la resurrección del último día?

— *La resurrección inmediata en el mundo espiritual, acontecimiento que se sitúa en vuestro último día.*

— Nosotros desvirtuamos todo con nuestras mayúsculas. Ciento que se han añadidas después. Aquellos de entre vosotros que fueron justos ¿son ya como los dioses?

— ¡Evita esa palabra!

— Digamos, como los ángeles...

— *Sí, somos como ellos. Pero somos y seguiremos siendo siempre raza humana...*

— ¿No sois los dioses de los que no lo tienen? Dioses más cercanos, dioses humanos, demasiado humanos...? Hartos de invocar a Dios, algunos os invocan...

— *Rezad con nosotros, rezad por nosotros, pedidnos protección y luces, pero no nos deis culto.*

— ¿Has conservado tu fe católica?

— *Sí! He llegado a una esfera católica del mundo de los espíritus. He contemplado a la Virgen.*

— ¿Quién es la Virgen?

— *La Esclava del Señor.*

— ¿Está bien rezarla?

— *Sí! Está bien también rezar a los santos.*

— ¿Has contemplado a Cristo?

— *Sí, porque estoy en la esfera más elevada del Hades: la que se llama Adoración. Estoy en esta esfera parecida al primer cielo. Sin embargo, no he contemplado a Dios.*

— ¿Siguen en los cielos las denominaciones religiosas?

Los “muertos” han dado señales de vida

- *No, lo que es demasiado terrestre no tiene acceso arriba.*
- *¿Cómo hay que entender la comunión de los santos?*
- *Comunión de creyentes de la tierra con los creyentes del Hades y de los cielos.*
- Sí, de acuerdo. En las Escrituras, «santo» significa simplemente «puesto aparte». Pero ¿cuál es el papel de los santos, en el sentido católico de la palabra?
- *Son intermediarios providenciales entre las regiones humanas y las regiones divinas.*
- *¿Permaneces voluntariamente en el Hades?*
- *Sí, he elegido lo mismo que Thérèse de Lisieux. Para actuar sobre la tierra, ella retrasó su cielo. Son muchos de todas las religiones y de todas las razas los que, teniendo la posibilidad de elevarse a esferas más felices, permanecen junto a la tierra para aportarle su enseñanza sobrenatural.*
- Entonces, prepárate para enseñarme.
- *Yo escucho tus preguntas, pero no olvides que no soy omnisciente.*
- ¿Cómo hay que entender estas palabras que se nos recuerdan con mucha frecuencia: Dejad que los muertos entierren a sus muertos?
- *Si se toma al pie de la letra, es absurda. En su espíritu, significa simplemente: ¡No miréis hacia atrás, avanzad, avanzad!*
- En el fondo, es el símbolo de Orfeo volviendo del Hades. Eurydice está detrás de él... y, aunque está detrás, le guía y le inspira. Pero él sólo debe mirar hacia adelante...
- *Si no, Eurydice desaparece para siempre...*
- ¿Cuál es ahora tu vocación?
- *¡Instruir!*
- ¿Instruir a quién? ¿A los recién llegados?
- *No, a los de la tierra que buscan como tú.*
- ¿Estáis ya definitivamente libres del mal?
- *El mal existe todavía en las primeras zonas. Yo las he superado.*
- ¿El mal en lo invisible? ¿Qué significa esto?
- *Esto significa libertad...*
- Libre albedrío en el espacio sin fronteras y en el día sin puesta de

sol...

- *Libre albedrío como en la tierra...*
- Luego estáis, como nosotros, entre el recuerdo y la esperanza...
- *Una esperanza en gran parte realizada. Cuando yo estaba entre vosotros, esperé mucho. Por eso aquí he recibido mucho. La esperanza es la imaginación de la felicidad. Sólo lo que se esperó se puede recibir. Piensa, imagina, espera: atesoras frutos para la vida eterna...*
- ¿Resides en el lugar donde todo está restablecido?
- ¡Sí, donde estoy, todo está restaurado! ¡Todo está restablecido! ¡Todo ha vuelto a estar en orden! ¿Crees esto?
- Lo creo porque es lógico. Lo lógico es también lo real. Esta noche, ¿dónde estás?
- *Para esperarte, he descendido a zonas próximas a la tierra. Son muchos los que están en las zonas cercanas. Hay muchos en torno a ti.*
- Los imagino aquí, atraídos por la respiración del fuego.
- *Atraídos por un pensamiento fiel. ¡Saben que tú no eres de los que olvidan la muerte de los demás para no tener que pensar en su propia muerte! ¡Todos están aquí, en esta noche que es la suya! Están aquí, todos aquellos para quienes la muerte fue dulce como el sueño...*
- Y aquellos para quienes fue más atroz que todos los sufrimientos de toda una vida.
- *Los que salieron a su encuentro...*
- ¡Y los que se debatieron entre sus garras!
- *Los que la llamaron y los que la rechazaron...*
- Y los que la rechazaron después de haberla llamado...
- *Aquellos a quienes ella se llevó mientras rezaban...*
- Los que se llevó cuando blasfemaban. ¡Y aquellos a quienes sorprendió al salir de una fiesta!
- *Aquellos a quienes arrebató antes de tiempo...*
- Y aquellos de quienes ella simulaba olvidar.
- *Los que la temían...*
- Y los que temían temerla.
- *Aquellos a quienes liberó...*
- Y aquellos a quienes desesperó.
- *Los que la disputaban las existencias una a una..*

Los “muertos” han dado señales de vida

- Y los que la ofrecían cien mil vidas en un minuto.
- Aquellos a quienes ella enseñó a realizarse.
- Aquellos a quienes ella mutiló.
- *Los que alargaban la parte la vida...*
- Aquellos a quienes ella destruyó el placer de destruir.
- *Sí, los veo, los veo a todos en su cuerpo transparente. A los que tuvieron el fuego por sepultura. A los que tuvieron la mar por sepultura. A los que naufragaron en el golfo de llegada. A los que, al verla venir, desearon que ella no fuera la muerte.*
- A los que, al verla venir, desearon que fuera realmente ella. Después de una vida indigna, temieron encontrarse en presencia de una segunda vida... donde hubiera que dar cuentas.
- *Los que aún tenían algo que decir.*
- Y los que ya no sabían lo que decían.
- *Los que querían añadir estrellas a nuestro cielo...*
- Y los que quisieron apagarlas.
- *Los que anunciaban la vida eterna...*
- ¡Y los que la negaban e impugnaban!
- ¡*Los que creyeron y los que no creyeron en el cielo!*
- ¡Los que niegan el más allá, mientras siguen creyendo en Cristo!
- ¡*Los que vieron los cielos abiertos!*
- ¡Los que los vieron desiertos!
- *Algunos, de nuestro lado, vieron los cielos desiertos; como no creían ni en Cristo ni en los ángeles, no los encontraron. ¡Pero yo sí vi realmente los cielos abiertos! oí, vi músicas de alegría... Me sentía transportada por un viento fuerte y suave... Respiraba a pleno pulmón. ¡Respiraba por fin! Aparecieron mil colores: gemas, vidrieras...*
- ¡Colores!
- *Nuestra vida eterna no es algo mortecino, pasivo, aburrido. Es la realización y la transfiguración de la vida universal. Derroche de sinfonías, abundancia de colores, profusión de luz.*
- Por eso Juan de Patmos habla de voces, de cánticos, de destellos, de esmeraldas...
- *Subí, dichosa, por las escaleras del día...*

*En las escaleras del día, el alba instala su trono.
 Delante de los peregrinos, luce la tramontana,
 La Palabra eterna aleja toda pena,
 Escucha en la noche...*

—Conozco esos versos, los escribiste justo dos años antes de...
 —Antes de subir gozosa las escaleras del día.
 —¿Estás realmente alegre?
 —*Esto parece extrañarte: sí, estoy alegre y mi nombre es alegría.*
¡Estoy alegre! Ponme música alegre...
 —¿Cuál?
 —Tú lo sabes bien... *Aquel pequeño asno blanco...*

*¡Nota de intimidad que la viga rústica
 Te encierra en el salón con ecos que resuenan,
 Despertados por el vuelo del alma romántica
 A la sombra de El Greco!*

*¡Allí... camina al paso, uno, dos, tres, pequeño asno
 Blanco! Saltad al galope sobre los adoquines que suenan,
 golpeando de allegros los caminos de Toscana...
 ¡Y tocan los cascabeles!*

*¡Soy feliz! ¡Llevo un cielo conmigo! Lo llevo ya desde los días de
 vuestra tierra...*

—¿A pesar de la decepción? ¿A pesar de la enfermedad?
 —*Yo me había hecho un cielo para abismarme en él. Conozco y veo
 lo que había soñado, querido, presentido. Mi sueño era la verdad.*
 —Y tu poesía era profecía...

*—Con tiempo ¿leeré el mensaje?
 Mañana, lo arcano, lo desconocido.*

—¿Sigue existiendo el arcano? ¿Sigue existiendo lo desconocido?

Los "muertos" han dado señales de vida

— *¡Mantén firmemente lo que tienes! ¡Sé firmemente lo que eres!*

*Escapa del torbellino, tú, el sincero seguidor
De lo Verídico. ¡Escucha sólo en tu corazón!
¡Sube hacia el águila, hacia el árbol de la vida, acepta
La lucha de los vencedores!*

— Y como manifiesto de tu «nocturno», habías elegido esta palabra de Cristo dirigida a la Iglesia de Éfeso: «Al que venza, le daré a comer del árbol de la vida.» ¿Y contemplas ahora el árbol de la vida, el que está en el centro del Paraíso?

— *Lo contemplaré. No estoy en el centro del reino, estoy en el umbral.*

— El que el Apocalipsis llama atrio.

— *Pero también vuestra tierra tiene sus encantos... ¡Si quisierais, vuestra tierra sería un paraíso!*

— ¡Un paraíso, es decir un vergel!

*—En el vergel, ricos rubíes
Aparecen entre el verdor...
Un joven mirlo habita en él
Como una cereza madura...*

Allí donde yo estoy, oigo el canto de los pájaros y, a través de las ramas, el ruido del viento y de las aguas vivas.

— Tú escribías: «¡Podrías llevarme lejos, hermosas aguas vivas!» Yo creía que te referías a un río terrestre y tú hablabas del río de la vida...

— *Y sus aguas me llevaron.*

— Cuando pienso en ti es en forma de lilas; cuando pienso en ti, es en forma de amatista, de paloma...

— *¡Y es así: toda la naturaleza es sobrenatural! Amad esa naturaleza en la que Dios os ha puesto. Haced de Providencia hacia esos animales y esos vegetales que os confió el Creador. Se trata ahora de defender su propia existencia, y la vuestra como*

consecuencia. Tenéis deberes hacia esta naturaleza, antes tan poderosa, hoy tan frágil. Sé que al dirigirme a ti, predico a un convertido. Sé que tu amor al mundo invisible no ha hecho sino reforzar tu amor por lo visible. Pero es para que otros me oigan a través de ti. ¡Ah, Dios mío, Dios mío, qué hermosa podía haber sido esta tierra!

— Y esas especies animales o vegetales destruidas para siempre, ¿dónde están ahora?

— *Allá arriba encontraréis la naturaleza en todo su esplendor, en su exuberancia original. En los mundos celestiales, la belleza se convierte en gloria.*

— ¿Qué es la gloria en el sentido del Nuevo Testamento?

— *Lo que vosotros llamáis el estado sutil, la incorrupción, el brillo, el resplandor...*

— Cuando pienso en ti es en forma de llama, porque la llama, con cualquier cosa, con las cosas más abyertas, hace calor y claridad. ¡Con tus decepciones, con tus sufrimientos, cuánta luz has hecho aquí abajo y allá arriba! Por eso te llamo pequeña llama...

— *Pequeña llama, me gusta ese nombre... ¡Soy en efecto una llama de alegría!*

— ¡Ay de los que han intentado apagarla! ¡Ay que de los que han querido romper la caña herida!

— *Mi única revancha es mi actual felicidad.*

— ¡Ay de los que se burlaron de tu esfuerzo!

— *No hay que maldecir.*

— No siempre hay que perdonar.

— *No digas eso, pues yo personalmente te he perdonado.*

— Sin embargo, cómo no tener algo contra esa vieja señora, tu pariente, que me llegó a decir: «¡ No la escribas más! Tus cartas la atormentan..., tu cartas le hacen mal... Mantienen en ella una esperanza que, dada su situación, nunca se realizará... ¡Es necesario que ella te olvide! Desaparece.» ¡Y yo hice la tontería de creerla! ¡Y tú te imaginaste que yo te había olvidado! ¡Si hubiera podido enterarme, si hubiera podido comprender! Ya no me preocupaba... A dos mil kilómetros de ti, te creía salvada... Todas las circunstancias parecían

Los "muertos" han dado señales de vida

reunidas para tu curación: ese trabajo de acuerdo con tus gustos.

— *¡Pero no de acuerdo con mis fuerzas!*

— Ese clima seco y luminoso de la Cataluña francesa que me describías en una carta menos de un año antes del drama: «Estoy sentada al aire libre, frente al Canigou, que muestra su cúpula blanca sobre un cielo muy azul, un hermoso cielo azul que no vemos en el Norte. El sol calienta, las naranjas comienzan a madurar, la mimosa florece... Me quedo fascinada ante esta vegetación que me era hasta ahora desconocida. No me siento desplazada, los catalanes parecen acogerme bien. El domingo asistí a una fiesta en la plaza de toros, jóvenes en traje regional bailaron la sardana... El domingo anterior, corrían todos en la corrida, están locos por la tauromaquia... Mi país de adopción conoce también los torneos de poesía. Cada año, en Perpiñán, hay Juegos florales. Es un concurso de poesía francesa y catalana —concurso de poesía e incluso de teatro. Este año, el presidente de los Juegos es mi vecino. Me ha invitado a la distribución de premios. Mi vecino es peluquero y poeta, está muy orgulloso de su lengua y de su país. Ha pronunciado su discurso en catalán. He aplaudido mucho, no he comprendido nada. A la derecha, el jurado francés; a la izquierda, el jurado catalán. En medio, la reina de los poetas, muchacha joven con vestido blanco... Luego, desfile de galardonados. Cada uno sube al estrado, recita sus versos más hermosos y se vuelve hacia la reina, encargada de dar las recompensas... Yo me he retirado con la intención de inscribirme para los próximos Juegos florales. Los poemas deben entregarse antes de febrero...»

En febrero, ya no estabas...

— *Pero mi vecino, el peluquero-poeta, me había inscrito; envió mis textos, uno de ellos fue premiado con la Retama de oro...*

— Citaron tu nombre, nadie se presentó. Tú no subiste al estrado..., no te acercaste a la reina de los poetas...

— *¿Qué sabes tú? Realicé mi última ambición terrestre. Recibí la Retama de oro en otro plano. Esta escena llegó hasta mí. Y mi alegría llegó a la tierra...*

— ¡Tu vienes siempre demasiado tarde!

— ¡*Esto sin embargo llegó!*

— ¡En otro tiempo, en otro espacio! ¿Qué sustituye a una cosa que no llega en su momento?

— ¡*No digas eso! El pesimismo es también un pecado... ¡Y es incluso tu pecado! Yo era feliz en el país de la sardana... En fin, casi feliz. Me faltaban tus cartas...*

— Yo te creía fuera de peligro... cuando, el día de mi cumpleaños llegó a Berlín una carta de mi madre que me anunciaba que todo había terminado para ti. Pero ella ignoraba los detalles. Sólo sabía que eso había sucedido siete días antes y que había sido duro..., muy duro.

Escribí a tu madre, le hablé de mi dolor... Quince días después, tenía su respuesta: «Ella ya no está, puedo por tanto hablarte libremente...» Me enteré de todo a la vez: tu calvario, tu lucidez hasta el final; tus palabras hacia mí, tu amor que, en el último momento, se atrevía por fin a declararse; su espera, siempre frustrada, de mis cartas... «Ella esperaba de ti una palabra, pero no tuvo el consuelo de recibirla.» ¡Cómo me desgarró esta frase! Este reproche discreto... y tan justificado..., ¡qué inmenso remordimiento!

— ¡*Te he perdonado!*

— Sin duda, pero yo no me perdonó. Hay también una cosa que me gustaría comprender: me sucedió algunas noches que tuve crisis de ahogo... Estas crisis eran psíquicas... y no físicas... ¿Eras tú la que me hacías participar en tu pasión?

— *Te daba simplemente una señal de mi presencia.*

— ¿Cómo reparar el mal que te he hecho, no por crueldad, sino por omisión?

— *Dices bien, por omisión. El bien que se podría hacer y que no se hace es la forma más insidiosa del mal. Pero tú ya reparaste. Cada vez que hablas de la otra vida, de la verdadera viga, ya reparas... No te atormentes, deja de atormentarte... Tu pena me afectó, tu alegría sería para mí mucho más preciosa. Vive al unísono con el diapasón del cielo, y perderás la angustia. Yo sólo puedo ser feliz si tú lo eres. La muerte no es la mayor de las desgracias.*

— La mayor desgracia es la vida sin amor.

Los "muertos" han dado señales de vida

— *La falta de amor es realmente el gran pecado de vuestro mundo. ¡Si vuestro mundo se ha convertido en lo que es: una masa de necesidad, de pretensión, de crueldad, de aburrimiento y de angustia, es por falta de amor!*

— Mundo de la caricatura y de la impostura, mundo de la ignorancia y de la equivocación...

— *Él es el reino de los muertos. Lo que es seguro es que los muertos están a vuestro lado. Es entre vosotros donde los muertos se entierran a sí mismos. El misterio de los misterios es el amor, no la muerte. De vosotros depende que ella se convierta en águila que vuele hacia el cielo en un rapto de luz... o en buitre que no deja más que huesos. Cada uno va a recibir el más allá que merece, el más allá que imaginaba. ¡Vigilad, pues, vuestros pensamientos! Es peligroso repetir que nosotros somos los muertos. Es peligroso repetir que el mismo Dios está muerto. Porque Dios se hará el muerto para los que lo hayan dicho.*

— Sé que hay resurrecciones que no son para la vida.

— *Pero si lo deseáis, vuestro pensamiento entra ya por efracción en la vida eterna...*

— El reino de los cielos es arrebatado por la fuerza. Sólo los audaces se apoderan de él.

— *Algunos han llegado, con su pensamiento, hasta el umbral del eterno verano.*

— ¿Cuándo llega esa estación?

— *Escucha esto: la muerte es un otoño. ¡El primer tiempo de la otra vida es un invierno!*

— ¿Un invierno?

— *Un sueño, más o menos largo según los seres. Sueño de germinación. Algunos, cruelmente probados como yo lo fui, necesitan reposo. El segundo tiempo de la otra vida es una primavera. ¡Es el despertar!*

— Lo que llamamos la resurrección inmediata.

— *Sí, es la supervivencia en el mundo de los espíritus. El tercer tiempo de la otra vida es un verano. Es la vida eterna en uno de los*

cielos innumerables, es el eterno verano jamás seguido de otoño.

— «¿Qué Dios, qué segador del eterno verano?» Comprendo por qué, ya en los bancos de la escuela, no podía escuchar este verso sin estremecerme de alegría...

— *¡De una alegría que es mía!*

— ¡Tú estás por tanto en el país del eterno verano!

— *¡Sí... por fin! Tengo ante mí una cesta llena de frutos de todas las estaciones. Las fresas están junto a las uvas, y las cerezas junto a las manzanas...*

— ¿Qué quiere decir eso?

— *Eso significa misión cumplida, pleroma. ¡Eso significa luz! Luz: estado incorruptible de la materia.*

— Será difícil conseguir que esto se admita.

— *De todas formas, cuando se trata de realidades espirituales, no se quiere admitir nada; ¡como si no existiera también una credulidad científica!*

— Dicen los incrédulos: si no veo, no creo: Pero cuando ven por azar, no creen sin embargo. Atribuyen las comunicaciones a la telepatía, esa telepatía de la que no quieren oír hablar en los demás campos.

— *Telepatía, por supuesto. Existe telepatía entre un cerebro de carne y un cerebro espiritual.*

— Y eso nos lleva una vez más al cuerpo sutil, sin el cual los fenómenos espirituales son incomprensibles. Recuerdo de repente una frase que leí no sé en qué libro: «Formado de materia de una levedad y de una increíble falta de peso, este cuerpo espiritual, animado de una vida intensa y agitado por un fuego vivo, se transforma, a medida que se realiza su evolución, en un globo que despidé colores brillantes.»

— *La última proposición no es exacta. El cuerpo espiritual no se convierte en un globo, continúa en forma humana. Esta forma se os ha adjudicado para la eternidad. Pero estoy de acuerdo en cuanto a los colores brillantes. Los que rechazan verse en forma humana, no se ven más: tienen ojos y no ven. No nos convertimos en globos de fuego. No nos transformamos en espectros macilentos. No nos convertimos en seres asexuados. Un hombre sigue siendo un hombre, una mujer sigue*

Los “muertos” han dado señales de vida

siendo una mujer. Si no tuviéramos cuerpo, tampoco tendríamos sexo. Ahora bien, el sexo forma parte integrante de nuestra personalidad inmortal. Porque el espíritu es sexuado, desarrolla un cuerpo sexuado. Conservamos nuestra personalidad física, embellecida, enalteceda.

—La que vemos en nuestros sueños.

—*El cuerpo sutil no es una envoltura vaporosa que puede tomar cualquier forma.*

—Me han dicho que el cuerpo de cada espíritu es la forma de su deseo. Ahora bien, los deseos son múltiples y multiformes.

—*Esto no le impide conservar la forma humana. Tú eres hombre in aeternum.*

—¿Qué es el *homo*?

—¿Qué dicen vuestros diccionarios?

—Lo que dice el *Petit Robert*: «Hombre: ser que pertenece a la especie animal más desarrollada de la tierra.» Lo que dice el *Pequeño Larousse*: «Hombre: ser dotado de inteligencia y de un lenguaje articulado, alineado entre los mamíferos del orden de los primates y caracterizado por su cerebro voluminoso, sus manos prensiles.»

—*Sí, pero todo eso es muy poco. Yo diría: el hombre es un espíritu revestido de un cuerpo. En la tierra, este espíritu siente y piensa a través del cuerpo físico. En el Más allá, este espíritu siente y piensa a través del cuerpo sutil.*

—Y estos dos cuerpos, encajados el uno en el otro, se caracterizan por su cerebro voluminoso, su posición vertical y sus manos prensiles.

—*Nacen y se desarrollan simultáneamente. Espíritu, cuerpo sutil, cuerpo físico. Porque son tres, son necesarios tres planos para existir. Estos tres planos se encuentran en todas las cosas, en todo ser.*

—¿También en lo invisible?

—*Sobre todo en lo invisible. Así que existen tres clases de tiempo: el tiempo de los hombres, el tiempo de los espíritus y el tiempo de Dios. El primero —el primero partiendo de vuestro plano—, es el tiempo social, el tiempo de los relojes. Es exterior y no depende de vuestro pensamiento.*

El segundo es el tiempo de los espíritus. Es subjetivo y varía según

el mental. En el mundo invisible, el hombre produce su tiempo, lo mismo que produce su espacio. El pensamiento y la afectividad crean los tiempos y los espacios. Para que la vida esté diferenciada, es necesario que haya tiempo subjetivo, espacio subjetivo.

—¡Tantos tiempos y espacios como individuos! ¡Pero entonces, es la anarquía!

— ¡No! Porque conviene decir: tantos tiempos y espacios como esferas. Lo mismo que hay entornos colectivos, hay tiempos colectivos.

—Sí, pero son apariencias de tiempo, apariencias de espacio.

—Apariencia no significa ilusión.

—¡De acuerdo! Pero ¿qué es la apariencia?

—Una realidad que aparece de forma variable según los seres.

—Y el tercero, ¿el tiempo de Dios?

—Para hablar bien de esto, sería necesario ser Dios mismo. Sólo puedo remitirte a lo que dice el apóstol Pedro: «Un día es como mil años. Mil años son como un día.» El tiempo no existe en lo infinito de los cielos.

—El tiempo de los hombres ¿es lineal o cíclico?

— ¡Lineal! El eterno retorno es una ilusión. Jamás se verán dos veces nada ni nadie. Cada cosa, cada ser son únicos. ¡El universo es irreversible!

—Universo..., acabas de pronunciar esta palabra que no puedo oír sin llenarme de admiración. En esta época de publicidad, de inflación verbal, en la que se emplean palabras a tontas y a locas, esta palabra espléndida ya no sirve para designar, por ejemplo, el entorno cotidiano de una ama de casa. Universo: ¡palabra divina, realidad divina! Universo: ¡totalidad de lo natural y de lo sobrenatural! Desafortunado sobrenatural, del que las mismas iglesias no quieren oír hablar. Nuestros teólogos son agnósticos como nuestros cantores son áfonos.

—Como si bastase repetir: ¡Cerremos los ojos, cerremos bien los ojos para que el sol acabe apagándose!

—A propósito de las religiones, ¿son necesarias para la salvación?

—¡Lo mismo que las escuelas son necesarias para la instrucción!

—Al lado de las escuelas, hay autodidactas. Las religiones son un poco como nuestros transportes colectivos: si tienen averías, si hacen

Los "muertos" han dado señales de vida

huelgas, hay que seguir a pie.

— *Sólo a pie se escalan las montañas. Las religiones son útiles. El mundo en que vivís es útil. Sólo en los planos terrestres se puede construir la personalidad. Sólo llegaréis el cielo pasando por la tierra.*

III.

— Una enfermedad larga y dolorosa ¿puede perjudicar gravemente al cuerpo espiritual?

— *Si, le produce daño. Pero este daño no es duradero. Todo se repone durante el sueño, más o menos largo, que sigue a la muerte corporal. En ese sueño sin pesadillas ni fantasías, se detiene la actividad mental.*

— ¿Y qué sucede en caso de accidente, de muerte violenta?

— *El cuerpo espiritual es lanzado brutalmente fuera del cuerpo físico. Los que acaban de morir en estas condiciones no se dan cuenta de lo que acaba de sucederles. Entonces, se acercan algunos de entre nosotros para curar su psiquismo y su cuerpo espiritual, ambos traumatizados.*

— Nuestros pensamientos ¿son para vosotros un libro abierto?

— *Sí, pero sólo cuando establecéis contacto con lo invisible por la meditación, por la plegaria.*

— ¿Y qué ocurre entre vosotros? Vuestros pensamientos ¿son libros abiertos para vuestros compañeros?

— *No, si nos controlamos. Sí, si nos relajamos. Entre nosotros, lo mismo que entre vosotros, hay que controlar los pensamientos. Entre nosotros, el pensamiento es concreto: construye y realiza.*

— Nuestro pensamiento es cierto que está en nosotros, puesto que anima nuestro cuerpo. Pero al mismo tiempo está fuera de nosotros, puesto que se comunica con el mundo invisible.

— *El reino de los cielos está dentro de vosotros.*

— Eso sucede también con el Infierno.

— *Y con el Hades. Tu mental está en el Hades la mayoría de las veces.*

- ¿Qué ocurre con el que pecó por ignorancia?
- *Al que cometió el mal por ignorancia se le instruye. Si persiste, es castigado. Castigado por ese mismo mal.*
- En la tierra, el hombre se ve limitado por el mal.
- *En el Hades, también.*
- Resumiendo, en el mundo de los espíritus como en la tierra, el hombre se siente atraído entre el bien y el mal.
- *Eso terminará en el Infierno: todo quedará engullido en la nada. Eso terminará en el Cielo: todo será absorbido en el amor.*
- El mal, ¿es como algunos pretenden una simple ausencia?
- *¡Es mucho más que eso! Es infinitamente más que una ausencia o un principio.*
- ¿Es por tanto una persona?
- *¡Son muchas personas! ¡Son las potencias de la maldad! No es el hombre el autor del mal. El mal es anterior a él.*
- ¿Quiénes son esas potencias del mal?
- *Los espíritus rebeldes, ebrios de poder, deseosos de usurpar las prerrogativas de Dios. Cuando se habla de la cólera divina, se habla de estos seres. El Antiguo Testamento recuerda sus hazañas. El verdadero Dios no es ira, el verdadero Dios es amor.*
- Esos espíritus rebeldes fueron aquellas divinidades paganas hostiles a Dios, hostiles a los hombres: Titán, Moloch, Baal. Son Anticristos que envenenan las fuentes. Son las ranas del Apocalipsis. Es el Dragón, potencia demoníaca que suscitó los imperios romano, nazi, estalinista.
- *El Dragón y sus satélites, expulsados de los mundos superiores a los que tenían acceso, se extendieron por la tierra que era el planeta más vulnerable.*
- Y sin duda también el más bajo.
- *No, los hay peores. Esos Dragones, esos Satanes son las potencias de las tinieblas y del desorden. Salidos del caos, aspiran a volver a él y arrastraros en su corriente. Son los jinetes demoníacos y exterminadores, investidos de unos poderes terribles. El fuego, el humo y el azufre que escupen son a la vez físicos y metafísicos. Los combates que se libran en la tierra tuvieron su comienzo en los*

Los "muertos" han dado señales de vida

espacios celestes.

— ¿Se ha librado ya la última lucha?

— ¡No, todavía no! Existen y existirán naciones enteras que se sublevarán contra Dios.

— Eso no es nuevo.

— Sí, es nuevo. *Las naciones «impías» de la antigüedad no sabían que lo eran, ahora lo saben, lo quieren. Asistimos a la destrucción, voluntaria y consciente, de la noción de bien y de mal sobre la que se fundaban tres mil años de civilización. El hecho de que el mal sea anterior al hombre no le libra en absoluto de su responsabilidad. Es responsabilidad suya no dejarse enrolar en las legiones demoníacas, sean de aquí abajo, sean del más allá. Tienen siempre la facultad de decir no a la Serpiente. El Génesis, como el Apocalipsis, son continuos.*

— ¿Qué quiere decir eso?

— *La tentación del hombre por las potencias de la maldad se sitúa tanto hoy como en la lejanía de los tiempos. Vuestro error consiste en ver los acontecimientos del espíritu en la sucesión del tiempo y no en el presente eterno. Al caído que situáis en el origen, el juicio último y la resurrección que situáis al final de los tiempos se sitúan en realidad en el eterno perpetuo.*

— ¿Por qué no dices en el eterno presente?

— *Reservemos esta expresión para los mundos superiores donde todo se aclara.* — Que las potencias de maldad que se desencadenan en los espacios sub-celestes sean en parte responsables del mal, es bastante satisfactorio para el espíritu. Pero esto traslada el problema y no lo resuelve en absoluto. Siglo tras siglo, religiones, teólogos, filósofos acaban chocando y estrellándose con este obstáculo. Es aquí donde se les espera, es aquí donde todos tropiezan. El problema del mal es la marmita hirviente de la que hay que desembarazarse lo antes posible y trasladarlo sucesivamente al hombre, a Satán, a los seres intermedios, y hasta al mismo Dios. El problema es insoluble.

— *Insoluble en la tierra. La solución está al otro lado, allí donde se*

decanta. Como el mal tiene origen metafísico, sólo se resuelve³¹ en el mundo metafísico.

— ¡Escucha! Comienza el ruido, la ciudad se despierta... Odio este mundo que te va a matar por segunda vez. Este mundo que es traición, decepción, impostura.

— *¡Es necesario que el mundo os traicione y os decepcione! Su mentira os hace desear la unión con el Espíritu y las presencias espirituales. Si el mundo fuera el lugar de vuestra realización, la muerte sería una tragedia insoportable. Sería realmente destrucción cuando no es más que purificación y liberación. Ese golpe de viento sólo hace caer hojas desde hace tiempo privadas de savia... ¡La muerte es un otoño!.*

— ¡Mira! ¡Mi ventana se ilumina poco a poco! Me da miedo este amanecer que nos va a separar.

— *¡Es necesario! ¡Es preciso que vuelvas a tu vida, a tu mundo! Es necesario que no haya demasiadas interferencias entre lo invisible y lo visible.*

— Esa rama que vislumbro parece una cosa eterna...

— *Hoy está seca... Cuatro meses más y sus hojas absorberán el sol. Mañana, la sangre de sus corolas... Pasado mañana, ¡la sangre de sus frutos! Esta rama, ¡qué gran victoria en ese trozo de espacio!*

— ¡Qué me importa si tú no la ves!

— *Yo la veo. La veo en su permanencia.*

— Yo la veo en su sucesión. De momento, seca y desvalijada.

— *Yo la veo en el estallido de su gloria futura. ¡Veo, luego vivo!*

— Tú vives, lo siento, lo sé. Estás viva, sin embargo, todas las mañanas está el río Leteo³². Estás viva, lo he comprendido esta noche. A mediodía, volveré a dudar de ello. Por la tarde, tal vez lo haya olvidado.

— *Cada rama que brote te lo hará recordar.*

— Con el día, vuelve la duda. Permíteme hacerte algunas preguntas

³¹ En el triple sentido de desaparecer poco a poco, ser anulado, recibir una solución.

³² *Río Leteo*: Uno de los ríos del infierno. Sus tranquilas aguas hacían olvidar el pasado terrestre a los hombres que habían bebido de ellas (NdT).

Los “muertos” han dado señales de vida

sobre puntos muy claros, muy concretos, puntos que ignoro totalmente.

— *Y que te empeñarás en controlar.*

— Las respuestas serán otras tantas pruebas de autenticidad. Tengo que estar seguro de que todo esto no procede de mí. No es la curiosidad la que me mueve, sino el deseo de verdad. Si lo que dices sobre las cosas terrestres es verdad, lo será también lo de las cosas celestiales.

— *Hazme preguntas.*

— Tu cuerpo físico ¿sigue estando en Rousillon?

— *Ha sido trasladado a Normandía.*

— ¿Volveré a ver a tu madre?

— *No.*

— ¿Sigue estando en Seine-Maritime?

— *Ya no está en vuestra mundo.*

— ¿Y el poeta catalán?

— *Continúa vivo. Es muy anciano.*

— ¿Lo conoceré?

— *Sí, pronto.*

— ¿Tiene él tu colección de poemas?

— *¡No!*

— ¿Y poemas inéditos de ti?

— *Tampoco!*

— ¿Y la medalla de los Juegos florales de 1953?

— *El te la dará.*

— ¿Puedo mostrarle *La noche de noviembre*?

— *Sí, le gustará este relato³³.*

— Perdóname estas preguntas, pero ni la supervivencia ni la posibilidad de comunicar con los que nos han precedido son evidencias.

— *Si la vida futura fuera evidente, segura y visible como vuestra sol, no podríais vivir la vida presente...*

³³ Todos estos hechos resultaron exactos. Pudieron comprobarse en los siguientes meses.

— ¡Sí, hay que vivirla!

— *¡Hay que vivirla! Está bien que estas cosas estén ocultas. Está bien que algunos puedan decir de ellas que no existen. Niegan la creación, esa evidencia, ¿cómo no iban a negar la supervivencia que no tiene nada de evidente?*

— ¿No tienes algo contra mis preguntas?

— *No, es un poco como un interrogatorio de identidad. Pero tienes razón en probar a los espíritus. ¡Mira los árboles, mira los matorrales! En torno a ti, la naturaleza cambia. Y continúa. En ti, el pensamiento cambia. Y continúa. Confía en el pensamiento, revancha sobre la vida, más allá de vuestras almas... ¿Ahí tienes esas rosas! ¡Fanfarria de colores, agitación de perfumes, las rosas en ese vaso celebran su inmensa fiesta! ¡Mira cómo se cierra la estrella y se abre la rosa!*

— ¡La rosa de noviembre, la última!

— *Cada rosa que se abre es siempre la primera..., y es el mundo recomenzado.*

— ¡Llévate esta!

— *No podría. Esta rosa está hecha de materia pesada... Entre nosotros, por otra parte, hay rosas...*

— Tú proyectas nuestro mundo sobre el tuyo.

— *Es vuestro mundo el que es proyección del nuestro... Vuestros flores son los pensamientos estabilizados de Dios...*

— ¡Pero tus formas ya se disuelven, se pierden!

— *Tengo que volver a ese gran país sin fronteras, sin horas...*

— Quédate..., ¡quédate más! ¡por fin, soy feliz!

— *No, porque el conocimiento es un arte de la noche.*

— Quédate, te lo pido como una oración...

— *«El haz de espigas solares, el ovillo de lana de oveja que hace ondas sobre el prado donde, ligero, flota un pálpito de campánulas; el arroyo que bulle a lo largo de caminos de arenisca roja, el villancico de los clarines te hablarán de mí.» La vida presente tiene calidad para hablar de la vida futura... Nadie te ama como yo te amé.*

— Lo que habría podido ser y no fue...

— *Lo que habría podido ser y será un día...*

— ¿Dónde vas?

Los “muertos” han dado señales de vida

- ¡Hacia el tiempo recuperado, otro nombre de la vida eterna!
- ¿Misiones?
- Se trabaja mucho en nuestro mundo. Las tareas se multiplican en la vida sobreabundante.
- ¿Volverás?
- ¡Tal vez! ¡No me llames! Déjame venir a mi hora, cuando pueda, cuando quiera...
- ¿Y si ya no vuelves?
- Entonces, ¡alégrate! ¡Alégrate por mí! Eso significará que estaré más arriba. ¡Significará que acaba de comenzar para mí la ascensión!
- De esfera de luz en esfera de luz...
- ¡Tengo prisa por subir!
- Y me olvidarás...
- No, el amor atraviesa todas las esferas. El amor es el único desafío que podéis plantear a la muerte. El Amor y la Muerte se miran fijamente, pero el primero hará bajar los ojos a la segunda.
- ¡Todavía unos instantes!
- ¡No me retengas! Entro en mi noche. ¡La tuya se termina!
- ¿Tú me hablas de la noche?
- ¡Mi noche no es oscura, mi noche es resplandor!
- ¡Oh! quería decirte también...
- ¡Ya no hay tiempo! ¡He ahí el canto del gallo y la lucha diaria!
- ¿Luchar por quién? ¿por qué?
- ¡Por la verdadera vida! Han de que saber que estoy viva..., que todos estamos vivos..., y que vosotros también, estaréis vivos... ¡Adiós!
- ¡Quieres decir hasta la vista!
- ¡Sí! Adiós significa cita ante Dios. Sólo es en este sentido... Me alejo para que tú puedas...
- Habla..., habla..., ¡te lo ruego!
- No renuncies.
- Una palabra..., una palabra más...
- Ya no pasa...
- Una palabra para mí...
- ¡Heroísmo!

— Una palabra para los demás...
— *¡Inmortalidad!*

Tres experiencias de psicometría³⁴ relacionadas con LA PASIÓN Y MUERTE DE LUÍS XVI

El texto que se lee a continuación fue publicado parcialmente en *Historia* de junio de 1982, número especial titulado *Médium du XXe siècle*. La experiencia psíquica³⁵ que cuento le pareció tan increíble al redactor jefe de la revista, célebre por su seriedad, que le pareció conveniente, después de advertírmelo, introducir mi artículo con las siguientes líneas:

El testimonio de Jean Prieur que aquí damos es sorprendente. La clarividencia de la señora médium es tan precisa que nos hemos preguntado si no habría engañado a Jean Prieur, si no habría tenido noticia desde el exterior del origen del objeto que estaba en su posesión. Pero Jean Prieur nos ha garantizado que eso estaba totalmente excluido. No tenemos razones para dudar de su palabra. Los parapsicólogos explicarán sin duda el fenómeno que cuenta por una comunicación telepática inconsciente entre él y el médium.

Tengo que señalar, en respuesta a esta advertencia, que encontré a la Sra. V... por primera vez: ella lo ignoraba todo sobre mí, yo no sabía nada de ella. Ella había venido, como lectora de mis obras, a hablarme de sus experiencias psíquicas espontáneas.

Como captaba en esta joven autenticidad, veracidad y auténticas dotes psíquicas, se me ocurrió de pronto poner en sus manos el libro

³⁴. *Psicometría*: Procedimientos de medida de fenómenos psíquicos (intensidad, duración, frecuencia). Aquí, el médium “ve” unos hechos y luego se confirman por la historia.(NdT).

³⁵ En *Hôtes de passage* (Gallimard), André Malraux cuenta un hecho parecido: en este caso, se trata de una evidencia sobre una foto que representaba un tejido antiguo que se encuentra en Bagdad.

titulado:

HISTORIA DEL ANTIGUO
Y DEL NUEVO TESTAMENTO
presentada con ilustraciones
y explicaciones edificantes sacadas de los santos Padres,
para ordenar las costumbres en toda clase de circunstancias.

Dedicada a Su Ilustrísima el Delfín
Por el Señor de Royamont, Prior de Sombreval.
Nueva edición
en París.

En la editorial de Pierre le Petit, Impresor y Librero ordinario del
Rey,
rue Saint-Jacques, à la Croix d'Or
MDCLXXIV
CON LA APROBACIÓN Y PRIVILEGIO DE SU MAJESTAD.

La Majestad en cuestión es Luís XIV y el Delfín, su hijo, muerto antes que él en 1711.

En este libro, tres veces centenario, se centró la experiencia psíquica realizada en mi casa por la Sra. V... el 26 de marzo de 1981.

El redactor jefe de *Historia* adelanta la hipótesis de la telepatía; esto ya sería extraordinario entre dos personas que, una hora antes, no se conocían; pero, durante esta videncia asombrosa, hubo distintos detalles que no pertenecen en absoluto a mi bagaje mental. He notado que se recurre a la telepatía para explicar las visiones del pasado y del futuro, las comunicaciones con el Más allá, mientras se la niega lisa y llanamente cuando es ella se pone en cuestión. Sólo se admite la telepatía si se trata de rebatir los demás fenómenos paranormales.

Por razones de equilibrio entre los distintos artículos, *Historia* tuvo que realizar cortes en mi texto de junio de 1982, que he vuelto a integrar; este es por tanto el texto íntegro.

Tengo en mi biblioteca un libro sumamente valioso: una historia

Los “muertos” han dado señales de vida

sagrada que perteneció en otro tiempo a Luís XVII. Me la entregó en 1938 una vieja prima que vivía en Montmartre, cerca de la glorieta Damremont-Marcadet.

— Como te gusta la historia, me dijo, te voy a hacer un gran regalo: (Sacó de un cesto de ropa interior un libro venerable envuelto en trapos) la Historia sagrada que manejó el Delfín en la cárcel del Temple.

— ¿Y cómo tienes tú este libro?

— Mi familia desciende de Hanet de Clery que fue ayuda de cámara de Luís XVI. El rey le dejó en testamento sus libros.

En aquella época, yo no conocía este hecho, como tampoco el nombre y la existencia de Clery. Para escribir este artículo leí textos como éste: «Recomiendo también atenciones hacia mi hijo Clery, del que he tenido motivos para sentirme satisfecho desde que está conmigo: como fue él quien estuvo conmigo hasta el final, ruego a los señores de la Comuna...

Termino declarando ante Dios, y dispuesto a aparecer en su presencia, que no me reconozco en ninguno de los crímenes que se me han atribuido.

Dado por duplicado en la torre del Temple, el 25 de diciembre de 1792.

Luís.»

Las últimas palabras que el rey pronunció en el Temple se refieren a su criado, convertido en cierto modo en el padre adoptivo del Delfín: «Señor, dice dirigiéndose a los municipios, desearía que Clery permaneciese cerca de mi hijo, que está acostumbrado a sus cuidados y espero que la Comuna acoja esta petición... ¡Vamos!»

Se sabe cómo terminó su deseo.

La prima Regina, que había sido atropellada por un camión y que tenía por entonces ochenta años, murió poco después. Tengo incluso la impresión de que esta visita que le hice fue la última.

El libro no lleva el sello de la Biblioteca del Gran Prior del Temple. Tampoco lleva el sello de la Biblioteca Real, pero esto no tiene nada de

extraño puesto que Luís XVI y los suyos, al venir de la Asamblea donde se habían refugiado durante la jornada del 10 de agosto de 1792, estaban privados de todo cuando llegaron al Templo.

Fue poco a poco, en los días siguientes, cuando les hicieron llegar ropa limpia, vestidos y objetos esenciales. Es verosímil que el libro, que lleva la inscripción manuscrita *a la marqise (sic) de Cavoye*, formase parte del lote. Se sabe que Luís XVI, que era un hombre culto³⁶, se encargó personalmente de la educación de su hijo.

En cuanto a Jean-Baptiste Cant-Hanet-Clery, nacido en 1759 en la granja de Jardi, cerca de Versalles, entró muy joven al mismo tiempo que Pierre-Louis, su hermano pequeño, al servicio de la princesa de Guemenée. Ella les obligó a estudiar y Jean-Baptiste fue suficientemente brillante como para convertirse en su secretario particular. Cuando ella fue nombrada gobernanta de los Infantes de Francia, los dos hermanos la acompañaron a la Corte.

Pero, en 1782, la Sra. de Guemenée ya no puede asumir los gastos que lleva consigo su función; se retira a sus tierras después de colocar a Pierre-Louis junto a Madame Royale y de recomendar a la reina a Jean-Baptiste. Desde el nacimiento de Louis-Charles, en 1785, Jean-Baptiste es nombrado su ayudante de cámara. No dejará de serlo en adelante.

En 1785, Clery se casa con Marie-Elisabeth Duverger, clavecista y arpista³⁷, integrada en los músicos de la reina; le dará cinco hijos.

Durante la toma de las Tullerías, el 10 de agosto de 1792, está al lado de sus señores y es él quien pide reunirse con ellos en la prisión del Temple.

Las actividades del cautivo voluntario son de lo más variadas: viste al rey y al delfín, hace su habitación, sirve las comidas, peina a las princesas, mantiene los fuegos en la estación dura, ejerce eventualmente la función de enfermero. Se ocupa mucho de Louis-

³⁶ «El rey, escribe Cléry, me ordenó buscar en la biblioteca el volumen de la Historia de Inglaterra donde se encuentra la muerte de Carlos I: lo leyó en los días siguientes. Me enteré, en esta ocasión, de que Su Majestad había leído doscientos cincuenta volúmenes desde su entrada en el Temple.»

³⁷ Una miniatura del museo Carnavelet representa a la Sra. Clery con su arpa.

Los “muertos” han dado señales de vida

Charles, le da lecciones de aritmética y de escritura; el rey se encarga de la geografía, la historia y las lenguas.

Este hombre, que ronda la treintena, es el único compañero de aquel niño de ocho años. Si hace mal tiempo, le hace jugar al balón o a la pelota en la habitación de Madame Elisabeth. Si hace bueno, lo lleva al jardín para un partido de balón, de tejos o de carreras. En un grabado ingenuo que representa a la familia real, todavía al completo, paseando por el jardín del Temple bajo la vigilancia de un munícipe, se le ve a Clery jugando a la pelota con su alumno.

El es el que trae las noticias desde el exterior, obtenidas bien a través de su mujer que viene a verlo una vez a la semana, bien a través de los municipios a quienes se las arregla para hacerles hablar.

El es el que, la mañana de la ejecución, servirá en la misa celebrada por el sacerdote Edgeworth de Firmont. El es a quien Luís XVI entregará su sello para su hijo y su alianza para la reina.

El 1 de marzo de 1793, se le obligó a dejar el servicio de las tres princesas y de Louis-Charles que desde entonces ya no tendrá ni preceptor, ni compañero de juegos. Se retiró a su casa de Juvisy.

Arrestado en septiembre, fue encarcelado en la Fortaleza hasta el 22 de termidor³⁸, año II. Apareció trece veces en la lista de los condenados a muerte, escapando cada vez de milagro.

Después de su liberación, se reunió en Wels con Madame Royale que se trasladaba a Viena. Acababa ella de dejar el Temple el 19 de diciembre de 1795, el día de su decimoséptimo aniversario. El Directorio había aceptado canjearlo por los comisarios devueltos por Austria a la que Dumouriez los había entregado. Entre ellos el comisario del ejército del Norte que no era otro que el Drouet de Varennes.

No parece que Clery tuviera interés en establecerse cerca de Madame Royale cuyo carácter se había hecho difícil. Se dirigió por tanto por el camino de Verone donde residía Monseñor que, al morir el Delfín, había tomado el título de Luís XVIII. El rey sin reino le

³⁸ *Termidor*: undécimo mes del calendario republicano francés (NdT).

nombró su primer ayuda de cámara, dispensándole de los deberes de su cargo. Encontró al exilado en 1798, en Blankenburg, en el ducado de Brunswick donde se refugió, expulsado por el avance de Bonaparte en territorio veneciano.

Fue en Blankenburg donde Clery redactó de nuevo su *Journal* de que había escrito una primera versión en Juvisy. Dio a leer su manuscrito al futuro rey quien, llegado al episodio del sello... Pero dejemos hablar al mismo Clery:

«Habiendo partido de Viena para dirigirme a Inglaterra, pasé a Blankenburg, con el fin de homenajear al rey con mi manuscrito. Cuando este príncipe llegó a esta parte de mi diario, buscó en su escritorio; y mostrándome con emoción un sello, me dijo:

— Clery, ¿lo reconoce?

— ¡Oh! Majestad, es el mismo.

— Si lo duda, continuó el rey, lea esta tarjeta.

La tomé temblando... Reconocí la letra de la reina, y la tarjeta estaba además firmada por el Sr. Delfín, entonces Luís XVII, por Madame Royale y por Madame Elisabeth. ¡Imaginen la enorme emoción que sentí! Estaba en presencia de un príncipe a quien la suerte no se cansa de perseguir. Yo acababa de dejar al abate de Firmont, y era el 21 de enero cuando encontraba en la mano de Luís XVIII este símbolo de la realeza, que Luís XVI había querido reservar para su hijo. Adoré los decretos de la Providencia y pedí permiso al rey para hacer imprimir esta preciosa tarjeta. Asistí a la misa que el rey mandó celebrar al abate de Firmont, el día del martirio de su hermano.»

El príncipe errante lo hizo caballero de San Luís y el mismo año apareció en Londres el Diario de lo que sucedió en la torre del Temple durante el cautiverio de Luís XVI. La obra, muy bien escrita y de notable moderación, tuvo un éxito inmenso y legítimo; fue traducida a varias lenguas y reeditada varias veces³⁹.

Clery había sido autorizado por Bonaparte a volver a Francia, a partir del 23 de diciembre de 1801; sólo en 1803 utilizó este permiso. Hizo aquí por tanto en París donde encuentra a los supervivientes de la

³⁹. Fue reeditada en 1968 por el Mercure de Francia con notas de Jacques Brossé.

Los “muertos” han dado señales de vida

Revolución. Vuelve a ver a la Sra. Campan; la antigua camarista de la reina María Antonieta le propone de parte del Primer Cónsul, que apreciaba a los hombres de carácter y a los personajes que conocían perfectamente la etiqueta, la función de primer chambelán de su esposa. Por su parte, Josephine que, después de Thermidor, se había interesado por la suerte del Delfín se sentiría dichosa de tener a su lado al que tan bien le había servido.

Ferviente legitimista⁴⁰, Clery se niega.

En 1805, llega a Mitau trayendo a Madame el diario de cautividad que ella había escrito en octubre de 1795 y que había enviado, antes de abandonar el Temple, a la Sra. de Chanterenne, su guardiana convertida en su amiga. En la paz de su exilio, quería releer y completar estas páginas de las que citaremos extractos, puesto que alargan el relato de Clery.

Finalmente, se estableció en Austria donde adquirió una propiedad; aquí fue donde pasó los últimos años de su vida. Murió en 1809 de un ataque de apoplejía, con sólo cincuenta años. Su tumba se encuentra en Hietzing, que con Schönbrunn forma el XIII distrito de Viena, pero que, en su época, formaba una localidad residencial independiente, como Auteuil o Passy.

Parece que esta tumba tiene como epitafio: AQUÍ YACE EL FIEL CLERY. Digo: *parece*, porque no lo he comprobado y sin embargo, durante los años 1945-1946, ¡cuántas veces tomé el tranvía llamado Hietzing para dirigirme a Schönbrunn!

Pero, en aquel entonces, no conocía todas estas cosas que ahora me apasionan.

Por tanto, en aquel 26 de marzo de 1981, en mi estudio de la rue Marcadet, presento a la Sra. V... la preciosa reliquia que, según otra clarividente, no acompañó a Clery en todas sus peregrinaciones.

⁴⁰. *Legitimista*: Partidario de la doctrina que afirma la legitimidad de una rama de una dinastía, por considerarla con mayores derechos al trono que la rama reinante (NdT).

— *Nunca he hecho psicometría*, dice ella, *pero voy a intentarlo*.

Intentamos enseguida la experiencia. Evito conscientemente informarle del origen del libro y se comprobará que ella ha descrito con precisión los actores del drama, su psicología, su destino, aunque no fue captada la muerte violenta ni las palabras Revolución, Temple, cárcel, guillotina, delfín, rey, reina, que estaban en mi mental fueron jamás pronunciadas. Tampoco dio los nombres de los personajes.

En cambio, otra médium, profesional, pero completamente desinteresada, hoy fallecida, a la que había presentado el libro el 18 de agosto de 1977, había visto sangre, ejecuciones, masacres. Había oído gritos terribles, había captado una sucesión de atrocidades, se había imaginado que se trataba de guerras de religión. Yo le había dicho simplemente: «¡No vayas tan lejos!» Ella siguió viendo escenas de horror, que se correspondían con el 10 de agosto de 1792, pero no comprendió que se trataba de la Revolución.

De pronto dijo desconcertada: Luís... Luís... Marie... Marie-Thérèse... Y de Marie-Thérèse de Francia, muerta en 1581, saltó a Regina, mi vieja prima⁴¹, nacida en 1858. La describió tal como era durante mi última visita: las piernas hinchadas, caminando pesadamente, apoyada en dos bastones. Por supuesto, en el otro mundo, Regina no es ya una vieja señorita medio enferma, pero era necesario que apareciera así para darse a conocer.

Entonces ella se dirigió directamente a mí a través de la Sra. Mensier: «Sabes, Jean, eres ahora mucho más feliz que cuando venías a verme.»

Era completamente cierto; había olvidado que el año 1938 había sido, no el más doloroso, sino el más aburrido de mi existencia. Era mi segundo empleo, estaba solo de la mañana a la noche en un despacho sin sol donde me aburría como una ostra. Los días se sucedían interminables, pasaba mi tiempo mirando al reloj y repitiéndome: ¡Bueno, si toda la vida tiene que ser así!

⁴¹. Su madre y la madre de mi abuela Julia Prieur eran primas hermanas. Me viene a la memoria un misterio familiar: aunque existe una santa Juliette el 30 de julio e incluso un santa Louise el 15 de marzo (Louise era su segundo nombre), Julia había elegido para su día de fiesta la de San Luís rey.

Los "muertos" han dado señales de vida

Regina dice también: «¡Te vas a mudar pronto!»

«No pido otra cosa, pero no tengo dinero.»

«¡Lo tendrás!»

Todo tuvo lugar en los siguientes dos años: llegó el dinero y pude plantearme una operación inmobiliaria. Hice largas y desoladoras pesquisas en distintos barrios de París, hasta el día en que, sin buscarlo, aterricé en rue Marcadet a 200 metros de la casa donde había vivido Regina.

Este recuerdo de un tiempo lejano que yo solo conocía y en el que no pensaba, es profecía muy material y muy exacta, esta concordancia extraordinaria de los lugares resultaban otras tantas pruebas de identidad. Esta videncia fue verdadera tanto para el pasado como para el futuro.

La Sra. Mensier siguió diciendo: «Este libro te llega a través de las mujeres. Escribirás algunas cosas sobre él... Ha permanecido mucho tiempo en un pueblo...»

Este último detalle me pareció completamente falso, puesto que Regina jamás se había ausentado de París, excepto durante la Comuna; en aquella época tenía trece años. Sus padres la habían ocultado en un gran cesto de ropa interior en el fondo de un coche y la habían enviado a una provincia cercana a París. A ella le gustaba contar esta aventura, la única de su vida sin historias de profesora de piano.

Me trasladé a este pueblo situado cerca de Royaumont (nueva coincidencia), en los registros de estado civil encontré lo que se refería a su madre, a su abuela... pero no fue posible ascender hasta el siglo XVIII.

Me habría gustado continuar esta conversación con lo Invisible que tuvo lugar en el castillo de Grand'Maisons en Villepreux, en presencia de la Sra. de Saint-Seine, de su hija y de su novio, pero los muchos antepasados de nuestra anfitriona, cuyos retratos decoraban el salón, tenían algo que decir, especialmente Bertin l'Aînée al que volveremos a encontrar a propósito del Delfín... en noviembre de 1794.

Pero volvamos a mi desconocida visitante del 26 de marzo de 1981.

Después de recogerse, palpa el libro sin abrirlo y dice pasado un tiempo:

— *Veo un templario con gran vestido blanco y con una banda amarilla pálida. Tiene a su lado una espada... ¡Oh! ¡es horroroso! Este libro me quema las manos... Me hace mal... ¡oh! qué daño me hace... ¡por favor, vuelva a cogerlo!*

Hago lo que me dice y me explica que ha captado todo el sufrimiento que rodea a este volumen cuya cubierta tiene manchas oscuras: ¿tinta roja o sangre? Al cabo de cierto tiempo, desaparece el malestar y es ella la que me pide que se lo vuelva a dar. De nuevo, una pausa... luego continúa:

— *Ahora se desprende de él algo fresco, es como una sensación de menta... veo un niño rubio, con pelo muy fino, los ojos azules, la frente ancha. Tiene una relación con usted. ¿Será usted?*

— Ojos azules, pelo rubio muy fino, frente muy ancha, el retrato responde en efecto a cuando yo era niño, pero no soy yo. No estamos en el siglo XX. En cuanto a la relación, es sentimental y no familiar. Tengo una relación familiar con la persona que me ha dado este libro, pero no con el niño.

— *Los acontecimientos suceden en una casa grande de piedra. El niño rubio está vestido de azul. Tiene nueve o diez años. En torno a él flores de lis! ¡cuántas flores de lis!*

Estas flores son simbólicas, como lo era el templario de la visión inicial. Significan la realeza como el personaje armado significa la prisión del Temple. No digo nada a la joven para no influir en ella. En todo caso, estas flores de lis no la despistan hacia descripciones de jardines hermosos. Ella siente que la amplia casa tiene algo de siniestro.

En el retrato pintado por la Sra. Vigée-Lebrun, Louis-Charles aparece, en efecto vestido de azul-real.

— *Veo muchos hombres vestidos de azul marino, galones, uniformes... El niño rubio vive en la mayor soledad. Se ocupan muchos de él y sin embargo está solo. No sufre realmente...*

— Los hombres con uniforme azul marino son los municipios.

En su *Mémoire*, su hermana Marie-Thérèse de Francia escribe:

Los “muertos” han dado señales de vida

«Afortunadamente su enfermedad no le hacía sufrir mucho; era más bien un abatimiento y un deterioro que grandes dolores.»

— *Una mujer le sirve como gobernanta. Es muy autónomo...*

Un psiquiatra lo llamaría hoy *autista*.

— *Está al margen de los rumores que le rodean. Desea música, pero no ha realizado este deseo. Le gustaría oírla, pero no la oye. Veo su carne blanca, un tanto rosada. ¡Qué pálido está! No tenía buena salud, se ha dejado morir. No ha luchado... Es necesaria una disciplina, un deseo de vivir. Se le han pedido demasiadas cosas, cosas que no podía realizar.*

— Qué cosas, ¿puede precisar?

— *No, no puedo, no comprendo... Este libro es demasiado difícil para él; no lo lee, mira las imágenes.*

Menos mal que no lee, porque en su Carta de introducción el Señor de Royamont, prior de Sombrevale, dice dirigiéndose al Delfín de su tiempo: «Observaréis en él la fundación y la caída de las Monarquías más fuertes que han existido en el mundo. Reconoceréis aquí, Monseñor, que la providencia de Dios vela por la conservación de los Príncipes que le dan el culto y la veneración que le es debida; y que cuando caen en la idolatría y han suscitado su cólera, les ha quitado la corona con el mismo poder con que se lo había dado y les había hecho sentir que los Príncipes son como Dioses en la tierra, pero que sólo son tierra y polvo ante Dios.»

Las cosas no son tan sencillas, oh Señor de Royamont, prior de Sombrevale; Luis XVI, que fue un perfecto cristiano que rindió a Dios el culto y la veneración que le son debidos, no por eso dejó de perder su vida y su corona.

— *La gobernanta es una mujer bastante mayor, fuerte, autoritaria. Ella lo tiene de la mano. Es alta, toda una mujer. Está vestida de gris azulado. Es una especie de enfermera.*

He aquí, trazado por Lenôtre, el retrato de la esposa de Simon, que entonces tenía cuarenta y ocho años:

«Marie-Jeanne tenía los rasgos duros y hombrunos, el cuerpo rechoncho y la cintura voluminosa. Por lo demás, era buena mujer y

muy apreciada por la gente del barrio que la conocían desde siempre... Todo el barrio la había visto actuar en el hospital de los Cordeliers⁴²; era buena trabajadora, muy limpia, experta ama de casa, y sabía cuidar de un enfermo si era necesario.»

— *El se siente muy pequeño a su lado. Es huérfano desde hace poco; se ha sentido muy afectado por el duelo. ¡Está solo, muy solo!*

Estamos por tanto en noviembre-diciembre de 1793. María-Antonieta ha sido ejecutada en octubre, el Delfín tiene ocho años. Es de señalar que Marie-Jeanne Simon es presentada por la Sra. V... como una persona severa, pero en absoluto mala, como yo creía, como se cree en general.

— *Su madre se le parecía, murió siendo joven, era hermosa y agraciada.*

La Sra. V... ve por tanto a la joven brillante que la Sra. Vigée-Lebrun pintó más de veinte veces y no a la viuda Capeto, grave y amargada, a quien Sophie Prieur (1770-1818) encontró en la Conserjería y de la que hizo un bosquejo al óleo que se puede admirar en el Museo Carnavalet. No sé si esta Sophie es la misma que la señorita Prieur, pintora de miniaturas y acuarelas citada en el *Dictionnaire de Peintres, Sculpeurs, Dessinateurs et Graveurs*, así como tres otros Prieur: François-Louis, pintor de historia y grabador con buril, que trabajó de 1780-1800 y que formó parte, en 1793, del jurado del Tribunal revolucionario; Jean-Louis, llamado el Viejo, estuquista, dorador, diseñador y grabador con buril, y Jean-Louis, llamado el Joven, nacido en París en 1759, jurado del Tribunal revolucionario, guillotinado el 6 de mayo de 1795, autor de los Cuadros históricos de la Revolución francesa, sesenta y tres dibujos conservados en el Louvre.

Salvo prueba en contrario, ninguno de ellos pertenece a mis antepasados; dado su talento, lo lamento. A finales del siglo XVIII, mis abuelos paternos, buenos católicos, criaban tranquilamente a sus animales en Magny-en-Vexin, mientras mis abuelos maternos, buenos protestantes, practicaban distintos oficios de artesanos al norte de Alsacia, en la región de Wissembourg.

⁴². Hoy museo Dupuytren.

Los “muertos” han dado señales de vida

La Sra. V... pasa tranquila su mano por la cubierta oscura y su espíritu se evade de nuevo hacia el pasado. Nuevamente se proyecta ante sus ojos la película histórica..

— *Esta hermosa joven y su hijo no estaban juntos, una barrera los separaba.*

— ¿Una barrera material?

— ¡No! *Es la mujer autoritaria quien los separaba. La madre y el hijo no eran fuertes como esta mujer que tiene el sentido de la disciplina y que es tan distinta de ellos en todos los sentidos. El está solo... y sin embargo tiene una hermana más alta, más fuerte que él, de más edad, debe tener quince años. Ella no se parece a la madre. ¡Qué vitalidad! No morirá precozmente. Llevará a buen ritmo su vida; vive sus deseos con gran energía nerviosa. Tiene una voluntad fuerte para realizarlos. ¡Mucha, mucha voluntad!*

Está solo y sin embargo tiene una hermana. En efecto, están separados, viven a algunos metros uno del otro, no volverán a verse jamás... al menos en esta vida.

Todo esto es extraordinariamente exacto: Madame Royale, Marie-Thérèse de Francia, tenía 15 años en 1793. Después de perder sucesivamente a su padre, a su madre, a su tía y a su hermano, fue canjeada por el Directorio, en diciembre de 1795, por prisioneros franceses entre ellos, ya lo hemos visto, el famoso Drouet que había hecho detener a la familia real.

En 1799, en Mitau, hoy Ielgava en Letonia, se casó con su primo hermano el dique de Angoulême: el abate Edgeworth asistía a la ceremonia.

Cuando Napoleón volvió de la isla de Elba, ella se encontraba en Burdeos y decidió defender la ciudad. Fue entonces cuando pasó revista a las tropas, hizo sonar los clarines y redoblar los tambores. Supo conservar Burdeos trece días más después de la entrada del Emperador en las Tullerías. Este último, que sabía admirar a sus adversarios, dijo de ella: «¡Es el único hombre de la familia!»

Sin embargo el ejército desertó y ella hubo de embarcar para Inglaterra. Desde allí, se incorporó a la corte de Gand, luego volvió a

Francia después de Waterloo.

En 1830, jugó de nuevo un papel político y dio nuevamente pruebas de firmeza oponiéndose, el 29 de julio, a la evacuación de París por las tropas reales.

Segunda marcha, segundo exilio hasta su muerte en 1851, en el castillo de Frohsdorf, al sur de Wiener Neustadt, en la Baja Austria.

En 1858, apareció una nueva edición de las *Mémoires de Marie-Thérèse, duchesse d'Angoulême*.

— *La hermana mayor tiene un pelo espléndido; es rubia, pero de un rubio más rojo que su hermano. Tiene mucha más vitalidad que él.*

En su hermoso libro sobre Madame Royale, André Castelot dice: «La Sra. de Montmarin ha tenido a bien ofrecerme un rizo de pelo de Marie-Thérèse, cortado en la época del Temple. Es de un dorado rubio brillante.»

Marie-Thérèse de Francia tenía el pelo rubio rojo y la vitalidad de Marie-Thérèse de Austria, su abuela, que va a aparecer pronto en la visión.

Carta del conde Podewils, embajador de Prusia ante la Corte de Viena, a su Señor Federico II: «Marie-Thérèse tiene el paso ágil y el porte majestuoso, su silueta es imponente, su cara redonda y rellena, sus cabellos rubios con un punto de rojo; sus ojos muy grandes, llenos de vida y de dulzura, de un color azul oscuro que impresiona.»

— *Este niño era flojo, no se aferraba a la existencia*, continúa la Sra. V...

«Es verdad que mi hermano se abandonaba, escribe Marie-Thérèse: habría podido cuidar un poco más de su persona y lavarse al menos, puesto que le dejaban un cántaro de agua.»

— *No podía hablar a nadie de su afición por la música.*

Gusto del que no he podido encontrar rastro ni en los historiadores, ni en los memorialistas.

— *En su soledad soñaba con estos grabados.*

Pintó incluso dos pequeños barcos sobre el lago de Tiberíades.

— *Unos le daban miedo como ese incendio de la página 109 y ese otro de la página 135.*

¿Recuerdo del 10 de agosto de 1792?

Los “muertos” han dado señales de vida

— *Pero le gustaba mirar a David con su arpa. Se identificaba con el rey bíblico.*

David niño enfrentado al Goliat revolucionario, pero aquí David ha sido vencido.

— *Siempre ese deseo de música que nunca formuló.*

— Hábleme de la casa en que se encuentra.

— *No es una casa familiar. Es inmensa... Oigo una campana que suena... Veo grandes pasillos. Es como un orfanato... al menos para él.*

A falta de la palabra huérfano que habría sido más apropiada, se utiliza orfanato.

Veo grandes pasillos: esta frase me dejó estupefacto. ¡Grandes pasillos en un torreón! Más tarde me enteré de que el recinto del Temple era, en efecto inmenso, comprendía, además de la propia Torre, flanqueada por otra menos alta, una rotunda, un vasto jardín, una corte de honor y numerosos edificios de los que el más importante era el palacio del Gran Prior de Francia, hermoso edificio de columnas dóricas, construido en 1667, que servía de residencia al conde d'Artois cuando venía a París.

Hasta 1789, el Gran Prior de Francia había sido su hijo, el joven duque de Angoulême, el futuro esposo de Marie-Thérèse, el irreal Luís XIX.

El conjunto del Temple: torre de homenaje, palacio, rotonda, edificios anejos, fue derribado en 1811 y el emplazamiento de la torre, que había conservado los archivos de la orden de Malta, coincide hoy con el ala derecha del ayuntamiento del distrito III.

— *¡Ah! veo un ciprés...*

— Eso me extraña, no estamos en el Sur.

La Sra. V... me hace notar que hay cipreses en los cementerios de la región de París y me doy cuenta de que este árbol es también simbólico. Para casi todos los actores de este drama: víctimas y verdugos, cautivos y carceleros, la prisión del Temple fue la antecámara del cementerio.

— *Ahora veo a la abuela del niño rubio.*

— ¿Abuela paterna o materna?

— ¡*Materna!* Es más activa que la mamá. *Rolliza, los cabellos musgosos, amante de la vida, amante de las cosas de este mundo.*

Uno creería oír a Henry Vallotton, el biógrafo suizo de Marie-Thérèse de Austria: «Al comienzo de su reinado, la soberana había lamentado que el protocolo le impidiera desempeñar el primer papel en algunas óperas; pero pronto, desbordada de trabajo, renuncia al canto, al pequeño clavecín, a los bailes de máscaras que tanto le gustaban: el deber primaba sobre todo.»

Rolliza: ver el pastel de Liotard en el Rijksmuseum de Ámsterdam.

— *Tiene la vitalidad de la hermana mayor. Francamente, esta joven transmite cierta dureza.*

Los contemporáneos observaron esta dureza (perfectamente comprensible dado lo que había sufrido) de la que se había convertido en la duquesa de Angoulême.

«¡Oh, Dios, cómo hirió a un corazón dedicado enteramente a ella!» dijo la princesa de Tarante que había pedido seguir sirviendo a la familia real y a la que la duquesa acababa de rechazar con sequedad.

En sus *Mémoires*, la Sra. de Boigne habla también de su dureza de corazón, de su voz ronca e incluso de su indiferencia para con su madre: Decazes vino un día a entregarle el testamento de María Antonieta que acababa de ser hallado. Ella se lo devolvió limitándose a decir que reconocía la letra.

— *La vieja dama es jugueta, vivaz; repito, vivaz. No tiene las características de la aristócrata.*

«Aunque la etiqueta del siglo XVIII, dice Henry Vallotton, exigió del soberano una actitud alta y distante, Marie-Thérèse une la simplicidad con la majestad, la afabilidad con la reserva. Sin perder lo más mínimo de su dignidad, se muestra alegre, viva, entusiasta. En el trono, la emperatriz sigue siendo una mujer, una vienesa; sigue siendo ella misma. Mantiene relaciones cordiales con sus subordinados; disfrazada, le gusta mezclarse con la multitud, de incógnito, pronto reconocida por otra parte.»

— *Da la impresión de una burguesa tranquila que no se hubiera dejado ofuscar por el dinero. Tiene todo lo que necesita, las cosas son fáciles para ella; es feliz...*

Los “muertos” han dado señales de vida

Es verdad, fue profundamente feliz porque su corazón desbordaba amor, amor a su país, amor a su esposo François de Lorraine, a sus dieciséis hijos seis de los cuales murieron antes que ella.

He aquí la última carta (sólo le quedan veinticinco días de vida) a su querida Antonia⁴³ que era la décimo quinta:

Schönbrunn, 3 de noviembre de 1780.

«Durante todo ese día yo estaba más en Francia que en Austria y recordé los hermosos días de tu infancia desaparecida para siempre. Sólo el recuerdo de aquello es capaz de consolarme. Me alegra mucho que tu pequeña (Madame Royale, nacida en 1778), que debe ser tan maravillosa como me dices, vuelva a estar bien... Me alegra también lo que me dices a propósito de tus relaciones con el rey... Te confieso que no veo con buenos ojos que sigas viviendo en habitación aparte. Preferiría mucho más que vivieseis juntos a la manera alemana...»

— *La vieja señora murió tranquilamente después de una vida bastante larga.*

Nada más cierto: esta mujer que se apagó a los sesenta y tres años lo hacía todo con grandeza y sencillez. En sus últimos momentos, murmuró: «Siempre deseé morir así... Es its als wenn man von einem Zimmer ins andere geht... es como pasar de una habitación a otra.»

Mandó abrir las ventanas y dijo: «Ich habe kein schönes Wetter für meine lange Reise... No tengo buen tiempo para mi largo viaje.»

Sin embargo, la víspera, es decir el 28 de noviembre por la tarde se había interesado por algunos de sus hijos: «Es por ellos (sobreentendido y no por mí) por lo que temo la muerte, porque veo lo que tendrán que soportar...»

¿Tuvo en aquel momento, como a veces ocurre a los moribundos, una visión profética del calvario de Tonia?

¿O recordó la predicción o, más exactamente, el rechazo de

⁴³ El nombre de Antonia, y más tarde el de Tonia, se refiere a Marie-Antoinette, que sufrió la guillotina (NdT).

predicción a que le enfrentó Jean-Josph Gassner (1727-1779) sanador, exorcista y sacerdote católico, a quien ella acogió en su corte, cuando la audacia de sus opiniones y de sus profecías habían hecho que le desterrasen de todas partes?

Ella presentó a la pequeña archiduquesa al taumaturgo y le preguntó lo que veía en aquella niña desbordante de vida. Gassner se puso muy pálido y no pudo ocultar su turbación.

La emperatriz, que había leído en su rostro, de pronto lleno de lágrimas, el estupor y el terror, repitió su pregunta:

— ¡Adelante, hable, Gassner! ¿qué ve?

Después de un largo silencio, acabó respondiendo:

— Hay cruces para todas las espaldas.

Se sobrentiende: incluso para las espaldas reales. Y pocas cruces fueron tan pesadas como la de María Antonieta.

— Ahora veo a la tía del pequeño.

— ¿Hermana de la madre o hermana del padre?

— Es por parte del padre. No es hermosa...

Pierre de Molhac, que fue mi padrino literario, emplea exactamente los mismos términos: «La princesa no es hermosa: sus rasgos poco regulares, su nariz excesivamente borbónica, su pequeña estatura le privan de toda majestad; pero la viveza de su color, la dulzura de sus ojos azules, la gracia de su sonrisa, la hacen sin embargo agradable.»

— No está casada...

Elisabeth de Francia rechazó dos proyectos de unión, uno con un infante de España, el otro con el duque de Aoste.

Al comenzar la Revolución, cuando habría podido huir bien con sus hermanos, bien con sus tíos, vino a vivir con la familia real y ya no la abandonó.

— *Le gustaría amar... tiene una tentación: asumir el papel de la madre.*

No comprendo si se trata de asumir el papel de la madre antes o después de la muerte de ésta última. Pero no quiero hacer demasiadas preguntas por miedo a orientar la visión o incluso a cortarla.

— *Es buena, pero torpe... Quiere agradar a este niño. Le gustaba también agradar a la madre, pero no lo conseguía.*

Los “muertos” han dado señales de vida

Esto debe relacionarse con Versalles y no con la prisión del Temple en la que las mujeres se convirtieron realmente en hermanas.

— *Una persona frustrada... que no ha vivido con plenitud, que no se ha realizado, que no ha encontrado su vida. Una persona bienhechora.*

Dejemos la palabra a la Madame Elisabeth:

«¡Cuatrocientos libros para ese juego de chimenea! ¡ah, no! Con esa cantidad montaré dos casas...»

Otra vez le proponen un abrigo de piel: «Tener calor yo sola, cuando tanta gente tiembla de frío. Con el dinero de ese abrigo, puedo vestir a cantidad de pobres.»

Su casa de Montreuil, cerca de Versalles, se había convertido en una especie de ropero con el que atendía activamente a los indigentes y enfermos.

— *Siempre había sido vieja... murió hacia los treinta y cinco años.*

En realidad, tenía treinta. André Castelot destaca también el aspecto de muchacha vieja Madame Elisabeth. Una vez más, la Sra. V... no ha visto la condena a la pena capital.

Ante el Tribunal revolucionario, dio prueba de la misma dignidad y del mismo valor que su hermano y su cuñada.

«¡Hay que reconocer que no mostró ninguna queja!» murmuró Fouquier-Tinville al presidente.

«¿De qué podría quejarse Elisabeth de Francia? respondió el otro. ¿No le hemos preparado una corte de aristócratas dignos de ella? Nada le impedirá creerse en los salones de Versalles, cuando se vea al pie de la santa guillotina, rodeada de toda esa fiel nobleza.»

Fueron veinticuatro, fueron en efecto dignos de ella. Como iba a ser ejecutada la última, todos pasaron uno a uno delante de ella antes de subir las escaleras del cadalso. Los hombres se inclinaban profundamente, las mujeres hacían la reverencia y ella las abrazaba.

Tuvo sin embargo un momento de debilidad cuando, después de unas dos horas de espera horrorosa, le llegó el turno de subir las escaleras transformadas en verdaderas cataratas de sangre.

En la *Mémoire* que escribió *sur la captivité des princes et*

princesses, ses parents, depuis le 10 août 1792 jusqu'à la mort de son frère, Marie-Thérèse-Charlotte de Francia recuerda a su tía:

«Desde 1790, que estuve en situación de apreciarlo mejor, sólo vi en ella religión, amor de Dios, horror al pecado, dulzura, piedad, modestia, y gran amor a su familia, por la que sacrificó su vida, sin consentir nunca en abandonar al rey y a la reina. En fin, fue una princesa digna de la sangre de la que procedía. No puedo reconocer lo suficiente los detalles que tuvo conmigo, y que sólo terminaron cuando murió. Me miró y me cuidó como hija suya, y yo la honraba como a una segunda madre, y le manifesté todos mis sentimientos.

Se decía que nos parecíamos mucho de cara; siento que tengo su carácter: ¡ojalá pueda tener todas sus virtudes e ir un día a reunirme con ella, así como con mi padre y mi madre, en el seno de Dios, donde no dudo que gozan del premio de una muerte para ellos tan meritoria! »

— ¡Ah! aquí está el padre... bastante vividor. Da una impresión de volumen, sin músculos, mucha grasa, le gusta la buena carne. Tiene color rojo. No es muy trabajador, se deja arrastrar por la existencia. (La Sra. V... hojea la Historia Sagrada). Antes de poseer este libro, el niño tenía una criada llamada Julie.

— Es posible. No lo sé.

Hasta ahora no he encontrado rastro de esta persona.

— La mamá se parece a la Virgen de esta ilustración. (la Sra. V... me muestra la página 377). Tenía la vitalidad de la abuela, pero era más dulce, más femenina. Al lado de esta mujer de gusto refinado, el padre era un comilón. Fue torpe, incluso a nivel sexual⁴⁴. Su sexualidad era completamente primaria. Ella lo engañó, pero con un sentimiento de culpa... ¡Qué pareja mal avenida! Ni ella ni él llegaron a muy viejos. Por otra parte, a ninguna de estas personas las veo viejas. Aparte la joven y la abuela, todas murieron prematuramente. El padre, un comilón, fue víctima de su pasión por la buena carne.

Es seguro que si fracasó la expedición de Varenne, fue en parte por

⁴⁴ El matrimonio sólo se consumó seis años después de que el rey fuera sometido a una operación que él retrasaba continuamente.

Los “muertos” han dado señales de vida

el tiempo perdido durante las comidas, demasiado largas y demasiado abundantes. La pata de cerdo en la Sainte-Menehould fue fatal para Luís XVI.

Aunque no hay errores en la evidencia de la Sra. V..., se constatan sin embargo algunas lagunas... y una considerable, es ver solamente en Luís XVI al gran comilón y olvidar al hombre cuyos últimos días estuvieron marcados por la grandeza y el valor. Valor que no demostraron sus verdugos cuando les llegó el turno de «pasar su cabeza por el aro» por utilizar su expresión favorita.

No haré aquí alusión al testimonio de Clery en el que se podría sospechar parcialidad afectuosa, sino al testimonio del que se mostró el más encarnizado perseguidor de la familia real, el que inventó contra una madre la más abominable de las calumnias, me refiero al sustituto del procurador de la Comuna, Hébert:

«Quise estar entre los que tenían que estar presentes en la lectura de la sentencia de muerte. Escuchó con una rara sangre fría la lectura de este juicio. Cuando fue acabada, pidió a su familia, un confesor, en una palabra todo lo que podía suponer algún alivio en su última hora. Puso tanta unción, dignidad, nobleza, grandeza en su compostura y en sus palabras que no pude seguir. Lágrimas de rabia vinieron a humedecer mis párpados. En su mirada y en su modo de comportarse, había algo visiblemente sobrenatural al hombre.

Me retiré deseando retener mis lágrimas que corrían a mi pesar y muy decidido a terminar allí mi colaboración. Me abrí a uno de mis colegas, que no era más fuerte que yo para continuarla, y le dije con mi franqueza normal: Amigo mío, ¡los sacerdotes miembros de la Convención, al votar por la muerte, aunque la santidad de su carácter se lo prohibió, formaron la mayoría que nos libra del tirano! pues bien, ¡que sean también sacerdotes constitucionalistas lo que lo lleven al cadalso; sacerdotes constitucionalistas son los únicos suficientemente feroz para realizar ese trabajo.

Mi amigo y yo hicimos decidir, en efecto, que fueran los dos sacerdotes municipales Jacques Roux y Jacques Claude-Bernard los que condujeran a Luís a la muerte.»

Esta carta a Malesherbes termina con una palabra que da la clave de esa nobleza y de esa grandeza que habían dejado estupefacto a Hébert:

«Suscribo ciegamente todo lo que hagáis: si me garantizáis esta vida, yo la conservaré para haceros recordar vuestro beneficio; si se nos la quita, nos volveremos a encontrar, con más encantos todavía, en la estancia de la inmortalidad.»

Ninguna laguna: La Sra. V... no habla de Simon, solo de su mujer. Tal vez yo debería haber planteado la cuestión: ¿Estaba casada esta gobernanta? y habría obtenido tal vez un retrato del zapatero-preceptor. Pero no quería interferir en la videncia con mis incisos, ni sugerir las respuestas con mis preguntas, y la dejaba expresarse libremente, lentamente; intervenía lo menos posible.

Si ella no menciona el preceptor impuesto por la Comuna, tampoco se refiere al preceptor deseado por Luís XVI, quiero decir Cléry. Pero este último se vio obligado a abandonar el Temple a partir del 1º de marzo de 1793; ahora bien, como hemos visto, la videncia se sitúa a finales de aquel año: *Él es huérfano desde hace poco... su madre se le parecía.*

El 3 de julio de 1793 le fue arrebatado, y entregado a los esposos Simon, en el lugar desde hacía once meses.,

Miembro de la Comuna desde el 10 de agosto de 1792, Antoine Simon fue en efecto uno de los cuatro comisarios encargados de trasladar al Temple a la familia real. Cléry habla de él en su Diario:

«El citado Simon, zapatero y oficial municipal era uno de aquellos seis comisarios encargados de inspeccionar los trabajos y los gastos del Temple; pero era el único que, con el pretexto de realizar bien su trabajo, no abandonaba la torre. Este hombre nunca aparecía ante la familia real sin hacer alarde de la más baja insolencia; me decía muchas veces, lo suficiente cerca del rey para ser oído: “Cléry, pregunta a Capeto si necesita alguna cosa, para que no tenga que subir una segunda vez.” Me veía obligado a responder: “No necesita nada”.

Es también Simon el que, más tarde, fue destinado junto al joven Luís, y el que, con una barbarie calculada, hizo sufrir tanto a este interesante niño. Hay motivos para creer que fue el instrumento de los

Los “muertos” han dado señales de vida

que abreviaron sus días.

Para enseñar a calcular a este joven príncipe, yo había hecho una tabla de multiplicación, siguiendo las órdenes de la reina. Un municipal creyó que ella enseñaba a su hijo a hablar con cifras; hubo que renunciar a las lecciones de aritmética.»

La Sra. V... acaricia la Historia Santa, testigo de la Pasión del Huérfano del Temple. El libro encuadrado en cuero oscuro le parece ahora despojado de todos sus maleficios, de todas las penas que lo han impregnado durante dos siglos. Para terminar, dice:

— *El pequeño canta... le gusta cantar.*

El hecho de que ella le oiga cantar confirma la intuición de que la videncia se sitúa a finales de 1793. En efecto, después de la marcha de los Simon en enero de 1794, cuando será confinado en una habitación transformada en calabozo, cuando deje de ver alma viviente y reciba su comida a través de un ventanuco, ya no cantará nunca. Es entonces cuando se cierra en un silencio total para manifestar su negativa a vivir.

Se ha dejado morir: esta frase-clave explica todo el misterio Luís XVII.

Quiero morir, dijo él mismo a Gagnié, el jefe de cocina del Temple. En estas circunstancias: como desde hacía tres días, el niño devolvía los platos sin tocarlos, Gagnié se inquietó y pidió al Comité de seguridad general la autorización para visitarle.

Bajo la Restauración, declaró en estos términos: «Al subir la escalera que conducía el pasillo contiguo a la habitación de Luís XVII, sentí un olor sumamente repugnante que salía de la citada habitación en la nadie entraba... Al entrar, vi al joven príncipe encogido y acurrucado, que tenía las piernas retorcidas, un tumor en la rodilla y en las asentaderas, con la imposibilidad de levantarse y con el cuello roído por la roña. Al preguntarle por qué no había tomado alimento desde hacía tres días, me respondió:

— ¡Qué quieras, amigo, quiero morir!»

Por tanto no fue secuestrado por realistas.

Era imposible, sobre todo después de los trabajos que habían convertido en calabozo la antigua habitación de Luís XVI. Añadamos a esto que los controles eran constantes.

Los innumerables falsos Delfines jamás pudieron explicar su evasión; fuera de la viuda Simon, al final de su vida, no se encontró a nadie en la Restauración para declarar públicamente: ¡Yo hice escapar al niño del Temple!

Tampoco fue envenenado: los revolucionarios tenían todo el interés por mantener un rehén que suponía una preciosa moneda de cambio. Hasta los autores de memorias históricas, partidarios de la realeza, rechazan la tesis del veneno. Tres ejemplos: Eckard, Beaulieu y François Huë.

Eckard: «La autopsia rigurosamente detallada del niño rey, realizada por hombres conocidos por su saber y su honestidad, parece eludir la sospecha de envenenamiento. Desault parece que creyó también que este crimen no se había conocido. Aunque no dejó notas escritas sobre el tratamiento que había seguido, al menos lo explicó verbalmente.»

Beaulieu: «Mientras los periodistas se esforzaban por mantener la opinión contra un modo de gobierno incompatible con nuestras costumbres, nuestros usos, y sobre todo nuestro carácter, la muerte privaba a los realistas del único personaje en torno al cual muchas personas, incluso revolucionarias, habían unido sus pensamientos para retirar a Francia del abismo en que se había hundido; el desgraciado hijo de Luís XVI terminaba en la cárcel del Temple su inocente y dolorosa existencia...»

La miseria, el abandono a le habían sometido, después de estar rodeado de tantos miramientos, de tantas precauciones bienhechoras, habían envilecido su talante y habían corrompido en él todos los principios de la vida. El ruido corrió durante mucho tiempo, y muchas personas siguen pensando todavía que este desgraciado niño fue envenenado; es un misterio que jamás será sin duda completamente aclarado. Lo que sé es que el célebre cirujano Desault, al que yo había conocido en la cárcel, me dijo, cuando le visité, que no lo creía; pero como el Sr. Desault murió poco después, así como el boticario que procuraba los remedios, no ha faltado quien ha dicho que se les había

Los “muertos” han dado señales de vida

sacrificado por un secreto que había que mantener. Cuento lo que me dijo el Sr. Desault, y me hablaba con cara de sinceridad .»

Huë: «No fue sin embargo por ningún sentimiento de humanidad por lo que evitaron cometer tal crimen. Habría habido, en efecto, menos barbarie en el envenenamiento del niño-rey de la que hubo en hacerle sufrir el suplicio tan lento y doloroso del abandono, del asilamiento a los que estuvo sometido durante varios meses, y que fueron las únicas causas de su muerte.

Los monstruos, que tiranizaban Francia y que no disimulaban el vivo interés que inspiraba en general la suerte de este joven príncipe, calculaban los crímenes con demasiada frialdad como para exponerse a comprometer su popularidad y su poder haciéndolo morir de muerte violenta. Les pareció menos peligroso trabajar en la aniquilación de todas sus facultades morales, a fuerza de malos tratos, y agotando continuamente sus órganos por el terror.

“Si sucediera, decían ellos, que, en un movimiento popular, los parisinos se dirigieran al Temple para proclamar rey a Luís XVII, les mostraríamos al pequeño cuyo aire estúpido e imbécil les obligaría a renunciar al plan de colocarlo en el trono.”

Por su parte, Madame Royale escribe en su *Mémoire*: «No creo que fuera envenenado, como se ha dicho y como se dice todavía: eso es falso, según el testimonio de los médicos que abrieron su cuerpo, en el que no encontraron el menor rastro de veneno.»

El 5 de enero de 1794, Simon, obligado a elegir entre sus funciones de municipal y de preceptor, renunció a estas últimas. A los dos días, se iniciaron trabajos destinados a transformar en prisión la antigua habitación de Luís XVI. Se dividió en dos, levantando una pared abierta con una ventanilla por la que se pasarían los alimentos. Una estufa, que se cargaba por el lado de la antecámara, estaba a caballo entre las dos habitaciones. Los trabajo quedaron terminados el 30 de enero, los Simon se habían ido dos días antes.

Marie-Thérèse evoca los últimos meses de su reino:
«Continuaron los cacheos, especialmente en el mes de noviembre

(1793). Se dio la orden de cachearnos todos los días tres veces. Una de ellas duró desde las cuatro hasta las ocho y media de la tarde. Los cuatro municipales que la hicieron estaban completamente borrachos. Imposible hacerse una idea de sus palabras, de sus injurias, de sus juramentos, durante cuatro horas. Nos llevaron bagatelas, como nuestros sombreros, cartas con reyes y libros en los que había armas: sin embargo dejaron los libros de religión, después de proferir mil guerradas y mil sandeces.

Simon nos acusó de realizar falsos asignados⁴⁵, y de mantener correspondencia con el exterior. Pretendía que nos habíamos comunicado con mi padre durante el proceso. Hizo la declaración en nombre de pobre hermano pequeño, a quien había obligado a firmar. El ruido que decía ser el de la falsa moneda que nos acusaba de realizar a mi tía y a mí, era el de nuestro tric-trac, porque, con el fin de distraerme un poco, tuvo ella la bondad de enseñarme este juego. Jugábamos a él durante las tardes del invierno, que pasaban tranquilamente, a pesar de las inquisiciones, las visitas y los cacheos. Se nos daba madera, que antes se nos había negado.»

El 19 de enero, oímos en la habitación de mi hermano un gran ruido que nos hizo pensar que se iba del Temple; y nos convencimos cuando, al mirar por el agujero de la cerradura, vimos que se llevaban paquetes.

Los siguientes días, oímos abrir la puerta y andar por la habitación, y seguimos convencidas de que se había ido. Creímos que se había hecho bajar a algún personaje importante; pero supe después que era Simon quien se había ido: forzado a elegir entre la plaza de municipal y la de guardián de mi hermano, había preferido la primera.

Supe también que habían tenido la crueldad de dejar solo a mi pobre hermano; barbarie inaudita, y que seguramente nunca se dio, de abandonar así a un pobre niño de ocho años, ya enfermo, y de tenerlo encerrado en su habitación con llave y cerrojo, sin otra ayuda que una mala campanilla de la que nunca tiraba, por el pavor que le daban las gentes a quienes hubiera llamado, y prefiriendo la falta de todo a pedir

⁴⁵ *Asignado*: Papel-moneda emitido bajo la Revolución que, en principio, estaba garantizado con los bienes nacionales [NdT]

Los "muertos" han dado señales de vida

lo más mínimo a sus perseguidores.

Estaba en una cama que no se había removido durante más de seis meses, y que él no tenía fuerza para hacerlo; las pulgas y los chinches lo cubrían, su ropa interior y su persona estaban llenas de ellos. No se le cambió de camisa ni de ropa interior durante más de un año; sus basuras permanecían también en su habitación; jamás las retiró nadie durante todo ese tiempo. Su ventana, cerrada con cadenas atadas a los barrotes, nunca se había abierto; y no se podía estar en su habitación debido a su olor repugnante.

Cierto que mi hermano se abandonaba: habría podido cuidar un poco más de su persona y lavarse las manos, puesto que le introducían un cántaro de agua; pero este niño desgraciado se moría de miedo: jamás pedía nada, tanto Simon como los otros guardianes lo hacían temblar. Pasaba el día sin hacer nada: no le ponían ninguna luz; este estado le hacía mucho mal a su moral y a su físico. No es extraño que cayese en un horrible marasmo: el tiempo que estuvo con buena salud y que resistió a tantas crueidades demuestra su fuerte constitución.»

Rectificación: Simon no está ya en el Temple desde enero de 1794.

La joven, que acaba de describir el martirio de su hermano pequeño desde enero a julio de 1794, cuenta luego el arresto de su tía cuya muerte ignora, como ignora también la de su madre:

«Viendo que cuando pedía a los municipales reunirme con mi madre y tener noticias de mi tía, ellos me respondían siempre que hablarían de ello, y recordando que mi tía me había dicho que si me quedaba sola, mi deber era pedir una mujer, lo hice para obedecerla, pero con repugnancia, completamente segura de ser rechazada, o de no conseguir sino alguna mujer villana. En efecto, cuando hice a los municipales esta petición, me dijeron que no la necesitaba. Aumentaron la severidad hacia mí, y me quitaron los cuchillos que me habían entregado, diciéndome:

«Ciudadana, dinos, ¿tienes muchos cuchillos?

— No, señores; sólo dos.

— ¿Y no tienes ni cuchillos ni tijeras en tu aseo?

— No, señores.»

Otra vez me quitaron el mechero; cuando encontraron encendida la estufa, me dijeron:

- «¿Se puede saber por qué has hecho fuego?
- Para poner mis pies en el agua.
- ¿Con qué has encendido el fuego?
- Con el mechero.
- ¿Quién te lo ha dado?
- No lo sé.
- Provisionalmente vamos a quitártelo; es por tu bien, no sea que te duermas y te quemes junto al fuego. ¿No tienes más cosas?
- No, señores.»

Visitas y escenas de este tipo se repetían con frecuencia; pero, salvo cuando me preguntaban expresamente, no hablaba nunca, ni a los que me llevaban la comida.

Un día vino un hombre, creo que era Robespierre; los municipales le mostraban mucho respeto. Su visita fue un secreto para las gentes de la torre, que no supieron quien era, o no quisieron decírmelo. Me miró con insolencia, fijó la mirada en los libros y, después de buscar con los municipales, se fue. Los guardias estaban muchas veces borrachos; sin embargo nos dejaron tranquilos, a mi hermano y a mí, en nuestros apartamentos, hasta el 9 de termidor⁴⁶.»

Al día siguiente de este 9 de termidor que marcaba el final del Terror, Barras se trasladó ante Luís XVII y Madame Royale, porque el Comité de salud pública le había comunicado que se anunciaba la posible evasión de los prisioneros puestos bajo su responsabilidad. En sus *Mémoires*, contó los detalles de esta visita:

«Fui al Temple. Encontré al joven príncipe en una cuna en medio de la habitación, estaba en cuclillas, se despertó con dificultad, estaba vestido con un pantalón y con una chaqueta de paño gris. Le pregunté cómo se encontraba y por qué no se acostaba en la cama grande. Me respondió: "Mis rodillas están hinchadas y me hacen sufrir a intervalos (*sic*) cuando estoy de pie; me resulta mejor la pequeña cuna". Examiné las rodillas, estaban muy hinchadas, lo mismo que las rodillas y las

⁴⁶ *Termidor*: undécimo mes del calendario republicano (del 19 o 20 de julio al 17 o 18 de agosto) [NdT].

Los “muertos” han dado señales de vida

manos, su rostro estaba abotargado, pálido. Después de preguntarle lo que necesitaba y de haberle comprometido a pasearse, di la orden a los comisarios y los reñí por el horrible aspecto de la habitación.

Desde allí, subí a la habitación de Madame⁴⁷, estaba vestida temprano, la habitación estaba limpia⁴⁸. —«El ruido de la noche le habrá despertado sin duda, le dije, ¿tiene alguna reclamación que hacerme y se le dará lo que necesite?» Madame me respondió que sí, que había oído el ruido de la noche, que me agradecía y me rogaba que hiciera que cuidasen de su hermano. Le aseguré que ya me había ocupado de ello.

Le dije al Comité de salud pública: el orden no se ha alterado en el Temple, pero el príncipe está peligrosamente enfermo. He ordenado que se le haga pasear y he hecho llamar al Sr. Dussault⁴⁹, es urgente que le añadáis otros médicos, que se examine su estado, y que se proporcionen todos los cuidados que exige su estado. El Comité dio las órdenes consiguientes.»

Madame Royale confirma esta visita de Barras, que tuvo el mérito de poner fin a una situación terrible que duraba ya 178 días. Lo que cuenta no debe exagerarse, puesto que es la primera en reconocer, muy objetivamente, que los comisarios que se sucedieron a partir de Termidor dieron prueba de humanidad con relación al pequeño enfermo.

«Mi hermano seguía sumiéndose en la suciedad; sólo entraban en su habitación a las horas de la comida; no tenían ninguna piedad de este pobre niño. Sólo encontré un guardia cuyos modales más honestos me animaron a recomendarle a mi pobre hermano. Se atrevió a hablar de la dureza con que le trataban; pero fue expulsado al día siguiente.

Para mí, sólo pedía lo imprescindible; muchas veces me lo negaban

⁴⁷ *Madame*: Título en la corte de Francia para las hijas del rey y del Delfín [NdT]

⁴⁸ Signos de su voluntad de vivir.

⁴⁹ Barras quiere ciertamente decir Desault, pero este médico sólo fue convocado por el Comité en mayo de 1795, cuando todo estaba perdido.

con dureza. Pero al menos me mantenía limpia, tenía jabón y agua. Barría todos los días la habitación; a las nueve ya había terminado, cuando los guardias entraban para traerme el desayuno. No tenía luz; pero en los días claros sufría menos por esta privación. Ya no querían darme libros: sólo tenía piadosos y de viajes que había leído mil veces; tejía también, pero me aburría mucho.

Esta era nuestra situación cuando llegó el 9 de Termidor; oí tocar a generala y arrebato; me sentí muy inquieta. Los municipales que estaban en el Temple no se movieron. Cuando me llevaron la cena, no me atreví a preguntar qué pasaba.

Finalmente, el 10 de Termidor, a las seis de la mañana, oí en el Temple un ruido espantoso; la guardia gritaba a las armas, redoblaba el tambor, las puertas se abrían y se cerraban. Todo este alboroto se debía a una visita de miembros de la asamblea nacional, que venían a enterarse si todo seguía tranquilo. Oí que se abrían los cerrojos de la puerta de mi hermano; me eché fuera de mi cama, y estaba vestida cuando llegaron a mi habitación los miembros de la convención.

Barras era uno de ellos; estaban en traje de gala, cosa que me extrañó, por no estar acostumbrada a verlos así y por temer siempre alguna cosa. Barras me habló, me llamó por mi nombre, y se extrañó de encontrarme levantada; me preguntaron también varias cosas, a las que no respondí.

Se fueron, y los oí arengar a los guardias bajo las ventanas, y recomendarles que fueran fieles a la convención nacional. Se elevaron mil gritos de *¡Viva la República! ¡viva la convención!* Se dobló la guardia; los tres municipales que estaban en el Temple permanecieron allí tres días.»

Para vigilar a los hijos de Luís XVI, Barras propuso al Comité de salud pública y de seguridad general a un simpático muchacho de veinticuatro años, Chrisophe Laurent, criollo de la Martinica que le había sido recomendado sin duda por su señora, la hermosa y sensible Sra. de Beauharnais, preocupada por la suerte de Luís XVII. Marie-Thérèse nos habla muy bien de este muchacho:

«Al final del tercer día, a las nueve y media, yo estaba en la cama, sin luz y sin dormir, debido a mi preocupación por lo que sucedía;

Los “muertos” han dado señales de vida

llamaron a mi puerta para presentarme a Laurent, comisario de la convención, encargado cuidar de mi hermano y de mí. Me levanté; estos señores hicieron una larga visita mostrándole todo a Laurent, después se fueron.

Al día siguiente a las diez, Laurent entró en mi habitación; me preguntó con educación si necesitaba algo. Entraba todos los días tres veces en mi habitación, siempre con educación, y no me tuteaba. Jamás hizo la visita de burócratas y de cumplimiento.

La convención envió una delegación al cabo de tres días para constatar el estado de mi hermano; se apiadó de él, y ordenó que se le tratase mejor. Laurent hizo bajar una cama que estaba en mi habitación, la suya estaba llena de chinches; le hizo bañarse y le quitó la miseria que lo cubría. Sin embargo le siguieron dejando solo en su habitación.

Pregunté pronto a Laurent lo que tanto me interesaba, es decir noticias de mis padres, cuya muerte yo ignoraba, y reunirme con mi madre. El me respondió con aire muy apenado que a eso él no podía responder.

Al día siguiente, vinieron gentes con fajines, a los que hice las mismas preguntas. Me respondieron también que a eso no podían responder, y que no sabían por qué pedía yo no estar aquí, pues les parecía que estaba muy bien.

«Es terrible, les dije, estar separada mi madre desde hace más de un año, sin tener noticias de ella ni de mi tía.

— ¿No está usted enferma?

— No, señor; pero la enfermedad más cruel es la del corazón.

— Le digo que en eso no podemos hacer nada: le aconsejo tener paciencia y esperar en la justicia y la bondad de los franceses.» No dije más.

Al día siguiente fui despertada por la explosión de Grenelle que me dio mucho miedo.

Durante todo este tiempo, mi hermano seguía estando solo. Laurent entraba tres veces al día en su habitación; pero por el miedo a comprometerse, no se atrevía a hacer más, pues estaba vigilado. Me cuidaba más a mí; yo no hice sino congratularme de sus modales

durante todo este tiempo que estuvo de servicio. El me preguntaba muchas veces si no necesitaba nada, y me rogaba que le dijera lo que quería, y que le llamara si necesitaba alguna cosa. Me devolvió un mechero y una vela.»

En otoño de 1794, el Comité de seguridad general nombró a tres de sus miembros: Harmand de la Meuse, Mathieu y Reverchon para que fueran al Temple y se informasen del estado físico y mental de los dos jóvenes prisioneros. Algunos comentaristas situaron su venida a finales de año, porque Marie-Thérèse escribe: «El 19 de diciembre, el Comité general vino al Temple debido a su enfermedad...»; pero es imposible que se trate de Harmand y de sus colegas porque, en el informe que éste redactó, se habla de frutas y de uvas. La visita de la que ella habla es una de las muchas inspecciones realizadas mucho más por la voluntad de control que por simple *humanidad*.

Harmand de la Meuse, que no había votado la muerte del rey sino su destierro, estaba animado de las mejores intenciones. Desgraciadamente, el niño, que había respondido sin poner trabas a las preguntas de Barras, le opuso un mutismo absoluto. Era sin duda la presencia de Mathieu, cuya rabia percibía, la que le llevó a cerrarse en una actitud hostil y suicida.

He aquí el relato de Harmand tal como lo publicó en 1814 en *Anecdotes relatives à quelques personnes et à plusiers événements remarquables de la Révolution*:

«Una preocupación que yo no superé no me permitió anotar la fecha concreta de nuestra visita al Temple, pero he aquí los hechos:

«Llegamos a la puerta, bajo cuyo horrible cerrojo estaba cerrado el hijo inocente, el hijo único de nuestro rey, nuestro propio rey.

La llave da vueltas con ruido en la cerradura, y la puerta abierta nos presenta una pequeña antecámara muy limpia, sin otro mueble que una estufa de loza que daba a la habitación de al lado a través de una apertura en el muro de separación, y que sólo podía encenderse desde esta antecámara: los comisarios nos dijeron que se había tomado esta precaución para no dejar fuego al alcance del niño.

La otra pieza era la habitación del príncipe, y en ella estaba su cama; estaba cerrada por fuera, hubo que abrirla también; este movimiento de

Los “muertos” han dado señales de vida

llaves y de cerrojos lleva al alma una oscuridad tanto más penosa cuanto que la reflexión no hace sino aumentarla en lugar de disiparla.

El príncipe estaba sentado junto a una pequeña mesa cuadrada, sobre la que estaban tendidas muchas cartas de jugar: algunas estaban dobladas en forma de bote o de caja, otras levantadas como un castillo; él estaba entretenido con estas cartas cuando entramos, y no dejó su juego.

Estaba cubierto con un vestido nuevo a la marinera, con un paño color pizarra; su cabeza estaba descubierta, la habitación limpia y bien iluminada.

El lecho se componía de una litera de madera, sin cortinas; la cama y la ropa blanca nos parecieron buenas y hermosas.»

Nuestro propio rey, Harmand escribe a principios de la Restauración, lo que no le impide ser imparcial en su escrito, pues reconoce que la habitación y la cama están limpias y que el niño está bien vestido. Está incluso vestido de azul marino (vestido a la marinera) cosa que mi visitante vio al comienza de la psicometría.

«Esta cama estaba detrás de la puerta, a la izquierda al entrar; más lejos, en el mismo lado, había otra cama de madera, sin sábanas, situada al pie de la primera; una puerta cerrada entre las dos comunicaba con otro cuarto que nosotros no vimos.

Los comisarios nos dijeron que esta cama había sido el de un zapatero remendón llamado Simon, a quien la municipalidad de París, antes de la muerte de Robespierre, había colocado en la habitación del joven príncipe para servirle y protegerle. Se sabe con qué atroz barbarie cumplió este monstruo las dos funciones.»

Monstruos y caníbales, términos que ignora Clery en su moderación, se encuentran frecuentemente en la pluma de los escritores de la Restauración. Es verdad que hubo más de un caso de antropofagia. Se hablaba mucho de comer el corazón de los aristócratas. A veces lo hicieron.

«Se sabe que este malvado se divertía cruelmente con el sueño de su prisionero; que, sin ningún miramiento por su joven edad, para la que el sueño es una necesidad tan imperiosa, lo llamaba en distintas

ocasiones durante la noche, gritándole: «*Capeto... ¿Capeto?...* «El príncipe respondía: ¡Aquí estoy, ciudadano!»

«¡Acércate que te vea!» replicaba el tigre.

El cordero se acercaba... El execrable verdugo sacaba su pierna del lecho y, con una patada lanzada por donde quiera que podía alcanzarle, tiraba por tierra a su víctima, gritándole: *¡Vete a acostarte, lobezno!* ¡Oh Cielos! ¡la venganza divina se limitaría a la vida que este monstruo perdió con Robespierre!

Esto ya se ha escrito; pero lo cuento porque los comisarios nos hicieron un relato cuyo recuerdo me hace estremecer siempre que lo leo.

Después de recibir estos horribles detalles preliminares, me acerqué al príncipe; nuestros movimientos no parecían producir en él ninguna impresión. Le dije que el gobierno, informado demasiado tarde del mal estado de su salud, y de su rechazo a hacer ejercicio y a responder a las preguntas que se le hacían sobre esto, así como a las propuestas que se le habían hecho de utilizar algunos remedios y de recibir la visita de un médico, nos había enviado a él para informarnos de todos esos hechos, y renovarle, en su nombre, todas estas propuestas. Desearíamos que fueran agradables para él, pero nos permitimos añadir a ellas el consejo y la amonestación incluso, si continuaba guardando silencio y sin querer hacer ejercicio. Estábamos autorizados para procurar los medios para ampliar sus paseos y ofrecerle los objetos de distracción y de recreo que pudiera desear. Le rogué que me respondiera, si esto le convenía.

Mientras le dirigía esta pequeña arenga, me miraba fijamente sin cambiar de postura, y me escuchaba aparentando la mayor atención, pero ni una palabra de respuesta.

Entonces repetí mis propuestas como si pensase que no me había entendido, y se las concreté más o menos así:

«Tal vez me he explicado mal, o tal vez no me haya entendido, Señor, pero tengo el honor de preguntarle si desea un caballo, un perro, pájaros, juguetes de cualquier tipo que sean, uno o varios compañeros de su edad, a los que presentaremos antes de instalarlos junto a usted. ¿Quiere usted, en este momento, descender al jardín o subir a las

Los "muertos" han dado señales de vida

torres; desea caramelos, pasteles?»

Agoté en vano todos los nombres de cosas que se pueden desear a esa edad: no recibí ni una palabra de respuesta, ni siquiera una señal o un gesto, aunque tuvo la cabeza vuelta hacia mí y me miró con una extraña *fijación* que expresaba la mayor indiferencia.

Entonces me permití tomar un tono un poco más serio, y me atrevía a decirle: «Señor, tanta obstinación a su edad es un defecto que nada puede excusar; es tanto más extraño cuanto que nuestra visita, como ve, tiene por objeto aportar algún alivio a su situación, cuidados y ayuda a su salud: ¿cómo quiere que lo logremos si se sigue negando a responder y a decir lo que le conviene?»

Ni una palabra, y siempre la misma *fijación*.

Estaba a punto de desesperarme y lo mismo mis colegas: esa mirada, sobre todo, tenía tal carácter de resignación y de indiferencia que parecía decirnos: «QUÉ ME IMPORTA, ACABAD CON VUESTRA VÍCTIMA.»

Lo repito, ya no podía más; mi corazón se emocionaba y estuve a punto de ceder a las lágrimas de dolor más amargas; pero unos pasos que di por la habitación me repusieron y me confirmaron en la idea de buscar el efecto del mandato, cosa que intenté en efecto, situándome muy cerca y a la derecha del príncipe, y diciéndole: «*Señor, tenga la bondad de darme la mano.*» Me la presentó, y prolongando mi movimiento hasta la axila, palpé un tumor en la muñeca y otro en el codo, como *nueces*; parece que estos tumores no eran dolorosos, porque el príncipe no se quejó.

— *¡La otra mano, señor!* La presentó también y allí no había nada.

— *Permitame, señor, que toque también sus piernas y sus rodillas.*

Se levantó. Encontré los mismos bultos en las dos rodillas, debajo del jarrete. Colocado así, el joven príncipe tenía el aspecto del raquitismo y de un defecto de conformación; sus piernas y sus muslos eran largos y menudos, los brazos lo mismo, el busto muy corto, el pecho elevado, la espalda alta y apretada, la cabeza muy hermosa en todos sus detalles, el color claro, aunque descolorido, los cabellos largos y hermosos, bien cuidados, castaños claros.

— *Ahora, Señor, tenga la bondad de caminar.* Lo hizo enseguida, yendo hacia la puerta que separaba las dos camas, y volvió a sentarse en el acto.

— Piense, Señor, que es necesario este ejercicio, y dese cuenta, por el contrario, de que esta apatía es la causa de su mal y de los accidentes que le amenazan; tenga la bondad de confiar en nuestra experiencia y en nuestro interés, sólo puede esperar restablecer su salud accediendo a nuestras peticiones y a nuestros consejos. Le enviaremos un médico, y esperamos se digne responderle. Háganos al menos una señal de que esto no le desagrada.

Ni una señal, ni una palabra.

— *Señor, tenga la bondad de seguir caminando y un poco más tiempo.*»

«Silencio y rechazo: permaneció en su silla, con los codos apoyados sobre la mesa; sus rasgos no cambiaron ni un momento; ni la menor emoción aparente, ni la menor extrañeza en los ojos, como si nosotros no estuviéramos allí, y como si yo no le hubiera dicho nada. Noto que mis colegas no hablaron.

Nos miramos extrañados y dimos algunos pasos, unos hacia otros, para comunicarnos nuestra reflexiones, cuando llevaron la cena al rey.

Nueva escena de dolor, hay que haberlo visto y experimentado para creerlo.

Una escudilla de barro rojo que contiene un potaje negro, cubierto de algunas lentejas; en un plato del mismo tipo había un pequeño trozo de carne hervida, negra también y aislada, y cuya calidad estaba bastante marcada por sus atributos. Un segundo plato cuyo fondo estaba lleno de lentejas y un tercero en que había seis castañas más bien quemadas que asadas, un tenedor de estaño, sin cuchillo; los comisarios nos dijeron que era la orden del Consejo del Ayuntamiento, y sin vino.

¡Esta era la cena del hijo del Luís XVI, del heredero de *setenta reyes!*» ¡Así se trataba a la inocencia!

¡Eh, quien podría tener interés en este espectáculo y en este recuerdo del hijo de un rey, de un rey incluso, de un inocente en definitiva, forzado por la violencia a alimentarse como el más desgraciado de los súbditos!

Los “muertos” han dado señales de vida

Mientras el ilustre prisionero tomaba esta cena indigna, mis colegas y yo manifestamos con nuestras miradas a los comisarios de la municipalidad nuestra extrañeza y nuestra indignación; y para evitarles en presencia del príncipe los reproches que merecían, les hice una señal para salir de la antecámara: allí nos dijimos lo que sentíamos; ellos nos repetían que era la orden de la municipalidad, y que todavía era peor antes de ellos.

En la antecámara, ordenamos que este execrable estado de cosas cambiase en el futuro, y que se comenzase en aquel mismo momento a añadir a su cena algunos dulces, y sobre todo fruta. Yo quise que le dieran uvas, que eran raras por entonces.

Dada la orden sobre esto, volvimos a entrar. Había comido todo. Le pregunté si estaba contento con su cena. Ninguna respuesta. Si deseaba fruta. Ninguna respuesta. Un momento después, llegaron las uvas; las colocaron encima de la mesa y las comió sin decir nada. ¿Desea algo más? Ninguna respuesta.

Ya no pudimos dudar entonces de que todos los intentos de nuestra parte para obtener una respuesta serían inútiles: le informé de nuestra determinación, y le dije que era tan penosa para nosotros que sólo podíamos atribuir su silencio hacia nosotros a la desgracia de haberle desagradado; que en consecuencia propondríamos al gobierno que le enviase comisarios que fueran para él más agradables.

La misma mirada, ninguna respuesta.

— ¿Quiere usted, Señor, que nos retiremos? Ninguna respuesta.

Dicho esto, salimos; como la primera puerta estaba cerrada, permanecimos un cuarto de hora en la antecámara preguntándonos mutuamente sobre lo que acabábamos de ver y de oír, y nos comunicamos nuestras reflexiones y lo que cada uno de nosotros había observado a este respecto, así como sobre la moral y el *físico* del joven príncipe... Mis colegas y yo acordamos que, por el honor de la nación, que lo ignoraba, por el de la Convención que, a decir verdad, lo ignoraba también, pero cuyo deber era ser informada sobre ello, por el de la culpable municipalidad del mismo París, que sabía todo y causaba todos estos males, nosotros nos limitaríamos a ordenar

medidas pasajeras que serían tomadas sobre la marcha, y no haríamos un informe en público, sino en comité secreto, sólo en el Comité; lo que así se hizo.

Poco después de esta visita, Harmand de la Meuse fue enviado en misión a la Gran India, por lo que no pudo controlar la aplicación de las medidas que había dictado para mejorar la situación de Louis-Charles.

Por la misma época, Marie-Thérèse recuerda: «A finales de octubre, a la una de la mañana, estaba yo durmiendo cuando llamaron a la puerta; me levanté deprisa, y abrí temblando de miedo. Vi a dos hombres del comité con Laurent; me miraron y salieron sin decir nada.

A principios de noviembre vinieron comisarios civiles, es decir un hombre de cada sección, que venían a pasar veinticuatro horas en el Temple para constatar la existencia de mi hermano.»

Los partidarios de la Convención que temían un rapto trataban de asegurar constantemente la presencia y la identidad del pequeño prisionero. Dice Marie-Thérèse que, desde cuando ella compartía la cautividad con su madre y con su tía, los guardias pasaban tres veces al día para examinar las ventanas y asegurarse de que los barrotes seguían igual.

El abate Edgeworth de Firmont describe todos los controles a los que fue sometido antes de llegar hasta Luís XVI en la tarde del 20 de enero, controles que ni siquiera perdonaron al ministro Garat que le acompañaba. Tuvieron que atravesar sucesivamente el patio de honor, el palacio del Temple, el jardín, el recinto, la puerta de la Torre acorazada con cerrojos y barras de hierro, una sala llena de guardias, después otra reservada a los comisarios de la Comuna. Cualquier evasión era absolutamente imposible.

«En los primeros días de este mes (noviembre 1794), llegó otro comisario llamado *Gomier*, para quedarse con Laurent. Tuvo sumo cuidado de mi hermano y quedó lleno (de horror) por el estado en que se encontraba. Le dio tanta pena que quiso inmediatamente entregar su dimisión; sin embargo, para mitigar los tormentos de mi hermano,

Los "muertos" han dado señales de vida

decidió quedarse.

Se dejaba a este pobre niño desde que terminaba el día hasta el desayuno de las ocho sin luz. Se moría de miedo, porque no le gustaba la oscuridad, pero Laurent no quería subir la escalera para llevársela. Gomier consiguió que la tuviera al final del día; pasaba incluso algunas horas con él, para distraerle. Se dio cuenta de que las rodillas y los puños de mi hermano estaban hinchados; creyó que se le iban abotagando: habló al comité y pidió que descendiera al jardín para hacer ejercicio.

En primer lugar, lo hizo descender de su habitación al pequeño salón, lo que gustaba mucho a mi hermano, porque le gustaba cambiar de lugar. Reconoció pronto las atenciones de Gomier, se conmovió por ellas y se apagó a él. Este desgraciado sólo estaba acostumbrado desde hacía mucho tiempo a los malos tratos; porque yo creo que no hay ejemplo de investigaciones de una barbarie así con un niño.»

Entre el segundo y el tercer párrafo se intercala una frase que la Sra. de Chanterenne, la dama de compañía puesta a su lado después de la muerte del Delfín, le pidió que borrara:

«El Comité se enfadó por esta petición. Laurent tuvo miedo y regañó a Gomier por lo que había pedido.»

La actitud de los dos hombres es significativa: uno y otro están bien dispuestos, pero el primero vive en el recuerdo del Terror, mientras el segundo se atreve a asumir riesgos.

Este Garnier que se interesa por Louis-Charles, que le hace jugar, lo pasea, lo instala unas veces en el pequeño salón, otras en el jardín, arregla su habitación y le procura una lámpara, se llamaba en realidad Gomin. No es la primera vez que Marie-Thérèse, que parece confundirse con los nombres propios, comete este tipo de error. Por ejemplo, da a Lasne el nombre de Loine, confunde Mathieu y Mathey, transforma Edgeworth en Edjorce y Dusault en Dusceaux.

Jean-Baptiste Gomin jugará un papel importante en los siete últimos meses de la vida del pequeño enfermo, es él el que no dejará de tener al tanto a los miembros del Comité de seguridad general sobre su deterioro y si bien se encontró ausente en sus últimos momentos, fue

justamente porque corrió a llevarles su último parte de salud.

Acabo de encontrar su nombre en la página del título de la *Histoire Sainte* en compañía de la marquesa de Cavoye, de Faintot y de Faitot que deben referirse a la misma persona que no he podido identificar. En esta ocasión, Gomin está escrito Gomon, pero esto se explica: los dos cautivos jamás veían escritos los apellidos de los comisarios, los oían desde el pasillo. De todas formas, Domon, terminado con una nasal, está más cerca de Gomin que Gomier.

Por otra parte, la ortografía del delfín deja mucho que desear, como lo demuestran sus páginas de escritura conservadas en el Museo Carnavalet. Escribe cuatro veces “nationallement” amado, sin que nadie llegue a corregirlo. Las mayúsculas de los nombres propios están ausentes en el mismo escrito: louis, louis, louis, dauphin. Las palabras llevan repeticiones de letras y no siempre están separadas. Un ejemplo: «Zéelateiur [por Zélateur = defensor] pjpatriotique [por patriotique = patriótico] en la ideas de la religión que no son (pasmises [por pas mises]) puestas en práctica, pierden fuerza louis dauphin [por Louis Dauphin].»

En mitad de esta última página alguien ha caligrafiado *Mécontent*. ¿Quién está descontento? ¿Luís XVI, Cléry, o el mismo Gomin? Yo me inclinaría por uno de los dos primeros, porque de los tiempos de Gomin ya sólo quedaba Charles Capet.

En estas últimas páginas de escritura del Delfín, es fácil distinguir dos influencias totalmente superpuestas: la de la ideología revolucionaria con “defensor patriótico y nacionalmente querido” y la de la moral católica como *las ideas de la religión que no son puestas en práctica pierden su fuerza* o como *desdeñad los funestos placeres para los humanos; desgraciadamente, son totalmente vanos*. Frases como estas deben proceder de esa Historia del Antiguo y del Nuevo Testamento representada con figuras y explicaciones edificantes sacadas de los santos Padres para ordenar las costumbres en toda clase de circunstancias. Para asegurarse de ello, habría que tener el valor y el tiempo para leer esas 552 páginas.

Como el 9 Thermidor había vaciado las cárceles, fueron muchos los

Los “muertos” han dado señales de vida

que esperaron que los hijos de Luís XVI fueran a su vez liberados o que su suerte al menos se viera aliviada. El *Courrier Universel*, redactado por Nicolle, Poujade y Bertin el mayor, se hizo eco de esta preocupación en su número del 6 Frimaire (26 de noviembre de 1794): «El hijo de Luís XVI se aprovechará también de la revolución del 9 Thermidor. Se sabe que este niño había sido entregado a la custodia del zapatero Simon, digno acólito de Robespierre, cuyo suplicio compartió: el Comité de seguridad general, convencido de que, por ser hijo de un rey, no debe ser degradado por debajo de la condición humana, acaba de nombrar les comisarios, hombres justos e instruidos, para reemplazar al difunto Simon. Dos⁵⁰ están encargados de la educación de este huérfano; el tercero debe encargarse de que no le falte lo necesario como en el pasado.»

Este artículo desató las iras del diputado Mathieu que exclamó el 2 de diciembre, ante el Comité de seguridad general: «El Comité se ha desentendido de toda idea de mejorar la cautividad de los hijos de Capeto, o de ponerles instructores. El Comité y la Convención saben cómo hacer rodar la cabeza de los reyes, pero no saben cómo se educa a sus hijos... El Comité debe anunciar que ha tomado en estas circunstancias medidas contra los culpables, y que sabrá, fiel a los principios, hacer respetar las leyes, e impedir que se provoque una péruida piedad sobre los restos de la raza de nuestros tiranos...»

Las medidas contra los culpables no se habían tomado, en efecto: se dio la orden de arrestar a los tres redactores, pero sólo se pudo sorprender a Nicolle y Puojade. Mathieu fue a visitarlos a la cárcel y los amenazó: «¡Si os atrevéis a seguir hablando del hijo del tirano, haré que os pudráis en una profunda fosa!»

«El 19 de diciembre (1794), escribe Marie-Thérèse, el comité general vino al Temple, debido a su enfermedad. Esta comisión vino también a visitarme, pero no me dijeron nada.

El invierno pasó con bastante tranquilidad. Yo estaba satisfecha con la honestidad de mis guardianes; ellos quisieron encender mi fuego, y

⁵⁰ Laurent y Gomin

me dieron la leña que quise, lo cual me agradó. Me trajeron también los libros que pedía; Laurent ya me había traído.

Mi mayor desgracia era no poder lograr de ellos noticias de mi madre y de mi tía; no me atrevía a preguntarles por mis tíos y mis tías abuelas⁵¹, pero pensaba continuamente en ellos.

Durante el invierno, mi hermano tuvo algunos accesos de fiebre; estaba siempre junto al fuego. Laurent y Gomier le animaban a subir a la torre para tomar el aire; pero apenas llegaba allí, quería volver a bajar; no quería andar, y menos aún subir. Su enfermedad empeoraba, y sus rodillas se le hinchaban mucho.»

Fue entonces cuando otro ayuda de cámara de Luís XVI, François Huë, vinculado en 1791 a la persona del Delfín, solicitó ante el Comité de seguridad general el favor de compartir su cautividad para servirlo y cuidarlo.

Dos años antes, dando prueba del mismo valor y de la misma fidelidad que Cléry, había logrado continuar su servicio a la familia real en el Temple; pero, arrestado a principios de septiembre de 1793, sólo recuperó la libertad el 9 Thermidor después de escapar milagrosamente de la guillotina.

El Comité de seguridad general rechazó su solicitud con el pretexto de que los comisarios del Temple eran muy suficientes para el sustento del joven Capeto.

Entre estos comisarios, uno se había hecho sospechoso a los ojos del Comité de seguridad general, el martiniqués Christophe Laurent por encontrarlo demasiado poco severo. El fue destituido. Con estas tres palabras lo dice Marie-Thérèse en su *Mémoire*; fue sustituido el 31 de marzo de 1795 por Etienne Lasne, pintor de brocha gorda.

«Laurent se fue, y pusieron en su lugar a Loine, buen hombre, que con Gomier cuidó mucho de mi hermano.»

«Al comenzar la primavera, me animaron a subir a la torre, y así lo hice. La enfermedad de mi hermano empeoraba de día en día: sus fuerzas disminuían; su mismo espíritu se resentía por la dureza con que

⁵¹ La Señora Victoire y la Señora Adelaïde, hijas de Louis XV, habían abandonado Francia en 1791 y se habían refugiado en Roma.

Los “muertos” han dado señales de vida

le trataban desde hacía tanto tiempo, y se debilitaba insensiblemente⁵². El Comité de seguridad general envió al médico Desault para curarlo; comenzó a curarlo, aunque reconoció que su enfermedad era muy peligrosa.»

En lo que se refiere a los dos últimos meses, recurriremos principalmente a las Memorias del Jean Eckard (1761-1839) que preguntó a los supervivientes de la Revolución y buscó cuidadosamente los documentos manuscritos e impresos:

«Sólo fue en mayo de 1795 y después de nuevas instancias reiteradas por personas informadas de la situación cada vez más deplorable en que se encontraba el joven príncipe, cuando los comités se decidieron a enviarle al célebre Desault. Este honesto cirujano, después de examinar con mucha atención al niño enfermo, no les ocultó que habían tardado demasiado enviarle junto a él; que el estado de deterioro hacía casi imposible la curación: propuso tomar en el acto la decisión de hacer llevar al enfermo al campo; que allí, un tratamiento y ayudas adecuadas, podrían llegar a restablecer, al menos por algunos años, la débil existencia del augusto niño.

Los Comités no tomaron ninguna decisión sobre estas propuestas.»

Gomin y Lasne fueron los que alertaron al Comité de seguridad general, hecho que (voluntariamente o no) callan la Señora Royale y Eckard. Fue a instancias de los dos comisarios: «las enfermedades del niño Capeto parecen tomar un carácter grave», como el Comité decidió enviar al Temple al primer oficial de sanidad del Hospicio de la Humanidad; traducción: el jefe médico del Hospital. ¡Humanidad! esta gente que distribuía con tanta facilidad la prisión, el suplicio y la muerte sólo tenía en la boca esta palabra.

El doctor Desault, hace poco médico de los Hijos de Francia, comenzó sus consultas el 7 de mayo de 1795 y observó los mismos tumores en las articulaciones que ya habían inquietado a Barras y

⁵² Ella dice un poco más adelante: «Si hubiera sobrevivido, habría quedado imbécil» (débil mental). La edición corregida dice simplemente: «Si hubiera vivido, es de temer que su moral se habría visto afectada.»

Harmand. Hizo dos o incluso tres visitas al día al joven muchacho traumatizado por un secuestro que había durado del 8 de enero al 30 de julio de 1794.

«Sin embargo Desault utilizó todos los recursos que le sugerían su talento y su celo para mejorar la situación del prisionero real. El príncipe fue sensible a los asiduos cuidados de su cirujano. Se lo manifestó entregándose a él con total confianza, y rompiendo con él el silencio absoluto que mantenía con los carceleros y los comisarios de la municipalidad. Cuando estos comisarios anunciaban que la visita iba a terminar, el agosto niño, no queriéndose dirigir a ellos para prolongarla, retenía el Sr. Desault por el faldón de su vestido. Con lágrimas en los ojos el franco y sensible Desault, al salir del Temple, contaba en su casa al Sr. Nicolle y a amigos íntimos las palabras y las súplicas del joven príncipe.

Desault murió el 1º de junio siguiente, casi de repente, y sin que se pudiera descubrir en su casa ninguna nota sobre las visitas que había hecho al príncipe enfermo.

Muchas personas, impresionadas por la rapidez con la que falleció Desault, difundieron el rumor de que había sido envenenado, porque se había negado, decían, a prestar su colaboración para los planes criminales que se suponía le habían confiado a propósito del hijo de Luis XVI. Esta opinión se consolidó con la muerte repentina de Choppart, farmacéutico, que había comenzado, con su amigo Desault, el tratamiento del joven príncipe.

El día 5, el Sr. Pelletan, cirujano jefe del gran Hospicio, y el Sr. Dumangin, primer médico del Hospital de Santé, fueron nombrados para reemplazar al Sr. Desault en el tratamiento del joven príncipe.

Estos médicos reconocieron, como Dasault, que ya no había ninguna esperanza de conservar una vida tan preciosa, y como el estado de agotamiento hacía inútiles las ayudas de la medicina, sólo les quedaban los medios para aliviar los últimos momentos del prisionero real.

Criticaron a los municipios por no haber hecho desaparecer los barrotes que obstruían las ventanas, así como los enormes cerrojos cuyo ruido recordaba sin cesar a la inocente víctima los tormentos que había soportado y que lo habían llevado a un estado tan desesperado.

Los “muertos” han dado señales de vida

Como el Sr. Pelletan hablaba bastante alto sobre este tema, el joven príncipe le hizo señales para que se acercara y le rogó que hablase más bajo: «Temo, le dijo, que mi hermana le oiga, y sentiría mucho que ella se entere de que estoy enfermo porque eso le daría mucha pena.» Este detalle indica hasta qué punto este príncipe poseía un alma delicada y sensible.

Los Sres. Dumangin y Pelletan hicieron trasladar al prisionero al salón del conserje cuyas ventanas daban al jardín. La vista del sol y del verdín pareció mitigar los sufrimientos del augusto enfermo. El lo manifestó; pero como ya sólo podía pronunciar monosílabos, por lo débil que se encontraba, aún sonreía algunas veces a sus médicos.

Durante la jornada del 7, el rey sintió un desvanecimiento que hizo temer su próximo final, y el definitivo cumplimiento de estas palabras proféticas respecto a él:

«Todas mis fuerzas se han agotado, mis días se han abreviado, sólo me queda la tumba.»

La noche del 7 al 8, las molestias se agravan bruscamente, Gomin y Lasne se inquietan, envían a uno a casa de Pelletan que responde en resumen: «Os alarmáis sin ningún motivo, la enfermedad no puede evolucionar con tanta rapidez.»

El 8 de junio, a las once de la mañana, acompañado de Dumangin, viene a su visita acostumbrada.

Esta vez, el estado de Louis-Charles le parece tan desesperado que pide con urgencia una enfermera.

Luego, los dos médicos van a comer.

Cuando ellos se van, Gomin corre a llevar su boletín diario al Comité de seguridad general.

Hacia los dos de la tarde, después de tomar una cucharada de poción, Luis XVII entró en agonía asistido por Lasne y Damont, el comisario encargado aquel día de la vigilancia del Temple.

A las tres, expiró en los brazos de Lasne.

«Los comisarios, escribe Marie-Thérèse, lo lloraron amargamente, tanto se había hecho querer por ellos...»

Los comisarios en cuestión son evidentemente Lasne y Gomin que

debió lamentar profundamente su ausencia durante los últimos momentos. Regresó enseguida al Comité de seguridad general. La sesión se había levantado; se le ordenó guardar el secreto hasta el día siguiente y avisar a los doctores Pelletan y Dumangin, que tendrían que unirse a sus colegas para proceder a la autopsia.

El 9 de junio, Pelletan y Dumangin, asistidos por Nicolas Jeanroy, profesor de la Escuela de Medicina, y por Lassus, profesor de medicina legal y antiguo cirujano de la Madame Victoire, abrieron el pequeño cuerpo en presencia de Damont, de Lasne y de Gomin, que se sintió mal para aguantar hasta el final. Su nombre figura en la minuta de declaración del fallecimiento y en la minuta de inhumación.

El mismo día, el diputado Sevestre, regicida que el 3 de abril de 1794 había dicho que este niño nunca llegaría a mayor hizo, en nombre del Comité de seguridad general, el siguiente informe a la Convención:

«Desde hacía algún tiempo, el hijo de Capeto se sentía indisposto por una hinchazón en la rodilla derecha y en el puño izquierdo. El 1º de Floreal (20 de abril), los dolores aumentaron; el enfermo perdió el apetito y sobrevino la fiebre. El célebre Desault, oficial de sanidad, fue nombrado para que lo viera y tratara. Sus talentos y su honestidad nos garantizaban que nada faltaría a los cuidados debidos a la humanidad (*sic*).»

«La enfermedad sin embargo tomaba caracteres muy graves. El 16 de este mes (5 de junio), Desault murió; el Comité nombró para reemplazarlo al ciudadano Pelletan, oficial de sanidad muy conocido, y el ciudadano Dumangin, médico jefe en el Hospital de la Santé, fue su adjunto.

«Sus boletines de ayer, a las once de la mañana, anuncian síntomas inquietantes para la vida del enfermo; y a las tres y cuarto de la tarde, recibimos la noticia de la muerte del hijo de Capeto. El Comité de seguridad general nos ha encargado informaros de ello: de todo hay constancia.»

Y Eckard concluyó:

«El 10, dos días después de la muerte de Luís XVII, el comisario de policía de la sección del Temple, acompañado por dos comisarios civiles, se trasladó, a las ocho y media de la tarde, a la torre del

Los “muertos” han dado señales de vida

Temple, siguiendo una orden del Comité de seguridad general para levantar el cuerpo de Su Majestad: lo encontraron descubierto; y en su presencia fue introducido en un ataúd de madera, y trasladado inmediatamente y sin ninguna ceremonia al cementerio de la parroquia de Santa Margarita, en el arrabal de Saint Antoine.»

Estas largas y pacientes investigaciones en las Memorias del tiempo me han permitido por tanto verificar la gran mayoría de los hechos expuestos por la visionaria. Estos hechos se referían frecuentemente a detalles, pero los detalles hasta entonces ignorados hablan muchas veces más alto que las generalidades que cada uno puede conocer.

Entre estos detalles que lo aclaran todo, figura en primer lugar el nombre de Gomin quien, en la guarda del libro tres veces centenario, atestigua la presencia en el Temple de este objeto venerable. Este nombre fue escrito por el niño con la misma letra que la de los deberes conservados en el Museo Carnavalet: las letras o, m y n son idénticas.

Después de encontrar el nombre de Gomin, tuve la satisfacción de encontrar, gracias a Lenôtre, no sólo su identidad: tapicero, nacido en París en 1751, sino también su casa y su tienda, situadas ambas en el número 38 de la calle Saint-Louis-en-l’Île.

Esta tienda que todavía existe y que hoy vende alimentación, esta casa que tiene cinco pisos, Gomin las había heredado de su padre y, oh sorpresa, las había comprado a una cierta Señora de Jouvenel.

He aquí lo que puede leerse en la placa colocada encima de la puerta:

EN 1775
GILLES GOMIN, MAESTRO TAPICERO
 adquiere de muy alta y poderosa señora
MADAME ISABELLE LOUISE JUVENAL,
DE HARVILLE DES URSINS DE TRESNEL,
MARQUESA DE LA CHASTRE

Se argüirá que Juvenal no es Jouvenel. Sí, exactamente, Jouvenel es

el nombre original. El Larousse del siglo XIX nos informa que Jean Juvenal o Jouvenel de los Ursins, señor y barón de Trainel-en-Champagne, magistrado francés, Troyes 1350-Poitiers 1431, pertenecía a una familia de origen inglés que llevaba el nombre de Jouvenel o, según otros, de Juvenel, y que había venido a establecerse en Champagne. En cuanto a su sobrenombre de los Ursins, viene del hecho de que la ciudad de París de la que Jean de Jouvenel era preboste, le asignó el hotel de los Ursins como alojamiento de empleo. El título de barón sigue perteneciendo a la familia, Roland lo habría llevado si hubiera vivido.

Por su profesión de maestro tapicero, de artesano en contacto diario con las cosas hermosas y la gente de cultura, Gomin era distinguido y educado; era un hombre sensible, como se decía entonces. Surgió una amistad entre este hombre de unos cuarenta años, elegante y artista, y los dos jóvenes cautivos junto a los que lo habían colocado muy a su pesar.

«Es el primer ser que ha aliviado mi cautividad» escribe Marie-Thérèse.. Ciento que había estado Laurent, pero, aterrorizado por el Comité de salud pública, no se atrevía a confraternizar demasiado con los prisioneros y sus pocos favores se dirigían más bien a Marie-Thérèse.

¿Qué puede hacer Gomin para aliviar la cautividad de esta joven cuyo encanto percibe? Le pone a su disposición a Coco, un perro del que dice él mismo:

«Era un falso podenco pelirrojo y de aspecto muy feo. Su nombre era tan vulgar como su facha, pero su dulzura y su natural cariñoso salvaban todas las desgracias.»

Como es él quien sube las comidas, tiene siempre en sus bolsillos alguna golosina. Le lleva ropa interior, libros, cosas para escribir... y sobre todo viene a darle conversación. Había momentos en que Marie-Thérèse comenzaba también a perder el uso de la palabra; tartamudeaba, pronunciaba mal, no encontraba ya sus palabras. Ella está encantada de tener como confidente a este hombre que tiene la edad de su padre y al que encuentra muy atractivo.

En varias ocasiones, le pide noticias de su madre y de su tía; él

Los "muertos" han dado señales de vida

siempre elude la cuestión. No se atreve a decirle la verdad tanto para velar por ella como por miedo a represalias.

Finalmente fue la Sra. Chanterenne, a quien el Comité de salud había puesto a su lado, la que decidió decirle la verdad. Marie-Thérèse calló como si no se diera cuenta enseguida de la inmensidad de su desgracia. Permaneció mucho tiempo sin voz, sin lágrimas, totalmente hundida en el sofá donde se había venido abajo. Gomin, lleno de preocupación, hablaba de llamar a un médico... Por fin volvió en sí y su llanto fue interminable. Cuando se fue la Sra. de Chanterenne, Gomin llevó la cena a la joven e hizo lo imposible por consolarla.

Marie-Thérèse tenía algunas dudas sobre su dama de compañía que le dedicaba miramientos a los que ya no estaba acostumbrada, haciéndole la reverencia, llamándole Señora e incluso Princesa. Le hizo partícipe a Gomin de sus inquietudes, y él la tranquilizó. Certo que la ciudadana Chanterenne había sido puesta a su lado para servirle de compañía y vigilarla, pero era una buena persona y lo demostraba.

En efecto, cuando enviaba su informe diario al Comité, era para indicar la indigencia de la prisionera, y la necesidad de hacerle llegar ropa interior y vestidos. Aludía también a «su natural alegre, a la conmovedora sensibilidad de su corazón, a la cortesía dulce y franca, al valor de su alma.»

Entonces, poco a poco, la vida recuperó sus exigencias y Gomin pudo escribir en su agenda: «¡Madame se había mostrado muy contenta de dejar el viejo vestido de seda parda que apenas la cubría, y que no dejaba de arreglar desde el régimen de Robespierre!»

Ahora su vestimenta era muy decorosa: por la mañana en su habitación, estaba en redingote de bombasí blanco, durante la jornada con vestido de nanquín, el domingo se ponía un vestido color limón, y en todas las fiestas solemnes, vestía una falda de seda verde.

Su hermosa cabellera, tan abundante que las mujeres a la moda de la época decían que llevaba peluca, flotaba como en el pasado, en un amable desaliño, recogida con gracia con una cinta, un pañuelo sujetado delante de la cabeza...»

Se recordará que la Sra. V... había dicho: *tiene unos cabellos*

espléndidos... y se habrá notado el tono cariñoso de la descripción. El artesano está prendado de la princesa y el carcelero de su cautiva. Lo que es más: los sentimientos son recíprocos: Madame dará prueba de ello en el momento de su liberación.

Raramente se ha visto a un prisionero liberado realizar mil gestiones para partir con sus guardianes. Eso es sin embargo lo que se produjo. Marie-Thérèse pidió insistente a Benezech, ministro del Interior del Directorio que organizaba su viaje, el favor de llevar en su exilio a su gran amiga la Sra. de Chanterenne, a quien ella llamaba Rénette y al fiel Gomin «el primer ser que alivió su cautiverio». Se le negó Rénette; se le concedió Gomin, pero sólo hasta Basilea. El gabinete de Viena no habría tolerado la presencia de un antiguo revolucionario junto a una archiduquesa de Austria.

Ella reclamó también la presencia de Huë: «Es el último servidor de mi padre que permaneció con él en la cárcel, mi propio padre me lo pidió al morir. Es una deuda sagrada que debo a su memoria. El permanece en la Isla de Saint-Louis, avenida de Anjou...»

Primera rectificación: el último servidor que permaneció con el rey en la cárcel fue Cléry... a quien ella por otra parte iba a encontrar en Austria.

Segunda rectificación: Isla de la Fraternité, avenida de la Egalité, nº 6.

Como ella lo deseaba, François Huë formó parte de la expedición, pero viajó en la segunda berlina. Salida de París, a media noche, el 18 de diciembre de 1795; llegada a Huningue, el 24, a las seis de la tarde.

Durante esta travesía de la Francia profunda, fue reconocida y las manifestaciones de simpatía fueron numerosas: «¡Ah, mi querida Renette, cuánto bien y mal me ha hecho esto! No puedes hacerte una idea de lo que corrían para verme. Unos me llamaban su buena dama, otros su buena princesa. Unos lloraban de alegría y a mí también me daban ganas de hacerlo.»

Esto es lo que escribía en Huningue, en la tarde del 25 de diciembre, Marie-Thérèse a la Sra. de Chanterenne, convertida en su principal confidente.

Se había instalado a la princesa y a su séquito en el Albergue de

Los “muertos” han dado señales de vida

Corbeau. La hostelera había venido con sus dos hijos: una niña y niño, portadores ambos de sendos ramos de flores, para desechar una feliz Navidad. Ahora bien, en aquella época, el 25 de diciembre sólo era el 4 Niveso, es decir un día como los demás. Pero en Alsacia, les preocupaban poco los cambios parisinos; en este país, profundamente cristiano, se seguía celebrando, más o menos clandestinamente, la fiesta de la Natividad.

— ¿Cuántos años tienes? preguntó Marie-Thérèse al pequeño rubio que le entregaba sus flores y la contemplaba, intimidado, por sus ojos azules.

— ¡Diez años!

Diez años, la edad exacta del Delfín...

Y Madame Royale termina esta carta en la que habla tres veces de Gomin:

«Mi querida Renette, le envío este relato pensando que esto le gustará. Lo he hecho expresamente para usted. Son las seis de la mañana, el segundo coche ha llegado a las tres⁵³. He pedido enseguida noticias de usted a Baron y a Meunier. Me han contado su dolor⁵⁴ y tengo que regañarle, mi querida Renette. No se lleve mal rato, no caiga enferma, se lo pido. Me han dicho que tenían miedo.

Vea con frecuencia a la Sra. de Mackau⁵⁵, se lo ruego, así como al Sr. Gomin. Este pobre hombre me ha servido con sumo cuidado. Se ha preocupado mucho. No comía ni dormía. Se lo recomiendo, mi querida amiga. El le entregará esta carta; he escrito públicamente⁵⁶ a las Sras. de Mackau y de Tourzel, pero a usted he preferido escribirle así para no sentirme entorpecida⁵⁷. Está muy mal escrita, pero estoy en una

⁵³. El segundo coche llevaba a Baron, Meunier, el joven de Soucy, la doncella Catherine Varenne y Huë que llevaba el perro Coco y el ajuar ofrecido por el Directorio.

⁵⁴. Por no haber tomado parte en el viaje.

⁵⁵. Su antigua gobernanta.

⁵⁶. Por el correo oficial.

⁵⁷. Para evitar la censura.

mesa con el Sr. Mechaine⁵⁸ que escribe también.

«La Sra. de Soucy y su hijo escriben también. Los Sres. Gomin y Huë hablan detrás de la puerta. Esta es la situación en este momento, y Coco⁵⁹, mi querido Coco, está durmiendo en el rincón de la estufa.

«Adiós, mi querida Renette, la bien amada de una desgraciada expatriada. Esta mañana he visto al Sr. Bacher, el secretario de Francia en Basilea. Lo volveré a ver mañana por la mañana; y mañana por la tarde, al final del día, cuando se cierren las puertas⁶⁰, partiré hacia Basilea y el intercambio⁶¹ se realizará enseguida, y yo marcharé hacia Viena donde estaré tal vez cuando reciba esta carta. Se habla mucho de mi matrimonio⁶², se dice que será próximo. Espero que no. ¡En fin, no sé lo que digo!

Le prometo seguir pensando en usted. No puedo ni quiero olvidarla. Cuide de ese pobre Sr. Gomin que vive el dolor de nuestra separación. Adiós, mi querida Renette, la paz es lo que deseo por más de una razón. Que ella llegue y que yo pueda recibirla en Roma⁶³, pero no en Viena⁶⁴. Adiós, buena, encantadora, tierna Renette, mi hermosa dama. »

En el momento de separarse de Gomin Marie-Thérèse le entregó, muy emocionada, una carta que estaba destinada personalmente a él: «Este viaje, a pesar de la pena, me ha parecido agradable por la presencia de un ser sensible cuya bondad conocía desde hacía tiempo, pero de la que una vez más me ha dado una última prueba por el modo de comportarse conmigo.

Ni que decir tiene que esto no era necesario para que tuviera él toda

⁵⁸. El capitán de gendarmería encargado de llevarla a Basilea.

⁵⁹. El perro ofrecido por Gomin al Delfín y después a Marie-Thérèse. Cuando el perrito volvió a ver a su dueña, la alegría le produjo tal choc que se creyó que iba a perder la vida del susto.

⁶⁰. De la ciudad fortificada.

⁶¹. Cuando los habitantes de Huningue vieron llegar a los cinco jacobinos, exclamaron como un solo hombre: «¡Perdemos un ángel y, en su lugar, nos dan cinco monstruos!»

⁶². Con el archiduque Charles.

⁶³. Ella esperaba encontrar allí a sus dos tíos-abuelas, pero el viaje a Roma no tuvo lugar.

⁶⁴. Como si temiera una cautividad dorada.

Los “muertos” han dado señales de vida

mi estima, pero todavía es mayor a partir de este momento.

No puedo decir más, mi corazón siente mucho todo lo que debe sentir, pero no tengo palabras para expresarlo.

Termino sin embargo suplicándole que no sufra demasiado, que tenga ánimo. No le pido que piense en mí. Estoy segura de que lo hará y le aseguro que haré lo mismo por mi parte.»

Detrás de la discreción de las palabras, de la delicadeza de la expresión, se oculta una emoción que está muy cerca del amor.

Gomin no volvió a París hasta mayo de 1796, mientras tanto había hecho a Suiza una escapada misteriosa. ¿Siguió de incógnito el coche de Marie-Thérèse? ¿Se encontró con ella durante las etapas? La carta de despedido ¿fue remitida desde Basilea o desde la frontera austro-suiza?

Bajo el Consulado y el Imperio, en lugar de reanudar su oficio de tapicero, que le habría obligado a frecuentar la alta sociedad, se hizo impresor, después ujier-tasador. Bajo la Primera Restauración, tuvo la alegría de volver a ver a Madame quien le confió la conserjería del castillo de Meudon, pero fue despedido durante los Cien Días. Bajo la Segunda Restauración, su protectora le obtuvo en las Tullerías un puesto equivalente, lo que daba a este Ruy Blas envejecido nueva ocasión para observar a su estrella.

Muerto Clery desde 1809, Gomin seguía siendo el testigo fundamental hacia el que se dirigían los escritores deseosos de reconstruir la cautividad real. Uno de ellos, Beauchesne, le consultó con frecuencia para componer su libro: *Louis XVII, sa vie, son agonie, sa mort*. Agonía y muerte sobre las que sólo Gomin era ya el único que conocía la verdad.

Por eso apelaron a su testimonio durante el proceso de 1834, dirigido contra Henri-Héctor Hébert que se hacía llamar barón de Richemont y duque de Normandía; este falso Luís XVII (¡uno más!) había protestado contra la llegada de Louis-Philippe como había protestado contra la de Luís XVIII.

Gomin, que había asistido a los últimos días y a la autopsia del huérfano del Temple, logró convencer a la Sala de lo Criminal y el

pseudo barón y duque fue condenado a doce años de arresto por estafa y complot. En su declaración, el antiguo comisario del Temple manifestó que el pequeño príncipe le hablaba siempre de temas serios y elevados: «Estas conversaciones dejaron en mí profundos recuerdos; sorprendería al auditorio si me propusiera repetir lo que él me decía.»

Pero los profundos recuerdos que le resultaban más queridos, aquellos de los que no hablaba, se referían a la princesa de la que se había convertido y de la que sería hasta el final su adorador.

Murió en 1841: entre la camisa y el pecho de este anciano de ochenta y cuatro años, se descubrió la carta de despedida de Madame Royale, carta llena de un amor contenido al que sólo se atreve a nombrarle en tercera persona: «No le pido que piense en mí. Estoy segura de que lo hará y le aseguro que por mi parte haré lo mismo.»

El 26 de marzo de 1984, hojeo el libro esperando encontrar otras pruebas de identidad, o al menos indicios, coincidencias que serían señales. Esperándolo, encuentro ocultos entre las páginas recortes de papel en negro y blanco, que representan un talón (de registro), una rama, clavos, una pala. ¿Provienen de un libro tipo Enciclopedia de Diderot que se hubiera destruido? Gracias a Dios, la Historia Sagrada que sirvió al Delfín como libro de imágenes, está intacta.

Vuelvo a las dos ilustraciones en las que el joven muchacho dibujó dos barcos. He aquí la página 427: JESUCRISTO CAMINA SOBRE EL MAR Y HACE CAMINAR A SAN PEDRO; y la 435 donde cura a dos leprosos. La escena tiene lugar al borde de un río que atraviesa una aldea de la Ile-de-France; chozas, árboles frondosos, vacas, camas de heno, pájaros en el cielo, patos sobre las aguas, un puente con dorso de asno bajo cuyo arco el niño hace bogar una barca. A la izquierda el Maestro y los discípulos; a la derecha, los diez leprosos que agitan sus tablillas (de leprosos).

Encima del grabado un título: LOS DIEZ LEPROSOS. LUCAS XVII. Bajo el grabado, un texto: Jesucristo aprovechando la ocasión de la disputa de sus discípulos sobre la primacía les recomendó la humildad cristiana y les habló del respeto a los niños y a los débiles, a quienes aseguró que es muy peligroso escandalizar.

Los “muertos” han dado señales de vida

Se encuentra, en efecto, al principio de Lucas, capítulo XVII: «Es imposible evitar los escándalos, pero ¡ay de aquel por quien lleguen los escándalos! ¡Más le valiera que se atasen al cuello una rueda de molino y lo echasen al mar, que escandalizar a uno de estos pequeños!»

Escandalizar es muy débil, muy anodino. **Skandalizô** es más concreto, más enérgico: hago tropezar, hago caer. En sentido propio, el **skandalon** es la caída; en sentido figurado, la ocasión de caída.

Mateo XVIII, 7 es todavía más explícito y más inquietante: «¡Ay del mundo por sus escándalos, porque es necesario que lleguen los escándalos, pero ay del hombre por el que llegue el escándalo!»

Esta necesidad del mal es un secreto duro de llevar y un tema difícil de metafísica.

Se advertirá sin embargo que si la primera parte del versículo se refiere a la fatalidad, la segunda hace alusión a la libertad, porque nadie está obligado a elegir el escándalo, la ocasión de caída.

Ay de los que han hecho caer a este inocente en acusaciones abominables contra su madre y su tía; ay de los que le han condenado a la soledad del cuerpo, del alma y de las palabras! ¡Ay de los que poco a poco apagaron su espíritu y lo obligaron a dejarse morir!

Encuentro el número 17, escrito a pluma y en cifras árabes al margen de dos grabados: el de la página 475 representa a Jesús ante Anás y Caifás, el de la página 487 lo muestra saliendo del sepulcro. ¿Fue el pequeño rey que nunca reinó el que trazó este 17 al lado de la Pasión y de la Resurrección? ¿Leyó estas líneas que terminan el capítulo: «Nada puede inspirarnos mayor aversión a toda la gloria del mundo que las circunstancias que la acompañan, pues todas ellas permiten conocer a los cristianos que ellos no son lo que son para esta vida, sino para otra...»?

Otra vida en la que uno encuentre a los suyos y su amor, en la que la personalidad se desarolla en la felicidad, en la que todo sufrimiento es recompensado, en la que los horrores y escándalos han desaparecido para siempre.

¡Cuántas concordancias de nombres y de números, de lugares y de

fechas, y cuántos encuentros en torno a este libro!

La primera videncia, la de la Sra. V..., la más larga, la más elaborada, la mejor situada en el tiempo (finales de 1793) tuvo lugar en París con mi única presencia.

La segunda videncia, la más breve, la de la Sra. Marcelle Mensier tuvo lugar en Villepreux, en presencia de varias personas, entre ellas la Sra. de Saint-Seine, descendiente de Bertin l'Aîné, que había intervenido valientemente en favor del pequeño Capeto. Habría que añadir: en presencia de varias personas de la otra vida, entre ellas mi prima Regina Gatbois, descendiente de Clery, la que, como se recordará, intervino directamente.

La tercera videncia, la del Sr. Raphaël Vacinny, lanzó sus fulguraciones a Cergy, en presencia del Sr. Marceau Sicaud, descendiente de ese Hebert que se ensañó con la familia real y contribuyó tan eficazmente a su agonía.

Porque hubo una tercera videncia y he aquí en qué circunstancias: mi texto estaba totalmente redactado hasta la página 255 cuando, el domingo 1º de abril de 1984, el Sr. Sicaud me trajo a un joven lector deseoso de conocerme y de contarme una sombría aventura onírica, que le había sucedido.

Mientras hablaba, sentía yo la energía de sus dotes psíquicas y deseaba ponerlas a prueba. Cuando terminó su relato, fui a buscar la Historia sagrada y le pedí que intentara una experiencia de visión sobre objeto. El respondió como la Sra. V...:

— *Jamás he hecho psicometría, pero voy a intentarlo.*

Toma el libro cerrado y percibe también enseguida el dolor y la violencia que de élemanan. El también pronuncia Templario:

— *Sangre, guerras, combates... ¡Templario! siglo XVII, ¿es así?*

— Sí, el libro apareció en 1674.

— *Geroglíficos!*

— No, no hay. Sólo caracteres hebreos que forman el nombre de Dios.

Poco a poco se organiza:

— *De generación en generación, este libro llega hasta usted. Fue bendecido y se transmitió como un símbolo de suerte. Fue encerrado*

Los "muertos" han dado señales de vida

en una especie de tabernáculo.

— ¡Es posible! No lo sé.

— *Prieur... Prieur. No es usted. Es un personaje de túnica larga azul, una especie de obispo.*

Ve sin duda al gran Prior del Temple.

— *Este libro tiene una relación con el poder de un rey, un rey ha tocado este libro.*

— ¡Exacto!

— *Libro salvaguarda para proteger a un rey. Sangre realista... no, perdón: sangre real. Corazón real encadenado... corona... Siento un olor a salitre. Todo es negro!*

Helo ahí entre los húmedos muros de una cueva.

— *Veo rejas, murallas, un portal elevado. Esto hace pensar en un cementerio.*

La Sra. V... había tenido la misma impresión.

— *Candado... candado...*

En este momento, el Sr. Sicaud no puede evitar manifestar dudas, porque el término y el objeto le parecen demasiado modernos. A mí también por otra parte. Pero después de su marcha, al releer la Memoria de Marie-Thérèse, descubrí con estupor la palabra *candado*: «Su ventana, cerrada con candado a los barrotes, nunca estaba abierta; y no se podía estar en su habitación debido al olor nauseabundo.»

— *Un hombre vestido de negro, lo veo de espaldas. Botas... una capa negra. Tiene pelo negro, rígido. Un corte en la oreja. Se pone de rodillas.*

El hecho de que este desconocido se ponga de rodillas me hace pensar en el abate Edgeworth, venido al Temple para asistir a Luis XVI en sus últimos momentos y acompañarlo hasta el cadalso. Su vestimenta hace pensar en un oficial más que en un sacerdote, pero seguro que no vino vestido de eclesiástico. Seguramente no llevaba los cabellos polvorientos o la peluca blanca de los abates.

— *Veo una imprenta... dos grandes cubas.*

— *¿La imprenta en la que trabajaba Gomin bajo el Imperio?*

— *Oigo Jean... Jean. No es usted. Jean: la cárcel, el exilio.*

Clery se llamaba Jean-Baptiste. El conoció, en efecto, la cárcel y, hasta su muerte, vivió en el exilio.

— *Espinás... espinás...*

En este momento pienso corona de espinas y veo en ella un símbolo de pruebas.

— *Cruce de espadas.*

Mi amiga, Madeleine Rous, que asiste a la videncia, se encuentra estupefacta por este cruce de espadas. Cuando nos encontremos solos, le explicaré esto: cuando Luís XVI descendió de la carroza para acercarse a la guillotina, tuvo que pasar bajo el arco de acero formado por las espadas que dos filas de oficiales blandían sobre él.

— *Sobre mi rostro caen gotas de sangre...*

Toda la sangre que escapa del cuello cortado chorrea sobre la cabeza que ha caído al cesto.

— *Bajo por unas escaleras, camino por subterráneos. Atravieso puertas, muchas puertas...*

Hemos dejado la plaza de la Revolución (ex-plaza de Luís XV, futura plaza de la Concordia) para volver a la prisión del Temple.

— *Está oscuro, tengo miedo... tengo miedo.*

Raphaël incorpora los sentimientos que torturaban al pequeño prisionero. «Este desgraciado niño, escribe Marie-Thérèse, se moría de miedo: nunca pedía nada, tanto Simon como los otros guardianes lo hacían temblar. Pasaba el día sin hacer nada: ni siquiera le dejaban luz.»

Al suplicio de la soledad y de la inactividad totales, al suplicio de la suciedad corporal, de la hediondez y de la falta de aire (ventanas con candados), se había añadido el suplicio de la oscuridad.

— *Asesinato camuflado... (un tiempo) Veneno en pequeñas dosis.*

¡Veamos! Esto cuestiona todo. He citado los testimonios de tres memorialistas de la época que no creían en el veneno aunque fueron monárquicos, me refiero a d'Eckard, de Beaulieu y de François Huë. La misma Marie-Thérèse no creía en él: «Los médicos que abrieron su cuerpo no encontraron el menor rastro de veneno.»

Pero, por otra parte, los tóxicos de origen vegetal no dejan rastro... y luego está el misterio de la doble muerte súbita del doctor Desault y de

Los “muertos” han dado señales de vida

Choppart, su farmacéutico.

Estos son los hechos: después de examinar al pequeño enfermo, el médico presentó su informe a los de la Convención que lo leyeron enseguida. Le dieron las gracias y le invitaron a cenar. Vuelto a su casa. Desault sufrió violentos vómitos y murió por la noche.

He aquí ahora la interpretación de los hechos: tres posibilidades:

— el médico se dio cuenta de que envenenaban lentamente al niño y protestó en su informe;

— el niño gravemente enfermo está libre de todo veneno y se les hace comprender a Desault y a Choppart que sería bueno adelantar su final por humanidad. Ambos lo rechazan.

— el niño presentado no es el Delfín.

En las tres hipótesis, los de la Convención no se enfadan ni imponen su punto de vista. Lejos de amenazar al doctor Desault, le ofrecen una excelente cena... que para él será la última.

— *Este libro tiene una relación con la historia de los Borbones y con los chuanes⁶⁵.*

— Con los Borbones, seguramente. ¡Con los chuanes, tal vez!

— *Ha viajado mucho, pero ha vuelto a su punto de partida. ¿Todo lo que le he dicho es exacto?*

— Desordenado, pero es exacto. Aparte una o dos cosas que ignoro y que no puedo comprobar, por ejemplo el libro encerrado en un tabernáculo; pero en tres siglos ha podido suceder. En todo caso, tiene razón, este libro ha vuelto a su punto de partida: París. ¿Qué más ve?

— *Un corazón encerrado en cristal. Encima del corazón, veo una insignia real. Siento un perfume.*

Esto resulta cada vez más interesante. Recuerdo el testimonio del doctor Pelletan, cirujano jefe del Hotel-Dieu, que sucedió al doctor Desault y ofreció sus cuidados al niño mártir. El fue el que, como hemos visto, procedió a su autopsia. «Aprovechando un momento en que mis colegas, el oficial municipal (sin duda Gomin) y el conserje

⁶⁵ *Chuan*: insurrecto del Oeste de Francia durante la Revolución francesas (NdT).

estaban detrás del vano de una ventana, me atreví a apoderarme del corazón. Lo envolví en el mantel que cubría la mesa y lo guardé en mi bolsillo.»

Cuando volvió a su consulta, el doctor Philippe Pelletan limpió el órgano envuelto en el mantel con un producto antiséptico, alcohol o agua de Colonia. Este fue el perfume sentido por Raphael. Lo colocó en un tarro lleno de espíritu de vino, como se decía entonces. He aquí el corazón encerrado en cristal.

Bajo el Directorio, el Consulado y el Imperio, la reliquia permaneció en el tarro disimulada detrás de los libros del anaquel más alto de su biblioteca. Durante cerca de un siglo, conoció una serie de desventuras increíbles. Para comenzar, fue robada al cirujano por uno de sus familiares: ¿amigo, criado, alumno? Cuando murió el ladrón (finalmente se trataba de un alumno), su viuda tuvo la honradez de devolvérsela.

Bajo la Restauración, Pelletan encerró el corazón en una tarro de cristal, sobre el que estaban grabadas las letras L.C., monograma de Louis-Charles. En la tapa del relicario, diecisiete estrellas formaban una corona rematada por una flor de lis de oro. Esta es la señal real. Quiso ofrecer el precioso objeto a Luís XVIII quien ante las protestas de Lasne y de Dumangin, lo rechazó. Como si, según ellos, el niño al que había hecho la autopsia no fuera el Delfín; lo que tendería a confirmar la tercera hipótesis relativa a la muerte súbita de Desault, ex-médico de los Hijos de Francia.

Rechazado por el rey, Pelletan se dirigió a la duquesa de Angoulême que adoptó la misma actitud que su tío. Se dirigió luego a Decazes, ministro de Justicia, después al conde de Clermont-Tenerre, ministro de la Guerra; inútil. Sólo encontró acogida favorable en el arzobispo de París, Mons. de Quelen, quien aceptó tomar en depósito el relicario.

Mons. de Quelen, que había pronunciado en 1814 la oración fúnebre de Luís XIV, intervino ante Charles X; sugirió depositar el corazón en la cripta del santuario de Notre-Dame, donde ya se encontraban las entrañas de Luís XIII y las de Luís XIV; si no, en Sainte-Genevieve (Panteón) junto al altar de san Luís, o también la cripta de San-Luís de los Inválidos. Ninguna de estas propuestas se admitió.

Los “muertos” han dado señales de vida

El corazón en su frasco de cristal, cubierto con la tapa de las diecisiete estrellas, se encontraba todavía en la biblioteca de Mons. de Quelen, cuando el arzobispado de París fue asaltado y saqueado en 1831. Allí fue donde uno de los asaltantes, un obrero llamado Lescrocet, lo descubrió y se quedó con él. Una vez leídos los distintos documentos que autentificaban la reliquia y que estaban firmados por Philippe Pelletan, comprendió su valor, y se dispuso a devolverlo. Pero, mientras huían del arzobispado saqueado, fue atacado por amotinados que, al darse cuenta del frasco de cristal, se lo arrebataron después de morderlo a palos. Sólo pudo entregar al hijo del cirujano (Philippe Pelletan había muerto en 1829) los documentos justificativos.

Acompañado de Lescrocet, el doctor Pierre Pelletan volvió enseguida al lugar de la agresión. Tuvo la suerte de encontrar, tirado en un montón de arena, el corazón del que se habían deshecho los ladrones. Como se había convertido en algo parecido a un trozo de pergamino, Pierre Pelletan sólo lo reconoció por su fuerte olor a espíritu de vino: *Siento un perfume.*

A su vez, hizo varias gestiones ante el conde de Chambord, pretendiente del trono de Francia, para intentar que aceptara el corazón colocado en un nuevo relicario. Fue rechazado. Cincuenta años después de su padre, murió sin haber logrado convencer a los descendientes de los Borbones.

La víscera real quedó en posesión de sus herederos hasta 1886. Fue entonces cuando el Sr. de Maillé lo entregó a Don Carlos de Borbón, representante de la legitimidad española. Pero el príncipe de Valori, consejero y portavoz del pretendiente al trono de España, compartía la opinión de Luis XVIII.

Ignoro lo que decidió a Don Carlos a ofrecer el relicario a la capilla del castillo de Frohsdorf. Actualmente, reposa en este santuario junto al echarpe manchado de sangre de María-Antonieta y de las espinas procedentes de la corona de espinas de la Sainte-Chapelle.

Las espinas mencionadas por Raphaël no eran por tanto simbólicas como yo creía, estaban muy real, muy concretamente cercanas al

corazón real encerrado en el frasco.

El joven vidente me devuelve el libro que fue escrito para el Delfín, hijo de Luís XIV, y que se convirtió en compañero de cautiverio del Delfín, hijo de Luís XVI.

— *Ahora tengo que detenerme, estoy cansado. ¿Puede decirme de quién se trata?*

— ¡No, todavía no! Me gustaría que reanudásemos otra vez esta experiencia que ha resultado concluyente.

Desgraciadamente, debido a una indiscreción, no hubo segunda vez. Fue necesario permanecer en aquel 1º de abril, día de san Hugues, en el que tantas veces se habló del pequeño Capeto.

Recupero por tanto la Historia del Antiguo y del Nuevo Testamento, soporte que ha permitido a tres médium sucesivos tener acceso a los que se llaman los archivos cósmicos, porque el episodio del corazón y de las espinas, totalmente imprevisible, no estaba en relación directa con el libro como podían estarlo las cadenas, las rejas o los muros de piedra. Además, se había visto surgir a una persona que nunca había estado en contacto con este objeto y que no acostumbra a aparecerse al mental de nuestros compatriotas, me refiero a Marie-Thérèse de Austria, la *gemütliche Grossmutter*, que con tanta exactitud fue descrita por la primera vidente.

Todos los sentidos físicos han participado en esta psicometría en tres actos. Mis visitantes no sólo vieron, sino que también oyeron: *Oigo una campana que tañe*, decía la Sra. V... ¿Era la campanilla puesta a disposición de Louis-Charles y que ya no agitaba en los últimos tiempos? No sólo oyeron, sino que también olieron: *Siento un olor a salitre*, decía Raphaël, ese olor a salitre tan característico de las cárceles y de la cuevas. *Huelo un perfume*, añadía a propósito del corazón. Los tres médium, dos de ellos aficionados, habían venido por algo muy distinto y me encontraban por primera vez. A los tres los cogí de improviso. Me aportaron cierto número de detalles que yo ignoraba y que he podido comprobar después de largas y apasionantes búsquedas. Ninguno de los tres comprendió realmente de qué se trataba y era mejor así, porque de otro modo lo habrían adornado

Los “muertos” han dado señales de vida

sirviéndose de los conocimientos que todo francés puede acumular sobre la Revolución. Las palabras que decían en estado de semi-trance les parecían sin relación lógica de unas con otras. Raphaël sobre todo dudaba; tanto temía equivocarse, tanto le parecía que lo que decía no tenía ni pies ni cabeza. Por ejemplo, ¿qué pintaba la palabra *imprenta*? Cuando él la pronunció, yo sabía que Gomin después de la Revolución había trabajado en una imprenta, pero no sabía que el doctor Pelletan durante su primera visita al Temple, el 6 de junio de 1795, había encontrado al niño *jugando con una pequeña imprenta, un pequeño billar y libros*. Ahora que conozco estas líneas, me inclinaría más por la segunda interpretación.

Los tres vieron cosas distintas, pero se armonizaban y reconstruían el puzzle que sigue incompleto; muchos puntos siguen oscuros. La visión de la Sra. V... se centraba en el último trimestre de 1793; la de la Sra. Mensier, a la vez en el 10 de agosto de 1792 (toma de las Tullerías) y en 1938: accidente y muerte de mi vieja prima que, en medio de su pobreza, me había dado lo que ella tenía de más precioso⁶⁶; la de Raphaël Vacinny, que tomaba el relevo de las dos anteriores, a la vez en el 21 de enero de 1793, en mayo-junio de 1795 y más allá.

Percibieron las vibraciones de angustia que emanen de este libro, testigo de la lenta degradación moral, intelectual y física de un niño inocente; insopportable Pasión que duró tres años.

En cuanto a mí, siento las olas de pena que estas páginas siguen irradiando y pienso en este verso de Lucrecio: *sunt lacrymae rerum*, los objetos tienen sus lágrimas.

Los objetos tienen sus lágrimas porque tienen su vida.

⁶⁶. Siempre me ha intrigado una cosa: ¿Por qué había ocultado este libro en un cesto de ropa interior, cuando disponía de una vitrina para sus diversos recuerdos y fruslerías? ¿Temía un robo? Lo cierto es que cuando avisaron a nuestra familia de su muerte solitaria, ocurrida durante la noche, habían desaparecido distintos objetos.